

Fernando Baztán



LA
CONJURA
DE LOS
LOBOS

Lectulandia

Maldecido por la Iglesia, abandonado por los suyos, el escriba agoniza. Fray Genaro asiste a sus últimos balbuceos, entre los que cree hallar indicios para resolver un enigma que lleva siglos en la oscuridad: el destino de la fortuna que Alfonso XII envió a Roma tiempo atrás y que nunca llegó adonde debía. El monje agustino ya intentó una vez una descabellada misión, encontrar el Cáliz sagrado, y se ha convertido en un personaje incómodo para la alta jerarquía eclesiástica.

Cuando su abad le encarga escoltar a un misterioso personaje, Genaro decide que es el momento de emprender su propia búsqueda. Sin embargo, los príncipes de la Iglesia, inmersos en sus luchas de poder, tienen otros planes para él.

Lectulandia

Fernando Baztán

La conjura de los lobos

ePub r1.0
Karras 27.02.18

Título original: *La conjura de los lobos*
Fernando Baztán, 2014

Editor digital: Karras
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A mis hijos, Nicolás y Estela.
A Pilar, mi mujer.
Para que entiendan que nada es imposible*

Este libro obtuvo el Premio Círculo de Lectores de Novela 2013, un certamen con el que se apoya la creación literaria en lengua castellana.

CAPÍTULO 1

La Ansiedad

1

Todavía entre la penumbra y el silencio, fray Genaro de la Cruz aguardaba impaciente la señal. La luz del alba desplazaba lentamente la umbría de la majestuosa montaña que se elevaba al otro lado del convento.

El viento lanzaba lamentos que se perdían entre los valles; racheaba furioso y terrible como si buscara desesperado entre los árboles un alma viva a quien atormentar y llenar de frío. Retazos de neblina dejaban entrever la silueta del macizo en la lejanía. Fray Genaro paseaba por su celda, esperando. Sus ojos marrones miraban la cima soberbia y altiva, que parecía tocar las nubes.

Miró, inseguro, su hábito de la orden de los agustinos, cuyo color negro se había desgastado y blanqueado. Quería presentarse ante su abad debidamente aseado.

Lo distrajeron de sus pensamientos los acres graznidos de una bandada de cuervos que volaba a ras de suelo. Los vio atacándose con sus picos amarillos. Planeaban levemente, con mullidos vuelos sobre su agresor, como curas enzarzados en una agria pelea. Toda la campiña aparecía cubierta de una fina capa de hielo que daba a los árboles el aspecto de figuritas de cristal detenidas en el tiempo.

Aquella trifulca de las aves por la disputa de una mísera piltrafa le traía recuerdos de otros tiempos, cuando toda su vida y sus esfuerzos estaban a merced de unos hombres que trataron por todos los medios de negar la evidencia del mayor hallazgo de todos los tiempos: el sagrado Cáliz que había descubierto en Nájera.

Apartó de su mente aquellos dolorosos momentos y las agrias acusaciones de herejía. ¿Qué más podía haber hecho para convencerles? ¿Por qué se obstinaron en negar lo que a todas luces estaba claro, diáfano?

Fray Genaro sabía que le esperaba una nimiedad, una prueba de humildad, de acatamiento, contra su soberbia y arrogancia por desobedecer en el pasado el orden establecido. Toda la noche había escuchado el tañido de las campanas marcando las horas, temeroso de ese momento que tanta desazón le producía.

De repente, la puerta de su celda se abrió y un rostro de facciones aceradas, con un solo ojo, asomó al interior.

—Fray Genaro, nuestro buen abad os espera en su despacho al toque del refectorio. Yo os vendré a buscar.

Fray Genaro asintió ante el fámulo cuyo único ojo brillaba con la luminaria antes de que ocultase su cabeza en la penumbra.

Había sido elegido por su abad para realizar una pequeña misión extramuros, por mediación de su maestro y mentor, fray Macario, quien sabía que las paredes del monasterio le asfixiaban como una prisión. Su maestro lo veía consumirse un día tras otro en una larga e inagotable espera de nada, de rezos y meditaciones de los que se abstraía con el más leve ruido. La regla cisterciense le parecía mucho más rígida que la de san Agustín. ¿Cómo había llegado a ese convento tan alejado de su orden, de su fe? Los largos meses de reclusión mellaban su espíritu y sus creencias, y su maestro

lo sabía.

Si pudiera demostrar lo que sucedió... y recuperarse del descrédito.

Arrebujó su cuerpo alto y fibroso en el capote, se frotó las huesudas manos para contrarrestar el frío y se sentó en el camastro, inquieto. Sus ojos observaban furtivamente la puerta por la que debía llegar el emisario del abad. Sin poder evitarlo, sus pensamientos vagaron de nuevo. A su mente acudieron imágenes de paisajes; rostros apenas rescatados del limbo del recuerdo; noches frías y desoladas en las que el firmamento era su techo; búsquedas incansables por bibliotecas y archivos; hambres y penurias; favores otorgados por quienes creían en él. Pero de eso hacía ya tantos años... ¿Por qué negaron su descubrimiento con tanta firmeza? Él tan solo buscaba una certeza, algo con lo que restablecer su fe. La prueba palpable de la existencia de Jesús y la veracidad de sus doctrinas, y, sin embargo, todos sus esfuerzos resultaron inútiles.

Lo sobresaltó un leve zurrido en la puerta de su celda. Alguien giró el pestillo y un ojo ciclópeo asomó al interior.

—Fray Genaro, es la hora. El abad os espera —susurró.

El mensajero permaneció en silencio, al amparo de las sombras que todavía se resistían a desvanecerse. La penumbra le confería un aspecto misterioso y lejano, como un mal presentimiento.

Con un gesto de la cabeza, fray Genaro le indicó que estaba listo. Después de persignarse con devoción ante la cruz, salió de la celda cubriéndose con el hábito.

Con paso presuroso, como si la mañana los persiguiera por los pasillos de la abadía, se encaminaron al despacho del abad. La puerta se abrió con un quejumbroso lamento.

—El Señor esté con vosotros —los recibió el abad.

—Y con tu espíritu.

El abad estaba de pie asomado al ventanal que se abría sobre el valle, con la mirada perdida en la inmensidad de la montaña, que parecía vigilar desde la distancia todo lo que sucedía en el monasterio. Un capote de color rojo por dentro y negro por fuera descansaba en una tosca silla de madera y cuero, tachonada de clavos negros y enmohecidos.

Fray Genaro permaneció de pie ante la mesa castellana y esperó.

El abad recibía en su rostro el frío de la mañana. No parecía importarle que el viento helado le llenase los ojos de lágrimas ni que la cara se le enrojeciera por el intenso frío. Sus manos regordetas y pulcras, fiel imagen de su dignidad, se entrelazaban a la espalda en actitud de espera.

—Os he mandado recado, fray Genaro —dijo el abad—, para haceros una encomienda, que a buen seguro llevaréis a feliz término.

El abad se apartó de la ventana y se sentó en la silla. Clavó sus ojos negros en el fraile, observando detenidamente su aspecto: la barba recién afeitada, el pelo limpio y arreglado... Fray Genaro irguió el cuerpo ante el examen y se mantuvo inmóvil a

pesar de que el frío empezaba a hacerlo tiritar. La noche había sido larga a causa de la espera. Sus ojos miraban con curiosidad al abad y brillaban sobre su rostro anguloso y su fuerte mandíbula. Le sobrepasaba en estatura y el cabello comenzaba a acusar el paso del tiempo.

—Conocéis de sobra la situación en que se encuentra el escriba de Veruela de Moncayo. Juntos habéis estudiado muchas veces viejos legajos de nuestra orden. Pensamos que le serviría de gran consuelo y dicha durante su enfermedad que le reconfortaseis con vuestra presencia, administrándole auxilio espiritual.

Hizo una señal al doméstico y este, con sigilo, salió de la estancia. El abad se incorporó y volvió a mirar por la ventana la inmensidad del valle. Fray Genaro permaneció de pie, en posición de obediencia. La inmaculada blancura del hábito del abad parecía competir con las nieves que apuntaban sobre las cumbres del macizo.

—Hace bastante tiempo que no sabemos nada de él y el obispo de Soria se siente inquieto. Manda recados cada semana interesándose por su salud. No olvidéis que son familia. Os hemos elegido para esta... pequeña misión, y contamos con vuestra probada prudencia para mantener en secreto lo que vierais u oyerais. Recordaréis que fue acusado de herejía y que incluso hay quien afirma y jura que tuvo trato carnal con el mismísimo diablo. —Se interrumpió y dio un corto paseo frente a la ventana, aspirando el aire frío de la mañana. Luego añadió—: Creo que me habéis comprendido. La figura de nuestro querido hermano y el honor de nuestro señor obispo deben quedar incólumes. Dejo a vuestra prudencia las decisiones pertinentes. De cualquier forma, si precisáis de ayuda, enviad un correo hasta aquí. Ahora, tomad esta bula abacial y partid sin demora. Que Dios os guarde.

Tras las últimas frases, el abad alargó el brazo hacia fray Genaro, que sostuvo su mano, flácida y húmeda, y la besó con una inclinación. A continuación salió de la estancia y se dirigió a su celda, casi reconfortado, cogió un hato con unas exiguas pertenencias y se encaminó al refectorio. Sentía cierta decepción ante encomienda tan sencilla. El plan de emprender un viaje largo y emocionante se había revelado como una falsa ilusión.

Al entrar en el comedor alzó los hombros y los dejó caer con resignado desaliento. Se contentaría con lo que fuese.

El refectorio era una sala grande y espaciosa, construida, como todo el edificio, con sillares de piedra y ladrillo árabe. Unos cristales multicolores matizaban en diversos tonos la luz que dejaban pasar.

Allí, fray Genaro tomó de manos del fraile más anciano un zurrón con un pan de centeno, medio queso y una cebolla dulce. Sin mediar palabra, añadió una vejiga de vino y, con una ligera inclinación de cabeza, salió por la puerta que daba al espacioso huerto. Saltó por encima de la cerca, feliz de alejarse por un tiempo de sus obligaciones.

El alba plomiza le recibió inclemente, y caminó al lado de las hortalizas cubiertas por una fina capa de escarcha. Dejó a su izquierda el cementerio de los frailes y con

grandes zancadas se dirigió a la salida del monasterio, más allá de las viñas del abad. Atravesó el gran arco que se comunicaba con el paseo central. Al fondo, junto a la puerta, el fraile portero le ofreció su bendición y un pequeño borrico sujeto por el ronzal. A continuación, atravesó la pequeña puerta lateral que se utilizaba para las salidas comunes.

Los espacios abiertos que se ofrecían a la vista inflamaban su pecho. ¡Por fin estaba en el exterior! Los aromas que percibía le traían lejanos recuerdos, sobre todo el rostro de su viejo maestro y amigo fray Nicodemo, que compartió con él su larga e infructuosa búsqueda... y el del viejo árabe Abdul El-Yatsami, que también buscaba respuestas a sus dudas.

No había mediado la jornada cuando alcanzó a ver una tabla donde rezaba con letras torcidas y descoloridas: «Vera». La población se componía de unas veinte o treinta casas, blasonadas unas, más modestas otras. Una iglesia y una pequeña casa adosada, situadas en la parte más alta de la población, animaban al viajero. El jumento coronó el ascenso casi sin resuello.

Un monje viejo lo recibió con gesto adusto. Fray Genaro lo miró con curiosidad mientras preguntaba por la casa del escriba. El monje, vivamente asustado, se persignó repetidas veces y pareció dominar el impulso de huir. Un movimiento instintivo tensó sus flácidos músculos.

—Esa casa... está maldita. Las gentes del pueblo aseguran que el Maligno se ha adueñado de ella. —El viento le levantaba el hábito, gris de puro viejo, y le azotaba la cara y el cuello desnudos. Parecía no sentir el tremendo frío que atenazaba los huesos —. Esta villa es pequeña, hermano, y los acontecimientos sobrenaturales se suceden cada día. Los habitantes están asustados. El Maligno, hermano... ¡el Maligno! —dijo mirando de manera furtiva hacia una casa de piedra que se alzaba al final de la calle.

De manera abrupta, como arrepintiéndose de su indiscreción, se despidió con una leve inclinación de cabeza. El fraile tomó al rocín por las riendas y comenzó a caminar por la calle vacía.

Cuatro fuertes aldabonazos retumbaron en el interior de la casa, aunque solo el silencio contestó. Empujó la puerta y vio en la penumbra fría y desapacible un angosto pasillo y una escalera lateral. De repente, una mujer vieja cubierta de pieles andrajosas casi lo arrolla en el umbral, antes de alejarse a toda prisa por otra puerta en dirección al corral.

Fray Genaro penetró en la casa, un estruendo, semejante al estampido de un trueno, lo sobrecogió. La puerta se había cerrado de golpe y dejó la estancia sumida en una oscuridad absoluta. Poco a poco, con el corazón desbocado, sus ojos se acostumbraron a la penumbra. Tanteando con los dedos se adentró en la casa y creyó percibir un ligero rumor, algo o alguien que parecía esperar la oportunidad de manifestarse con furia y violencia. Escuchó una especie de gemido sordo y lejano que provenía del piso superior. El fraile sintió una presencia maligna agazapada en algún rincón.

Tropezó con los toscos escalones labrados en piedra. La escalera terminaba en una estancia amplia y lóbrega; al fondo, sobre un lecho, yacía un hombre febril de aspecto desmayado y esquelético, ajeno a cuanto le rodeaba.

Fray Genaro avanzó con prudencia y aprensión en la penumbra. Sobre una de las paredes vio un candil de aceite que pendía de un clavo de madera. El fraile sacó su pedernal y las chispas iluminaron un instante aquel rostro cadavérico. Al fin, el candil se prendió, la estancia se iluminó y la luz se paseó por encima del enfermo.

Con los ojos cerrados, pálido, delgado hasta el extremo, el escriba distaba mucho de parecerse al hombre que había conocido en las salas del monasterio. Ahora era un ser descarnado, que padecía los estertores de la muerte.

Fray Genaro recordó que había conocido la casa en tiempos mejores: días de luz y vida, habitada por un escriba respetado y culto, con una mujer y una muchacha que llenaban con sus voces y risas las mismas salas ahora tétricas por cuyas paredes parecían transitar los espíritus del averno.

Algo hizo despertar al miserable despojo del jergón, algo terrible y formidable. Se sobresaltó con un movimiento convulso. Sus ojos vidriosos, desmesuradamente abiertos, giraban sin control en busca del origen de sus pesadillas. De pronto, encontró los de fray Genaro.

Con un lastimero quejido, el viejo dejó caer la cabeza sobre las borras ennegrecidas de la almohada. El hedor que emanaba del lecho le cortó la respiración al fraile, quien sofocó una náusea e, inclinándose, le dijo en un susurro:

—Vengo a auxiliaros, escriba. Soy fray Genaro de la Cruz, del monasterio. Vengo de parte de vuestro tío, el obispo.

El viejo abrió los ojos con esfuerzo; el rictus de terror se fue suavizando en una mueca que pretendía ser una sonrisa y que dejó al descubierto dos escuetos dientes amarillos con manchas negras. Tenía la piel reseca y apergaminada, con numerosos puntos verdes en sus poros.

—Sí... Habéis venido a llevarme —respondió con un hilo de voz.

—Soy del monasterio de Veruela, vengo a ayudaros —insistió el fraile con algo más de energía.

—¡No, por Dios! ¡Apartaos de mí, enviado de Satán! No quiero que me llevéis.

—Calmaos, buen amigo. ¿Acaso no me reconocéis? Soy fray Genaro de la Cruz, del monasterio de Veruela. Nada temáis, confiad en la misericordia de Dios.

—¡La misericordia de Dios! —dijo el viejo levantando la voz—. Ya no hay tiempo. Pronto vendrán a por mí y ni Dios ni toda la corte celestial podrán impedirlo.

—Decidme, ¿quiénes vendrán? —preguntó el fraile con calma.

—Ellos, los demonios. Los manda Él.

—¿Él? Pero ¿quién es Él, hermano?

—¡Él vendrá a por mí! ¡El Predicador!

—Calmaos... pronto os encontraréis bien. No obstante, si queréis que os oiga en confesión...

—Dejadme. Ya no hay salvación. Siento que están cerca.

El hombre se derrumbó presa de la excitación y después empezó a lanzar toda una salva de palabras, improperios e insultos hacia unos invisibles enemigos que acechaban en los rincones. Blandía su esquelético puño en dirección a las sombras.

Fray Genaro se inclinó hacia el rostro del moribundo y, con voz firme, preguntó:

—Decid, por el amor de Dios. ¿Qué os ha sucedido en este tiempo? ¿Quiénes vendrán? ¿Qué os atemoriza?

—Es inútil, ya no queda tiempo. Yo lo encontré. ¡Sí, lo encontré! ¿Me entendéis? ¡Pero no quise abrir la puerta del infierno! Ahora vendrán a por mí.

—Decidme, hermano, ¿qué encontrasteis? —preguntó el fraile, inclinado sobre el rostro del moribundo.

El anciano abatió su cabeza sobre la cama y comenzó a pronunciar una especie de letanía, palabras mezcladas en distintos idiomas: griego, berebere, arcaísmos locales, barbarismos, latín. Fray Genaro, que no logró descifrar el sentido de la mayoría de los términos, se irguió y tomó una cruz de madera que llevaba prendida del hábito, antes de clamar a viva voz sobre el ser que yacía postrado.

—En el nombre de nuestro Señor Jesucristo y Dios Nuestro, por la intercesión del Bendito Miguel, el Arcángel, de los apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos, yo te conmino y te ordeno que hables por la salvación de tu alma.

La fórmula tuvo la facultad de sacar de su delirio al enfermo.

—Escuchad, padre, sé que no tengo salvación —exclamó, clavando sus ojos en los de fray Genaro—. Lo encontré y lo dejé de nuevo en las entrañas del averno, huyendo de la maldición, y ahora ellos quieren que desate todos los males. Nunca han dejado de perseguirme. ¡No quiero que me torturen más! —Volvió a sumirse en su delirio de frases inconexas y palabras sin sentido—. ¡No! ¡Dejadme, bestias diabólicas! ¡Alejaos de mí, malditos de Satán, Braakel, Dos largos, *Magnificus, lungum de pilus, Pessulus Magnificus... domine maldito*, que la maldición caiga sobre ti! ¡Mousul de Satanás, dejadme ir en paz!

Sus ojos se pusieron blancos mientras todo su cuerpo se arqueaba.

—¡Atrás, criaturas del averno! ¡Aquí estoy yo, pero no las tendréis! ¡Jamás serán vuestras! ¡La maldición caerá sobre todos nosotros, miles de pústulas se desplomarán sobre vuestros platos, los gusanos llenarán vuestras escudillas! ¡Iguac...! —Lo dijo casi en un estertor, con el último aliento, entre mil toses y ahogos.

Después, como si hubiera llegado al final de un largo y esperado recorrido, se relajó, levantó la mano izquierda y acarició la pared. Dejó resbalar la punta del dedo por el yeso renegrido que la cubría. Sus ojos apenas abiertos seguían el movimiento de su dedo con una expresión de infinita pena. Casi no respiraba. La mano se desplomó, vencida, todos sus miembros se distendieron y dejó caer la cabeza con lentitud hasta que se posó sobre su brazo.

Fray Genaro acercó la llama del candil a la boca del enfermo y vio que no oscilaba. Nada; no encontró ningún hálito. Había muerto.

Se levantó despacio, impresionado por el óbito. En su cabeza bailaban las atormentadas palabras del desgraciado. De pronto, se dio cuenta de que no le había administrado la extremaunción y, arrodillándose junto al camastro, pronunció:

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amen.*

Abandonó la casa afligido. No le gustaba ver el fallecimiento de ningún hombre. Era un tránsito que no lograba comprender.

Fray Genaro se dirigió a la casa del alcaide a dar cuenta del deceso. Era una construcción de piedra propia de un hombre de su rango. El rumor de los animales en las cuadras y el calor que se desprendía de la lumbre hacían olvidar los rigores del frío exterior y hablaban de la prosperidad del dueño de la casa.

El alcaide, de rostro cetrino y pelo ensortijado y muy negro, observaba con atención al fraile. Puso dos vasos de vino oscuro y caliente en dos escudillas de barro cocido, y se sentó frente a él.

—Bien, practicaremos el auto de defunción. Avisaremos al obispo e informaremos al secretario, para que lo asiente en el registro. —Bebió de su escudilla, sorbiendo con fruición el vino caliente—. Le daremos tierra al amanecer y marcaremos el lugar, por si el Santo Oficio nos da orden de exhumación.

—Si le dais tierra y marcáis el lugar, se supone que no pensáis enterrarlo en sagrado, ¿no?

El alcaide mantuvo un prudente silencio, miró al sorprendido fraile y asintió levemente.

—Veréis, padre, las gentes del pueblo andan atemorizadas por este hombre. Creen que tuvo tratos con el Maligno, que realizaba prácticas satánicas y que ni siquiera los reverendos padres predicadores pudieron con él. Si lo enterramos en sagrado, puede que profanen su tumba y lo quemem...

—Disculpad, mi señor —interrumpió con impaciencia el fraile—. Tengo órdenes precisas de salvaguardar la reputación de vuestro escriba, así como la salvación de su alma. Así que sepultaréis a este hombre en el cementerio con las exequias correspondientes y advertiréis a vuestros vecinos de que se trata de una orden del abad.

El hombre lo miró detenidamente y luego, con un leve encogimiento de hombros, convino:

—Amén, hermano.

El alcaide vestía una zamarra de piel de borrego sobre los hombros. Su mirada inquieta saltaba de las llamas del fuego, que sustraían su atención, a los ojos del fraile. Trataba por todos los medios de no parecer descortés con él y tampoco quería encararse con el abad. El monasterio de Veruela era magnánimo, pero inflexible.

Fray Genaro sintió que lo miraba con recelo. Tenía la impresión de que su presencia le molestaba sobremanera. Se sentía como un intruso en aquel pueblo.

—Os ruego que asistáis a la sepultura... por los sacramentos, digo. Aquí solo tenemos al viejo eremita. Pero si no lo hacéis, no seré yo quien os lo recrimine.

El alcaide se retorció las manos, como si alguna ansiedad pugnara por salir. Apuró el vino de un trago y trató de llenar el cuenco del fraile, que se lo impidió con un gesto imperativo.

—Este hombre estaba marcado por el Santo Oficio y no me extrañaría... que

fuera procesado de nuevo y sus restos quebrados —continuó—. Hay una historia que ocultó durante toda su vida y de la que pocos tuvieron noticia. Ahora el obispo ya no tiene potestad sobre él, aunque posiblemente no sepáis que salió indemne de la acusación de herejía, pese a vérselas con un inquisidor.

El fraile había conocido al escriba años atrás, pero sin profundizar en la amistad ni llegar a sentir simpatía por él. Se trataba de un hombre más, funcionario de Registro, escriba del Justicia, notario y alguacil de procesos seculares. No obstante, sabía que una Enmienda Real tenía suficiente peso para detener cualquier proceso por herejía.

Fray Genaro escuchaba a su interlocutor mientras apuraba el vino, que le quemaba la garganta.

—Decidme, ¿qué le pasó a ese pobre desgraciado? ¿Desde cuándo sufría delirios?

—¿Delirios? —inquirió sorprendido el alcaide—. Fui a visitarlo en varias ocasiones, y desde hace meses estaba sumido en un letargo del que nadie lo ha visto salir, ni le ha oído pronunciar palabra. Sus vecinos, por piedad y caridad cristiana, ayudaban a la vieja sanadora que lo cuidaba.

—Dijo algunas cosas que no pude entender. Hablaba muy excitado, como un poseído.

—¿Qué cosas os dijo, hermano? —preguntó el alcaide mirándolo directamente a los ojos e inclinándose hacia delante.

—No le pude entender; hablaba de demonios y criaturas infernales.

—¿Qué más os dijo? Si me lo contáis, quizá pueda apaciguar algo a sus vecinos. Muchos están aterrorizados; ya sabéis, personas simples e ignorantes. —El fraile se encogió de hombros—. Tomad un poco más de vino, hermano, os quedaréis a comer conmigo y hablaremos.

Fray Genaro no quiso desairarlo. Su insistencia tenaz e incómoda le obligó a aceptar en contra de su regla, y permitió que le pusiera vino en la escudilla. También él deseaba hacerle algunas preguntas para poder brindar alguna explicación a su abad.

—Preósito de Ruesta, se llamaba el escribiente —soltó de repente el alcaide—. Era natural de Soria, y un estudioso. Guardaba en su casa muchos libros, cartularios y códices antiguos. No recuerdo bien de qué delito lo acusó el Santo Oficio, pero lo llevaron en la carreta con el toldo verde en la que trasladan a los reos de la Inquisición. Lo interrogaron bajo tortura y lo liberaron cuando llegó la enmienda. De todo esto hace más de diez años, y en todo ese tiempo no se le oyó el más mínimo comentario sobre aquellos hechos.

El hombre guardó silencio unos instantes.

—En el consistorio creemos que dejó algunos dineros a disposición de su hija —añadió—. Las gentes del pueblo levantaron contra él un bulo: un hombre penitenciado y puesto en libertad... A más de uno se le antojó que aquel milagro solo se podía obtener con tratos con el diablo, pues no se le conocían riquezas ni influencias. Después, se encerró en su casa... Y no ayudaron mucho sus continuas

refriegas con los vecinos que se preocupaban por él. Los largaba de su presencia con cajas destempladas. Hay quien asegura que en su casa celebraba reuniones con seres de las tinieblas.

—¿Con seres de las tinieblas? ¿Vive su mujer?

—Murió hace cuatro años. Vivía con una hermana en Navaleno, un pueblo de Soria. Se marchó con su hija cuando le encarcelaron. Le vendrían bien esos pocos dineros.

El fuego chisporroteó al caer unas gotas de vino sobre él.

Fray Genaro se dio cuenta de que el alcaide le había llenado la escudilla de nuevo. No quería más vino; no estaba acostumbrado a beber fuera de las comidas, aunque fuese con moderación. No obstante, había apurado la escudilla. En la casa del difunto, se le había metido en el cuerpo un frío espantoso.

Deseaba que el alcaide le hablase de los códices que supuestamente guardaba el escriba. Pensaba incluso en la posibilidad de volver a echar un vistazo a la casa.

—Su tío enviaba con regularidad una suma de dinero para que hiciera frente a los gastos del mantenimiento de la casa y de las tierras de la familia. El obispo ignoraba que dichas propiedades habían sido vendidas para costear el proceso. También el municipio le pasaba una soldada, al ser escriba de nombramiento arzobispal. Todo se lo llevó el Santo Oficio, como es preceptivo con un penitenciado. Pero no por ello dejó su tío de enviarle dinero. Por eso es importante que por caridad con sus deudos, si este hombre os dijo algo...

Le resultó curiosa la insistencia del alcaide en hacerle hablar sobre las últimas palabras del fallecido. Diez años recibiendo una cantidad cada mes, más el dinero de las rentas sobre las tierras, debían de constituir una suma muy atractiva. Rechazó la nueva ración de vino caliente y se avergonzó de sospechar de la honradez de aquel hombre.

—Tendréis que disculparme, señor, no estoy acostumbrado a estos caldos tan fuertes.

—Disculpadme vos. Pensé que el vino caliente os haría entrar en calor —dijo el alcaide levantándose para atizar el fuego.

Fray Genaro apreció la gentileza y añadió:

—Los sacramentos de la sepultación... Dijisteis que queríais que asistiera y mi abad me dio instrucciones de ofrecerle auxilio al enfermo.

—¡Ah! Sí, sí, es verdad. Pero antes debemos esperar las noticias del tribunal. Ya he mandado aviso al monasterio de Trasobares. El pueblo está cerca y el correo va a caballo; creo que antes del anochecer tendremos una respuesta. —El fraile asintió y el alcaide aprovechó para añadir—: Quedaos aquí y descansad hasta que vayamos a la iglesia. Yo tengo que atender los oficios municipales del muerto.

—Gracias, señor, pero prefiero dar un paseo por el pueblo. Me vendrá bien despejar la mente y calmar el espíritu.

Salió de la casa bajo la mirada del hombre, que permaneció en el zaguán.

Caminó hacia la iglesia y se detuvo ante el portón. No le apetecía pasar la tarde rezando en una fría iglesia, y su espíritu se rebeló sin remedio. Algo en su interior se había despertado cuando el alcaide habló de la posibilidad de hallar viejos códices en la casa del muerto, y decidió no dejar pasar la oportunidad de buscarlos y, si los encontraba, llevárselos con él al monasterio, no en vano era ayudante de su maestro fray Macario y el monasterio de Veruela albergaba casi la totalidad de los tratados de jurisprudencia canónica existentes.

Cuando llegó a la puerta de la casa del escriba, asistió al expolio de los vecinos, que con rapidez y descaro se afanaban en saquearla. Temió no encontrar ningún libro, pues muchos los utilizaban para encender el fuego si no conseguían venderlos a algún fraile o estudioso.

Todo el pueblo, como un vibrante hormiguero, vencía sus temores y escrúpulos y se olvidaba de la terrible leyenda que durante años había ensombrecido la casa. Entraban por el huerto trasero o saltando la tapia y salían de ella siempre con algún objeto. Sabían que pronto el Santo Oficio daría cuenta de todos sus bienes y enseres.

Fray Genaro subió los escalones de la casa, con más tranquilidad esta vez. El cuarto del enfermo estaba como él lo había dejado. El cuerpo permanecía sobre el colchón. La soledad del cadáver sobrecogía, y el hedor que emanaba, preso ahora en la inmovilidad de la muerte, era irrespirable.

Fray Genaro inspeccionó la alcoba: observó las paredes, el techo y el suelo; miró debajo de la cama, iluminándose con el candil; se inclinó sobre el lecho para examinar el espacio que había entre el jergón y la pared. No distinguió nada en el hueco, y las paredes desnudas mostraban el lavado de yeso negro, formado con cal y arena de río, poroso y cuarteado, oscurecido por el tiempo y los humos.

Superando su repugnancia, observó la mano del muerto, con el índice ya levemente tieso. Se agachó y siguió con la mirada la dirección hacia donde señalaba. En el yeso descubrió una maraña de signos y líneas, entre las que destacaba una raya larga y profunda. Se percató de que había muchas más. Sobre la cabecera y en la pared lateral descubrió multitud de inscripciones que no había visto antes. Se hallaban casi ocultas entre el polvo: letras, frases en latín y en castellano; otras en escritura cuneiforme y signos árabes. Estaban hechas con un punzón. Todas las paredes de la estancia estaban rayadas con los mismos signos y líneas.

De repente sus ojos se fijaron en una palabra, visiblemente tachada, que llamó poderosamente su atención. Casi todas las letras habían sido borradas, pero aun sin ellas ocupaba un lugar relativamente alto, central, de privilegio entre todo el enjambre de signos y marcas. Tal vez estuviera compuesta de diez o doce letras, o nueve, a tenor del tamaño medio del resto.

La mayoría de las frases guardaban relación entre sí, se enlazaban en un sentido u otro por medio de otras rayas, palabras o números. Sin embargo, aquella se mantenía aislada del resto, sin ninguna leyenda ni frase ni número en que apoyarse. Todas las demás se entrecruzaban o se pisaban unas a otras, las más marcadas se imponían a las

más débiles o pequeñas, como pugnando por destacarse del resto.

Fray Genaro la leyó y releyó intentando adivinar el sentido. Recorrió los contornos más visibles de las letras con las yemas de los dedos.

Debió de escribirlo el enfermo, y posteriormente lo tachó con energía. Aquella maraña de signos y nombres ocultaba en su propio caos un nombre indescifrable. Acercó el candil aún más, hasta casi tocar la pared con la llama, y vio algo que lo intrigó de manera poderosa: del pie del nombre borrado partían en dirección al suelo dos rayas entremezcladas con otras que se separaban de manera oblicua. Estas rayas también habían sido trazadas con un punzón y surcaban la pared por encima de todos los nombres y signos. Al final de esas líneas, en un circulito, descifró unos números pequeños en extremo, que componían una cifra.

Quien escribió aquellas palabras se había tomado la molestia de separarlas y marcar una línea para unir las, para luego tratar de borrarlas y mantenerlas en secreto.

Retrocedió unos pasos y entornó los ojos ante la maraña de signos y referencias. De repente vio con claridad que la posición de los círculos y las tres palabras unidas por las líneas formaban una única letra, la A, y descubrió muchas más palabras hebreas, así como en otros idiomas, sobre todo griego y latín.

Volvió a la otra línea. En el cruce de la línea transversal, también encerrada en un circulito, aparecía la palabra «SID». ¿Sería aquella una pista para descubrir el paradero del dinero del escriba muerto? Si ocultaba poco dinero, se había tomado demasiadas molestias. Lo habitual en estos casos era enterrarlo en el patio o las cuerdas y revelar el escondite al religioso del pueblo para que se hiciera cargo.

Aquellas tres letras, SID, le resultaban extremadamente familiares. Había algo en su memoria que se asemejaba a esas letras, pero no conseguía dar con ello. Estaba seguro de que se trataba de siglas que escondían tres palabras, quizá «San Ignacio Diácono», o «Sigüenza Iglesia».

Un pensamiento cruzó su mente, las últimas palabras del difunto: «¡Atrás, criaturas del averno! ¡Aquí estoy yo, pero no las tendréis!».

De repente, se fijó en otra línea que partía transversal y que acababa en un solo nombre, también borrado: «Shimon Yojai», seguido por otro tachón que comenzaba por la letra Z y cinco más, que se prolongaban de nuevo hasta la palabra SID. Hacía referencia al rabino Simeón bar Yochai, el autor de la Cábala de los hebreos. Aquel libro no solo estaba prohibido por todos los estamentos de la Iglesia, sino que además conseguir una copia constituiría un hallazgo sin precedentes. Simeón Yochai, exorcista en tiempos de Adriano, fue el nigromante más significativo de todos los tiempos. El hombre que mandó grabar en terracota las tablillas que fundamentaban la nigromancia de la Cábala.

Realmente, no era dinero lo que el escriba pretendía ocultar, sino algo relacionado quizá con sus últimos delirios. ¿Qué sería lo que el moribundo dijo encontrar y que había enterrado? ¿Tal vez el *Zhoar*, el libro prohibido? Fray Genaro tenía el convencimiento de que la hija estaba al margen de todo aquello.

Se sumió en sus pensamientos. Hacía mucho tiempo que se le daba bien descifrar misterios, no en vano había conseguido financiación y apoyo para sus investigaciones sobre el Cáliz, aunque...

Sintió que su corazón se aceleraba. En su interior despertaron los fantasmas del pasado ante la sensación única y febril del descubrimiento de lo oculto. Su espíritu inquieto avivó la llama del investigador que jamás había muerto en su interior y que tantos disgustos y emociones le había prodigado. Solo unas letras martilleaban su cerebro: SID.

Un leve crujido lo sobresaltó. Dos hombres entraron en la estancia.

—¡Vaya, *frater*, no pensaba encontraros aquí! —dijo el alcaide con una sonrisa forzada—. ¿Sentís curiosidad? —Fray Genaro le dirigió una mirada interrogativa—. ¿Habéis encontrado algo de interés?

—No, en absoluto. Rezaba por el escriba.

El hombre parecía realmente contrariado por su presencia.

—¿Qué buscabais tras la cama? ¿Por qué la habéis separado de la pared?

—Por nada. No hay nada que pueda interesarme, ni a mí ni a nadie. —El fraile trataba de dominar su azoramiento.

—¿Algo que os dijera el escriba, quizá?

—No, mi señor... Bueno, en realidad pensé que tal vez guardaba aquí algún códice que pudiera interesar a mi abad. Ya sabéis que atesora celosamente cuanto libro cae en sus manos. Mi abad sabría demostrar su agradecimiento si le llevo algún antiguo códice; su generosidad es harto conocida.

—Sí, es una pena que el expolio haya sido tan... intenso.

Tras decir esto, el alcaide acercó el candil tras la cama para mirar con vivo interés el suelo y la pared enmarañada de signos y líneas. Después de un larguísimo rato volvió a su lugar. A fray Genaro le palpitaba el pecho con fuerza, hasta que se convenció de que el alcaide solo había visto lo que todo el mundo podría ver en aquel paramento de yeso: los dibujos y trazos indescifrables e incongruentes de un loco moribundo.

Fray Genaro se arrodilló a los pies de la cama y comenzó a orar.

En ese momento, entraron cuatro hombres con unas angarillas de cuero y miraron al alcaide, quien con gesto de resignación les hizo una señal. Los hombres sacaron al difunto de la estancia.

—Salgamos —dijo el alcaide—. El oficio está listo y el correo ya ha vuelto. Debemos darnos prisa porque pronto no habrá suficiente luz para el entierro. Y por todos los diablos —dijo a sus acompañantes—, ¡quemad este colchón; huele que apesta!

—¿Por qué tanta prisa? Os dije que lo enterrarais en sagrado —dijo fray Genaro, aún de rodillas—. Como cristiano tiene derecho a unas exequias, por pequeñas que sean. Lo sepultaréis mañana.

—Escuchad, hermano —exclamó el alcaide haciendo patentes su paciencia y

resignación—. Aquí nadie quiere velar a este muerto; el Santo Oficio no se conformará con su muerte. Lo llevaremos a la iglesia y le haréis las exequias con presteza. En este caso lo sepultaremos de buena mañana, aunque exijo una dispensa de vuestro abad. ¿Queréis velarle vos? —inquirió el alcaide con los ojos encendidos y una sonrisa en los labios.

Fray Genaro calló por prudencia. Sabía a qué se refería: nadie, obligado por la piedad cristiana, se sentiría feliz de velar el cadáver de un reo de la Suprema. No sería él quien diera pie a las sospechas de ningún predicador.

—No obstante, haréis lo que os ordena nuestro abad —señaló el fraile con firmeza—. Llevadlo a la iglesia.

Los dos salieron a la calle detrás de los cuatro porteadores, que tuvieron que hacer mil cabriolas para bajar el cuerpo por las angostas escaleras. El frío se hacía más intenso a medida que se alejaba el mediodía y el viento gélido volvía a levantar túnicas, hábitos y levitas de los presurosos caminantes.

Colocaron el cuerpo en el pasillo ante el pequeño altar, sin más iluminación que un cirio a sus pies. Después del responso, triste y desolado, en presencia tan solo del alcaide, un acólito y algunas viejas, fray Genaro se despidió con una inclinación y se encaminó calle abajo hacia la casa del eremita.

El monje lo recibió con los ojos desorbitados, como si de una aparición se tratase, sorprendido de que no hubiese sido devorado por los demonios que a buen seguro lo habían atacado en la siniestra casa. Sin embargo, fray Genaro, con toda la suavidad de que fue capaz, le dijo:

—Hermano, solicito vuestra hospitalidad hasta mañana. No puedo regresar a mi convento en una noche tan cerrada.

Todavía permanecía un poso incierto en el fondo de su espíritu. Una vez más, el eterno sueño que desde su juventud lo perseguía hizo acto de presencia durante la noche. Una vez más, el enorme lobo le había visitado.

Siendo niño, mientras estaba perdido en la nieve, un lobo se acercó a él y le lamió el rostro. Aquel recuerdo permaneció indeleble en su mente. Fue el mismo día que su padre quedó inútil bajo las ruedas de una carreta de un señor principal, que lo dejó abandonado a su suerte en medio del camino. En aquella aciaga jornada, se había salvado inexplicablemente de ser devorado. Aquel enorme lobo lo protegió de la manada, manteniéndola a raya hasta que llegó la ayuda. Un lance inexplicable, comentado mil veces por sus mayores.

Salió de la casa de madrugada, sin entrar en la iglesia. Sabía que el eremita se encontraba allí y no quería que lo viese; prefería despedirse cuando todo hubiese acabado. Se dirigió de nuevo a la casa del alcaide.

Desde el portón escuchó un rumor que procedía del piso superior, alguien que trasteaba con los cacharros de la cocina. Bajó a recibirlo una mujer que lo saludó con una leve genuflexión y un gesto que parecía una sonrisa. No tuvo que esperar mucho,

el alcaide bajó casi de inmediato y lo invitó a acercarse al hogar. Echó unos cuantos leños que tuvieron la virtud de levantar las llamas, removiendo las sombras que se habían instalado en los rincones.

—Le dejo una jofaina sobre la mesita —dijo la asistenta al alcaide.

Puso el barreño en un poyete de ladrillo. Un lienzo blanco junto a la jofaina y un cántaro de agua completaron el lavatorio. A continuación trajo varias rebanadas grandes de pan blanco y las dispuso con habilidad junto al fuego para que se tostaran. Luego, una batea con diversos frutos, queso, miel, almendras, nueces y unos pastelillos de pasta que, a pesar de estar ligeramente costrada, resultaba exquisita de puro dulce y suave.

Junto al fuego había un perol de hierro que la mujer revisaba de vez en cuando y que por fin sacó del hogar y destapó. El puchero lanzó grandes vaharadas en el ambiente aún frío de la cocina.

El alcaide se entretuvo lavándose cuidadosamente manos y antebrazos, cara, nariz y orejas. Se secó con el lienzo y, finalmente, acomodó una silla frente al fraile.

—Os doy las gracias, mi señor alcaide. Dios todopoderoso os lo premiará —dijo fray Genaro contemplando semejante ágape.

El fraile dijo sus oraciones, bendijo la mesa y se dispuso a dar buena cuenta del desayuno. Empezó a comer en silencio, sin levantar la cabeza, como hizo casi toda su vida en el convento. Cuando ambos terminaron, preguntó:

—Hay algo que no entiendo, mi señor. El fallecido fue procesado en un sumario de herejía, ¿no? Pero ¿por qué razón? ¿No hubo acusación pública ni compurgación?

—No exactamente, hermano —repuso el alcaide arrellanándose en su sillón—. Vino un predicador y solo pidió pesquisa para este hombre. Algo raro de por sí, ya que hacía ronda por el reino y no lo conocía. Y más extraño aún si se tiene en cuenta que el obispo tenía señalados a varios sospechosos de herejía, alguno de los cuales incluso esperaba en el cepo. Parece que ese predicador vino de lejos, directamente a por él.

El alcaide trasegaba ahora vino sin medida, llenando las escudillas hasta el borde.

—Inmediatamente después de su llegada el escriba fue requerido y le negaron la compurgación canónica. Este dio aviso inmediato a su tío, el obispo de Soria, y antes del plazo de gracia se presentó una orden real de libertad para el reo, eximiéndolo de toda sospecha de herejía. Pero el inquisidor hizo que le torturaran, y lo envió a Toledo y luego a Castilla. Cuando regresó, no dijo nada de su viaje ni del interrogatorio al que fue sometido por el Santo Oficio y se encerró en su casa... hasta esta mañana, ignorando a su mujer e hija. Ni siquiera quiso acudir al entierro de la primera.

—¿Y su economía? He averiguado que después de tanto viaje quedó bastante mermada. Me resulta extraño que conservara dinero para dejar en herencia. ¿Qué lo motivó a viajar durante tanto tiempo y tan lejos?

El alcaide lo miró a los ojos.

—Pensé que os lo habría dicho a vos, hermano.

Fray Genaro, con un gesto de molestia, protestó:

—Ya os indiqué que nada me dijo. Que nada extraño o anormal descubrí.

—Esperad, *frater*, no nos vendría mal que colaborarais en todo lo que pudieseis. Estamos seguros de que el escriba tuvo que decir algo antes de morir. Algo que nos ayude a encontrar el dinero de su hija y que, además, nos permita explicar a su tío el misterio de sus atribulados viajes.

—Sin duda, ese hombre murió llevándose a la tumba sus secretos; al menos ante mí solo profirió delirios y palabras inconexas, que sería incapaz de repetir —repuso fray Genaro secamente, mientras el alcaide llenaba de nuevo las escudillas.

—Sin embargo, no me negaréis que cualquier padre predicador tendría más razones que vos para pensar que esos delirios podrían aclarar ciertas sospechas.

—No es competencia de los predicadores determinar la certeza de una sospecha del vulgo.

—En estas tierras solo disponemos de predicadores itinerantes, que son los que investigan las causas de fe, los misterios que se escapan a la razón y los recursos de los penados.

—Os equivocáis. Tenéis el monasterio a no mucha distancia y a un eremita en el propio pueblo —repuso el fraile, molesto.

—El monasterio solo se preocupa de sus asuntos. Además, aquí dependemos del obispado de Soria —observó el hombre.

—La misión de los padres predicadores y el oficio de la Santa Inquisición es a menudo una tarea tan ingrata y pesada, que los simples ministeriales como yo no podemos imaginar. Líbreme Dios de cuestionar las razones de los inquisidores en materias crematísticas.

—De todas formas, el inquisidor encontraría muchas controversias en vuestras respuestas y sería más persuasivo que yo al preguntaros sobre las últimas palabras del escriba. Yo que vos sería más prudente y trataría de ayudar en todo lo posible a esa pobre hija, que espera los socorros que su padre le negó.

—Sin ninguna duda, la tenacidad de los padres predicadores es encomiable en la búsqueda de controversias respecto de la fe, pero no lo es menos en la búsqueda de judíos o falsos conversos. Yo que vos procuraría no lavarme los brazos en público.

El alcaide miró largamente a fray Genaro en silencio.

—Bien, creo que mejor será que vayamos a los oficios —repuso, visiblemente molesto. Recogió las escudillas de la mesa y las llevó a la estancia contigua—. Vamos, *in nomine*, os acompañaré al cementerio.

El entierro fue breve. Los dos sepultureros se apuraron a echar tierra sobre la fosa, con más temor que diligencia. Por su fama, consideraban al muerto un maldito.

—Solo en el interior de los hombres se encuentra la semilla del miedo. *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amen* —murmuró fray Genaro para sí, bendiciendo la tumba de aquel desgraciado.

De regreso al pueblo vio ante el portón de la casa del eremita, soportando el

intensísimo frío, a un grupo de viejas y mujeres arracimadas que murmuraban y se persignaban con el terror pintado en sus rostros.

Fray Genaro saludó con una genuflexión. A través de la puerta pudo ver los pies desnudos de un hombre tendido en el suelo de la iglesia. El viejo yacía boca arriba, con los brazos en cruz, en medio del estrecho pasillo de la capilla, cautivo de la muerte que lo atenazaba. Miraba al techo con los ojos exaltados y los pelos erizados, que se movían al capricho del viento y le conferían un aspecto cómico y desgarrado.

—¡Satanás se lo ha llevado al infierno! —susurró una mujer.

En la penumbra de la iglesia había dos hombres, de pie, cubiertos por gruesos capotes y recias botas con hebillas. Uno se acercó al fraile y le dijo:

—Muerte natural. Era demasiado viejo y apenas comía. Dios tenga piedad de él.

Fray Genaro reconoció al que habló como uno de los hombres del alcaide.

Con un hálito de temor ante aquella presencia, el fraile salió de la iglesia y agarró el roncal de su burro. Sin volver la vista atrás, comenzó a caminar en dirección a su monasterio. Nadie lo detuvo, nadie mostró agradecimiento ni se preocupó por él, excepto el alcaide. Fray Genaro se dio cuenta de que lo miraba con una expresión extraña mientras se alejaba.

Al cabo de un rato el pueblo solo era una mancha gris en el horizonte y él ya no pensaba en las exequias del escriba. ¿Era posible que nadie, ni el alcaide ni sus hombres, hubiera visto lo que él creyó ver? Tenía que recomponer sus ideas.

Mientras caminaba, el sol intermitente apenas calentaba su espalda, y la imagen del eremita tendido en el suelo cruzaba una y otra vez su mente. De repente, tuvo una revelación que se manifestó ante sus ojos con claridad meridiana. El nombre que se escondía en su mente: SID. ¡San Isidro de Dueñas! Ahora se daba cuenta de que era el punto central que formaba la letra A, sobre la que convergían las otras tres. San Isidro de Dueñas, el monasterio cluniacense de Dueñas, refugio de la Corona de Castilla y Aragón.

Ahora lo veía claro. El escriba había estado buscando algo en Dueñas, algo que interesaba a más personas. ¡Tenía que ser eso! No era normal el tenaz interés del alcaide y aquel halo de misterio y secretismo que rodeaba la muerte del anciano. No se trataba del dinero de la hija, sino de algo más importante.

Detuvo el burro a cierta distancia de su monasterio. Una vez más, se sentía irremediamente llamado a investigar. No lo pensó dos veces. Tiró de las riendas hacia un lado mientras su corazón comenzaba a latir con fuerza.

Una vez más, la emoción por lo desconocido lo embriagaba y nublaba sus sentidos. La investigación de lo secreto volvía a cautivar su alma y lo hacía temblar con aquella sensación que años atrás le había costado tantos y tantos sinsabores. Los muros de la cartuja empezaron a quedar atrás, muy atrás. Imaginó los severos castigos que le impondrían a su regreso, pero no le importó.

Fray Genaro espoleaba el burro golpeando con los talones en los ijares, mientras el animal lanzaba chorros de vapor por los hocicos y jadeaba por el esfuerzo.

Comprendió que debía procurarse una caballería que pudiese galopar con rapidez. Los dos días de marcha desde que saliera de Vera los había pasado pensando e imaginando las mil y una justificaciones que le brindaría a su abad por aquella disipada fuga. Su pecho se inflamaba de ardor ante la perspectiva de descubrir algún indicio.

De repente, divisó a lo lejos una masía con una caballeriza adosada. Sin duda era una parada de postas. Pensó que el Señor le ponía las cosas fáciles: se valdría de su condición de fraile y de la bula que le había concedido el abad.

Poco le costó cambiar su agotado burro por un caballo joven y nervioso con el que se lanzó al galope, dejando atrás la masía y al mesonero con la bula y el burro, contento con el negocio. Solo con el documento le habría dado el caballo, alojamiento y cena, sin siquiera pedirselo.

Divisó los muros del monasterio de La Trapa cuando sus piernas apenas le sujetaban encima de la montura. El caballo había cabalgado cuatro días seguidos, descansando solo por la noche. Buscó unas cuadras donde el animal pudiese reposar y se dirigió al portón del convento.

Solo diez días más tarde, era despachado violentamente del monasterio, bajo la amenaza de dar aviso al Justicia para que lo prendieran. Seguía sin comprender cómo había conseguido encontrar lo que ahora guardaba celosamente. Mientras cabalgaba, su mano asía con fuerza el zurrón y su precioso contenido. Hablaría con su abad. Estaba seguro de que no podría negar esta evidencia.

CAPÍTULO 2

El indicio

1

Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios.

Sabedores de la prudencia que siempre habéis demostrado, tenemos a bien pedirnos que recibáis en vuestra tierra a un personaje principal.

Deberéis salir a buscarlo a la raya de Navarra en la confluencia de los ríos Aragón y Subordan. Vuestra misión será acompañarlo y protegerlo, evitando investigar o preguntar sobre el motivo de su viaje e identidad, pues se trata de un secreto de cabal importancia para la Corona.

Dado en Toledo por la gracia de Dios. EL trigésimo de agosto de MCDXCI.

He dicho con firma y rúbrica,

ISABEL

El abad leyó de nuevo el billete de pasta de cáñamo que acompañaba al pergamino. Ambos documentos llevaban impreso el sello real. Los introdujo en un cofre, lo cerró y guardó la llave dentro del hábito.

«Todavía faltan casi cuatro novenas», pensó. Sobre el reclinatorio se entregó a la oración, confiado en librarse de la ansiedad que le producían las órdenes reales. El familiar zurrido lo sacó de su postración. Fue a sentarse en su sillón de cuero y, dio una orden seca y tajante para que entraran.

—Es fray Genaro de la Cruz —anunció el hombre con respeto—. Ha regresado y pide ser recibido por su Ilustrísima.

—Decidle que lo recibiré después del refectorio —respondió el abad—. No le vendrá mal descansar un poco y comer después de tan larga ausencia.

Dos horas más tarde, sentado a la mesa de la plataforma elevada del refectorio, el abad comía en silencio, como el resto de los frailes, mientras la cadenciosa voz de uno de ellos se elevaba sobre las arcadas ojivales desgranando salmos. El rector observaba de reajo a fray Genaro, que engullía con avidez lo que los sirvientes ponían en los platos de barro cocido. No se recataba en sus modales. En dieciocho días de viaje, sin descanso, no había probado más que los mendrugos de pan negro que algún viajero compartía con él y algún que otro fruto descuidado en el suelo de las huertas.

Todos observaban su aspecto desaliñado y los más jóvenes intercambiaban gestos inteligentes referidos al demacrado fraile. Su barba de semanas le daba un aspecto fiero y amenazador. Fray Genaro apuraba la escudilla de sopa y guardaba un pertinaz silencio ante las mudas preguntas que le hacían sus cofrades con gestos y señas.

—Estuvimos preocupados por vos —susurró a su lado un fraile de barba blanca—. Tenéis que contarnos qué os pasó. El abad ya dio aviso de vuestra desaparición al obispo. La última hornada de novicios lo tiene un poco tenso.

Se lo dijo casi sin mover los labios, soltando lentamente el aire entre los dientes, amparándose en las inflexiones de la lectura para asegurarse de que solo él podría oírlo.

—Luego, *frater* —respondió fray Genaro. Luego de hablar con el abad.

—Comed, hermano, comed, os aseguro que lo vais a necesitar.

—Amén —respondió con resignación.

Tras terminar la epístola, el abad dio por concluida la comida de los hermanos. Casi al mismo tiempo, su doméstico tuerto le dijo a fray Genaro al oído que lo acompañara. Lo siguió seguro de ser el blanco de todas las miradas. Trataba de evitar los ojos interrogadores de los monjes jóvenes y la conmiseración de los más viejos. Recorrió con el doméstico los largos pasillos que separaban el refectorio de la sala del capítulo acompañado por un rápido frufrú de ropas.

—Pasad, hermano —le invitó el abad cuando llegaron; después le hizo una seña al mayordomo y este se situó en la penumbra.

Fray Genaro se arrodilló ante la mesa del prior e inclinó la cabeza con sumisión.

—¡Alzaos, por el amor de Dios! —reconvino el viejo con un gesto de malestar en el rostro—. ¡Estas muestras de sumisión debíais haberlas mostrado antes de desobedecer!

El mandadero ayudó al fraile a levantarse y volvió a su lugar.

—Decidnos, hermano —instó el abad con paciencia—. ¿Qué os sucedió? ¿A qué se debe tanta demora? Nos habéis llenado de incertidumbre y temor.

Fray Genaro se contuvo un instante antes de responder.

—Tuve que atender varios asuntos imprevistos que ocuparon mi tiempo y atención, y que os relataré, querido abad, en el momento en que queráis escucharme a solas.

—¿Qué os puede haber sucedido que solo mis oídos pueden escuchar? —contestó el abad con una marcada interrogación en el semblante.

Pensó un instante e hizo una ligera señal al doméstico, que salió de la estancia sigilosamente, refunfuñando ante la blandura de aquel jefe espiritual que no sabía dirigir un convento.

Cuando fray Genaro se aseguró de que estaban solos, prosiguió:

—Quiero explicaros primero la circunstancia de mi retraso.

—Comenzad, os lo ruego —lo animó el abad, mientras señalaba una silla formada por dos gruesas piezas de recio cuero que servían de asiento y respaldo.

Fray Genaro relató con todos los pormenores su visita al pueblo de Vera. El fraile trató de dominar su ansiedad al exponer sus sospechas y sus dificultades con el alcaide. El abad lo escuchaba en silencio con expresión severa.

—Y bien, hermano, me cuesta trabajo seguiros —interrumpió el abad con voz quebrada pero enérgica—. ¿Qué fue lo que descubristeis?

El gesto pétreo del abad expresaba a las claras su falta de interés.

—Creo, mi señor abad, que no deseáis saber nada de este asunto —respondió con humildad fray Genaro.

—Os equivocáis, hermano. Deseo, mejor dicho, todos deseamos de manera ferviente conocer la causa que os ha inducido no solo a desobedecer a vuestro abad, sino también a poner en peligro vuestra permanencia en la orden.

—Bien, mi señor, que sea lo que Dios quiera. —El fraile, sin prestar atención a la velada amenaza, inspiró aire y prosiguió—: Creo, mi querido abad, que el escriba de Vera consumió parte de su vida en investigar el paradero de un envío que la Iglesia perdió hace más de cuatrocientos años. Andaba tras la pista de algo muy importante. Algo que solo podía ser oro.

El fraile observó los ojos escrutadores de su abad. Esperaba una expresión de sorpresa, una inflexión que lo animara a seguir hablando.

—Excusadme, hermano, ¿podéis repetir esto último? —dijo el rector sin dar crédito a lo que había oído.

—¡Oro, mi señor abad! ¡Oro! En aquellos terribles años solo el poder del oro movía a la gente. Estoy seguro de que el escriba de Vera descubrió una cantidad de oro que desde entonces permanece oculto por alguna oscura razón que estoy a punto de descu...

—¡Por el amor de Dios! —cortó el abad—. ¿Qué os hace pensar semejante desvarío? ¿Cómo podéis volver a vuestros antiguos errores? ¿Es posible que a pesar de los castigos que recibisteis en el pasado, creáis todavía en absurdas leyendas, en «secretos» que solo vos pretendéis descubrir? ¿Es que el sol os ha resecado los sesos?

El abad golpeó la mesa con la mano, y fray Genaro intentó pensar deprisa.

—Disculpad, mi señor. Pensé que sería de provecho para la Iglesia recuperar un bien perdido que le pertenece desde... —dijo con la mirada baja.

—¿Provecho? Pero ¿de qué bien habláis? ¡Estáis loco! —El rostro del abad se contrajo en una mueca de disgusto—. ¿Es posible que ya no os acordéis del monumental fracaso de vuestras absurdas investigaciones del pasado?

—Mi señor, aquella historia... Pude demostrar... Mi señor abad, yo os juro que el sagrado Cáliz viajó a Nájera y posteriormente fue llevado a Valencia por el diácono Lorenzo, que se lo entregó a Sixto II...

—¡Basta, hermano! Ya expusisteis suficientes razonamientos en aquel momento, todos refutados por vuestros mayores, por cierto.

—Y que se encuentra en... Yo os juro, mi señor...

—¡Basta, he dicho!, y ¡no juréis! —le cortó en seco el abad, mientras tamborileaba impaciente sobre la mesa—. ¿No tuvisteis suficiente con el descrédito de vuestro tío y mentor? ¡Os mandaron aquí como castigo! ¿Pretendéis que vuestro abad os secunde en otro descabellado proyecto como hizo vuestro tío? Porque estoy seguro de que esto no ha terminado. ¿O me equivoco? La locura que os atacó hace años todavía os ciega, fray Genaro. Vuestro mentor insistió en daros otra oportunidad, y vaya si la habéis aprovechado. Solo que esta vez habéis ido demasiado lejos. ¿Acaso pensáis que los monjes de un monasterio pueden campar a sus anchas cuando y por donde quieran?

Fray Genaro trataba de exponer sus argumentos. No le cabía la menor duda de que solo con la anuencia del abad, su apoyo y financiación, podría salir a investigar sus sospechas.

—Mi señor abad, vos sabéis de sobra las razones particulares que impulsan mis ansias de glorificar a Dios...

—¡Basta! Hermano, vuestros mayores ya os indicaron vuestro error. No existe un camino para llegar a Dios, Dios es el camino.

—Pero mi señor, quisiera insistir en los motivos...

—¡Retiraos! Quedaos en vuestra celda hasta que dispongamos de vos —ordenó el abad con una voz seca y sin inflexiones, dando por terminada la entrevista.

Luego sacó un cuaderno grande de un cofre que tenía a su lado y se dispuso a escribir sobre él, desentendiéndose del fraile.

—Escuchad, mi señor, creo que tengo la obligación moral de... Quizá si os lo digo en confesión...

—¡Retiraos! ¡Confesaos con vuestro mentor si lo precisáis! ¡No quiero saber nada más de vos ni de vuestras locuras! —El abad clavó una dura y fría mirada en los ojos del fraile.

Fray Genaro hizo una genuflexión y salió de la estancia con el rostro sombrío.

No era la primera vez que se veía en una situación semejante, desacreditado, humillado y sin apoyos. Pero el Cáliz... ¡Él lo había descubierto y sabía dónde se encontraba! Sin embargo, le hicieron callar, no quisieron saber. Aquel recuerdo le trajo la desabrida sensación que había acompañado a su descubrimiento. No, el Santo Grial no tenía nada de mágico. Ni de espiritual. Solo era una copa de vino. Pero aquella extraña y mágica sensación...

Le pareció un sacrilegio celebrar una misa con la copa, una burla a toda la cristiandad, a la fe de miles y miles de cristianos, porque en realidad tan solo era una copa. Tal vez ellos ya lo sabían y por eso...

Empujó pensativo la puerta de su celda sin darse cuenta de que se encontraba entornada. Un bulto oscuro salió precipitadamente de ella, propinándole un fuerte empujón que lo hizo rodar por los suelos. La sombra se lanzó escaleras abajo con un rápido tableteo sobre los escalones de madera, y desapareció por el corredor.

El fraile se incorporó aturdido y se lanzó a la carrera tras el intruso, sujetándose a la baranda de la escalera. La sombra desapareció tras la puerta del refectorio.

Fray Genaro, atropellado y jadeando, se asomó a la gran sala y no vio a nadie. Todo estaba tranquilo y en completo silencio. Posiblemente, su asaltante se encontraría agazapado tras algún banco, pero desistió de perseguirle. Tampoco sabía qué buscaba en su cuarto ni por qué había huido al verlo.

Regresó a su celda, tratando de recuperar el resuello. La encontró completamente revuelta: libros y pequeños utensilios, desperdigados por el suelo; el jergón de lona, levantado sobre un canto y apoyado en la pared. Evidentemente, el intruso la había registrado a conciencia. ¿Qué estaba buscando? Su primera intención fue alertar al abad, pero pensó que sería mejor no provocar sus iras de nuevo. Nadie sabía lo que tenía en su poder; no era posible que se supiese.

Un leve sonido a sus espaldas hizo que se volviera con el cuerpo tenso.

—¡Fray Macario! —exclamó, sorprendido y contento—. Estáis aquí.

—Amigo mío, al fin habéis vuelto.

La figura de su mentor permanecía en el zaguán de la puerta con los brazos abiertos. Su sonrisa franca dejaba al descubierto una dentadura blanca. Vestía, como él, el hábito agustino y se cubría la cabeza con la capilla, mostrando tan solo unas profundas entradas.

—¿Visteis a alguien salir corriendo de aquí? —preguntó fray Genaro, excitado.

La negativa del recién llegado y su mirada tranquila le hicieron olvidar el incidente. Su maestro tenía los ojos azul cobalto, en contraste con una tez clara y el pelo blanco. Ambos monjes se abrazaron efusivamente y el monje mayor apretó con fuerza los brazos de fray Genaro.

—Pasad, fray Macario, arreglaré un poco todo esto —dijo con aire turbado—. Alguien ha estado rebuscando entre mis cosas. Tengo que hablar con vos inmediatamente. Nuestro abad, al que Dios ilumine, tiene la más cerril de las mentes ante las cosas nuevas.

—Decid, amigo mío, ¿cómo os fue en vuestra escapada del convento? Los comentarios por vuestra... disipación han llegado a oídos de vuestro tío, y en el convento no se habla de otra cosa desde hace muchos días.

—Escuchad, maestro —comenzó tras ofrecer una silla al visitante—. En el pueblo al que me envió nuestro abad descubrí algo que levantó mis sospechas, algo oculto y misterioso que había rodeado los últimos años de la vida del pobre escriba. Una pista que me condujo al monasterio de San Isidro de Dueñas, en Palencia.

—¿Pista? ¿San Isidro? ¿Hasta Palencia fuisteis? —exclamó el otro, sorprendido, mientras se sentaba.

Fray Genaro hablaba con gran excitación. La presencia de aquel bulto que salía a la carrera de su celda le había sorprendido. Sabía que con fray Macario podía hablar sin reservas, no en vano era su mentor, maestro y amigo.

—Calmaos, hermano, contádmelo todo desde el principio.

—El pobre desgraciado a quien nuestro abad me mandó a reconfortar y administrar los sacramentos murió en mis brazos. Descubrí que anduvo buscando algo durante años y, después de encontrarlo, ignoro por qué, escondió su hallazgo y lo olvidó. —Se levantó de repente y fue a cerrar la puerta, no sin antes comprobar con sigilo si había alguien en el pasillo—. De todo ello me hizo sospechar el alcaide del pueblo —prosiguió, relajando su ansiedad con un hondo suspiro—. Tenía demasiado interés en que le transmitiera las últimas palabras del infeliz. Trató de engañarme, ahora lo sé, haciéndome creer que buscaba la dote de la hija del difunto. Sin embargo, descubrí en una pared algo que se les pasó por alto a todos.

—Bien, hermano. ¿Y qué fue?

Fray Genaro le habló de la maraña de signos en la pared del escriba y de la letra A, que presidía toda la jerigonza de rayas y signos. Le contó que las siglas y la cifra inscritas en uno de los círculos correspondían con el monasterio de San Isidro de

Dueñas e indicaban un lugar y una numeración, por lo cual no tuvo ninguna duda de que se trataba de una sala, un pasillo y un número de estante. No podía ser de otra manera, todas las bibliotecas están ordenadas de esta forma. Así que se dirigió a Palencia, al monasterio de San Isidro de Dueñas, o La Trapa, que servía desde tiempos inmemoriales como arsenal, archivo y depósito del dinero de la Corona.

Relató las mil dificultades que había sufrido, y que incluso había tenido que comprar al hermano portero con el escapulario de san Boto que le regaló su maestro.

—¡El de san Boto! ¡Dios mío, pero si era de oro! —protestó fray Macario con simpatía—. Tal vez hayáis corrompido el alma cándida de aquel pobre infeliz.

—Justo como yo pensaba —prosiguió fray Genaro, excitado—, encontré lo que el viejo escriba había escondido con tanto celo: un legajo de pergaminos de la Comisión de Abastos con la anotación exacta del recibo de una caravana con cuatro carretas, cinco frailes, dos domésticos, diez soldados armados y tres saeteros —añadió de un tirón—. Estaba datado en el año mil ciento setenta y cuatro. Su misión era llegar a Francia y después continuar hasta Roma. Luego había otra anotación del recibo que le dieron en Santiago. En otro pergamino estaba anotada la cantidad de ropas y enseres sin valor que se adjuntaba al envío de las cuatro carretas e informaba que cinco semanas más tarde, ocho vehículos habían partido cargados con ese mismo material hacia Navarra. Todos estos datos en un solo legajo.

Fray Genaro guardó silencio atento a la reacción del otro, que continuó observándolo con la misma expresión de antes.

—¿Eso es todo?

Fray Genaro miró a su maestro. Le parecía inconcebible que fray Macario no adivinara el sentido de sus palabras.

—Pero ¿es que no lo veis?

—¿Qué tengo que ver? —preguntó el otro con un gesto de ignorancia. La luz azul de sus ojos se volvió oscura.

—Son las anotaciones de abastos, del recorrido desde Toledo hasta Santiago que después seguía «el Camino» en sentido contrario hasta Puente la Reina de Jacca. El escriba de Vera rastreó el recorrido de aquella caravana y se detuvo allí.

—¿Qué?

—¡Por el amor de Dios, hermano! ¿Cómo es posible que no veáis la relación? —preguntó fray Genaro con resignada paciencia, mesándose los cabellos—. ¿Qué envío se dio por perdido hace más de cuatrocientos años?

—¿Cuatrocientos años? ¡Por el amor de Dios, qué sé yo! Pero... Esperad un momento. ¿Pensáis que pudiera tratarse de las Parias?

El fraile miró a los ojos a su mentor, que parpadeó un instante con la boca abierta.

—Sin duda os habéis vuelto loco —dijo al fin—. Pero hermano, ¿cómo podéis ser tan iluso? Por Dios y por todos los santos del cielo, todos los novicios aprendices de bibliotecario han soñado con encontrar una clave que descubra aquel misterio. ¡Por Dios, hermano! Ya estáis sumido otra vez en vuestras locuras de investigación.

El monje volvió a ver el fantasma de la demencia en su discípulo. Mientras permaneció enfrascado en la búsqueda del Grial, su mente anduvo por los pantanosos terrenos de la locura. Su obsesión lo arrastró a la ignominia; no solo desobedeció a sus mayores, también se enfrentó a la comisión disciplinaria nombrada por el Santo Oficio. Desde entonces, su tío había abandonado la vida religiosa y se había retirado a un convento a meditar: el oprobio también fue tremendo para él por haberle apoyado.

—¡Estoy seguro, maestro! Se trata sin duda de las Parias del Sarraceno. Doce millones de monedas de oro y casi diez arrobas de piedras preciosas de diversos tamaños que fueron enviadas para congraciarse con la Iglesia y destruir la Corona de Aragón...

—Sí, sí, ya recuerdo el dato —cortó el maestro—, pero decidme, ¿tenéis alguna prueba?

—Debajo de un montón de legajos encontré un manuscrito en árabe de unos poemas de un tal Haaroum Al Braakel. Al principio no me dijo nada, sin embargo luego recordé que en sus delirios, el escriba pronunció ese nombre. Braakel.

El otro fraile paseó su mirada azul por la habitación desordenada y respondió con picardía y sorpresa:

—¿Qué me queréis decir, que habéis encontrado un manuscrito? ¿Y qué prueba ese manuscrito?

Fray Genaro se acomodó en su jergón después de haber recogido sus cosas desperdigadas por la celda.

—Lo que sí os aseguro es que mucho interés tenía aquel alcaide en saber lo que yo sé ahora. Sospecho que la muerte del eremita que me dio hospitalidad esa noche no se debió a «causas naturales» como dijeron. —Dejó su mirada prendida en la lejanía del recuerdo y luego prosiguió—: A todos nos consta que Roma no recibió las Parias. ¿Sabéis lo que supondría encontrar ese envío? —preguntó con una mirada ardiente.

—Lo que sé es que ya tuvisteis vuestra oportunidad hace unos años y que no supisteis aprovecharla —respondió el otro.

—¡Yo encontré el Cáliz! —protestó fray Genaro con un golpe sobre el jergón—. Vos lo sabéis bien, querido maestro. No nos cupo ninguna duda ni a vos ni a mí.

—¡Cierto, hermano, pero...!

—Sí... es cierto. Los muy... —añadió el fraile casi en un susurro.

Se hizo un silencio pesado. Fray Macario sabía de sobra las motivaciones de su pupilo para lanzarse a esas búsquedas desesperadas.

No solo perseguía el beneficio de la Iglesia.

El tío de fray Genaro era un clérigo piadoso que había promovido grandes obras de caridad y contado con apoyos muy importantes en el clero. Su figura siempre había sido para el fraile la de un padre activo. A la muerte de su padre, su tío se alzó como custodio, albacea, mentor y protector de Genaro. Con sus influencias le

proporcionó la dote para entrar con los agustinos. Pronto descubrió Genaro que los estamentos eclesiásticos eran mucho más enrevesados de lo que aparentaban. Cuando encontró el sagrado Cáliz, le castigaron con tres años de reclusión, y su tío cayó en desgracia por avalar la empresa y aportar apoyos de las altas esferas. No le quedó otro remedio que retirarse a un convento cisterciense.

—Bueno, fray Genaro, y en cualquier caso... ¿qué esperáis de mí?

—No lo sé, maestro. Me gustaría que os quedarais con el manuscrito y lo estudiarais en profundidad. Si no encontráis alguna relación, una pista, juro por mi salvación eterna olvidarme del asunto y dedicar el resto de mi vida a rezar y expiar mis errores.

El maestro puso la mano sobre el hombro de fray Genaro en un gesto amistoso y se levantó. Fray Genaro se apresuró a levantarse con él y mirándolo con vehemencia susurró:

—Debéis hablar con el abad, os lo ruego, amigo mío. Tenéis que convencerle.

—¿Qué os impide huir del convento y lanzaros a esa búsqueda desesperada por vuestra cuenta? —inquirió fray Macario—. Poco os costó estar tres semanas por esas tierras de Dios yendo hasta Palencia.

—Hermano, no seáis ingenuo. Si huyo del convento nuestro abad no solo mandará prenderme acusado de robo, sino que también dará aviso al inquisidor. ¿Cómo pensáis que podría estudiar en archivos y bibliotecas de conventos y abadías? Me expulsaron a trompicones de La Trapa. ¿Cómo podría comprar comida, mulos y aperos para un largo viaje? Necesito fervientemente el apoyo de nuestro abad. Una orden suya sería suficiente.

—Creo, hermano, que tenéis la rara virtud de crisar a ese santo varón como nadie lo ha hecho jamás.

—Sin embargo, prometedme que haréis todo lo que esté en vuestra mano.

—No sé —respondió casi inaudiblemente el maestro—. Quizá tengáis razón y estéis en lo cierto, pero no seré yo quien trate de convencer a nuestro abad. Y ahora, preparaos. Vuestro justo castigo os espera.

—Amén, maestro.

—Pasad, fray Genaro, adelante.

Fray Genaro fue a postrarse de bruces en el suelo, ante la mesa. Permaneció así largo rato mientras lo observaban en silencio.

—Alzaos, hermano —dijo el abad mientras apreciaba la terrible demacración del rostro del fraile. Su espalda fuerte y musculosa mostraba las huellas del hambre soportada—. Espero que estas tres semanas de ayuno hayan sido de provecho para la observancia de la Regla y la obediencia debida a vuestros mayores.

Fray Genaro mantuvo la frente apoyada en el suelo.

—Decid, hermano, ¿estáis dispuesto a acatar la orden? —Esperó algún signo del fraile, que permanecía inmóvil—. ¿Estáis preparado para cumplir los preceptos y la obediencia debida?

—Disculpad mi libertinaje, mi señor, os prometo obediencia y sumisión.

Los cuatro monjes se miraron y cuchichearon entre sí mientras asentían o negaban. Tan solo el abad mostraba un gesto grave.

—Bien, hermano —prosiguió—. Aceptamos vuestras disculpas sin perjuicio de la disciplina que deberéis cumplir con entereza y sumisión. Encomendaréis los sacrificios a la expiación de vuestros pecados. El cillerero ya nos dio cuenta de cuántos cilicios y látigos. Esperad nuestra deliberación en la antesala; se os darán instrucciones sobre vuestro castigo.

Tras repetir su genuflexión, fray Genaro salió de la sala. Los monjes se miraron unos a otros. Buscaban en sus rostros alguna señal del convencimiento de fray Genaro en su arrepentimiento.

—Bien, hermanos ¿qué os parece? —comenzó el abad mirando a los otros monjes, cuyos rostros mostraban su desprecio ante la desobediencia—. Podríamos probar a levantar la penitencia impuesta a fray Genaro. Ya lleva tres semanas de expiación y la intercesión de fray Macario me anima a confiar en su reforma. Tal vez con una semana más de ayuno y tres meses de penitencias...

—Mi querido abad, os pierde la piedad y la templanza —interrumpió el fraile de más edad, que había observado a fray Genaro con minucioso interés—. Creo que seguirá dando problemas. Hay un brillo ardiente en sus ojos, una soberbia oculta a duras penas, que solo una voluntad de hierro puede dominar. —Se detuvo para comprobar que tenía la atención de sus interlocutores y continuó—: De sobra conozco a estos hombres. Su espíritu inquieto no hace migas con las reglas monásticas. Andan siempre indagando y buscando, y ¿qué es lo que buscan? Huir, evadir sus obligaciones, evitar la dureza de las normas, echar a volar la imaginación en sueños perturbados.

—No obstante, querido fray Agustín —interrumpió el abad—, no podemos desoír sus promesas a la Regla y la sumisión demostrada a sus mayores durante el tiempo que lleva con nosotros. ¿Queréis iniciar un proceso de expulsión?

—¡Solo nos ha traído dolores de cabeza! —protestó el viejo.

—Yo pienso que deberíamos informar al obispo y trasladarlo a un monasterio con menos rigor, muy lejos de aquí —indicó otro de los frailes, de semblante apacible pero mirada inquieta.

—Estoy de acuerdo —insistió el más viejo—. Acabemos con esto de una vez. Solo se trata de un fraile.

—En efecto —reconvino el abad—, pero recordad de quién se trata, o mejor dicho quién lo protegía. No podemos alejarlo de nosotros sin un motivo grave. Todavía hay poderosos que observan y esperan. No quisiera cometer un error.

—¿Os parece poco grave un delito de desobediencia como el que nos ocupa? Debemos darle un castigo ejemplar —dijo con vehemencia fray Agustín.

—Hermanos —terció el cuarto fraile, que había permanecido callado—, hacer gala de tolerancia con nuestros hermanos es lo que engrandece a nuestra orden.

—¿Qué queréis decir, fray Nicostrato? ¿Que la desobediencia y la rebeldía pueden imperar tras nuestros muros? —preguntó airado el viejo.

—Hermano Agustín —respondió con calma el aludido, un fraile algo más joven pero con la solemnidad de un pelo blanco prematuro—, quiero decir simplemente que estoy de acuerdo con mi señor abad y creo que deberíamos darle una oportunidad de redimirse ante la comunidad. Recordad que nuestro Señor Jesucristo dio a Pedro tres oportunidades.

—Y las tres fue negado —insistió el otro, intransigente—. ¡Por el amor de Dios, terminemos de una vez!

—Sin embargo, sobre esa piedra Jesús edificó su Iglesia, nuestra Iglesia. —El fraile del pelo blanco meditó unos instantes ante el silencio del viejo—. Mi señor abad, ¿habéis elegido al monje que debe ir en busca del personaje que nos envía la Corona? ¿Por qué no enviáis a fray Genaro? Podríamos hacer correr el rumor que lo trasladamos a otro monasterio como castigo a su ligereza.

—No son buenas las intrigas palaciegas —insistió el anciano entre dientes y con los ojos encendidos—. ¡Expulsémosle!

—Mi querido hermano —respondió fray Nicostrato—, habláis de la soberbia y determinación que brilla en sus ojos, pero también aprecio una voluntad de hierro que aflora en su espíritu, con la que consigue dominar sus pasiones. Eso es lo que quizá haga falta para la misión encomendada a nuestro abad.

—En todo caso, nos dejaría tiempo para reflexionar —indicó pensativo el rector— y para informar a Roma de sus actos. No olvidemos que su protector mantiene amistades fieles en las altas esferas y hemos de observar el protocolo.

—Sí, es cierto, ¡el olor de sus actos diabólicos les llega en Roma a las narices! —exclamó el viejo.

—Por el amor de Dios, no seáis exagerado —interrumpió fray Crescendo—. Creo que la idea de fray Nicostrato no es tan mala. Podríamos mandarlo en solitario a la raya, a buscar a ese... personaje, con la orden de reunirse con los demás en el

monasterio de San Juan de la Peña.

—Está bien, será lo que vuestas mercedes opinen, pero en caso de reincidencia ¡sea anatema por Arrio y Sabelio! —bramó el viejo enarbolando un puño sobre su cabeza.

—¡Por Dios, fray Agustín, no seáis bestia! Y haced pasar a fray Genaro.

Mientras la campana del monasterio tocaba vísperas, fray Genaro entró de nuevo en la sala y se sorprendió de ver junto al abad a su maestro fray Macario. El rector fue escueto en su mandato.

—Grande es vuestra falta, hermano, como grande debe ser vuestro castigo. Nos vemos obligados a separaros de nuestra comunidad por algún tiempo, tiempo que emplearéis no solo en meditar vuestra soberbia y desobediencia, sino también en realizar una misión que os encomendaremos con la gracia de Dios. Fray Macario os informará de la encomienda. A vuestro regreso, según el resultado de vuestra misión, dispondremos de vuestro futuro. Podéis ir en paz.

Fray Macario cogió un pesado volumen que tenía delante y se levantó haciendo una reverencia al abad. Ambos frailes salieron del despacho del preboste y caminaron con paso rápido hacia su celda. Al llegar allí, fray Macario sacó un grueso códice que había en un estante.

—Sí, hermano, es una edición de Ulm del libro de Ptolomeo, con las aportaciones cartográficas de Nicolás Germanius —indicó fray Macario al ver los ojos desmesuradamente abiertos de su discípulo—. El mapamundi abarca desde Escandinavia hasta las islas Afortunadas, incluyendo las tierras del hielo. Es magnífico.

—¡La *Cartografía* de Ptolomeo! ¡La última edición! ¿Cómo es posible, maestro?

—Lo acabamos de recibir. No hace ni una semana que nos lo trajeron. Es un envío de nuestro obispo y debéis llevarlo en... vuestra misión.

—¡Por el amor de Dios, fray Macario! ¿Vais a explicarme los pormenores de la misión? ¿O deberé esperar otra eternidad?

—Nuestras oraciones se han visto recompensadas. El Señor ha iluminado a nuestro señor abad, que os envía en una misión de gran importancia que deberéis obedecer sin pestañear. Tenéis que ir en busca de un personaje principal a la raya de Navarra, a pocas leguas del monasterio de San Juan, el que se encuentra bajo una gran roca y que vos ya conocéis. Deberéis ponerlos a las órdenes de este personaje, hacer lo que él os indique e ir a donde él vaya. —Cerró las pesadas tapas del Ptolomeo para que el fraile le prestara atención—. Fray Nicostrato abogó por vos en la asamblea del concilio, a cambio de un pequeño servicio.

—¡Vaya! —exclamó suavemente fray Genaro—. ¿Y cuál es ese servicio?

—Ya sabéis que fray Nicostrato es nuestro valedor en la orden agustina. Una legación partirá de nuestro monasterio para una reunión que se celebrará en algún lugar que desconozco, tal vez en Jacca o en Larrés, al amparo del señorío de don Fadrique de Urriés o incluso en San Juan. Nuestros copistas acaban de terminar el ejemplar del Ptolomeo que solicitó San Juan y debéis entregarlo allí.

Fray Genaro recordó aquellas idas y venidas de misteriosos visitantes a la cámara del abad y sus largas entrevistas nocturnas con monjes. Las reuniones secretas se

realizaban después de nona.

—Vuestra misión «secreta»... por decirlo de alguna manera, será la de convencer a este personaje de que nuestra legación es la más ventajosa para sus planes y futuras alianzas.

—¿Planes? ¿Y cuáles son esos planes? ¿Quién es ese personaje?

—Pues lo ignoro, hermano. Es un secreto guardado con riguroso celo y no he conseguido que fray Nicostrato me lo desvelara. Y ahí comienza vuestra segunda misión: debéis averiguar los planes del personaje y «ayudar» a nuestra orden.

—¿La legación que parte de aquí es de agustinos?

Fray Macario asintió con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Estoy seguro de ello. Por lo que he podido averiguar parece que se está forjando una alianza entre agustinos y benedictinos de la orden de Cluny, pero ignoro para qué. Creo incluso que ni fray Nicostrato lo sabe, de ahí vuestra pequeña... «intervención». Tendréis el privilegio de desentrañar ese secreto. La legación partirá pronto, pero aún hay tiempo. Hasta el decimoquinto día de este mes no saldrán nuestros hermanos, con la gracia de Dios.

—Pero lo que me pedís es imposible. ¿Pretendéis que encuentre a ese personaje y le convenza de...?

Fray Macario animó al fraile con unos golpecitos en la rodilla y un significativo silencio. Fray Genaro, haciendo acopio de paciencia, susurró:

—Muy bien, maestro. Decidme tan solo una cosa. ¿Cómo es que el abad ha depositado su confianza en mí?

—Querido amigo —respondió fray Macario con un tono conciliador—, no voy a engañaros. El abad está obligado a obedecer. Vos ya conocisteis en otro tiempo la zona que se supone visitaréis con este personaje. Eso, y el concurso de fray Nicostrato, inclinaron la balanza a vuestro favor. Pero si fracasáis en esta misión, vuestro castigo será la excomunión. No gozáis de muchas simpatías en la orden del Císter.

—¡Gracias, hermano, gracias! No sé cómo podré pagaros tantas bondades —exclamó con ojos brillantes y un nudo en la garganta.

—Podréis pagarme volviendo al monasterio. Yo ya os aguardo, amigo. —Volvió bruscamente la espalda a fray Genaro, quizá para ocultar su emoción—. Marchad. Debéis partir antes del amanecer y, por el amor de Dios, fray Genaro, cuidaos.

—No me habéis dicho dónde encontraré al peregrino.

—Es verdad, con tanta palabrería casi lo olvido. Lo esperaréis en Puente la Reina de Jacca, en la confluencia de los ríos Aragón y Subordan, en la misma raya de Navarra, donde empieza la vía al valle de Hecho. Hay allí un vado no muy peligroso. Suponemos que él sabe que lo esperamos.

—Adiós, maestro —se despidió fray Genaro.

—*Benedictus Domine* —repuso el otro.

CAPÍTULO 3

San Juan

1

La luz del alba aún tardaría varias horas en aparecer. Al llamar a su puerta, el doméstico lo sorprendió mientras hacía los preparativos del viaje. Le proveyó de una acémila y unas alforjas, bien abultadas, y en una de ellas deslizó una espada corta después de guiñarle el ojo.

—Órdenes de fray Macario; nunca se sabe.

Fray Genaro introdujo en la bolsa una honda, que tenía una cazoleta bastante amplia, las cuerdas brillantes de grasa y tensadas al máximo. Aquella sencilla arma la conservaba desde su lejana juventud.

—Yo me manejo mejor con esto —explicó—, de niño era terrible con ella.

—Apuraos, hermano. Debéis salir antes del amanecer —indicó el sirviente.

El hermano portero le franqueó el portón. Fray Genaro hincó una rodilla en tierra y besó con fervor el borde inferior del hábito. El guardián lo bendijo y se apartó.

Se puso en camino con una gruesa manta de algodón que se había procurado en los dormitorios de los novicios. Dios sabría perdonarle aquella inocente rapiña. Contempló la salida del sol, una explosión de rojos y escarlatas en el horizonte, y le inundó el pecho un sentimiento de grandeza y entusiasmo. Sintió la plenitud del espectáculo, la inmensidad del espacio que se abría sobre su cabeza. Una lágrima de emoción y un suspiro hondo acompañaron el ligero trote de la mula, que, joven y nerviosa, hacía saltar con sus cascos chispas de los riscos del camino, miles de lucecitas escarlatas que salpicaban las patas del animal.

¡De nuevo se sentía libre! Atrás quedaban los largos ayunos y las penitencias, las meditaciones huecas y tediosas. Ahora podría llevar a cabo su investigación con libertad. ¡Bendito fray Macario y bendito fray Nicostrato! ¡Qué gran suerte que este último abogara por él!

Encomendó al cielo un deseo largamente guardado: tal vez, si recalaban en San Juan, podría entrevistarse con fray Nicodemo. Aquel viejo monje era la memoria viva más prodigiosa que existía. Le invadió el temor de que hubiera sido reclamado por el cielo.

Hacía mucho que caminaba solo con su petate y el libro a la espalda. Largos días de marcha y noches al relente, con el firmamento estrellado sobre su cabeza. Pasó muchas jornadas comiendo al amparo de conventos y masías, durmiendo en pajares y alimentándose de frutas de los árboles. Al cabo de varios días divisó una franja de árboles verdes que resultó ser el río Aragón. Los lugareños le indicaron que solo tenía que seguir corriente arriba para dar con la raya de Navarra.

Se aproximó con cautela al vado. Ante sus ojos se abría una extensión de agua que confluía con otro riachuelo. En la orilla izquierda se veían cinco tiendas con toldos de vivos colores, franjas verticales y pendones al viento. Un montón de lonas y varas yacían derribadas en el suelo. El silencio era absoluto. No se veía a nadie, nada se movía. Se dispuso a vadear. Sacó de la alforja la espada corta y su honda, que

colgó del hábito. Solo se oía el rumor del agua y algún trino esporádico. La calma producía una extraña impresión en el ánimo del fraile.

Armaduras y yelmos se encontraban tirados sin orden ni concierto; vio armas rotas, lanzas quebradas y ballestas desmontadas. Sobre el polvo dormían varios cadáveres de hombres degollados.

En una de las tiendas, descubrió el cuerpo desnudo de una mujer de belleza infantil; su piel era de una blancura marmórea y sus ojos azules, abiertos e inmóviles, permanecían fijos en el horror de la muerte. Sus piernas estaban abiertas, con evidentes señales de violencia.

Los buitres trazaban en el suelo sus sombras negras, como presagio de la pitanza que se anunciaba. Los señores del aire vigilaban desde las ramas de los árboles al fraile, acuciándose con sus picos y sus cuellos desnudos de plumas.

El fraile sintió una arcada ante el horror del espectáculo. Luego cubrió con una lona el cuerpo de la muchacha.

2

La llanura se extendía larga y perezosa, como intentando ocultar con una calima el horizonte impreciso y etéreo, apenas dibujado en la distancia. Fray Genaro de la Cruz se internó lo suficiente para que los hedores que emanaban del vado no hirieran sus narices.

En todo el tiempo que permaneció en la raya, cerca del campamento, no vio ningún soldado que se acercase a las víctimas para hacerse cargo de la situación. Tan solo algún viajero pasaba presuroso sin detenerse ante la horrorosa escena.

Con el propósito de olvidar los horrores, aprovechó para estudiar la Cartografía de Ulm que llevaba para el prior de San Juan y sobre todo para pensar en las cabalísticas palabras del escriba.

Dos días después, una nube de polvo en el horizonte le dio esperanzas de ver culminado con éxito su periplo. Una caravana se acercaba; quizá su misterioso contacto viniera en ella. Las siluetas de tres caballeros se recortaron en el ocaso, encabezando el cortejo entre el polvo con sus armaduras y yelmos.

El primero de ellos portaba una adarga y una lanza con un estandarte en la punta, que se balanceaba con la fuerza del viento. Su silueta, y las de quienes lo seguían, proyectaban en el polvo en suspensión figuras temibles. Los caballos mostraban agresivos sus puntiagudas defensas de petos y yelmos, y mordían los frenos cubiertos de espuma.

A medida que se acercaban, fray Genaro advirtió la presencia de una galera tirada por cuatro caballos percherones que lanzaba mil crujidos y chirridos tras la polvareda. Detrás venían otras dos carretas, tiradas por acémilas y cargadas con enormes bultos, cofres, armaduras y armas. Un grupo difuso de seis o siete sirvientes revoloteaba en torno a los carruajes, solícito y presuroso ante los requerimientos que venían del interior.

El jinete del estandarte se detuvo ante el fraile, mientras su caballo resoplaba por los belfos y movía su gran cabezota con un aleteo de cascabeles.

—Decid, *frater*, ¿qué os trae por aquí? —preguntó el caballero desde el interior cavernoso de su yelmo.

—Espero a un caminante. Tal vez venga con vos.

—¿Otro fraile? —inquirió el hombre en tono jovial.

—Sí, quizá. ¿Cómo sabéis...? —se interrumpió.

La galera también se había detenido entre el estrépito de cascos y relinchos de las caballerías. Descendió de la misma una figura menuda y enjuta, que se cubría con un hábito de algodón marrón. La capilla, con la punta más alta, hacía pensar en el hábito de un franciscano, aunque el color marrón no era propio de aquella orden.

El hombre era menudo y nervioso, pese a su semblante sereno y la mirada penetrante y fría. La impresión al observarlo era desapacible. Parecía esconder un carácter firme y decidido, y daba la impresión de haber gozado en el pasado de una

vida opulenta. Fray Genaro calculó que tendría unos sesenta años, demasiados para hacer semejante viaje solo. Su aspecto era austero y sus manos no acusaban los estragos del trabajo duro: eran pequeñas y pulcras. Su piel rojiza denunciaba que llevaba algún tiempo caminando. Echó su capilla hacia atrás y mostró su cabeza rasurada. Sus ojillos pequeños y vivarachos miraban con frialdad cuanto lo rodeaba.

Ambos frailes se saludaron con una genuflexión.

—¿Venís enviado del monasterio de Veruela? Doy por sabido que conocéis toda esta zona.

Ante el asentimiento de fray Genaro, el hombrecillo se volvió hacia el carruaje y metió medio cuerpo en su interior. Sacó un voluminoso hato y después de despedir con una bendición a las personas que quedaron dentro, se lo entregó a fray Genaro.

La comitiva se puso de nuevo en movimiento. Una señal del abanderado hizo que los carreteros fustigasen a las bestias, remolonas ante el final del descanso. Un estallido de ruidos, voces de carreteros, órdenes a los sirvientes y crujidos de carretas atronó los oídos del fraile.

—Mi señor —suplicó fray Genaro—, no deberíamos pasar mucho tiempo cerca del vado. Ha habido un asalto en un campamento y la compañía de los muertos no es la más halagüeña para pasar la noche al sereno.

—¿Habéis cruzado vos? —preguntó, adusto, el hombrecillo.

—Sí, mi señor. Pasé hace unos días. Es fácil y cómodo, con pocas piedras en el fondo. Era tal el horror que no pude permanecer allí más tiempo que el preciso para cruzar. Decidí internarme en la raya a esperaros lejos de semejante depravación.

—Pues pasaremos hoy —respondió el otro con sequedad—. Y llamadme fray Tomás.

—Así lo haré, mi señor fray Tomás. Mi nombre es Genaro... fray Genaro de la Cruz.

Siguieron caminando y pronto avistaron el vado. Las tiendas seguían en la misma posición, y allí continuaron cuando les dieron la espalda cerca de la orilla del río.

Los buitres, desde sus ramas, controlaban a las demás aves carroñeras, atraídas por los olores que emanaban del lugar. Sin embargo, permanecían quietos en espera de que los intrusos se alejaran. Los muertos parecían mirarlos desde el más allá, con una mueca de sorpresa congelada en sus semblantes.

Fray Tomás arreaba la mula y, con un gesto de desinterés por lo que veía, dijo:

—Son judíos. Judíos conversos. No os apenéis tanto, hermano. Estos «marranos» se lo tienen bien merecido.

—Pero mi señor, es increíble la saña que han derrochado en el ataque. Solo un odio feroz es capaz de algo así. No comprendo por qué los atacaron.

—Sin duda para robarles. Todos saben que estos judíos atesoran mucho dinero, y si se encontraban de viaje debían de llevarlo encima. La barbarie no tiene límites cuando se ve impune. Nadie protestará contra este ataque. —Fray Tomás se encogió de hombros y espoleó la mula—. Está bien, hermano, pasaremos la noche más arriba.

Me han indicado que hay unas rocas que nos servirán de cobijo.

Guardaron silencio. La caballería dejó atrás el río, y a sus espaldas quedaron el horror y la muerte. En un claro de la arboleda que poblaba la orilla, fray Tomás detuvo la caballería y ordenó a fray Genaro que hiciera fuego.

El calor de las llamas iluminó sus rostros, proporcionándoles una extraña apariencia de tonalidades púrpura. Se habían parapetado al lado de una gran roca que se alzaba en un extremo del claro, y tumbaron a los animales a un costado, por donde el relente nocturno se dejaba sentir. En todo caso, el refugio no parecía desdeñable.

La cercanía de las altas montañas, cuyas siluetas se recortaban en el horizonte, contrastaba con las últimas claridades del día e inquietaba a la mula, que al sentirse sin la compañía de la caravana, aguzaba el oído en dirección a los aullidos que se oían a lo lejos. Los amos de la noche cantaban al espacio su canción de hambre y muerte. El cuadrúpedo temblaba a causa de los siniestros cánticos de los lobos.

—Decidme, hermano —preguntó el viejo—, ¿cuál era vuestro cometido en el convento?

—Pasante canónico y custodio de archivo —respondió Genaro casi en un susurro—. Suplía en la biblioteca y los archivos a nuestro canonista fray Macario. Gracias a Dios, no había demasiados procesos.

Fray Tomás lo miró largo rato en silencio, observándolo. De manera deliberada hacía que el silencio se volviera pesado e incómodo para el fraile.

—Derecho canónico, ¿eh? Bien, bien —respondió al fin.

—A propósito, hermano, mi abad me conminó a deciros que estoy a vuestra entera disposición —dijo con sumisión—. Me indicó también de la conveniencia de pernoctar en San Juan, bajo la peña, pues debo entregar un códice a los copistas del monasterio.

El fraile asintió, al tiempo que cerraba los ojos y se sumía en un mutismo que pronto empalmó con el sueño.

Fray Genaro clavó los ojos en la inmensidad del firmamento. Había sido tan fácil y sencillo conseguir que el viajero fuese a San Juan que le resultaba increíble. ¡Qué bien! Desde que había salido de su monasterio le atormentaba la idea de no conseguirlo y verse obligado a cargar con aquel pesado libro Dios sabía por cuánto tiempo.

Pensó que si todo iba a ser tan sencillo, poco tardaría en librarse de las encomiendas de aquel fraile, pues seguro que una vez realizada la reunión prevista, prescindiría de su compañía y podría disponer de tiempo libre indefinido para dedicarse a la búsqueda de las Parias. Ya procuraría justificar los días de retraso de alguna forma y, si tenía éxito en sus pesquisas, su hallazgo supliría con creces cualquier reconvención. Pensó en la forma de «convencer» al fraile de que la legación de su convento sería la mejor para sus planes. Pero... ¿qué planes? ¿Qué era lo que aquel fraile esperaba de él? ¡Qué fácil le había sido a fray Nicostrato endosarle semejante misión! Necesitaba pensar al respecto.

Después de un largo duermevela, se sumergió en un sueño agitado y confuso.

Esa noche, el cielo mostraba toda su magnificencia. Millones de luces iluminaban la bóveda celeste mientras, raudas y fugaces, algunas estrellas surcaban el cielo. En el centro del universo aparecía una larga y ancha faja donde millones y millones de estrellas marcaban con su exigua luz «el Camino». Realmente, a veces Dios facilitaba las cosas.

3

El alba despertó a los frailes, ateridos de frío. Una intensa niebla cubría todo el río e impedía ver la margen opuesta. Desaparecida bajo el manto de bruma, la superficie ofrecía un aspecto fantasmagórico, etéreo, y al prolongarse en un paisaje pantanoso producía desazón en el ánimo de los viajeros. Estos se aprestaron al camino con paso vigoroso, para arrojar fuera de sí el frío que se había adueñado de ellos hasta la médula.

Presa del terror, fray Genaro había visto interrumpido su sueño numerosas veces. Los cuerpos desmembrados se levantaban y le pedían auxilio desde un círculo de fuego, pero cuando él se acercaba para ayudarles, las llamas se convertían en un cerco de espadas.

Cerca del mediodía, el rugido de sus estómagos parecía retumbar en las montañas lejanas. Doblaron a la derecha y enfilaron hacia un valle estrecho. Un cartel de madera tosca rezaba: «Santa Cruz de Seros». Sobre una loma se erguía altanero un castillo fortificado con una muralla rodeada de algunas casas. Salía de él una densa humareda y un olor acre que se extendía perezoso por todo el valle.

Al comienzo del camino y junto a un estandarte había un enorme árbol. De una de sus gruesas ramas pendía una jaula de hierro en cuyo interior un hombre medio comido por los cuervos y demás aves rapaces parecía mirarlos desde las vacías cuencas de sus ojos. Su boca abierta y desencajada mostraba la hilera de dientes y la quijada desnuda hasta el hueso, y sus piernas descarnadas se balanceaban al compás del viento.

El espectáculo hizo estremecer a fray Genaro. La última vez que había corrido por el mundo no vio penados en jaulas ni horrores como los presenciados en el vado.

—Es el señorío de Seros —explicó en voz baja—. Al fondo a la derecha, por un camino estrecho junto a un río, llegaremos a Santa Cruz. Si deseáis dormir en el monasterio será mejor que nos busquemos un guía, pues apenas recuerdo la senda que conduce allí.

—¡Vamos! —exclamó fray Tomás, sin mirar la jaula, y arreó la mula con resolución.

Fray Tomás vio en el camino a una mujer mayor con un fardo de leña. Le preguntó por alguien que los guiara a San Juan, y la matrona estiró un dedo en dirección a la casa del alcaide y avanzó con un caminar renqueante hasta la vivienda, donde un hombre se inclinaba sobre una huerta con una azada en las manos.

—Tendréis que venir vos, alcaide. Es necesario que lleguemos allí cuanto antes —le instó fray Tomás después de presentarse.

—Pero yo no puedo ir ahora, tengo necesidades que cumplir —protestó el hombre.

—¡Que esperen! Es más importante este servicio que cualquiera de vuestras obligaciones.

Fray Tomás respaldó sus palabras con una especie de pergamino que mostró al alcaide. El hombre, sin mediar palabra, le devolvió el documento y se dirigió a su casa. Salió con una mula, entregó los ronzales a fray Genaro y, casi sin mirarlos, montó y se puso en camino.

El sinuoso sendero pronto se encaramó a la montaña. Largos y profundos valles sucedieron a interminables cuestas. La frondosidad obligaba en ocasiones a apartar las ramas de los matorrales, y a duras penas podían evitar los peligrosos taludes que se abrían a sus pies. Avanzaron siempre con una enorme formación rocosa a su costado, cuya cima no podían vislumbrar. Después de una larga ascensión, llegaron por fin a una recoleta umbría donde una fuentecilla de agua fría y cristalina apagó su sed y la de los animales.

—Decidnos, hermano —preguntó fray Tomás—, ¿todavía falta mucho?

—No falta nada, ya hemos llegado —murmuró el alcaide mientras apretaba una cincha del vientre de su mula.

—¿Ya?! —exclamó desconcertado el fraile mirando en todas direcciones—. ¿Dónde está el monasterio?

—Sobre nuestras cabezas, mi señor —apuntó fray Genaro.

Alzaron la mirada a las alturas y en la oquedad de una descomunal mole de roca y piedras de pequeño tamaño, ocultos por los árboles, aparecían unos muros de mampostería formados por sillares de piedra caliza, que se elevaban por encima de sus cabezas. Divisaron una magnífica construcción con el tejado de lajas de pizarra, que la peña remataba.

El camino de entrada se mostraba limpio de piedras y vegetación. Unos metros más arriba, una puerta rematada con un arco de piedra les franqueó la entrada. Debieron dejar las cabalgaduras en el exterior al cuidado de un fraile. El monje portero se mostró solícito y se apresuró a llevarse arriba la mula del dominico por un estrecho atajo casi oculto a la vista.

Despidieron al alcaide dándole las gracias y con la promesa de anunciar al prior las indulgencias ganadas por el servicio, que este le enviaría de inmediato. El fraile encargado de la puerta los acompañó por unas anchas escaleras hasta llegar a una amplia sala. La primera mitad se abría al exterior; la parte trasera remataba en la roca y desembocaba en un amplio claustro. Les producían una sensación de extrañeza los pasillos que se abrían ante ellos. Sobre sus cabezas gravitaba la roca, como si de un techo natural se tratase. Los monjes, sentados en los poyos de piedra que había para la lectura, los miraban con curiosidad.

Daba la impresión de que las columnatas que rodeaban el claustro, adornadas con capiteles labrados con primor al estilo gótico, sostenían la enorme roca; sin embargo, un espacio libre entre las rocas se abría al paisaje del valle.

Los monjes se detenían unos instantes a mirar a los recién llegados. Bajo las capillas, sus rostros sombríos no resultaban muy acogedores. Parecía que la severidad del monasterio estaba presente por todos los rincones. Se escuchaba un continuo

repiqueteo de hierro que provenía de varios sitios al mismo tiempo. Cuando cruzaron el recinto de bienvenida el ruido cesó. Tres o cuatro frailes canteros se afanaban en picar con unos buriles las piedras de mampostería de los muros y tallaban inscripciones que hablaban de los grandes monjes del monasterio y de sus obras.

—Qué vista más espléndida —observó fray Tomás, extasiado con el paisaje.

—¿Os gusta? —preguntó el portero—. Pues si tenéis tiempo y fuelle para llegar arriba, San Indalecio os mostrará desde su balcón toda la vista de la raya.

—¿San Indalecio?

El guardallaves sonrió misteriosamente, pero fray Genaro aclaró:

—Arriba, en la pradera de San Indalecio, se disfruta de una vista maravillosa de toda la Pirena, pero hacen falta arrestos para subir.

—Estudiaremos el asunto —respondió fray Tomás, y luego, dirigiéndose al portero, añadió—: ¿Habéis mandado recado al prior?

—Aguardad con paciencia, hermano. En este convento las cosas discurren como la vida: despacio, muy despacio.

Fray Genaro no conseguía encontrar rostros conocidos de la última vez que había estado allí. Quizá habían pasado demasiados años. Fray Tomás penetró en una capilla que había en la entrada y Genaro aprovechó el momento para retirarse a un lado con el monje y preguntarle en voz baja:

—¿Ha llegado una legación de agustinos procedentes de Vera? —El monje negó con la cabeza—. Y fray Nicodemo, ¿vive todavía en el convento? —insistió.

El monje en esta ocasión movió afirmativamente la cabeza. A fray Genaro le alivió saber que el venerable anciano no había entregado todavía su alma al Altísimo.

—Nuestro prior os informará de todo cuanto queráis saber, hermanos —dijo el monje.

De una puerta del fondo del claustro, salió otro fraile que se acercó a los recién llegados y los invitó a seguirle. El cancerbero se despidió con una leve inclinación, sujetó a fray Genaro por la manga y cuando los otros se hubieron retirado a una distancia prudencial, le susurró al oído:

—Fray Nicodemo se encuentra en la sala bibliotecaria del convento trasero, está casi ciego. Si queréis algo de él, daos prisa. Ese santo varón no esperará mucho, ni a vos ni a nadie. Id después de vísperas.

Fray Genaro asintió y le oprimió la mano en señal de agradecimiento.

—Gracias, hermano, rezaré por vos.

El monasterio era bastante más grande de lo que se apreciaba a primera vista. Desde el exterior parecía estar compuesto de una pequeña iglesia y otra construcción anexa de su mismo tamaño. Sin embargo, tenía capacidad para albergar a más de cien monjes.

El prior los recibió sentado en la sala capitular, de la que dos o tres frailes entraban y salían llevando libros.

—Pasad, hermanos. —El prior era un hombre de complexión fuerte, más formado

para la lucha que para la vida sedentaria del monasterio. Su rostro tostado por el sol hacía juego con sus manos, grandes como palas—. Acomodaos. Estaréis fatigados del viaje.

Los frailes tomaron asiento enfrente de él y aceptaron de buen grado lo que un fámulo les trajo en una fuente de barro. Los restos de un cabrito asado, con una guarnición de verduras también asadas, hicieron rugir sus estómagos, hartos de acumular agua para mitigar el hambre.

La tarde declinaba rápidamente, pero menguaba más temprano en la bóveda de roca, confiriendo a los rostros un aire ceniciento.

—Decid, mi señor —comenzó fray Tomás—. ¿Habéis recibido una legación de tres o cuatro frailes?

Fray Genaro quedó sorprendido ante la pregunta del viejo.

—No, hermano. No hemos recibido a nadie a parte de vuestras mercedes —respondió el prior con evidentes signos de curiosidad—. ¿Para cuándo la esperabais?

—Debería estar ya aquí, amenos que hayan tenido algún tropiezo.

Fray Genaro tosió mientras sorbía un trago de vino que le abrasó la garganta, de puro seco y fuerte.

—¿Qué ruta llevaban vuestros hermanos? —preguntó el abad.

—Tuvieron que pasar antes por Huesca —se anticipó fray Genaro—, suponiendo que os refiráis a la legación de mi monasterio, ¿es así, mi señor? Creo que tenían que llevar una encomienda al obispo de la diócesis.

Fray Tomás guardó silencio. El prior permaneció pensativo unos segundos y luego dijo:

—Lo más probable es que vengan por Montellano y los desfiladeros del señorío de Arguís; el camino es más corto, pero más peligroso. Vos, ¿por dónde habéis venido?

—Fray Tomás por Navarra, yo por Santa Bárbara.

—¿Y cuánto tiempo hace que partió la legación? Esperamos noticias de Veruela desde hace tiempo.

—Yo soy quien esperáis —declaró fray Genaro—. Mi abad me entregó algo para vos, eminencia.

El abad disimuló torpemente su sorpresa.

—Os ruego que al toque de vísperas acudáis al refectorio y observéis las horas de oración —señaló el abad, dirigiéndose a fray Genaro—; después de la colación veremos la encomienda que traéis. —Después de un corto silencio, añadió—: Si deseáis intimidad os dejaré mi despacho, allí podremos hablar con mayor libertad. Tened en cuenta que aquí no vamos sobrados de novedades.

—Quizá en el monasterio no pase nada, pero a las mismas puertas hemos visto hombres asesinados, metidos en una jaula y ahorcados —le informó fray Tomás.

—Ignoro tales hechos, hermano —respondió el abad visiblemente molesto—. ¿Disteis parte a nuestro alcaide? ¿No fue él quien os acompañó al monasterio?

—Pues le vino justo para traernos hasta aquí, y en el vado no le hemos visto ni a él ni a ninguno de sus hombres. Lo que sí vimos fue a los hombres a los que asaltaron, pudriéndose al sol.

—Mandaré aviso al regidor para que investigue el lugar y dé cuenta al alcaide de todo. Tal vez, al igual que yo, ignore los hechos que relatáis —repuso el abad, irritado.

—¡Bien! Descansaremos esta noche y si mañana no llegan, partiremos al amanecer del próximo día.

—Como gustéis. Jacca no está lejos —respondió el prior—. Quizá podáis esperar allí más tiempo. Hay un convento de hermanos hospitalarios que podrán daros asilo durante el tiempo que os plazca.

Salieron en dirección a los dormitorios, ladera arriba. Fray Tomás jadeaba por la serpenteante cuesta. Fray Genaro se animó a hablar:

—Mi señor, me habéis sorprendido con vuestro interés por la legación de agustinos a la que yo también espero. Tal vez nuestros intereses se mezclen; a mí también me dieron instrucciones sobre mis hermanos.

—¿Sí? Y ¿cómo sabéis que la legación que yo espero es la de vuestros hermanos?

—Disculpadme, mi señor, seguramente me he confundido al oíros preguntar por una legación. Me indicaron la posibilidad de que unos peregrinos agustinos se acercaran aquí. Sin duda me he equivocado.

El viejo lo miró como si quisiera traspasar la mente del fraile; después se dirigió a su camastro y se acostó. Fray Genaro suspiró, aliviado. Se habría dado de bofetadas: casi lo había echado todo a perder. Debía ser discreto, investigar sin levantar sospechas.

La vigilancia de fray Tomás le angustiaba.

La mañana se presentaba con un relente helador, pero esplendorosa. El sol, de un amarillo rojizo, despuntaba por el horizonte e iluminaba la tierra que los frailes bendecían cada día. Después de la colación matinal, fray Genaro aprovechó una repentina ausencia de fray Tomás para dirigirse a la puerta.

—No, hermano, lo siento —se negó el cancerbero, moviendo su cabeza a un lado y otro—. No puedo llevaros ante fray Nicodemo sin permiso del prior.

Fray Genaro se quedó en suspenso unos instantes, sin saber cómo reaccionar; después puso en la mano de su interlocutor una moneda. El cancerbero llamó a un novicio, le susurró unas palabras al oído, y fray Genaro y el novicio salieron juntos hacia los dormitorios. El joven le pidió que esperara su señal.

Después de un rato sentado en un banco de piedra, vio por fin la mano de su emisario, indicándole que se acercase. Al entrar, un golpe de oscuridad casi absoluta lo dejó ciego por unos instantes. Un roce de babuchas le indicó el camino a seguir.

Desembocaron en una estancia fría, pero muy amplia. Había numerosos estantes repletos de libros y al fondo, en un rincón, junto a una luminaria anclada en la pared y medio adormilado, se encontraba un viejo tendido sobre un sillón. Debía de sobrepasar los ochenta años. Apenas le quedaba pelo sobre el cráneo, pero su aspecto beatífico inspiraba paz. Un monje encargado de tomar notas se encontraba junto a él y vigilaba y ahuecaba los cojines y almohadones que recibían el cuerpo consumido del anciano. Su acompañante lo animó a pasar. Fray Genaro hizo una seña y el novicio y el monje salieron de la estancia y los dejaron solos.

Se inclinó sobre el anciano. El olor a podredumbre le recordó al escriba de Vera. Los escasos pelos, blancos y desmañados, caían sobre un rostro de facciones huesudas. Su aspecto céreo hacía pensar en la muerte, que quizá ya rondaba por aquellas estancias. Con una mano sobre el pecho del viejo, fray Genaro le imprimió una leve presión y este abrió los ojos. Se quedó mirándolo un rato tratando de recordar y casi sin fuerzas, dijo:

—¡Fray Genaro, habéis vuelto como prometisteis!

—¡Fray Nicodemo, gracias a Dios que os encuentro! ¡Me habéis reconocido después de tantos años! —Estrechó y besó con ardor la esquelética mano, al tiempo que trataba de reencontrar en la viveza de los ojos la enorme sabiduría que escondía aquella prodigiosa cabeza—. ¡Maestro! —susurró con un nudo en la garganta—, me alegro de que el Señor os mantenga junto a nosotros. Debo haceros unas preguntas.

—Hermano, ¿qué os trae otra vez por aquí? ¿Encontrasteis el Cáliz? Veo que los castigos de vuestro abad no hacen mella en vuestro espíritu.

—¿Cómo sabéis, maestro...? —inquirió fray Genaro, extrañado.

—Todo se sabe, hermano; tan solo hay que saber escuchar. Decidme, amigo, ¿lo encontrasteis? —insistió el viejo.

Un brillo se encendió en los ojos de fray Genaro. El viejo, con un leve

movimiento de la mano, animó al fraile a seguir hablando.

—Sí, maestro, encontré... bueno, encontramos el Grial. ¿Recordáis a Abdul El-Yatsami? Me ayudó en el último tramo hasta Valencia, pero no quisieron reconocer el hallazgo.

—Sí, hermano, lo recuerdo, pero dijeron que el viejo Abdulaliz había sido entregado a la Inquisición, que lo llamó a pesquisa. ¿Y el Cáliz?

—Está en la catedral de Valencia, a la espera de que alguien, algún día, lo saque a la luz como lo que es: el Cáliz sagrado.

—Eso no sucederá nunca. Ya os lo dije hace años, hermano. Es mejor mantener viva una leyenda. —La voz débil del viejo parecía emanar de una bóveda profunda y misteriosa—. Decidme, ¿en qué andáis ahora? ¿Qué os ha traído hasta el lecho de este miserable anciano?

Estrechó de nuevo su mano en un gesto de profunda amistad y asombro.

—Las Parias, maestro —dijo fray Genaro en un susurro.

El viejo se incorporó levemente.

—¿Las Parias? ¿Las Parias de Alfonso el Emperador? Pero ¿sabéis lo que decís? —Lo miró a los ojos y supo que el fraile decía la verdad. La determinación estaba impresa en ellos. El viejo dejó que su mente vagase por el limbo del recuerdo, y añadió—: Ni más ni menos que el envío de Alfonso II de Aragón, el Casto, a Roma, el que se dio por perdido al caer sobre él los sarracenos de Cataluña. De sobra sabéis la poca credibilidad que se le ha dado a esa historia, unida indefectiblemente a la famosa leyenda de la maldición de Mousul.

—Eso es lo que la historia nos cuenta, querido maestro. Respecto a la maldición, jamás se ha aclarado su naturaleza.

—Sí, es cierto, la maldición de Mousul se diluye en tratados orientalistas, pero siempre se la ha asociado al envío de las Parías. Recuerdo una anotación que un copista me señaló en los libros del monasterio. Debería comprobarlo para estar seguro. —Hizo un movimiento nervioso mientras pasaba su mirada por las hileras de libros—. Haced el favor de buscar en aquel armario del fondo un legajo de pergaminos muy viejo. Creo que está en la parte de arriba; es un registro de hace cientos de años, quizá nos ayude a recordar.

Fray Genaro se apresuró a cumplir la orden. La estancia estaba repleta de estantes y armarios donde se apilaban millares de volúmenes. Encontró una pesada carpeta atada con cintas rojas descoloridas y un grueso volumen de pergaminos en su interior.

—En aquella fecha, el monasterio recibió un importante óbolo dotado en especias —explicó el viejo mientras revolvía las hojas acartonadas con una mano nerviosa—. Era la condonación de una deuda sobre unos terrenos en Larrés y el recibo de numerosas prebendas en Navarra, parcelas y campos de regadío que el monasterio explotó durante muchos años.

—Y... ¿qué nos dice todo esto, maestro?

—Cuando leí la anotación, me pregunté qué podría ser lo que transportaron hasta

San Juan en mulos sin pagar el peaje. ¡Aquí está! —exclamó de pronto—. ¿Veis esta anotación? Habla de una recua de ciento cuarenta y dos acémilas.

—¿Pensáis que podría tener alguna relación? ¿No se pagaban los aranceles en la raya?

—¡Así es hoy en día! Como sucede en Campus Francus, en Hecho, en el Port del Palo y en otros tantos pasos. Pero en aquellos tiempos se realizaban en los monasterios, o en los bastiones del señorío. Como veis en esta copia, la orden era real, pero eso no la eximía de los aranceles y menos todavía de los de la Iglesia. También sorprende el número tan cuantioso de mulos aprestados. El envío debía de ser enorme y muy pesado.

—Sí, comprendo.

—Sí, ahora que lo pienso, tal vez... Lo más extraño fue el intercambio de prebendas y la condonación de la deuda, que era bastante importante. Lo normal era diezmar la mercancía. No puedo comprender por qué no se realizó pago alguno por aquel envío.

—¡Encaja perfectamente, maestro! Ciento cuarenta mulos bien podrían transportar el contenido de ocho carretas de monedas de oro.

—¡También podría ser otra cosa, hermano! Podrían ser armas fabricadas aquí, o grano. Recuerdo que se fomentó el trueque entre naciones para paliar la carestía.

—Suponiendo que aquel envío fuera el de las Parias del Sarraceno y que el cambio fue realizado aquí, ¿qué dirección pensáis que siguió de camino a Roma?

—Tal vez fueron por el San Porto, o por el Port del Palo. También existe desde San Adrián de Sasabe y Borau una ruta de herradura que cruza la raya por la Navarra roncalesa. ¿Quién sabe? Pero posiblemente no más allá. En aquellos tiempos el reino de Valencia estaba tomado por los moros, que dominaban muchos de los territorios del conde de Barcelona y esa parte de la Pirena.

—¿Cuál pensáis que pudo ser la siguiente etapa?

El viejo observaba en silencio a través de la ventana el revollear de unos pajarillos que acudían a su alféizar. Con mano temblorosa, sacó de debajo de su cabezal un mendrugo de pan ácimo y le indicó a fray Genaro:

—Desmigadlo sobre la ventana. Veréis cuántos vienen.

A poco de dejar las migas sobre los ladrillos de la ventana, un gran número de gorriones, jilgueros, garrapitos, verderoles, abejarucos y carpinteros se arremolinaron en la ventana.

—Si podéis ir a Jacca y estudiar su archivo, tal vez allí... —dijo cerrando los ojos.

Fray Genaro comprendió que la visita había concluido. Se acercó al lecho, tomó la mano del viejo entre las suyas, la oprimió con ternura y besó el dorso. Salió de la estancia mirando atrás, intentando conservar la imagen de aquel hombre casi vencido por la muerte, la memoria viva de San Juan de la Peña.

En una de las salas de estudio que se encontraban cerca al portón de entrada, el

dominico permanecía inclinado ante un libro. Fray Tomás lo oyó entrar al estudio, se levantó de inmediato y lo tomó de un brazo. Con una blanda severidad le dijo:

—Hermano, por el amor de Dios, ¿dónde os habíais metido?

—En la iglesia, mi señor —mintió—. Os estuve buscando y no os encontré en el interior. Me sorprende veros ahora aquí.

El viejo hizo un gesto con la mano y murmuró un «vamos». Un fámulo se aprestó a colocar el gran libro en un estante. Salieron al exterior y fray Tomás comentó que estaba dudando entre ir a Jacca directamente o dirigirse al castillo de Larrés. A buen seguro encontrarían algún miembro de las legaciones y podrían ir juntos.

—Mi señor —le dijo fray Genaro—, estas tierras ocultan muchos personajes peligrosos que se acercan a la raya para estar cerca de Francia, por si tienen que salir en estampida. No quisiera que tuviéramos un mal encuentro. Yo os aconsejo, si me lo permitís, que vayamos directamente a vuestro destino. El camino a Jacca es más corto aunque más dificultoso.

Aquel día lo pasaron deambulando por el monasterio. Al anochecer dieron aviso al abad, quien al enterarse de su intención de abandonar San Juan dio las órdenes precisas y dispuso víveres y dos mulas a la entrada.

—*Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti* —los bendijo al partir.

—Amén —contestó fray Genaro.

Fray Tomás apenas volvió la cabeza.

Las mulas avanzaban despacio. Sus andares cansinos discurrían lentos por los senderos del camino. Una de ellas daba muestras de tener una enramalada infectada.

Fray Genaro, sumido en sus pensamientos, no reparó en los buitres que se agolpaban en el fondo de un barranco, alrededor del cadáver de un hombre. Tampoco había advertido cuando subieron al monasterio los cuerpos que a la salida sur y a la vera del río pendían de las ramas de algunos árboles y se balanceaban lentamente a la voluntad del viento. Cadáveres comidos por los cuervos. Condenados a los que nadie había dado cristiana sepultura.

Un fuerte y profundo desasosiego sentía fray Genaro al salir de nuevo al valle de la Seros. Aquel descenso empinado y angosto que bordeaba el estrecho río se le antojaba cada vez más lóbrego.

La voz de fray Tomás lo sacó de sus pensamientos.

—Hermano, no llegaremos a Jacca antes del anochecer. Quizá deberíamos buscar un refugio.

Fray Genaro se quedó mirando al viejo, pero no pudieron hablar más. Oyó un silbido familiar, como el de una saeta atravesando el aire. Hizo un movimiento reflejo con la mano para protegerse el rostro pero el proyectil le golpeó con tal fuerza que el fraile cayó de la grupa del mulo.

Aturdido y con la espalda dolorida por la caída, sintió que unos poderosos brazos lo sujetaban. No encontró fuerzas para resistirse. Dos hombres vigorosos lo izaron sin miramientos y lo arrastraron igual que si se tratara de una alimaña abatida.

Fue arrojado de bruces al suelo junto a fray Tomás. Esta vez no sintió dolor, pero una rabia sorda y salvaje, que inundaba su pecho, lo hizo revolverse contra sus atacantes. Dos recias patadas en la espalda lo convencieron de su error. Miró en torno suyo y vio a cuatro hombres armados con garrochas y palos, que los miraban con una mezcla de satisfacción y agresividad en los ojos.

La determinación de sus movimientos, la violencia y brutalidad con las que los trataban, no auguraban nada bueno. Aquellos hombres no parecían tener miedo a nada; sus movimientos eran firmes y decididos. La seguridad de sus actos y el lugar elegido para el ataque hicieron encoger los ánimos del fraile. Ocultaban sus rostros bajo embozos, de modo que solo podía verles los ojos, que expresaban un odio inmenso.

Fray Genaro quería librarse de aquella encerrona. Gotas de sudor corrían por su frente: veía claro que los iban a matar sin darles la más mínima explicación. Ni siquiera se debatió cuando uno de aquellos hombres lo empujó contra un árbol y otro lo ató con fuerza al tronco. Se limitó a aspirar profundamente y llenar sus pulmones de aire, a tensar al máximo los músculos del tórax, así como los brazos y el abdomen. Consiguió que la masa muscular aumentase ligeramente de tamaño. El hombre comprobó las ligaduras y se reunió con el resto, satisfecho.

A fray Tomás lo tiraron al suelo y lo obligaron a caminar sobre cuatro patas. Uno de los hombres montó a horcajadas sobre su espalda y azotó sus cuartos traseros con una vara, mientras el resto le gritaba toda suerte de improperios y le daba patadas en las nalgas. El fraile lo soportó todo con estoicismo. A pesar de verse perdido en manos de esos hombres, una expresión de abatida resignación afloró a su rostro. Contenía el rictus de dolor y privaba a aquellos salvajes de la satisfacción que les producía su sufrimiento.

Uno de ellos ordenó al resto que se acercaran al claro, y entre todos empezaron a apilar leña cerca de un tronco liso clavado en el suelo.

—Por Dios y por todos los Santos del cielo, hermanos. Os ruego nos pongáis en libertad y seréis premiados como os plazca. Temed no solo la ira de Dios al atacar a dos ministros de su Iglesia, sino también las iras de la Iglesia.

—¡Cállate, estúpido! —gritó desde lejos el embozado que mandaba—. ¿Qué nos importan a nosotros vuestras amenazas?

—Mi buen señor alcaide —gritó fray Genaro con energía renovada—. Dejarnos seguir nuestro camino y tendréis una recompensa digna de vuestro rango.

Todos se detuvieron y miraron al fraile.

—Demonio de fraile, ¡me ha reconocido! —exclamó el aludido arrancándose el embozo con violencia—. ¡Está bien, acabemos con esto! ¡Le daremos su merecido a él también!

Fray Genaro comprendió que aquellos hombres no dejarían testigos. Entre risas, continuaron amontonando leña en la base del tronco y simularon un proceso judicial contra fray Tomás.

—¡Traedlo! —ordenó el alcaide—. No quiero que se pierda la ejecución.

Fray Genaro sintió pánico por su compañero y también por él. Recordó las palabras de su abad y de su maestro, instándolo a defender incluso con su vida la del peregrino que debía recoger. Si permanecía atado a ese árbol sufriría la misma suerte que el viejo. No sería él quien esperara sentado a la muerte.

Fray Genaro cargó todo el peso de su cuerpo sobre las ataduras que lo rodeaban, a fin de tensarlas al máximo. Aflojó al mismo tiempo los músculos del tórax y expelió hasta la última gota de aire de sus pulmones. Las trabazones de las cuerdas quemaron sus carnes y le produjeron un dolor intenso y ácido, al tiempo que con denodados esfuerzos movía todo su cuerpo en el interior del abrazo de las ligaduras. Sin importarle las heridas en las muñecas y en las palmas, logró soltarse una mano.

Los hombres, ajenos a las maniobras de fray Genaro, se afanaban en subir a la pira el cuerpo de fray Tomás. Mientras intentaban encender las ramas con un pedernal y una estopa, el viejo fraile, con las manos atadas y la cabeza hundida sobre el pecho, rezaba con los ojos cerrados.

Fray Genaro soltó la otra mano y los pies. ¡Si no hacía algo inmediatamente iban a quemar a fray Tomás! ¿Por qué les sucedía esto a ellos? Volvió a dudar entre huir y auxiliar a su compañero, y se decidió por el deber. Se agachó hasta alcanzar sus

alforjas y pensó en lo poco que le quedaba de vida, pero el contacto con el mango de la espada le infundió valor. Le temblaban manos y piernas, pero se le inundó el pecho de energía. Recogió también su honda.

Se acercó a la pira, ocultándose entre unas yerbas altas que lo protegían de las miradas ajenas. Los asaltantes contemplaban absortos el lento crepitar de las llamas, que poco a poco iban tomando fuerza. El humo que se desplegaba por el valle lo ayudó a ocultarse.

«No podré darles con la honda a todos», se dijo. Tomó un guijarro de gran envergadura, más grande que un puño, armó su honda y se fue acercando sigilosamente. Luego afianzó los pies en el suelo y comenzó a hacerla girar sobre su cabeza. Rezando con todas sus fuerzas, alzó la mano y la honda aceleró.

—¡Traed al otro! —gritó el alcaide.

No pudo decir nada más. La gruesa piedra que giraba en la honda tensada al máximo no tardó en cruzar el aire silbando su canción de muerte. Se oyó un ruido como el de una calabaza al estrellarse contra el suelo y el alcaide hizo un grotesco movimiento hacia un lado, como un títere derribado: tenía el cráneo destrozado. Los otros quedaron inmóviles y miraron estupefactos sin comprender nada la figura que se había alzado entre el humo; parecía un ángel exterminador que brotara de las profundidades abismales.

Un segundo hombre cayó también fulminado. En el lado opuesto de la pira otros dos hombres le observaban, atónitos. Fray Genaro soltó la honda y el guijarro voló por encima de la leña, estrellándose en la frente de uno de ellos, que cayó de espaldas con un ruido sordo. El hombre que quedaba en pie se le acercó y, antes de que fray Genaro pudiese volver a cargar la honda, intentó propinarle un garrotazo. El fraile lo esquivó y los dos cuerpos rodaron por el suelo, enzarzados. Fray Genaro empleó la espada para cercenarle la garganta, y un chorro de sangre caliente le impactó en el rostro.

Fray Genaro, sorprendido por lo fortuito del lance, cortó con manos temblorosas las ligaduras de fray Tomás con su espada ensangrentada, justo a tiempo de evitar que las llamas lamieran sus pies, y desparramó los troncos prendidos para evitar que el fuego siguiera su curso. No podía comprender cómo había sucedido todo con tanta rapidez y precisión. Sin duda alguna Dios había realizado el milagro de salvarles la vida.

El alcaide y el hombre que yacía a su lado tenían la cabeza rota: por una gran brecha, hundida y sanguinolenta, salía una pasta espesa y blanca. Fray Genaro miró alarmado al hombre que se recuperaba del golpe recibido en la frente, y se alegró de que se decidiera a huir. Se mantuvo expectante con la espada en la mano, hasta que se perdió en la distancia.

Se inclinó sobre el degollado y le dio la extremaunción. Después, con prudencia y temor, se acercó al alcaide. Sus labios dejaban escapar un hilillo rojo oscuro por la comisura. Fray Genaro sintió frío. Pasó la vista en derredor suyo y sobre los tres

cuerpos inertes. Fray Tomás, un poco más allá, permanecía de rodillas con las manos en el suelo.

Sintió un frío espantoso. Sus piernas se negaban a moverse y un vacío enorme, como un inmenso agujero que se abría ante él, se adueñó de su ser. El silencio que se alzó en su interior le pareció terrible. Aquello no podía haberle pasado a él, un pobre fraile sin la más mínima importancia. Había segado tres vidas en un minuto; todo había sucedido como una exhalación. Todavía tenía clavados en la mente los ojos de sorpresa de sus víctimas, que habían contemplado espantadas cómo la muerte, valiéndose de su brazo ejecutor, les golpeaba sin piedad. Dios no podía haberle utilizado para salvar a un ministro de la Iglesia a cambio de un precio tan alto.

Sintió un deseo incontenible de volver el tiempo atrás y poder preguntarle al alcaide por qué atacaban a dos ministros de la Iglesia y pretendían quemar a fray Tomás en una hoguera. Quizá este llevara en el petate, bajo las ropas, joyas u oro. Pero los bandidos no se habían molestado en desnudarlos: solo los mulos constituían un bocado apetecible, pero estaban marcados con el hierro de la Iglesia y ningún salteador osaría robar esas caballerías.

Se acercó al viejo y lo ayudó a levantarse. En cuanto se puso en pie, abrazó con ardor y gratitud a fray Genaro, que acusó el apretón en los verdugones, en los brazos y en la espalda, que le ardían. El esfuerzo con las ligaduras habían castigado su cuerpo.

—Gracias, hermano, os debo la vida —musitó fray Tomás a su oído, al tiempo que, agradecido, apretaba más el abrazo. Fray Genaro contuvo un rictus de dolor—. Tenéis un gran temple y mucha valentía. Me alegro de que os eligieran a vos para acompañarme —añadió el viejo, renqueante, doliéndose de los golpes recibidos.

A fray Genaro le hastiaban las alabanzas. Se sentía mal: había matado a tres hombres, el animal que anidaba en su interior se había manifestado con toda su crudeza. Tuvo la sensación de que tardaría mucho tiempo en restañar la herida que se estaba abriendo en su espíritu.

Apartó estos pensamientos de su mente y trató de ayudar a caminar a fray Tomás, que cojeaba. Recogió los petates, reunió las mulas y las cargó.

—No olvidaré lo que habéis hecho por mí hoy, hermano —insistió fray Tomás—. Espero que Dios me dé fuerzas y vida para demostrároslo.

—Mi señor, os lo suplico, he hecho lo que cualquier cristiano haría en mi situación —respondió fray Genaro—. Si me hubieran cogido a mí, vos habrías tratado de ayudarme.

El fraile lo miró directamente. Después presionó de nuevo su brazo y le dijo:

—No apostéis por ello, hermano. No todos tenemos ese temperamento fuerte y determinante. Quizá fuera más prudente volver a ver al abad y pedir socorro —señaló mientras se frotaba las nalgas con gesto de dolor.

—Mi señor, yo no regresaría al monasterio. Cierto que de la pradera de San Indalecio parte un camino que nos ayudará a escapar, pero tendríamos que dar un

rodeo enorme saliendo por Botaya o Bernues, y no pocas explicaciones a nuestro buen abad.

Fray Tomás se encogió de hombros y recuperó con mil quejidos una de las mulas. Tras cargarla con los petates, echó a caminar.

—Aguardad un rato, no podemos dejar allí a esos desgraciados, tenemos que darles cristiana sepultura.

—¿Sepultura? ¡Por el amor de Dios, hermano! Ni lo penséis —protestó fray Tomás—. A estos desdichados pronto los echarán en falta. Os aseguro que si llega una partida de hombres, no tendremos la misma suerte. Tendremos que evitar Santa Cruz de la Seros por la montaña.

Tras de sí, mientras avanzaban con las mulas al trote, dejaban tres cadáveres y un vacío en el alma de fray Genaro incapaz de cubrir.

Cuando remontaron la cima del monte, el cielo abría jirones de verde turquesa sobre el azul infinito. Fray Genaro se había ocupado de borrar las huellas de las mulas al salir del camino. Descansaron del esfuerzo y del espanto pasado, y decidieron pasar la noche allí.

Toda la magnífica belleza que se abría ante sus ojos anunciaba alguna desgracia, como si el cielo, único concededor de su destino, se mostrara sin pudor ante ellos, reservándoles un nuevo susto al recodo de cualquier camino. Fray Genaro solo quería olvidar y llenar su espíritu con aquella belleza. Deseaba con todas sus fuerzas confesarse.

La noche cubría la lejanía y ahogó las sombras en la profundidad de su seno.

El lobo, una vez más, se acercó en su sueño a lamerle las mejillas.

CAPÍTULO 4

Jacca

1

Se refugiaron de la lluvia en una especie de templete de sillares de piedra con un pequeño altar situado en la parte posterior y dos ventanucos laterales.

Por mucho que se arrebujaran en sus capotes, la bóveda sin techo no conseguía retener el tenaz temporal. A lo lejos se apreciaban unas débiles lucecitas trémulas entre la lluvia. Las murallas de la ciudad las rodeaban y ambos religiosos sospechaban que sus portones se encontrarían cerrados. Fray Genaro había cogido frío, mucho frío; se consumía por la fiebre.

—Entraremos por la judería —comentó fray Tomás—. Con seguridad la entrada estará franca y enseguida encontraremos abrigo y algo caliente. Vamos, hermano. Si nos quedamos aquí el Señor nos recibirá en sus brazos esta misma noche —dijo mirando con preocupación a fray Genaro, que temblaba de frío mientras asentía sin ganas. La calentura le embotaba los sentidos.

Fray Tomás apuró las caballerías, que remontaron la cuesta lanzando vapor por sus hocicos. En medio de la oscuridad, entraron por un portón lateral. Dos Mangas Verdes de la Santa Hermandad custodiaban la entrada.

Los hombres escudriñaron el rostro de los recién llegados, acercando a sus semblantes un farol, y se detuvieron ante el de fray Genaro, que contemplaron con grandes gestos de asco. Fray Tomás bajó de la mula de un salto, se acercó a los dos guardias y les dijo que su compañero no portaba el mal, que tan solo tenía una calentura a causa de las lluvias que se habían cebado con él.

El fraile acompañó estas palabras metiendo su mano en el interior del hábito y después de no pocos esfuerzos y contorsiones, sacó dos ducados de oro y los puso ante las narices de los guardianes. Estos tomaron cada uno su moneda, mirándola con codicia.

—¡Un ducado de oro! —exclamó uno.

—Está bien —concedió el otro—. Bajo vuestra responsabilidad, os dejaremos pasar.

Indecisos, les franquearon el paso sin terminar de decidirse a asaltarlos allí mismo y hacerlos desaparecer en el talud, que no pocas noches albergaba el cadáver de alguno con menos suerte.

Los dos frailes comenzaron a caminar por las sinuosas calles de no más de una vara y media de ancho. El riachuelo salpicaba las patas de los animales, mientras arrastraba todos los excrementos e insalubridades de las casas, removiendo efluvios desagradables. Aquellas que no tenían regato, aliviaban sus aguas sucias sobre la calle o el campo, con lo que se producían grandes charcos de aguas negras y pestilentes.

Las calles oscuras y estrechas imponían respeto hasta al más avisado. Los Mangas Verdes procuraban no entrar al barrio de la judería. Aun amparados en el poder de las armas, eran vulnerables a los ataques de los judíos: a una puñalada a la carrera en la

oscuridad o a una saeta lanzada desde un zaguán.

Los frailes recorrieron las calles empinadas hasta dar con el portón del convento de las benedictinas, junto a la iglesia de Santiago, situada a poca distancia de la muralla. Fray Genaro, incapaz de dominar su tiritera, sentía correr mil escalofríos por su espalda.

Desde la puerta, el portero escudriñó con repugnancia al enfermo aterido. Fray Tomás juró por todos los santos del cielo que su compañero de viaje no estaba apestado, al tiempo que hacía sonar el oro de su bolsa. Como por arte de magia dos o tres novicios aparecieron en el recibidor y recibieron al enfermo en sus brazos.

—¿Cómo os habéis atrevido a llegar a estas horas? —reconvino el hermano cillerero, un hombre rechoncho y lustroso de mejillas sonrosadas—. No se peregrina después de ciertas horas. Este hombre está muy enfermo —siguió con sus protestas—. Habrá que avisar al herbolario, aquí no tenemos hospital. Dios mío, qué contrariedad... ¿Y si se trata de un apestado?

—Calmaos, hermano, la providencia nos ha traído hasta aquí —cortó fray Tomás—. Nos sorprendió la lluvia en el campo y tuvimos que entrar por la judería.

Llevaron a Genaro casi en volandas directo al refectorio y de allí a las cocinas. Unos le desnudaban los pies y se los calentaban y frotaban con manos enérgicas. Otros le despojaban de sus empapadas ropas y lo cubrían con gruesas pieles de carnero cosidas y curtidas.

Apareció un fraile escurrido, de ojos saltones y mirada penetrante, con el hábito ceñido por la cintura y un cordón que caía por un lado. Era el herbolario. Su aspecto descuidado contrastaba con la pulcritud del hermano cillerero. Se inclinó sobre fray Genaro y le tocó la frente.

—¡Dios mío! Parece tener el fuego del infierno en su interior. Este hombre morirá o quedará idiota si no hacemos algo. —Inclinó la cabeza hasta acercar su oreja al pecho del fraile, que respiraba con dificultad. Todo su cuerpo se encontraba ahora cubierto de un sudor frío y los temblores se convertían de vez en cuando en espasmos—. Una cosa es visible y es que no está apestado. ¿Qué fue lo que os sucedió, hermano? ¿Por qué tiene los brazos y la espalda desollados?

—Recibimos sobre nuestras cabezas toda el agua y el frío que Dios nos quiso enviar y el ataque de unos bandidos, del que nos salvamos por la gracia de Dios —respondió fray Tomás sorbiendo una escudilla de sopa ardiente que un fámulo le había traído.

—¡Poned unos calderos al fuego con agua a hervir! Yo vuelvo enseguida —indicó el herbolario a los novicios, mientras salía a escape de la cocina.

Fray Tomás se acercó a su compañero de viaje y puso una mano sobre su frente. Sintió el calor que desprendía y la retiró con aire preocupado. Se volvió al hermano cillerero.

—Este hermano herbolario ¿conseguirá que sane? —le preguntó.

El monje se encogió de hombros y fray Tomás volvió a sentarse junto al fuego sin

dejar de observar a su desgraciado compañero. Dejó que el cálido y reconfortante vapor del estofado de carne con verduras hervidas le calentara el pecho.

—¡Mandad aviso a quien sea! —exclamó con energía—. Este hombre no debe morir, tengo una deuda con él.

—Esa decisión, amado hermano, compete directamente a nuestro prior. No obstante, si dispusierais de oro con largueza, algo se podría hacer.

Fray Tomás lo miró con gesto severo.

—Haced vuestra labor —lo conminó—. Cuidadlo con esmero e informadme en cada toque de oración.

Pidió a un fámulo que le indicara el camino de las celdas de los huéspedes y salió de la estancia.

Fray Tomás pasó la noche en un duermevela molesto. Apenas podía conciliar el sueño por culpa de los moratones. Sus nalgas aún ardían. Oyó un correteo de pies desnudos por los pasillos; salió de su celda y siguió el rumor de los pasos. Murmullos, siseos y risas sofocadas en la oscuridad. Puertas que se abrían y cerraban. Frufrú de ropas talaes en las sombras.

Al día siguiente, fray Tomás ni siquiera pidió audiencia con el prior. Un poco antes de oír tañer la campana, se acercó al refectorio y en la puerta de las cocinas preguntó por fray Genaro. Luego acompañó al herbolario a su celda y, a la cabecera del camastro, vio a una muchacha de grandes ojos verdes y con una negra melena que asomaba bajo la pañoleta que le cubría la cabeza.

—¿Qué es esto? —inquirió, sorprendido y airado.

El herbolario lo miró con los ojos muy abiertos.

—Es la nieta de la santera que se ha quedado para auxiliarlo —respondió el escuálido fraile, balbuciendo.

—¿Cómo habéis osado introducir a una mujer en el convento?

—Disculpad, mi señor, no es una mujer, se trata de una muchacha. Es la nieta de la limosnera —respondió precipitadamente el herbolario.

—¿Una muchacha? ¡No veo en este ser inmundo nada que me haga pensar en una muchacha! ¡Mirad esos senos que apuntan por salir de su pecho y esa mirada de hembra! ¡Por todos los santos del cielo, no deja de ser una mujer! ¡Sacad inmediatamente a ese sucio ser de este lugar sagrado! ¡Vamos!

La muchacha se levantó y con movimientos rápidos y seguros cogió sus cosas, repartidas por toda la celda, y las metió en un saco. Sus ojos verdes y claros contrastaban con su piel morena. Resultaba imposible determinar su edad; diecisiete años, quizá dieciocho. Sus manos delicadas sujetaron con fuerza el saco con los bártulos, se cubrió los hombros con un grueso manto y dirigió una mirada a fray Genaro. Luego se deslizó hacia la puerta sin hacer ruido y dejó tras de sí una catarata de rizos azabache y un tenue olor a rosas.

—Mi señor —empezó el herbolario en tono conciliador—, disculpad nuestras costumbres, pero siempre obramos de esta buena fe en casos de enfermedad.

—¿Metiendo mujeres en el convento? —preguntó fray Tomás, irritado—. ¿Y esto lo permite vuestro abad? ¿Qué es esto, una casa de lenocinio?

—Mi señor, ha sido culpa mía. Disteis órdenes de salvar a vuestro amigo de la muerte, y esta santera dispone de tantas indulgencias que no cabrían en todo el archivo de la catedral. Su nieta la acompaña siempre en sus quehaceres y sanaciones. Salen dos horas antes de prima por la puerta trasera. Hoy me he dormido y la sanadora ha decidido dejar a su nieta aquí, os ruego me perdonéis.

—¡Pedid el perdón a Nuestro Señor si habéis pecado! —contestó fray Tomás.

Fray Genaro continuaba febril, aunque los cuidados de la muchacha y las pócimas de la santera habían obrado milagros. Sudoroso y agotado, abrió ligeramente los ojos, tomó la mano de fray Tomás y la apretó suavemente con una sonrisa de agradecimiento.

—Animaos, hermano, parece que saldréis de esta. La peste no os ha cogido esta vez. Os dejo en buenas manos; yo tengo que ocuparme de importantes asuntos.

El herbolario lo miró con inquietud y salió detrás de él con aspecto compungido y temeroso.

—¡Mi señor, mi señor! Disculpad. —Corría detrás de fray Tomás, que salió del claustro en busca del abad—. Vuesa Merced sabrá perdonar esta falta mía; no habléis al abad de mi disipación con la santera ni...

—¿Disipación? —Se paró en seco mirando fijamente al demacrado fraile que lo seguía a pocos pasos—. ¿Qué sabéis vos de la disipación? ¿Os permitís esa conducta? ¿Alguno de vuestros hermanos? ¿O es el abad?

La mirada penetrante de fray Tomás hacía mella en el pobre herbolario, que titubeó sin saber adonde dirigir su mirada.

—Bien, hermano, creo que podéis continuar con vuestras obligaciones —le dijo en tono condescendiente mientras le daba la bendición. El herbolario se santiguó y se volvió a toda prisa a su celda—. Os mandaré llamar... ¡si os necesito!

Fray Tomás siguió andando. Había llegado el momento de entrevistarse con el abad.

—¡Adelante! —dijo una voz tras la puerta de madera castellana.

—Quiero agradeceros vuestra hospitalidad para conmigo y mi compañero de viaje —comenzó el viejo después de entrar, haciendo una genuflexión ante el abad—. Hemos recorrido mucha distancia y sufrido el ataque de unos bandidos...

El prior, de cara regordeta y manos pulcras y bien cuidadas, ofrecía un aspecto beatífico y bonachón. Lo interrumpió bruscamente alzando la mano derecha con una sonrisa de complacencia. Sus mejillas de color granate contrastaban con su pelo grisáceo. No descuidaba su cadena de oro con una gran cruz coronada de rubíes, que sostenía en sus blandas manos.

—Olvidad los agradecimientos por nuestra cortesía con vos, hermano —dijo. Se incorporó y se dirigió a una alacena—. La caridad con nuestros hermanos es bien notoria en nuestro convento y vos, según me informa el hermano portero, parecéis un personaje principal. No obstante, nos produjo una cierta zozobra recibir en plena noche a dos peregrinos y uno de ellos con evidentes síntomas del mal. —Se interrumpió y sacó una bandeja con frutas y unas uvas negras y relucientes que abrían el apetito con solo mirarlas—. Consideradme a vuestra disposición siempre que lo deseéis y mis obligaciones lo permitan. ¿Gustáis de unas frutas, mi señor? ¿Preferís una colación?

El viejo hizo caso omiso al ofrecimiento.

—¿Y qué os trae por estas tierras, si puede saberse? —continuó el abad—. Quizá habéis venido a nuestra ciudad en misión religiosa, o tal vez en un viaje de placer. Habéis hecho tintinear vuestro oro esta noche en nuestro convento y ya sabéis que esos brillos predisponen agradablemente a las personas. Tal vez deseéis relajar vuestro espíritu. En tal caso, y como quiera que vuestra opulencia resulta bien patente, si deseáis algo más... ¿Cómo os diría?... Muchos príncipes se han detenido aquí y quedaron encantados de nuestra hospitalidad. Tal vez os podría sugerir, sin ánimo de ser indiscreto, ni de ofenderos, que compartierais conmigo alguna... Cómo os lo podría decir... Alguna pequeña libación de los sentidos. Nos sentiríamos pagados con vuestra satisfacción plena y quién sabe si lograríamos algún óbolo para nuestros necesitados.

—Decid, mi querido abad —empezó fray Tomás con sonrisa de hiena y voz almibarada—, esa... pequeña libación de los sentidos, ¿se trata de lo que estoy pensando? —preguntó con una expresión picara en los ojos.

—Desde luego, mi señor, que vuestro oro abriría todas las puertas cerradas por la rigidez de las reglas —contestó el abad imitando la picardía de los ojos del viejo—. Nuestra discreción es tan rígida como la mejor de las órdenes. Somos concedores de las pequeñas liviandades de nuestros reverendos padres, que acuden a nuestro convento a reposar. Tenednos a vuestra entera disposición. Podemos ofrecer «alivios» que os harán alcanzar el más sublime de los éxtasis.

Se levantó fray Tomás y casi sin mirarlo le dijo con la misma almibarada sonrisa:

—Espero que procuréis cuidados y atenciones a mi compañero de viaje mientras se encuentre débil. No obstante, y en agradecimiento a vuestros desvelos, no tardaréis en disfrutar de mi gratitud, una gratitud tan grande que os hará estremecer... de gozo.

3

Fray Tomás bajó la calle mayor mientras observaba la ciudad, que lentamente se desperezaba. El toque de tercia desde el campanario de la catedral le hizo apurar el paso, y pronto el magnífico templo se mostró a sus ojos. A pesar del frío todos se afanaban por comenzar sus labores cotidianas.

Un novicio le acompañó hasta el despacho del obispo.

—Bien recibís a los peregrinos en vuestra diócesis —comenzó fray Tomás en tono irónico—. ¿Os han informado de mi presencia?

—Recibí un correo la semana anterior —dijo el primado, que se levantó animando al fraile a entrar—; me indicaba la visita de dos príncipes para una reunión episcopal en mi diócesis. Supongo que vos venís con la misma comisión. Decidme, mi señor, vuestro nombre y rango, para que pueda daros el tratamiento que merecéis —añadió el obispo con una sonrisa—. ¿Portáis alguna credencial, una orden principal de vuestros señores? Comprended, mi señor, que tal vez peque de omisión al protocolo de vuestra dignidad.

Fray Tomás sacó de su hábito un papel de pasta de cáñamo y lo mostró al obispo, al tiempo que decía:

—Hacéis muy bien, hermano. Preparaos para recibir a dos grandes primados de la Iglesia y varias legaciones de distintas órdenes. Pero sin demasiadas fanfarrias ni ceremonias; algo simple y sin protocolos. Vienen desde muy lejos para llevar a cabo ciertas... discusiones.

El hombre miró el papel como si viera el misterio de la Encarnación durante unos instantes y preguntó:

—Decidme, mi señor, ¿sois acaso quien dice este papel? ¿Dónde os alojáis? ¿Y vuestra escolta?

El obispo tendió el documento a fray Tomás y observó con interés a su interlocutor.

—Tendréis buen cuidado en demostrar prudencia respecto a mi persona y los príncipes. Nadie debe conocer nuestra identidad, al menos de momento. Haremos una profunda pesquisa de fe en honor y gloria de los príncipes; ya os daré instrucciones. En otro orden de cosas, tengo a mi compañero de viaje en el convento de Santiago; está enfermo y me gustaría que dispusierais lo necesario para sanarlo.

—¡Por Dios, mi señor fray Tomás, la peste asola nuestros campos! ¿Habéis traído a un apestado? ¡Será imposible restablecerlo!

—No os he dicho mi nombre todavía —replicó el viejo con un leve gesto de fastidio en el rostro.

—Mi señor, no podéis ocultar vuestro rango y distinción. Un despacho como el que me habéis mostrado solo lo puede firmar nuestro soberano a su valedor. Os serviré con celo y prudencia; el señor de Torquemada puede estar tranquilo, podéis contar conmigo. Solo que vuestro compañero de viaje...

—Tan solo se trata de un «aire» que ha pillado. No os preocupéis —repuso el viejo en tono tranquilizador—. Espero también que me informéis debidamente de todas y cuantas legaciones lleguen a la ciudad. Disponed lo necesario para recibir las y darles protección.

—Mandaré correos a caballo en su busca. Decid, mi príncipe, ¿es un concilio lo que vais a celebrar? —continuó el prelado, con vivo interés—. Sería de capital importancia si es así. Deberé realizar el protocolo de primados...

—Tranquilizaos, yo permaneceré aún unos días con vos. Procuraréis alojamiento a varios príncipes. Mientras les esperamos, llevaréis a cabo unas disposiciones que os dictaré, en beneficio de la fe y la santidad de vuestra ciudad.

Fray Tomás contempló con interés los cofres de celosía ricamente labrados y una gran araña de cristal que pendía del techo. En la estancia destacaba un armario adosado a una pared, rico en bellos y complicados bajorrelieves tanto en sus patas como en el cabecero. Miró complacido ese rico mobiliario que hablaba del poder y la riqueza de la diócesis, y de la codicia de su obispo.

Fray Tomás sabía que aquel primado obraba en funciones del arzobispo de la diócesis, gravemente enfermo. Se había informado debidamente de las costumbres e inclinaciones de este personaje. Albergaba planes para él, pero antes quería asegurarse de que sería el hombre apropiado.

El nuncio se quedó mirando a su interlocutor. No le gustaba como le trataba; él era el obispo en funciones y merecía alguna deferencia. Sin embargo, decidió que lo más prudente por el momento era dejarse llevar por los acontecimientos y agasajar como era menester a cuantos príncipes acudieran a su diócesis.

Ese mismo día, una febril actividad empezó a apreciarse en la catedral. Toda una serie de preparativos, que afectaban a los conventos e iglesias de la ciudad, se puso en marcha. La noticia corrió como la pólvora: ¡el Santo Oficio había llegado a Jacca!

Varios heraldos recorrieron la ciudad, lanzando aquel mensaje de temor y muerte. Los Mangas Verdes detuvieron a la santera que atendiera a fray Genaro, a la que se abrió pesquisa por brujería, y se dio la orden de buscar y capturar a su nieta por incitación a la lujuria, hechicería y satanismo. Y a dos soldados de la guardia de la muralla se les arrestó por asalto a mano armada.

Se inició proceso, pesquisa y detención a todos los sospechosos de herejía de la ciudad, y a los falsos judíos conversos.

Se escuchó a todos aquellos que quisieron acusar a su vecino de faltas contra la religión y pecados de cualquier índole.

Todo parecía patas arriba. La hermandad de los Mangas Verdes se veía incapaz de contener a las personas que intentaban salir y entrar por cualquier medio por las murallas y tuvo que pedir ayuda a los soldados del Justicia. Al mismo tiempo, los hermanos aprovechaban la circunstancia para hacer de las suyas en aquel caos que se había desatado y empezaron a cobrar precios abusivos por entrar un día en la ciudad.

Todo el mundo quedó conmocionado y preocupado. Se veían contingentes de

fuerzas armadas que llegaban a la ciudad a golpe de tambor por los portones principales, mientras infinidad de vecinos trataban de salir: judíos conversos, relapsos, ladrones, jugadores de fortuna, tramposos, usureros, falsos clérigos que se aprovechaban de los incautos, salteadores al refugio de la ciudad, ladrones de largos dedos, putas, proxenetas, bandidos de la legua, criminales, delatores, pordioseros, lazaretos ocultos y toda una suerte de personajes que conformaban la población marginal de una ciudad.

Frtailes había que, sorprendidos por sus hermanos en actos de sodomía o fornicación con prostitutas, mantenían las formas con su compañero de orden, hasta que la sospecha de una delación al Tribunal de la Inquisición los obligaba a salir huyendo, no sin antes agradecer el servicio al hermano en cuestión con una puñalada traperera. Los hermanos hospitalarios apenas podían atender a los heridos en pendencias o riñas. Los clérigos, que otras veces se mostraron propensos a conceder bulas a los ricos que podían pagarlas, se mostraban esta vez más remisos, ya que ni ellos mismos se sentían seguros.

Artesanos de la madera fueron convocados para levantar un entarimado en el amplio descampado detrás de la catedral, en el talud que bajaba a las huertas y campos que abastecían la ciudad. Allí empezaron a celebrarse los juicios seculares y las ejecuciones sumarísimas.

Se prepararon tenderetes para vender golosinas, mercancías y artesanías, útiles y bártulos, como si se tratase de la festividad del Santo Apóstol o de Pascua. Numerosos comerciantes hacían cola en el obispado para solicitar licencias de venta.

Todos sabían que podían estar en el punto de mira del inquisidor. Todos se miraban con recelo. El temor a la delación estaba latente en todos los ánimos. La gente se agolpaba cuando se oían los tambores que anunciaban la marcha de los Lanzas conduciendo a un reo. Muchos los acusaban, otros se apiadaban, otros los defendían, sin estar seguros de su inocencia ni de su pecado.

Las discusiones prendían en cualquier corrillo, pero en definitiva todo se circunscribía a evitar convertirse en uno de los aprehendidos. Cuando se veían las largas picas por encima de las cabezas o se oía el redoble de un tambor en busca de un acusado, reinaba una tensa calma, pues ninguno quería ponerse a salvo precipitadamente. Algunos presentaban una sutil excusa para abandonar el corrillo de inmediato: recordaban de sopetón una indisposición de su mujer, a una anciana madre postrada en el lecho o un súbito apretón de vientre, y desaparecían en el dédalo de la judería.

Sin embargo, todos respiraban aliviados cuando los veían pasar de largo. Hacían actos de contrición y trataban de recordar si aquella agria discusión del día anterior con su vecino no sería objeto de rencores, y se relajaban al apreciar cómo su oponente les regalaba una amplia sonrisa. A buen seguro, había sentido y temido lo mismo. Más de un enemigo irreconciliable se mostraba ahora amistoso, e incluso invitaba a su contrario con afable cortesía a visitarlo siempre que quisiese a su casa,

al tiempo que se interesaba con afectado cariño por su mujer, niños o señora madre.

Fray Genaro se recuperaba lentamente de su fiebre; los cuidados del herbolario, aconsejado días atrás por la nieta de la santera, lo sacaron de su postración. Mil pesadillas febriles habían azotado sus mientes, especialmente aquella que lo perseguía desde su adolescencia, en la que un enorme lobo le lamía el rostro difunto. Le informaron de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en la ciudad. El herbolario no se atrevía a hablarle del dinero que había gastado ya para cuidarle; otras preocupaciones rondaban el ánimo de todos.

Fray Genaro meditaba su situación. ¿Cómo podría sustraerse a la voluntad de fray Tomás y llevar a cabo la investigación que le quitaba el sueño? Estaba supeditado a las órdenes de aquel fraile. En la situación actual le sería imposible hurgar en bibliotecas y archivos. Todos verían sus preguntas como señales de delación o contrarias a la fe.

Bien abrigado con un grueso capote y ligeramente mareado, fray Genaro empezó a caminar sin apretar el ritmo. Miraba la ciudad y sus gentes: su agitación y la febril actividad que desarrollaba lo mareaban. La imponente catedral se alzaba ante él mostrando esplendorosa su atrio y el crismón frontal como un ojo ciclópeo que coronaba el portón. Franqueó una puerta ricamente labrada y preguntó a un novicio que se afanaba en dar lustre a unos candelabros de plata dónde podía encontrar a fray Tomás.

El novicio le señaló a un fámulo sentado junto a una puerta, que dejó gustoso el frío asiento y se aprestó a acompañarlo. Pasaron a una espaciosa sala de suelo de tarima pulida, donde tras una gran mesa castellana se encontraban el obispo y fray Tomás. Fray Genaro, impresionado por el hábito rojo y el anillo de oro, se adelantó y fue a inclinarse a los pies del obispo, pero este lo detuvo en el intento.

—Veo que os habéis recuperado, hermano —dijo fray Tomás en tono jovial, sin respetar la palabra del preboste—. Acercaos y tomad asiento aquí con nosotros. —El fraile estaba un poco desconcertado—. Dejad los formulismos, fray Genaro; nuestro bien amado obispo os recibe con calor y os bendice —continuó al tiempo que dirigía una mirada de complicidad a este.

Una débil sonrisa afloró a los labios del príncipe mientras asentía. Fray Tomás no dejó que pronunciara ni palabra y prosiguió:

—Pensábamos encargarnos una misión. Dijisteis que poseíais conocimientos de derecho canónico ¿no es así? Bien, nos servirán de mucha ayuda en los procesos que se avecinan. Este hermano que aquí veis es el fámulo de nuestro amado obispo —indicó dirigiéndose al hombre que había subido con fray Genaro—. Confraternizad ambos, pues trabajaréis juntos algún tiempo. Habéis sido nombrado abogado de causa, querido amigo.

Fray Genaro se quedó estupefacto. No entendía qué estaba pasando. Hizo una genuflexión de acatamiento y, sorprendido por aquel nombramiento, salió acompañado del fámulo. Este le había causado una pésima impresión, no sabía decir

por qué. Quizá fuese por su enigmática sonrisa cuando el obispo elogiaba su celo ante fray Tomás. El olor acre que emanaba de su persona hacía más desagradable su presencia. Calzaba unas sandalias de franciscano, posiblemente heredadas de algún monje muerto a tenor de lo decrepitas que se veían, y estas dejaban al descubierto unos pies renegridos de roña. Su aspecto demacrado, los pelos revueltos y aquellos ojos encendidos, que parecían taladrar con la mirada, le conferían un aspecto siniestro.

Ya en el exterior, el fámulo se dirigió resueltamente hacia un lateral de la catedral. Entraron por una puertecita a un jardín interior y desde allí, a través de unas escaleras angostas, subieron hasta la planta superior, detrás del coro.

—No hay grandes libros en esta biblioteca —explicó el novicio con un cierto aire de abatimiento—. No tenemos copistas y los pocos libros que nos llegan de San Juan vienen en un estado deplorable. Aquí os traigo las *Decretales* de Gregorio IX, *Tractatus* de Horecticis y la bula *Ad Extirpanda* del papa Inocencio IV. Seguramente sacaréis buen provecho de ellos. —Dejó los libros sobre una de las mesas y con la manga del hábito quitó la capa de polvo que el tiempo había depositado sobre sus tapas—. Estos libros os pondrán al corriente sobre vuestra labor como abogado de los reos —añadió de pronto con una leve sonrisa—. Pero dejadme buscar un momento, os traeré uno que os resultará el más valioso de todos.

Regresó al cabo de un momento.

—¡Aquí está! —anunció con cierto aire victorioso—. *El Compendio del directorio de inquisidores*, de Nicolau Eymeric, inquisidor general de Aragón, editado hace cuarenta años. Todos los inquisidores utilizan los recursos que aquí se compendian.

—Decidme, hermano —preguntó fray Genaro sin demasiado interés—, hablando del maestro Eymeric ¿tenéis por un casual una copia del Codex Calixtinus?

—¿*El Codex de Las Decretales del Papa Calixto*? —preguntó a su vez el fámulo.

—No, el *Liber Sancti Jacobi*.

—No, no lo he visto nunca.

Fray Genaro, con una expresión indiferente, siguió preguntando:

—Hermano ¿realmente hay un archivo documental en la catedral? No veo nada parecido en esta biblioteca.

El fámulo se lo quedó mirando. Unos instantes después, una sonrisa afloró marcando unos puntos negros en su piel. Sus dientes podridos se cerraron en una mueca de desagrado.

—Hermano, esto es todo de momento.

Fray Genaro se despidió con el grueso libro bajo el brazo. Volvería para consultar el resto, dijo. Una vez en la calle, sonó un estrépito de voces y ruidos de carretas. Una turbamulta avanzaba lentamente rodeando a un carro en dirección a la plaza. Fray Genaro alcanzó a ver cuatro figuras en la caja. No entendió lo que veía. La muchedumbre se agolpaba para apreciar de cerca al reo conducido a la casa del

Justicia. Sobre la carreta, ocho Lanzas custodiaban a tres hombres, sujetos a una cadena de hierro, y a una mujer vieja y consumida que apenas lograba mantenerse en pie.

¡Era la santera que lo había cuidado!

Siguió con la vista la carreta, que se perdió en un mar de cabezas en continuo movimiento. No sabía cómo había sido apresada, ni lo que sería capaz de hacer por ella. Era consciente de que aquella mujer lo había curado, así que hablaría con fray Tomás y pediría su compurgación; para algo había sido nombrado defensor de causa.

En el convento de Santiago, dejó el libro en la celda que le habían asignado y un novicio le entregó un billete con recado de fray Tomás: debía presentarse antes de la hora sexta en el fortín del Justicia. Al toque de tercia ya estaba preparado y listo; sin embargo, prefirió acudir antes de que sonara la campana.

Era una construcción situada en la entrada del valle a la Pirena. Parecía enterrada en la propia tierra, y sobre sus cubiertas crecía el césped y no pocos arbustos de boj. Los habitantes de la ciudad, como en un intento de conjurar los horrores que bajo sus pies se sucedían, paseaban tranquilos por aquellos prados y disfrutaban de la efímera sensación de libertad mientras imaginaban los terribles sufrimientos que alguno de sus vecinos lamentaba bajo el subsuelo.

La casona estaba guardada por dos soldados del señorío de Larrés; otros dos Mangas Verdes de la Santa Hermandad custodiaban la entrada a cada lado del portón.

El obispo y fray Tomás lo recibieron con una amplia sonrisa, ambos sentados junto a un gran brasero de cobre encendido con carbón vegetal. Juntos bajaron a los sótanos, donde un hedor acre y fortísimo cortaba la respiración. El Justicia, como alguacil supremo de la ciudad, presidía el proceso. Las inmundicias reinaban alrededor de los reos que aguardaban pacientes su suerte encadenados a los muros. El hombre, con andar cansino, abría las puertas y portaba una antorcha que iluminaba los lóbregos pasadizos, proyectando sombras móviles sobre rostros repentinamente iluminados por la luz.

Un hombre esperaba encadenado y sentado en el suelo, con brazos y cabeza apoyados sobre las rodillas. El Justicia preguntó su nombre al oficial de Registro que entró tras él.

—Isaías Volsvich —dijo este tras hojear una carpeta de tapas de madera y hojas de pasta de cáñamo—. Se le acusa de falso converso y de ocultación de herejes.

Fray Genaro se inclinó para mirar su rostro de cerca. El judío alzó sus ojos esperanzados hacia aquel que traía vientos de libertad y lo asió fuertemente de un brazo. Sus ojos de fuego anegados en un mar de súplicas se clavaron en el alma del fraile. Fray Genaro hizo una seña al oficial para que los dejara solos y miró al judío.

—¡Hermano, por vuestro Dios! Buscadla y salvadla. Ella está en peligro y vos le debéis la vida —exclamó el hombre con vehemencia—. Tenéis que salvarla.

—¿Buscar? ¿A quién?

—Buscadla, por lo que más queráis... La judería... sacadla de allí... La san...

Se detuvo bruscamente al ver a un soldado que apareció ante ellos y los miraba con fiereza. Fray Genaro se encaró con el Lanza.

—¡Ordené que nos dejaran solos! —le espetó.

El soldado se mantuvo firme y respondió con acritud:

—No tenéis poder aquí. Yo sí tengo órdenes de no dejaros a solas con los reos.

Fray Genaro miró al hombre con estupor ante tamaña osadía. Tal vez ignoraba la encomienda de fray Tomás. Cuando se inclinó para hablar con el judío, el soldado puso la mano sobre la empuñadura de su espada. Fray Genaro se levantó y se despidió del judío intentando reconfortar su ánimo, mientras el hombre se aferraba a sus ropas y se colgaba de su brazo, en un inútil intento de agarrarse a la libertad. En la sala de guardia, pidió los nombres de sus familiares al escriba de registro. No constaba ninguno en el sumario.

De repente, sintió una molestia en la muñeca, como si algo extraño le raspara la piel. Se miró la bocamanga y descubrió un pequeño billete de papel de pasta de cáñamo. Lo recogió, lo miró extrañado, y vio unas palabras garabateadas con prisa, incomprensibles.

Salió de la estancia y regresó a la sala de tormento. Fray Tomás miraba cómo los verdugos ponían boca abajo al abad de Santiago en unas parihuelas para llevarlo a su celda. Apenas respiraba. Ni un gemido ni un movimiento convulso. Su aspecto hacía presagiar la visita de la muerte mucho antes de lo esperado. Habían sometido al desgraciado a las «garras de gato», una tortura insufrible de la que nadie salía vivo.

A la espalda de fray Genaro, una voz suplicante le hizo volverse. Sobre otra mesa se encontraba el herbolario del convento de Santiago. Tendido boca arriba, tenía sujetos el cuerpo y la cabeza contra la madera por una gruesa soga y tiras de cuero que le ataban la frente. Su mirada suplicante se le clavó en el ánimo. Sintió un odio fiero hacia fray Tomás, que daba la espalda a todo aquel sufrimiento. Permaneció inmóvil hasta que su amigo y cuidador le pidió con gestos de la cara y de los ojos que se acercase a él. Fray Genaro se inclinó sobre su rostro y pudo escuchar en un susurro:

—Yo estoy perdido, pero os juro que no sabía que vos...

—¡Ah! Aquí tenemos a nuestro amigo el herbolario —interrumpió el dominico con jovialidad—. Ahora podremos reanudar nuestra interesante conversación. Esperamos con impaciencia que nos aclare unos cuantos puntos.

Fray Genaro sintió que algunas imágenes confusas acudían a su mente: veía al herbolario atendiendo a las explicaciones de la muchacha misteriosa en una lengua completamente extraña, inclinados ambos sobre un gran libro. Quiso preguntarle por la santera que había visto en la carreta de los reos, por las enigmáticas palabras escritas por el judío, por la muchacha... Al recordar la imagen de la chica, se dio cuenta de que no podía apartar de la mente sus ojos de misterio y mar.

—Mi señor, decid, ¿de qué se acusa al pobre herbolario? —preguntó fray Genaro con precaución.

El fraile pareció sorprendido por la pregunta; desvió la mirada y después respondió:

—Pues... de ocultación de pruebas al inquisidor.

—¿Y no nombráis abogado de defensa? —continuó Genaro.

—¡No! En absoluto —respondió el inquisidor con la firmeza que le caracterizaba—. En estos casos primero hay que demostrar la causa. Tomaos las cosas con calma, con mucha calma. —El verdugo le sujetaba la mandíbula al pobre herbolario con unas tiras de cuero que le impedían cerrar la boca—. Dejadnos un tiempo a solas, hermano —añadió—, debo hacer unas preguntas al herbolario. Cuando acabemos, podréis revisar las causas de su sumario.

El fraile salió al exterior temeroso de la suerte del herbolario. No se quedaría allí sentado viendo cómo los hombres que debía defender eran presa fácil del verdugo. Comenzó a andar con aire decidido hacia la judería, resuelto a encontrar a la familia del judío Isaías, y se internó en las serpenteantes callejuelas. La impotencia y la ira le impulsaban a caminar con paso rápido y determinado.

Preguntó por Isaías Volsvich, por su casa, por sus familiares. Los judíos, cuando notaban la presencia del fraile, se escondían en los portales y atrancaban las puertas en sus narices. El cerebro de fray Genaro bullía atormentado; le repugnaba la misión que le había encomendado su abad y se inculpaba de no haber estudiado los libros de derecho canónico con la profundidad que los casos requerían. ¿Cómo podría ejercer ante aquellos hombres acostumbrados a las leyes inquisitoriales, si él apenas recordaba nada? Comenzaba a sospechar que con esta misión el abad había querido castigarle.

Se dio cuenta de que un nutrido grupo de hombres le seguía a diez o quince varas de distancia; hablaban entre ellos y alzaban los puños en su dirección. Aceleró el paso tanto como pudo. Cuando hubo recorrido tres o cuatro calles más, el grupo perseguidor ya se había convertido en una turbamulta que comenzaba a lanzar imprecaciones e insultos.

El fraile, asustado, volvía la cabeza y andaba cada vez más deprisa, hasta que echó a correr. Ahora se daba cuenta de la gravedad de sus actos, de su imprudencia: se había metido en la boca del lobo y nadie le escucharía si intentaba contarles que era el abogado de Isaías. Se lanzó en una loca carrera entre los callejones estrechos, pero no conseguía encontrar una calle que lo condujera fuera de la judería. Solo podía hacer una cosa: correr, correr desesperadamente frente a sus perseguidores.

Las piedras comenzaron a silbar a su lado y a estrellarse contra las tapias con un sordo golpetazo. Colocó el libro del fámulo tras su cabeza para protegerse, y aunque alguna acertó a darle en la espalda o en las piernas, no sintió dolor alguno, solo pánico. Justo al doblar una esquina, en el zaguán de una puerta, vio unos ojos verde jade durante un instante y una fuerza poderosa lo lanzó hacia ellos. Entró en un patio a trompicones y la tosca puerta de madera se cerró tras él. Unos segundos más tarde el gentío pasó de largo profiriendo voces e insultos. Parecía un milagro, pero nadie lo

había visto entrar allí.

Guardó silencio mientras las voces del exterior se alejaban.

El recinto interior era luminoso y abierto, parecido a un patio árabe, y el sol alumbraba los jardines. Oyó un rumor cantarín de agua fresca y alegre. El sendero estrecho de gravilla, coronado de árboles frutales enanos, conducía a la casa que se encontraba al fondo. Todo el jardín quedaba oculto a las miradas del exterior por un muro de ladrillos árabes más alto que un hombre.

Sintió el efecto de algo impreciso y etéreo, invisible. Como una racha de brisa que besase su mejilla, como un grácil aleteo sobre las aguas mansas de un estanque. Algo mágico y delicioso que se movía perezosamente, ondulante y lleno de misterio. Luego vio a la muchacha frente a la puerta, y en ese mismo instante, la sensación que lo envolvía como una suave ráfaga de viento se alejó. ¡Era la joven que lo había cuidado en el convento, la nieta de la santera!

El fraile volvió a oír los pájaros y el rumor del agua. La chica había desaparecido. Se dirigió entonces a la casa y empujó la puerta entreabierta. Una lamparita de aceite proyectaba un temblor continuo en una pared. El resto de las paredes estaban cubiertas de ricos tapices y el suelo, con gruesas alfombras y grandes almohadones de plumas, con fundas de seda de distintos tonos de rojo.

Un anciano de larga barba blanca se encontraba allí sentado. Vestía una chilaba árabe con un chaleco sin mangas ricamente bordado con hilos de oro y plata. Sus pies nervudos y sarmentosos descansaban descalzos sobre los tapices. Sobre la cabeza, un turbante. Era de porte altivo y arrogante a pesar de la edad y un ligero encorvamiento de la espalda. En su rostro anguloso se esbozaba una leve sonrisa a través de unos labios finos y oscuros. A su lado, Genaro vio a la muchacha arrodillada y con la mirada baja.

El viejo comenzó a hablar. A fray Genaro le costó reconocer la lengua; era un idioma muy antiguo, mezclado con un castellano muy cerrado y alguna palabra beréber que se le escapaba al anciano.

—Vuestra presencia en este barrio no se considera un buen presagio. Os ruego perdonéis a nuestros vecinos; para ellos sois del brazo fuerte —dijo el viejo con una voz ronca y grave, al tiempo que lo invitaba a sentarse.

La muchacha sirvió dos humeantes tazas de té sin dejar de mirarle de reojo. Una sutil sonrisa cabrilleaba en la humedad de sus labios.

—Yo no pertenezco al brazo fuerte —protestó fray Genaro—. No pensé que podría suceder algo así, soy el abogado de Isaías...

—Sabemos quién eres —le cortó el anciano con un tono de voz y un gesto francos y amistosos—. Tú y tu compañero de viaje habéis traído unos cuantos problemas a nuestra comunidad, pero también hemos ganado unos buenos dineros por cuidarte. Y ahora ha llegado el inquisidor que limpiará el barrio de sucios pecadores y traidores conversos.

—Me sorprenden tus palabras sobre tu gente, anciano. ¿Cómo puedes hablar así

de los conversos?

—¡No son mi gente ni lo serán jamás! Son los más infieles de la Creación —contestó el viejo mientras dejaba la escudilla sobre una mesita ricamente labrada—. No son de los nuestros. Imaginaos a un cristiano que reniega de Jesús para adorar a Alá, solo porque el lugar en que vive le es inhóspito. ¿Qué pensaríais de él? Son traidores a su fe, a la doctrina de Alá y a la ley de Moisés. Son traidores a sí mismos. Ya no se pueden llamar judíos, ni musulmanes ni cristianos.

—Dime entonces, anciano, por qué me perseguía esa gente.

El viejo, con una sonrisa que transformó su cara en un mar de arrugas, contestó:

—Te tienen miedo.

—¡Pero yo soy abogado defensor! Si consiguiera encontrar a algún amigo o familiar del judío Isaías y me dijera quién puede haberle acusado, quizá podría mandar una recusación a Roma.

—Isaías está perdido y lo sabe; todos lo sabemos. El inquisidor no lo dejará libre jamás. Cuando regrese la orden de libertad, llevará muerto un buen tiempo.

Fray Genaro mantuvo una actitud dubitativa, mientras manoseaba el billete del judío Isaías que había sacado de su hábito.

—Cuando lo fui a ver, Isaías introdujo en mi manga este papel. No sé qué quieren decir sus palabras.

—Dejádmelo ver.

El anciano leyó el texto: «El oro de la vida es el jade de sus ojos, el oro enterrado os conducirá a la tumba, librad vuestras vidas de la conjura de los lobos».

—Sí, creo que está escrito en un idioma muy antiguo, usado por los judíos del norte, el yiddish. El pobre Isaías os pide ayuda; sabe quién sois y conoce vuestra influencia sobre el inquisidor. Isaías fue apresado porque persiguen a mi nieta y lo están presionando para que denuncie su paradero. No goza de demasiadas simpatías ni entre los miembros de mi religión ni entre los de la suya, pero ya sabéis que el amor es ciego y mi hija Faghira, flor de jazmín, abjuró de su fe para casarse con Isaías por el rito judío. Eso la perdió. Solo con gran esfuerzo consiguió escapar del inquisidor y huir.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? —preguntó fray Genaro, molesto.

Sentía la mirada de la muchacha rodeándole, inundando la estancia de luz.

—Recuerda que fuiste tú quien vino; te perseguían. Pero estate tranquilo, despreocúpate de los judíos —añadió el anciano—, nada puedes hacer por ellos. Tampoco podemos ayudar a Isaías. Corren tiempos difíciles. Desde hace unos años, las relaciones entre tu Iglesia y las nuestras se han deteriorado, y las disputas entre los fieles de las distintas creencias son cada vez más exacerbadas y violentas. Vamos a asistir a hechos que cambiarán nuestras vidas. Los vientos que se acercan pondrán a prueba muchas almas y muchas creencias, especialmente la tuya.

»Mi principal preocupación es mi nieta, que ahora solo me tiene a mí. Quiero que se reúna con su madre. La muchacha te hizo un gran servicio cuando estuviste

enfermo, te procuró salud y debes pagar su prebenda con otra.

—Pero ¿por qué yo? Yo no podré ayudaros; debo obediencia a mi señor, por orden precisa de mi abad y su concilio...

—Ella te compensará de una forma que jamás podrías imaginar: te guiará para que consigas lo que tu corazón anhela.

—No os comprendo. ¿Cómo pretendéis que ayude a vuestra nieta y mucho menos que encuentre a su madre?

—Ignoras muchos poderes que se encuentran en la naturaleza. Hay muchas fuerzas además de la oración que el sabio o el elegido pueden utilizar y que escapan a la comprensión humana —respondió el anciano con suavidad.

—¿Os referís...? ¿Antes, cuando entré en el jardín? ¡Sí! ¿Qué fue eso?

—Algunas personas gozan de unos privilegios que escapan a la comprensión de los demás, tienen un poder que solo ellos pueden manejar, como le sucede a mi nieta. Ella no os ha elegido, simplemente sabe que vuestros destinos están irremisiblemente unidos.

—Pero eso es imposible... Yo nunca imaginé...

—Fuiste tú quien vino, *frater* —musitó el anciano—. Alá condujo tus pasos hasta mi puerta.

Había algo realmente mágico y misterioso en aquel lugar, como si estuviera a merced de los acontecimientos; igual que los reos ante el inquisidor, igual que los sentimientos que le habían invadido en el ataque en Santa Cruz. De repente sintió miedo, miedo a lo desconocido.

El viejo se levantó con inusitada agilidad, dejó el cuenco de plata en el suelo y cogió de un rincón una vara larga de avellano. Retiró con brío una de las grandes alfombras que cubrían el piso y apoyó con fuerza la punta de la vara en la tierra batida.

—La vida de los hombres está regida por Alá. Sus vidas son caminos que comienzan y terminan en un punto del tiempo. Nosotros creemos que el estado anterior a la vida y el posterior a la muerte son el mismo, y que la vida es solo un tránsito. No nacemos y morimos en vida, sino que morimos en el paraíso. Morimos al nacer en la Tierra y renacemos cuando abandonamos esta existencia. —Trazó una línea con la vara y un surco cruzó el suelo en un trazo elíptico—. Hay tantos hombres sobre la Tierra que sería imposible contarlos a todos. Solo Alá lo sabe, pues es Él, en su infinita sabiduría, quien los crea.

Una nueva marca larga y elíptica apareció trazada en el suelo. Ambas se cruzaban en un punto. El viejo apoyó la punta de la vara donde convergían las dos líneas y siguió hablando:

—Cada persona que cruza nuestra vida hace variar nuestros conceptos sobre las cosas y las personas, al tiempo que nos abre encrucijadas y nuevos caminos. Alá, en su infinita misericordia, nos ofrece la posibilidad de elegir. Si nos encontramos en el interior de uno de estos surcos, como este pequeño insecto que aquí veis —señaló con

su dedo una pequeña hormiga que bregaba entre la tierra apisonada—, solo podemos ver este surco, que equivale a nuestra vida presente. Desde aquí, si vamos caminando por el cauce, como el pequeño bicho, solo podremos ver lo que ocurrió hacia atrás, pues tenemos memoria de lo que pasó; hacia delante apenas podemos ver cuanto abarca nuestra vista.

El insecto avanzó a un frenético trote por la diminuta zanja hasta que llegó a la encrucijada, en la que se detuvo un instante.

—Nuestras vidas se cruzan unas con otras abriendo nuevos caminos ante nosotros.

El anciano continuaba surcando el suelo con su vara una y otra vez, y dibujaba trazos largos y elípticos con cada movimiento de su brazo, como si ejecutara una danza lenta y misteriosa. Mientras el insecto cambiaba de dirección en cada encrucijada, vinieron a la memoria del fraile las marcas en la pared del escriba de Vera.

—Eso es lo que sucede con los hechos incomprensibles, como el que habéis experimentado en el jardín. Cuando un hecho fortuito se cruza en nuestro camino, solo podemos apreciarlo desde otra dimensión.

Después de un sinfín de surcos trazados, el viejo puso la punta de la vara en el centro del hueco por el que caminaba el bicho y, cuando este subió a la punta para salvar el obstáculo, el anciano levantó la vara por encima de su cabeza. El insecto quedó desconcertado, blandiendo sus antenas al vacío.

—Solamente cuando podemos salir del surco y ver todo desde una perspectiva distinta a la nuestra, podremos «percibir» lo que está vedado a los ojos de los que se encuentran en su interior. Imaginad que vos sois este bicho. Desde la altura en que está ahora, veríais toda la superficie de esta estancia. Pero dentro del surco, por mucho que os esforcéis, jamás podréis ver lo que ha visto nuestro pequeño amigo.

Fray Genaro comenzaba a comprender las palabras del anciano: solo él había sabido ver en aquella pared del escriba de Vera lo que estaba vedado a los ojos de los demás.

—Si conseguís imaginar que tras esos muros que os circundan hay otro mundo, terminaréis por entender mis palabras. Mirad y comprobad la razón y fe de vuestra ceguera.

La muchacha acercó una luminaria de una de las paredes y la levantó muy por encima de su cabeza. Fray Genaro sentía su presencia turbadora y aquel tenue olor a rosas. Descubrió entonces que la vara había trazado la silueta de la misma pesadilla que lo había estado persiguiendo en sus sueños: un terrible lobo. Una violenta sacudida convulsionó la espalda del fraile, sus manos comenzaron a temblar débilmente. Sintió un frío espantoso y un terror indescriptible a lo desconocido.

—No os preocupéis por estos juegos de la mente. Con ellos tan solo he conseguido averiguar qué era lo que más os aterraba; estaba tan claro y diáfano que me he permitido esta pequeña... fantasía.

Fray Genaro no sabía qué pensar. Aquel anciano hurgaba en el interior de su cabeza, leyendo en ella como en un libro. Todo resultaba tan confuso...

—Mi nieta es todo lo que me queda en esta vida y en esta ciudad. Vos podéis ayudarnos y nosotros os compensaremos de una forma que entenderéis al final de vuestro camino. Si ella permanece mucho tiempo en este territorio, no sobrevivirá; solo con su madre estará a salvo. Vuestra recompensa será acorde con los deseos que ocultáis en el fondo de vuestro corazón, especialmente los que más teméis y deseáis... Y guardaos de las maldiciones. La avaricia del mundo y de los hombres es imposible de dominar.

Fray Genaro sintió de nuevo una opresión en su corazón. Insospechadamente, el viejo había mencionado la palabra «maldición».

—Disculpad mi torpeza: ¿por qué traéis a vuestros labios la maldición? ¿Qué queréis decirme?

—Lo que vos buscáis está maldito. Ni siquiera los puros de corazón pueden romper el sello que lo guarda —dijo el viejo casi en un susurro.

Los vapores de los sahumerios envolvían al fraile obnubilándole el entendimiento.

«¿El sello?».

CAPÍTULO 5

El secreto

1

Despertó cubierto de sudor y tiritando de frío. Se encontraba en la misma estancia, pero le resultaba extrañamente desconocida. De pronto recordó los acontecimientos vividos antes de caer en aquel sopor del que le había sido imposible sustraerse. Con un respingo de sorpresa, se percató de su soledad. Todavía persistía en su mente una sensación de terror que no podía descifrar.

Percibió perfectamente el aroma a rosas de la muchacha que flotaba en el aire, y la imagen de sus misteriosos ojos permanecía grabada en su cerebro, al igual que su sonrisa, su bella y sugerente sonrisa de labios carnosos.

Todos los elementos de la estancia: alfombras, braseros, pebeteros, cortinas, luminarias, habían desaparecido. La habitación parecía abandonada desde hacía mucho tiempo. Con recelo se acercó al lugar donde el anciano trazara el extraño dibujo y miró, ayudándose del resplandor que entraba por la puerta entornada. El suelo mostraba la tierra batida y completamente lisa. Ni rastro de ninguna marca o línea.

Quedó sobrecogido por la sorpresa. ¡Era imposible que lo hubiera soñado! Escudriñó una y otra vez el suelo y las paredes desnudas, y sintió el frío que penetraba por el desvencijado ventanillo. No podía creer que todo hubiera sido una ilusión. Parecía que las imágenes y sensaciones vividas huían rápidamente de su mente, como si todo hubiese ocurrido mucho tiempo antes.

Salió al jardín y miró a su alrededor. ¡Tenía que haber sido un sueño! Quizá nada había sido real: aquel jardín parecía abandonado desde mucho tiempo atrás.

Fray Genaro cerró a su espalda la puerta trasera que daba a la calle, asegurándose de que no había ningún perseguidor, y caminó despacio, mirando con desconfianza a ambos lados. La calleja le condujo a la calle principal, donde se sintió más seguro.

¿Y aquel extraño poder de la muchacha? Le parecía sentir aún en su paladar el sabor dulce del té. ¿Qué le había dicho aquel viejo sobre la muchacha? ¿Adónde tenía que llevarla? Recordó haber oído la palabra «Basora», pero le parecía inaudito: ¿cómo podría él llevarla allí? Sin duda el anciano estaba loco.

Los olores que emanaban de las casas y callejas resucitaron su estómago: aromas de especias y carnes, aceites vírgenes y harinas tostadas que hicieron rugir sus entrañas, instándole a acelerar el paso.

Fray Genaro enfiló de nuevo la calle mayor en dirección a la catedral.

—¡Vaya, hermano! —exclamó el fámulo del obispo al recibirlo en el templo—. ¿Ya estáis de vuelta? —El fámulo quedó en suspenso sin saber qué hacer. Se le veía conturbado y cariacontecido—. Querido hermano —prosiguió, mostrándose repentinamente zalamero y exageradamente cortés, mientras se frotaba las manos en actitud contrita—, os estaba esperando, tengo terribles noticias para vos. Debo haceros partícipe de las nuevas que se acaban de recibir en la catedral. Lo siento de veras.

Se detuvo deliberadamente, como si pretendiera que su silencio hablara por él.

—Decidme lo que sea ahora. ¡Por el amor de Dios!

—Creedme que lo siento, hermano —continuó el fámulo, sombrío y serio—. La legación que esperabais de vuestro convento proveniente de Huesca ha sido encontrada por los emisarios de mi señor obispo. —Se detuvo de nuevo mientras fray Genaro lo miraba con el corazón en un puño—. Fueron asesinados en el paso del monte del Repós. Una emboscada. Sus restos recibieron cristiana sepultura en el mismo sitio. Que Dios nuestro Señor los acoja en su seno.

Fray Genaro quedó sobrecogido y una especie de vahído le obligó a apoyarse en la pared. ¿Qué más podía pasarle? Todas las desgracias terrenales parecían abatirse sobre sus espaldas.

—Por Dios, hermano. Venid, tomad asiento y descansad, seguramente estáis impresionado por la noticia —se disculpó el fámulo—. Debéis perdonarme, quizá he sido un poco brusco. Yo también quedé confuso, pues pensé que vuestros hermanos eran los que venían con la escolta de los príncipes.

Atizó un brasero enorme de bronce y el calor se hizo notar al instante. Fray Genaro se dejó caer en un sillón. Sus propios hermanos salvajemente muertos en el monte. Intentó adivinar quiénes habían emprendido el viaje; recordó las imágenes del vado y una náusea subió a su boca.

—Mirad lo que tengo para vos. Es el *Codex Calixtinus*. ¿No me preguntasteis por él? También había en su interior un billete lacrado con vuestro nombre. Mirad, aquí está.

¡El *Codex Calixtinus*! La copia que su maestro le prometió conseguir para estudiarla juntos. Lo tomó entre sus manos, sin atreverse a abrir el billete. Quizá su maestro le hablaría desde la distancia, acaso desde el otro mundo. Le temblaban las manos. En un acto de infinita contrición, le pidió a Dios que aquella carta no le advirtiera de la muerte de su maestro.

Al fin se decidió y abrió el sobre.

*Del monasterio de Veruela a fray Genaro de la Cruz
En el año del Señor de mil y cuatrocientos noventa y uno, día
Vegésimo de Septiembre, por la gracia de Dios*

Estimado y muy querido hermano en el Señor:

En la confianza de que habéis tenido éxito al encontrar y proteger al personaje que encontrasteis en la raya de Navarra, os informo que el códice y el manuscrito que pusisteis en mis manos para que lo estudiase esconden un gran secreto.

Estudí con intensidad los versos, la caligrafía y los datos. Resumo todo mi estudio en una clave. Emplead el ingenio y el secreto será vuestro.

La clave la hallaréis en la suma del año del nacimiento de Fernando con el año del Señor. En Trinidad, más la edad de Isabel, más la diferencia de vuestra edad y la mía, más cien.

Os envío un abrazo y que Dios vos guarde y preserve de mal.

FRAY MACARIO DE OSMA

Fray Genaro se sintió algo más aliviado: su amigo se encontraba vivo, no había salido con la legación. Miró y remiró el códice, pasando todas y cada una de sus hojas.

—¿No encontraron nada más? —preguntó—. ¿Un legajo de papeles? ¿Quizá algún otro billete?

Desde su sitio, el fámulo negó con la cabeza y se encogió de hombros.

—¿Más malas noticias, hermano?

—Al contrario, dentro de lo malo, estas son buenas —respondió el fraile poniéndose en pie—. Por un momento temí que mi maestro hubiese salido con la desgraciada legación, pero su carta me ha tranquilizado respecto a él, aunque no respecto a los otros. Si no os importa, me gustaría estar solo. Disculpadme con fray Tomás, pero si precisa de mí, mandadme recado.

Salió el fámulo y el fraile se arrodilló en su reclinatorio y rezó con todo el fervor que fue capaz de sentir por las almas de sus hermanos. Nuevamente trataba de imaginar los rostros de aquellos que ahora se encontrarían sin duda en el seno del Señor. Muchísimo tiempo después, una campana lo sacó de la oración.

De repente sintió la mordedura de la curiosidad en su espíritu. Con fuerza inusitada su eterna lucha con lo oculto se manifestó de nuevo abiertamente. Tuvo la sensación de que en sus ojos brotaba un diminuto brillo maligno. Se persignó abatiendo los hombros y tomó de nuevo la carta de su maestro.

Leyó y releyó el escrito sin comprender el significado de las palabras de su amigo. ¿Qué quería decir eso de la clave? ¿Por qué se había tomado tantas molestias en ocultar datos y nombres? No le resultaría difícil dar con el resultado de las operaciones aritméticas de las que hablaba su amigo, pero ¿por qué tanto misterio?

Recordó el año del nacimiento de Fernando: 1452, más el año del Señor: 1491, que daba un total de... —calculó mentalmente—: ¡2943! Sí, eso era. ¿En trinidad? ¿Qué debería hacer ahora?

«En trinidad, más la edad de Isabel, más la diferencia de vuestra edad y la mía, más cien».

En trinidad era sin duda uno en tres. ¡Quizá debía dividir! ¡Tres dioses en uno y un solo Dios verdadero! Él había sido considerado un experto en descifrar misterios, pero ¿quién era capaz de adivinar los entresijos de la mente de su maestro? Fray Macario había usado fechas actuales, fechas que solo él podía conocer. De esta forma se aseguraba de mantener el secreto, aun si caía en otras manos. Astuto fray Macario... Sin duda debía dividir.

«2943 partido entre tres da un total de 981 —pensó—. Fernando tiene 39, e Isabel, 21. Yo tengo 35 años, 1041, y fray Macario 41, total 6 años de diferencia, 1047, más cien: 1147».

Curiosamente, ¡tres años después de la desaparición de las Parias del Sarraceno!

Supuso que tres años habría sido el tiempo necesario para que Haaroum Al Braakel encontrara la tumba de su padre. ¡Sin duda tenía la clave del misterio! ¡La

tenía!, pensó, alborozado y nervioso. ¿Y ahora qué? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

En ninguna página del voluminoso libro encontró la cifra que buscaba, aunque la imagen martilleaba su cerebro: 1147. ¡Demonio de fraile! ¡Bendito fray Macario! ¿Qué misterio escondía esa cifra? ¿Por qué se había quedado con el manuscrito? Precisaba una pista para seguir: ¡resultaba imposible saber qué hacer con aquel número!

«Emplead el ingenio y el secreto será vuestro...».

Sumido en estos pensamientos, acariciaba las tapas del gran libro con las yemas de los dedos y de pronto sintió como una pequeña protuberancia en ellas; el canto de las tapas era ligeramente más fino que en el centro. Miró con detenimiento el trabajo de encuadernación y una sonrisa afloró a sus labios. Ayudado con un estilete, rasgó una de las junturas y sacó a la luz un legajo de hojas de pergamino. ¡Había encontrado el manuscrito!

Después de largas horas leyendo los versos escritos en un extraño e incomprensible árabe, no logró descifrar nada. ¿Acaso su maestro pensaba que era adivino? ¿Qué se suponía que debía hacer ahora?

Miró de nuevo la carta. ¡Qué curioso! ¿Cómo era posible que la hubiera fechado con un error? ¿Vegésimo? ¿Septiembre? ¿Un error de su maestro? ¡No! ¡No lo creía! Fray Macario era muy escrupuloso en todo cuanto hacía. ¿Por qué un error tan significativo? Sin ninguna duda aquello tenía que ser una señal, algo que lo hiciera reflexionar acerca del motivo del error. ¿Y si las letras fueran fechas? El error estaba marcado en la fecha. Siguió mirando el manuscrito: ¡posiblemente ese error era la pista para encontrar la clave!

¡Demonio de fraile! Empezaba a verlo claro. Recordó un juego que practicaban en el convento en los largos días de invierno. El alfabeto se numeraba y las letras correspondían a los números de página. ¡Seguro que se trataba de eso! La letra P ocupaba el lugar 17, la E, el 5, la T, el 21. Ahora tenía una secuencia numérica.

Tomó con manos nerviosas el manuscrito y buscó las páginas correspondientes. En el primer párrafo de la número 17, aparecía la palabra *Mün* que traducida al latín significaba *fero, Porto Fero*: Llevar, conducir. En el renglón 1 de la página 5 aparecía la palabra *Aliff*, que en latín significaba *aurum*: ¡oro!

Fray Genaro estaba excitadísimo. Le temblaban las manos y una respiración violenta aceleraba su corazón. ¡Sabía que había descubierto la clave en los dos errores! Prosiguió buscando páginas y renglones y encontró nuevas palabras: *Traiciendas, Callis, Pirinum, Itineris*, que componían una secuencia: «Transportar, Oro, Montaña Pirena, Itinerario».

¡Qué mente tan clara la de su maestro! Sin embargo, no pudo seguir. Hacía mucho que habían tocado *necro notte* y las bujías tan solo alumbraban un minúsculo círculo bajo ellas.

Guardó el libro y el manuscrito bajo el colchón y se dispuso a dormir.

2

Antes del alba, fray Genaro se levantó del camastro y cogió el fanal de inquisidores para las compurgaciones. Casi a la carrera, se dirigió a la catedral.

Bajó por la calle mayor con algo más de calma. Acusaba sobre su cabeza la falta de sueño y el cansancio de la noche anterior. De pronto, sintió en la nuca una comezón interna, como si algo o alguien lo amenazara, como si algún animal salvaje fuera a saltar sobre sus hombros dispuesto a despedazarle, como si unos ojos de fuego se le clavaran allí.

La calle mayor no podía estar más concurrida. Gentes de todas las clases: comerciantes, mendigos, soldados, Mangas Verdes y hombres de bien, paseaban o comerciaban dejando que el día pasase lento y tranquilo.

Nuevamente sintió una fuerza presionándole la nuca. Temía que la sensación desapareciera si se daba la vuelta, así que se mantuvo oculto entre las personas que lo rodeaban. Aquella emoción se iba haciendo más y más fuerte poco a poco.

De repente se volvió. Entre el gentío vio unos ojos verdes que daban la sensación de pretender decirle algo, fijos, clavándose en su alma. ¡Era la muchacha! La distancia parecía enorme entre el mar de cabezas que los separaba. Tenía la impresión de que un clamor de silencio crecía a su alrededor, que el gentío y sus voces se extinguían en un profundo silencio y solo una voz dulce y lejana le llamaba en la distancia.

Quedó paralizado. Allí, a la luz del día, la muchachita que cada noche le prodigara los más solícitos cuidados, la que apareció y desapareció en su sueño en la judería el día anterior, se encontraba en plena calle, mirándolo con unos ojos tan penetrantes que hacían que las piernas de fray Genaro temblasen como la manteca. La vio convertida en una esbelta mujer. Quizá era la luz del sol sobre su rostro, o el viento que agitaba sus largos cabellos negros. Una extraña debilidad empezó a ablandarle el espíritu y la turbación le llenó de rubor.

Sin saber por qué, una sensación casi olvidada creció con fuerza en su entrepierna, turbándole. Genaro el hombre se abrió paso a codazos en el mar de castidad, como un torrente por una exclusiva. Un impulso irrefrenable le hizo meter el libro bajo el hábito, en un intento de ocultar la vergüenza que se marcaba, incontestable. Sintió que algo conspicuo pero muy hermoso lo invadía. Algo irresistible que permanecía sobre el ambiente dándole un misterioso tono verde claro. Se quedó esperándolo como se espera el retumbar del trueno después del relámpago.

En ese momento, fray Genaro percibió un griterío de chiquillos que se acercaba, procedente de la puerta del Justicia. El enjambre de pequeños se lanzó en loca carrera calle arriba, atropellando a viejas y tenderetes callejeros, inundando el aire con sus gritos y risas, imprecando a todos. Uno robaba una fruta al paso, otro tiraba de las sayas de alguna vieja entre el jolgorio del pueblo. Cuando llegaron a su altura, uno de ellos lo enfiló en línea recta y le propinó un fuerte golpe en el vientre, justo sobre las

tapas del grueso cartapacio que llevaba bajo el hábito.

Fray Genaro se quedó paralizado por la sorpresa. El impacto fue brutal e inusitado, pero el fraile sujetó al chiquillo por un brazo. Ambos se miraron y el niño, con los ojos muy abiertos, observó su abdomen, y entonces fue cuando una daga de grandes dimensiones se escuchó rebotar contra el suelo. El niño, ante el estupor del fraile, se desasíó violentamente y emprendió una veloz carrera tras la chiquillería, que ya se perdía por una de las esquinas.

Fray Genaro no lograba comprender qué sucedía. Miró estupefacto el enorme cuchillo que el niño había pretendido clavarle en el estómago. Un limpio corte en su faldón acusaba el impacto y bajo este se distinguía, otro más profundo, en la tapa del libro. Fray Genaro permaneció pasmado, sin entender el porqué de todo aquello. Miró a la muchacha justo cuando se daba la vuelta con una sonrisa complacida; corría calle arriba.

De repente sintió miedo, comprendió lo que había sucedido y su estómago se constriñó. Se lanzó calle abajo con el carpetón bajo el brazo. Aquel niño había atentado contra su vida, pero ¿por qué?

CAPÍTULO 6

Los príncipes

1

El obispo daba nerviosos paseos de un lado a otro de la sala conciliar. Por el canal de Berdun llegaron tres carretas, con un séquito de más de veinte sirvientes y doscientos soldados armados. La gente se agolpaba a las puertas de la catedral, en un desaforado intento por obtener un puesto que les permitiese ver a los príncipes o beneficiarse de una imposición de manos para curar la escrófula, o de alguna bendición con la que ganarse una indulgencia.

El incesante retumbar de los tambores agitaba cada vez más el espíritu del obispo y sobrecogía los ánimos de cuantos no habían podido poner tierra de por medio entre ellos y el inquisidor. En la catedral se daban órdenes y contraórdenes a los sirvientes, que atendían a los clérigos del comité de bienvenida: unos novicios estiraban una alfombra de tapiz en el atrio, mientras que otros *fraters* la recogían después para llevarla a la puerta principal, aduciendo que un príncipe debía entrar por allí y no por el atrio lateral. El abad cuestionaba el asunto y opinaba que la explanada de la catedral continuaba todavía embarrada de lluvia y que mejor sería que entrasen por el atrio lateral, para no ensuciarse con inmundicias los nobles pies. Unos domésticos apuntaban que la alfombra de tapiz era demasiado corta para atravesar el atrio y llegar hasta el centro de la nave, que en todo caso se debería usar la de terciopelo del día del Corpus Christi. Pero el obispo, con ademanes desesperados, pedía la cabeza del responsable de tamaño desafuero.

Tramoyistas y cereros cortaban el paso en el pasillo central mientras encendían más de mil bujías de cera, colocadas en las enormes lámparas de hierro forjado. Apenas tenían media hora para hacer el trabajo. Más de veinte hombres con un sinfín de paciencia se esforzaban en encender los cirios de las grandes arañas.

Un ejército de floristas, sastres, carpinteros, tallistas, imagineros, plateros, orfebres, herreros, cesteros, marroquinos, tejedores, sacristanes, novicios, donados y domésticos se afanaban en colocar miles de flores en jarrones y argollas, sacar brillo y lustre a candelabros ricamente tallados, y colgar cortinas y terciopelos para ocultar capillas y puertas a la curiosidad del público. Carpinteros y tallistas discutían con los imagineros y plateros sobre la conveniencia de aplicar tal o cual óleo a las tallas para realzar su lustre. Otro pequeño ejército de novicios limpiaba con ardor los suelos que otros volvían a ensuciar inmediatamente.

Entre toda esta barahúnda de gentes, se mezclaban una buena cantidad de señores y damas de posición acomodada, que creían ocupar un sitio de privilegio y que no hacían más que estorbar.

En la sala conciliar, el fámulo subía y bajaba entre los novicios, dando órdenes y pateando las posaderas de todos, aprestándose a disponer la gran mesa en el centro con dos hileras de tronos ricamente engalanados. A los cojines de rojo intenso se les sacudía por enésima vez el polvo que levantaban con las escobas y lienzos.

El despacho del obispo estaba invadido por un sinfín de cestas y canastos en los

que, protegidos por lienzos y arpilleras, guardaban los manjares que se habían preparado. Los aromas que desprendían atraían a propios y extraños a aquel lugar. El obispo se vio obligado a proteger la sala con tres o cuatro soldados. La hambruna hacía valiente al más pusilánime.

La larga caravana de carretas había cruzado la puerta de la muralla y se acercaba a la catedral, a golpe de tambor. De repente, un latigazo ensordecedor pareció rasgar el cielo de parte a parte. Todo el mundo quedó sobrecogido. La comitiva se detuvo, los tambores enmudecieron, las campanas callaron al instante. Los animales de tiro se encabritaron, asustados. Al recuperarse del susto, los hombres comenzaron a persignarse.

Los ojos se dirigieron a las alturas y vieron que negros nubarrones ensombrecían el cielo que, aunque llevaba días encapotado, la mayoría confiaba en que no descargaría lluvia. El sentir popular desechaba la idea de una fuerte tormenta ante la llegada de los príncipes. Dios no permitiría que tan grandes primados de la Iglesia sufrieran una mojatina en sus nobles cuerpos.

Aún no se habían repuesto del primer bombazo del cielo cuando sobrevino otro, precedido de un fuerte resplandor que iluminó hasta el último rincón de la ciudad. El chasquido eléctrico hizo que todos se arrebujaran y desorientó a los soldados de la comitiva, mientras la gente empezaba a buscar refugio en los soportales de las casas y los atrios de la catedral.

Casi sin avisar, al tiempo que el cielo dejaba entrever tremendos fulgores, una cortina de agua fría y espesa alcanzó de lleno a la comitiva. Yelmos, petos y cascos empezaron a chorrear. Los toldos de las carretas resultaban insuficientes para contener el aluvión de agua que se desplomaba, inmisericorde. Todos los sirvientes se afanaban en extender gruesos tapices en los techos de las carretas, tapando ventanillas y puertas por las que entraba el agua a borbotones. Las órdenes de los capitanes, que se desgañitaban sin cesar, tuvieron la virtud de agitar y restablecer las filas y las voluntades, poniendo en marcha la caravana.

Lentamente, el redoble de los tambores sonó al unísono, solo que ahora un poco más rápido. Los soldados, movidos al toque de los tambores, reiniciaron el desfile. Como por arte de magia, el redoble se acrecentó progresivamente a cada paso, cada vez más rápido, mientras avanzaban en dirección a los porches del templo. Los de delante aligeraban el paso, con la esperanza puesta en el atrio de la catedral que los esperaba.

Aquellos hombres de armas, a pesar de estar acostumbrados a los rigores del tiempo, no deseaban entrar en la ciudad soportando aquel frío diluvio que se abatía sobre ellos. Sabían que aún deberían aguardar a que los príncipes se instalasen y que los intendentes y furrieles montaran los refugios de campaña para poder secarse.

Desde hacía semanas no habían visto más que de lejos a alguna campesina, que al descubrir a la comitiva desaparecía como si se la hubiese tragado la tierra. Por lo general viajaban acompañados de meretrices, pero los príncipes a los que escoltaban

no lo hubiesen admitido. Sabían que en la ciudad multitud de busconas esperaban ansiosas para aligerarles la soldada a cambio de favores carnales. Las putas y los caldos de aquella tierra, ligeramente apuntados, tenían fama entre la tropa.

El cielo descargó con rabia una granizada. Caballos y mulos recibían sobre sus lomos y cabezas aquellas inmisericordes pedradas propinadas por los cielos, piafaban y relinchaban aumentando la confusión y el desconcierto. Muchos de los soldados abandonaron en rápida espantada su puesto, protegiéndose con los escudos sobre sus cabezas, con la vana esperanza de asegurarse un puesto a cubierto en la catedral o en los soportales. Los primeros en llegar al atrio fueron empujados por otros que llegaban en una desafortada carrera. Sacudían sus cascos y brazos, y daban patadas al suelo para ayudar a que el agua y los trozos de hielo cayeran de sus cuerpos.

Pronto las carretas fueron solo tres sombras grises tras un velo acuoso en la explanada, navegando en un mar de lluvia y barro. Solitarias y renqueantes, eran espoleadas desde sus pescantes por los guías y los capitanes que no habían tenido la desvergüenza de seguir a sus hombres. La pedregada caía sin piedad sobre ellos. Finalmente, la primera de las galeras empezó a maniobrar para situarse lo más cerca posible del atrio y arrimar el costado derecho para que los viajeros pudieran descender sin mojarse los pies.

Este movimiento produjo agitación entre los soldados; las caballerías casi invadieron el espacio del atrio al realizar sus maniobras y las ruedas de la galera se acercaron peligrosamente a sus pies. Los soldados se retiraron instintivamente hacia atrás y aplastaron a los clérigos que habían salido para la ceremonia de bienvenida.

Los capitanes empezaron a gritar órdenes para que sus hombres desalojasen el atrio principal. El pórtico, amplio y de descomunal altura, no resguardaba demasiado de la lluvia, especialmente cuando el viento racheaba sobre los rostros. Todos se apretaron contra las paredes del pórtico y muchos se colaron a empellones al interior de la nave central. Aquel gentío de hombres de pies embarrados y chorreantes pisoteaba sin ningún recato la alfombra de tapiz, que habían colocado en el atrio principal instantes antes de que el cielo se abriera sobre sus cabezas.

Todas las personas, clérigos y domésticos que habían hecho los preparativos para la recepción asistían desolados al espectáculo de los soldados. Nadie tenía la suficiente presencia de ánimo, gritaban sin cesar, tuvieron la virtud de agitar y restablecer las filas y las voluntades, poniendo en marcha la caravana.

Fray Tomás se vio atrapado en medio de la turbamulta, incapaz de moverse en ninguna dirección. Los olores que emanaban de aquella horda empapada hasta las mismas carnes le mareaban. La lluvia comenzó a amainar, y ahora se podía oír el final de los cánticos del coro, que entonaba el Hosanna. Los soldados, a instancias de sus capitanes, volvieron a salir al exterior y dejaron espacio para que los clérigos rindieran pleitesía a los príncipes.

El primero en descender del carruaje fue un clérigo que, aunque sus formas y maneras emanaban dignidad y respeto, vestía uniforme talar de franciscano. Era un

hombre de mediana estatura con una nariz aguileña que le confería un rasgo de inteligencia y determinación, pese a la papada que le asomaba bajo la barbilla, producida por algún que otro exceso en banquetes palaciegos. Su tonsura recordaba a los dominicos de muchos años atrás. Irradiaba una humildad inusual, y sorprendente, habida cuenta de aquel despliegue de escolta. Detrás de él bajó un hombre que llevaba un galero cardenalicio.

El obispo cayó de rodillas a los pies de aquel príncipe de la Iglesia y un suave murmullo se dejó oír entre el gentío. Todos miraban maravillados al príncipe y se arrodillaban en señal de respeto, y los que no podían porque las apreturas se lo impedían inclinaban cuanto podían la cabeza en señal de sumisión, sin dejar de mirarlo.

—¡Bendición! Páter, ¡bendición! —se escuchó de forma extemporánea.

El capellán que portaba el capelo lo alzo a la altura de la cabeza del príncipe, mientras dos novicios sostenían los cordones laterales con sus quince borlas trenzadas a ambos lados. Un brillo de fuego se alzó sobre las cabezas: eran los destellos de un gran rubí engastado.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.* ¡Amén!

La bendición púrpura cayó sobre ellos como un maná de salvación. Todos se persignaron, devotos y arrepentidos, al tiempo que en un gesto rápido el personaje escondía el anillo bajo los hábitos, sencillos y austeros. Su rostro de piel clara y el pelo cano mostraban la beatitud de muchos años de sedentarismo monacal. Tenía el aspecto de un cortesano abrumado por achaques y gemidos. Inmediatamente pidió una explicación a los capitanes de la guardia por aquella pequeña sedición de la escolta, y estos trataron de justificar a sus hombres apelando a las ansias que tenían todos de resguardarse de la lluvia.

Los soldados se situaron junto a las galeras, mirando el cielo y las casas de aquella ciudad nueva, sumergida entre neblinas. Pronto aquellos hombres inundarían sus calles de voces y gritos, y harían correr el vino, la música y las mujeres. Aquella serpiente monocroma, ávida de placeres y lujurias, vinos y viandas, esperaba lanzarse por sus callejas, intimidando a sus moradores y llenando de zozobra a los espíritus modestos.

El espacio entre las carretas y el atrio se despejó a una orden de los capitanes. La mirada del franciscano se detuvo en un rostro que lo miraba fijamente.

—Dios bendito, ¡está aquí! ¡Ha conseguido llegar! —murmuró en voz baja al otro príncipe.

—Fray Tomás, alabado sea el cielo. ¡Habéis llegado!

Fray Tomás salió de su improvisado escondite y acudió a recibir al franciscano sin poder evitar que este se arrodillara a sus pies, al igual que su consejero, que después de reconocerlo, tan bien se postró y le mostró el emblema cardenalicio.

—¡Por el amor de Dios, hermano Gonzalo! ¡Aquí no! —susurró fray Tomás, azorado, haciendo todo lo posible por que se levantara—. Sin protocolo ni

ceremonias, dejadlo para después.

—¡Dios mío! ¡Es fray Tomás, fray Tomás de Torquemada! —se escucharon murmullos y siseos de admiración—. ¡Torquemada! ¡Es fray Tomás de Torquemada!; Y el otro es... Talavera.

—Y el severo Cisneros —murmuró otro.

Todos enmudecieron. Las expresiones de sorpresa y los gestos de estupefacción petrificaban los rostros. Capitanes y soldados, clérigos llegados de parroquias y conventos, ciudadanos y mendigos miraban con sorpresa a fray Tomás, que se apresuró a acudir al encuentro del otro clérigo, justo a tiempo de evitar que se arrojara ante él. El obispo se deshacía en reverencias y agasajos, revoloteando alrededor de los príncipes. Tuvo que golpear el brazo de su fámulo, que miraba a fray Tomás como al mismo advenimiento. Fray Genaro, asomado al atrio, encajado literalmente entre una cuadrilla de soldados y andrajosos, no podía creer lo que veía. Fray Tomás... ¡era fray Tomás de Torquemada, el gran inquisidor!

—Por Dios, hermano Hernando —rogó el dominico con dulzura, inclinándose para ayudar al príncipe a incorporarse—, ¡entremos!

Ocho o diez soldados, obedeciendo a un gesto de su capitán, hicieron cuña entre el gentío y a empujones y codazos consiguieron abrir paso a los príncipes. El capitán mayor dio órdenes de comenzar la parada militar. De nuevo el ronco redoble de los tambores atronó en el atrio y en la nave de la catedral.

Fray Genaro trató de escabullirse. Estaba vivamente impresionado por el descubrimiento: jamás habría pensado que aquel frailecillo fuese el más grande primado del reino. ¿Qué esperaban de él al asignarle la custodia de semejante personaje? ¿Qué hacía él entre esos hombres de tan alto rango?

Nadie se entendía. El fragor de los parches ensordeció a todos, mientras los príncipes hacían muecas y hablaban entre sí a gritos. Los primados hicieron un cómico chipichape mientras caminaban al compás del redoble marcial sobre la alfombra empapada. Al entrar en el templo, un enjambre de novicios los despojó de los capotes mojados, y secaron sus regias cabezas con toallas calentadas en los braseros al tiempo que les ponían unas babuchas secas y recios calcetines de lana virgen.

Junto al altar mayor les esperaban varios tronos con baldaquín y parasol, y numerosas filas de rostros que los miraban atónitos. El interior del templo lucía un aspecto espléndido. Todo el recinto estaba atestado de gente y mostraba toda su riqueza y decoración barroca. Los candelabros refulgentes, los altares y capillas, así como las hornacinas de santos, centelleaban de ceras y afeites con que los imagineros los habían lustrado.

Después de la misa, los príncipes abandonaron su trono y salieron a la sacristía que daba paso a la sala conciliar, donde un insólito ágape les esperaba. Los vinos recios y olorosos, los espirituosos, los jarabes, las bandejas repletas de viandas, los canastillos de frutos secos, las bateas con frutas azucaradas se mostraban a los ojos de

los hambrientos novicios. Todos ellos asistían a los príncipes, trayendo y llevando tarteras con verduras de todas las clases, cestas con panes calientes, rustideras con lechones y capones asados, cazuelas con perdices y conejos escabechados y dos corderos asados, y un sinfín de pastelitos de azúcar.

Fray Genaro todavía no salía de su asombro al ver a fray Tomás moverse entre los príncipes. La posibilidad de hablar con él sobre el ataque de los chiquillos en la calle mayor o la persecución en la judería le parecía muy lejana. ¿Qué podían importarle a semejante primado sus pequeños inconvenientes en aquella ciudad?

Cuando se dirigieron a la sacristía, el dominico, como si hubiera sabido todo el tiempo cuál era el lugar en el que se encontraba el fraile, le hizo una seña para que los siguiera al interior. El fámulo le dirigió una fría y extraña mirada. Afuera quedaron novicios y soldados, notarios y gentiles, domésticos y el resto de las fuerzas vivas de la ciudad y poblaciones adyacentes: alcaides, capitanes de la Santa Hermandad, abad y demás jerarquías del brazo seglar. Todos permanecieron largo rato en una incómoda espera, sin nadie que les indicara qué hacer o esperar. Después, el gentío comenzó un lento desfile por los pasillos de la gran nave. Con gestos de reproche expresaban su dignidad humillada por no haber sido invitados al ágape.

La alta alcurnia de la ciudad, en contra de su deseo, se vio a la salida del templo mezclada con la chusma. Digna y altiva, desconsiderada y rebajada, comenzó a desplazarse mansamente hacia las puertas de salida, no sin antes aspirar una vez más los deliciosos aromas que todavía se podían apreciar provenientes de la sala conciliar, lo que hizo rugir más de un estómago.

CAPÍTULO 7

La reunión

Fray Genaro se sentía extraño y miraba el trono que le asignaban sin comprender qué se suponía que iba a hacer allí. Tenía a su derecha a los dos príncipes recién llegados y enfrente, a fray Tomás. Los escribas, el obispo y su fámulo completaban la reunión. Todos los asistentes, a medida que el calor de los braseros les sacaba del cuerpo los demonios del frío, comenzaron a sonreír. Los vinillos corrían generosos de copa en copa y ayudaban a distender el ambiente y a soltar la lengua, y se oyó más de una risita contenida.

Fray Tomás hizo gala de su bien ganada fama de austero, tomando únicamente una frugal colación de verduras con agua. Solo se permitió una licencia con uno de los dulces de hojaldre y almendras, recién hechos en la judería y que con inusual tenacidad el obispo les obligó a catar.

—Alabado sea el cielo, fray Tomás —comenzó fray Gonzalo—. No puedo dejar de admirar vuestra presencia de ánimo y valentía, y creo que hablo en nombre de todos los que os conocemos y queremos, por haber sido capaz de realizar tan penoso y peligroso viaje a vuestra venerable edad. Y lo más sorprendente es que lo hayáis hecho sin escoltas y con tan buen éxito. Elevo mi copa por vuestro arrojo.

—Llevaba a Dios Nuestro Señor de compañero de viaje —respondió el otro con afectada indiferencia, y se mojó los labios con el agua; después alzó su copa hacia el príncipe, que se lo agradeció con una inclinación de cabeza.

—Confío, hermano, en que podamos dirimir los asuntos que tenemos para vos —añadió el príncipe.

—Sí, desde luego, ya hablaremos de eso —cortó fray Tomás—. De momento, hagamos pasar a las distintas legaciones que han llegado a la ciudad. Os reservo una audiencia privada; dictaré instrucciones al respecto. Por cierto, ¿es cierta la sospecha sobre la asistencia de los montesinos?

—Sí, hermano, nos las tendremos que ver con ellos; Fernando mandó aviso a la orden —comentó por lo bajo fray Gonzalo—. Antes de partir, ya dieron conformidad a su asistencia.

—¡Maldición! Esa sí que será una dura transacción. Nuestro soberano no repara en mientes —añadió el viejo.

—No solo eso, querido hermano —añadió el príncipe—: la legación de La Rábida se ha retirado de la negociación, pero desea pedir audiencia. Tiene un asunto de vital importancia que proponeros.

—Espero que no sea una alianza parcial, ¡eso sería impensable!

—No, creo que se trata de un asunto viejo que ya conocéis, pero es tanta su insistencia... Y vienen avalados nada menos que por Isabel.

—¿Por Isabel? —preguntó el dominico, extraño.

El silencio del primado respondió su pregunta. El viejo se encogió de hombros con resignación e hizo una seña con la mirada a uno de los novicios que permanecían

en la puerta, quien salió de inmediato de la estancia. El obispo y su fámulo dominaban su curiosidad, incapaces intervenir en la conversación entre los príncipes.

Fray Tomás se levantó de su trono, se acercó a fray Genaro y, con unas amistosas palmaditas en el brazo, le dijo:

—Querido hermano, no tengáis pudor en asistir a la mesa de los príncipes. Si alguien en este mundo merece compartir esta mesa conmigo, sois vos. Habéis sabido ganáros mi amistad en desprecio de vuestra propia vida. Solo tengo una forma de agradecer vuestra ayuda y es así, correspondiendo a vuestra fidelidad. —Luego, dirigiéndose a toda la concurrencia, exclamó—: Sufrimos el ataque de unos bandoleros que sin duda alguna quisieron descargar su sed de venganza en nuestras personas. Fray Genaro me salvó de aquellos bandidos y de una muerte segura.

—Por el amor de Dios —dijo fray Hernando con su papada rosada, que temblaba al compás de sus palabras—, ¿no nos dijisteis que no habíais sufrido percance alguno?

—Bueno, hermanos, convendréis conmigo que Dios puso en mi camino a fray Genaro para librarme de todo mal. Dejadme que prosiga y no temáis por mi salud; solo Dios dispondrá de mi vida. Como sabéis contamos con el permiso de Fernando para expulsar de inmediato a todos los marranos, judíos y judeo-conversos del país. Cuando esto ocurra, probablemente esta próxima primavera, todas las capitales donde haya cabeza de diócesis deberán comenzar con una operación de limpieza de sangre. —Se detuvo para mirar directamente al obispo—. Tenemos que coordinar la expulsión judaica en todos los reinos, ya que la toma de Granada es inmediata: posiblemente dentro de tres o cuatro meses Fernando instigue al moro a ceder la Alhambra.

—Y ¿habéis pensado en las repercusiones económicas para el reino? ¿Es absolutamente necesaria la expulsión de todos los judíos? —inquirió fray Hernando—. ¿Sabrán la Corona y los ciudadanos retomar los negocios del territorio con la agudeza de la que hacen gala estos judíos?

—Ahí es donde quiero ir a parar. Una vez promulgado el edicto de expulsión, se dará un plazo de cuatro meses, más diez días de gracia, para abandonar el país de buen grado a todos los que no posean riquezas. Respecto a los otros, a los ricos y hacendados, tenemos planes precisos para ellos. Toda la economía se sustenta en estos judíos. ¿Qué sucederá si los expulsamos? Sucederá que todas sus riquezas pasarán a nuestro poder —se respondió a sí mismo fray Tomás ante el silencio de todos.

—¿Habéis hablado con Fernando?

—Desde luego, hermano, y seremos nosotros quienes administremos esos bienes. —Se detuvo de nuevo para mirar al obispo—. Así pues, todas sus posesiones, cargos, dineros y tierras serán objeto de requisa y pasarán a formar parte del tesoro de la Corona. —Dejó que sus palabras calaran en todos antes de proseguir—: Debemos ayudar todos en nuestro empeño. Sabemos que es una labor ardua y compleja, que

requerirá paciencia y dedicación total, pues habrá que catequizar a muchos obispos. Naturalmente, el esfuerzo se verá compensado debidamente, no solo en beneficio de la fe.

»Vos, hermano Gonzalo, os ocuparéis de toda la zona del reino de Valencia; vos, hermano Hernando, tomaréis la zona del Ándalus, el sur de Castilla y, en mi ausencia, también el norte y León, hasta Santiago. De la zona de Aragón y el norte ya se ocupará Juan de Enguera, que me es fiel.

»El Astur y las tierras de Santiago ya las encomendé a la misión de nuestro buen obispo de Vic, Juan de Peralta, y vos, mi querido obispo, os ocuparéis de la zona de Navarra a Cataluña.

El obispo se había sobresaltado al oír que se dirigía directamente a él. El fámulo se revolvió inquieto en su trono. Su sirviente no había apreciado la velada implicación del dominico y las connotaciones de sus palabras. Fray Tomás continuó dirigiéndose al obispo con voz melosa y una sonrisa beatífica:

—Naturalmente, esperamos de vos que los más ricos judíos de vuestra ciudad y los alrededores sean sospechosos de herejía. Enviaremos reverendos padres predicadores para llevar los sumarios y todos terminarán, por supuesto, en la hoguera.

El obispo miraba a su interlocutor con gesto grave, pensando en las palabras del dominico.

—Pero esos padres predicadores, ¿traerán sus médicos y abogados, o deberemos facilitarlos nosotros? —preguntó.

Fray Tomás abrió los brazos mirando al cielo y se derrumbó sobre el respaldo de su trono con aire desesperado.

—Mi querido obispo —intervino fray Gonzalo—, la Iglesia no desea testigos, ni inocentes ni médicos. Veamos si lo habéis comprendido. Tenéis preparados entarimados y tronos para unos Autos de fe en honor nuestro, ¿no?

—Como es preceptivo, mi señor.

—Bien. ¿Dónde han ido a parar las pertenencias de los reos? —preguntó, malicioso.

—Veréis, la mayoría de los procesos se encuentran en periodo de compurgación —contestó el obispo con una cierta timidez en el rostro—. Esperamos de vuestras dignidades que, si lo deseáis, hagáis acusación de herejía para saltarnos el protocolo y...

—¡Exacto! Ahí queríamos llegar: saltarnos el protocolo —cortó fray Tomás mientras se incorporaba en su trono—. Todos dispondréis de dispensa real para ejecutar los procesos; no dependeréis de nadie. Deberéis alzar vuestra dignidad ante quien dude o se muestre reacio a la expulsión y a la requisa de bienes, de los que daréis buena cuenta a los padres predicadores y franciscanos, que os enviaremos puntualmente para recaudar. Una parte redundará en beneficio de los obispos y en el vuestro, el resto se enviará a Toledo.

Se detuvo un momento al ver el brillo de codicia que parecía deslumbrar a todos.

—¿Qué sucederá con los jurados de cuentas de la Corona? —preguntó el obispo, fingiendo preocupación—. Se presentarán a fiscalizar todos los procesos.

—Naturalmente, si no hubiera algún riesgo no os necesitaríamos, hermano — interrumpió el dominico—. Deberéis tener la habilidad de desviar su atención y ocultar datos y personas de las que se pudieran valer para sus investigaciones.

—Pero eso significará incriminar a un montón de personas —insistió el obispo.

—Vienen tiempos difíciles, hermanos —se volvió a contemplar todos los rostros que lo miraban con atención—, muy difíciles. Tiempos en los que solo habrá dos opciones: saltar sobre una hoguera o prenderla. ¿Entendéis?

Todos se quedaron en silencio y fray Genaro recordó de pronto las palabras del viejo árabe.

Fue el obispo quien, con la copita vacía en la mano, dijo pensativo:

—Disculpad mi atrevimiento. Como ministro de la Iglesia, debo preguntaros si lo que estáis proponiendo no será un delito constitutivo de alta traición a la Corona. ¿Qué tienen los marranos que pueda reclamarles la Iglesia? No podemos acusar a nadie por ser un cerdo.

Fray Tomás volvió a derrumbarse en su trono. Fue fray Hernando quien intervino.

—Muchos podrían interpretar vuestros pensamientos de la misma manera, hermano —dijo el franciscano—. Ser un marrano o un hereje viene a ser lo mismo hoy en día. Ahí radica la delicadeza de este asunto, en la interpretación de los hechos.

—En efecto —insistió fray Tomás, incorporándose en su trono con un gesto muy seguro—. Es hora de acabar con los feudalismos de la fe y hacer una escisión, de volver a instaurar la pureza de la sangre. Desde tiempos inmemoriales, nuestro territorio se ha visto sometido a todo tipo de injerencias de otros países, conquistas e invasiones. Es hora de instaurar un solo territorio, una sola sangre, un solo poder único y totalitario. Posteriormente, estableceremos de forma definitiva el diezmo obligatorio a la Iglesia.

Se detuvo para pensar y miró a fray Genaro, que no había pronunciado palabra y que se mantenía expectante, escuchando aquellas palabras terribles. El dominico mojó sus labios con un poco de agua de su copa y la dejó de nuevo encima de la mesa antes de mirar fijamente al obispo.

—¡Decidme, hermano! —dijo señalándolo con el dedo—, ¿cuántos miembros de vuestra comunidad, de los que hoy son judíos o musulmanes, habrían sido católicos de haber existido una sola Iglesia? ¿Cuántas sinagogas, mezquitas o templos serían hoy iglesias dedicadas a Dios Nuestro Señor? ¿Cuántas catedrales más tendríamos? ¿Cuántos y cuan ricos serían los tesoros de la Iglesia si esos diezmos que les imponen en esas comunidades sectarias hubiesen sido ingresados en nuestras arcas?

—Entonces —contestó el obispo, sorprendido por el giro que tomaban las cosas — ¿pretende el Papa instaurar una única creencia aprovechándose de los bienes de los no cristianos?

—¡No! ¡Por el amor de Dios! —cortó el dominico—. Lo que pretende la Iglesia

en Roma es una cosa, lo que pretende la Iglesia de Castilla y León, de nuestra España, es otra y muy otra. No debemos mezclar churras con merinas. Existen poderosas razones de Estado para que todos nosotros caminemos en una única dirección. Una dirección que apunte exclusivamente a las arcas de nuestra Iglesia.

»Debemos conjurar un proceso de expansión de la fe, catalizando los tesoros del país hacia nuestras arcas. ¡Solo una fe, una creencia, un poder, un reino! Debemos expandir y unificar los distintos reinos del país, así como nuestra fe, con mano firme y decidida, sin melindres ni escrúpulos de teólogos. No debemos decaer en nuestro propósito, ni desanimarnos. ¡Los primeros fracasos nos harán aprender de nuestros errores!

Fray Genaro se había encogido en su trono. Los temas que se exponían eran terribles, e ignoraba qué esperaban de él los príncipes.

—Bien, ¡he comprendido! —El obispo se levantó de su trono y paseó lentamente hacia la cabecera de la mesa, donde se encontraba fray Gonzalo—. Podéis contar conmigo y mis hombres. Impondré mi nueva dignidad en otras diócesis y cumpliremos vuestros deseos en beneficio de la Corona y la Iglesia, principalmente. Supongo que un servicio tan explícito y de tanto riesgo como vuestra encomienda será debidamente premiado con alguna bagatela, algo que no me obligue a molestaros a menudo, para demostrar mi dignidad a pequeños incrédulos. Una pequeña fruslería, como por ejemplo... un galero como este, amén de alguna promesa firme, si nuestro querido arzobispo sana de su mal y se reincorpora a la diócesis.

—¡Quizá preferáis probar vos mismo los entarimados que habéis preparado detrás de la catedral! —exclamó fray Tomás con voz dura y acerada.

Fue fray Gonzalo quien se levantó de su trono a poner paz y alzó los brazos, mediando entre ambos.

—Disculpad a fray Tomás, querido obispo, no está acostumbrado a que le pongan... objeciones a la virtud y la fe. Vos sois un hombre inteligente —susurró el primado al oído del obispo—. Sabemos que el señor arzobispo de vuestra diócesis se encuentra enfermo, muy enfermo, y quizá el Señor desee llamarlo a su lado. Contad con la dignidad prometida, pero vos os tendréis que encargar de... digámoslo así, de despejar vuestro nombramiento, de disipar las dudas sobre vuestra persona. —Se detuvo un instante para mirar al obispo, que atendía con gesto grave, y recompuso el tono de su voz—. Supongo que me entendéis a la perfección. Mandaremos despacho a la corte con nuestra propuesta, pero de todo lo demás, os encargaréis vos.

—Disculpad, hermano —habló de nuevo el obispo, dirigiéndose esta vez a todos mientras se volvía de nuevo a su trono—. No será fácil burlar a los censores de cuentas, ni a los abogados que puedan caer en la ciudad al reclamo de los procesos.

—Fray Genaro os podrá asesorar en conceptos de viejas y nuevas herejías —interrumpió fray Tomás—. Es experto en derecho canónico.

A pesar de la sorpresa que le causó el comentario de fray Tomás, fray Genaro inclinó levemente la cabeza en señal de acatamiento. Había comprendido lo que

esperaban de él y, demorándose en la respuesta, señaló con suavidad:

—Podría recomendar simplemente constatar la enorme diferencia entre nuestra religión y la judía. Solo con promulgar una ley de observancia de una única religión en el territorio, bastaría para encontrar miles de herejías incontestables, mi señor.

—¿Por ejemplo? —intervino fray Gonzalo.

El fraile se aclaró la voz y miró a todos, que lo observaban en silencio.

—Se podría acusar de herejía a quien observe el sabbat según la ley de Moisés, a aquel que se abstuviere de comer carne de cerdo o cualquiera de sus derivados. También a quien haya purificado la carne que vaya a comer, o que haya comido carne en Cuaresma o en otros días prohibidos por la Santa Madre Iglesia. A los padres que digan algo que no sea: «Yo te bendigo en el nombre de Dios», o a quien recite los salmos sin el Gloria Patri, o a cualquier mujer que después de dar a luz haya pasado cuarenta días sin entrar en la Iglesia, o a quien haga la circuncisión a sus hijos. A quien hable mal de la Iglesia, la fe católica, sus leyes y ministros. Se podrían promulgar leyes de exaltación de la matanza del cerdo...

—¡Está bien, hermano! Vemos con placer que sois versado en la materia. Podrían trabajar juntos —cortó fray Gonzalo, señalando al fámulo.

—Sí, sí. Sin duda, ambos nos reportarán una inestimable ayuda —intervino el obispo con toda la vehemencia de la que fue capaz—. Pero estaba pensando que con vuestra encomienda, la cárcel y el edificio de los tormentos se quedarán inmediatamente pequeños. No podrán albergar a tanto reo. Por ese motivo altruista, quería señalaros que nuestras arcas se encuentran vacías y una ayuda pecuniaria para estos preparativos...

—Mi querido obispo —respondió fray Gonzalo agriamente—. No tentéis más vuestra suerte, conformaos con servirnos en nuestra causa a favor de la fe y evitaréis así que el sol proyecte la sombra del inquisidor sobre vuestra espalda.

El obispo quedó turbado con las palabras del príncipe, tan conciliador momentos antes. Después de un largo y tenso silencio en el que los príncipes cuchichearon entre sí, fray Hernando se dirigió al obispo con estas palabras:

—Haced pasar a las legaciones; mantendremos la reunión aquí y ahora.

El dominico, que se había levantado del trono, se inclinó y dijo al oído de fray Genaro:

—Asistiréis a nuestra reunión con los miembros de las distintas legaciones. Es vuestro deber, ya que sois el único superviviente de vuestra orden y será necesario vuestro voto fiador en la expedición.

—¿Mi voto fiador? —exclamó el fraile, aturdido—. Mi señor, ignoro el significado de vuestras palabras. Me ordenaron que os sirviera de compañía en vuestro viaje y me pusiera a vuestras órdenes. No sé de qué expedición me habláis.

—¡Hermano, por Dios, no seáis necio! ¡Sabemos de sobra que conocéis el asunto que nos ha traído hasta aquí a todos nosotros! —susurró fray Tomás clavando sus ojos de hielo en él—. Vuestro abad os tuvo que informar...

Entraron los escribas de fray Hernando y fray Gonzalo, e impidieron que el dominico terminase de hablar. Sus respectivos ecónomos también ocuparon sus tronos. Dos capuchinos de aspecto siniestro se deslizaron hacia sus sitiales, mientras que dos frailes que habían llegado con ellos se mantuvieron al lado de la puerta. Dos capitanes y dos oficiales marinos entraron portando cada uno de ellos varios legajos de papeles, que pusieron sobre la mesa.

Al entrar los hombres todos se levantaron, a excepción de fray Tomás, que inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Bien, hermanos, podemos iniciar esta reunión con la gracia de Dios —comenzó dirigiéndose a los recién llegados, que disponían sobre las mesas documentos y pliegos de papel—. ¡Hermanos! De todos es bien conocido el motivo por el que nos reunimos hoy aquí —prosiguió el viejo elevando la voz para acallar cuchicheos y comentarios rápidos—. Todos tenemos intereses en el asunto que nos ocupa, a excepción de nuestro amado obispo quien, como anfitrión y primado de la diócesis que nos acoge, tiene el privilegio de asistir. También es de todos bien conocido el lamentable suceso de la legación de los agustinos, que fueron salvajemente asesinados en el paso de Arguís. No obstante, el hermano fray Genaro de la Cruz asiste como su representante. —Hubo un movimiento nervioso bajo la mesa, un leve estremecimiento de pies inquietos—. Doy la palabra a nuestro amado hermano, fray Hernando, que es el valedor de los franciscanos.

El príncipe se levantó de su trono y, después de revisar brevemente los papeles que su escriba puso ante él, se aclaró la voz mientras los fulgores de fuego de su anillo cegaban las retinas de todos los asistentes.

—Tenemos previsto que sean cuatro los navíos que aportarán los franciscanos y que zarparán de un puerto seguro, lejano de pillajes y de la morisca, ya que, aunque muy pronto los expulsaremos del territorio, no queremos correr riesgos innecesarios.

Los navíos se encuentran en la Fontanilla, custodiados por el mesonero de la alota del río Tinto y sus hombres.

—¿Por qué razón han sido llevados allí? —preguntó un capuchino—. ¿Qué tipo de navíos son, mi señor?

—Son... ¡carabelas! ¿No? —añadió el príncipe dirigiendo su mirada interrogadora a uno de los capitanes marinos, que estaba sentado a dos varas, para reafirmar su respuesta.

—¿Carabelas? —preguntó nuevamente el capuchino con su voz chillona y aguda—. ¿No serían mejor unos navíos grandes con más capacidad de carga? ¿Carracas o galeras?

—Comprendo tu sorpresa, hermano. Todos sabemos lo... «conservadores» que sois los hermanos capuchinos. El ardor militar brota de vuestro espíritu, pero sosegaos, el capitán naval Martín Alonso Pinzón os explicará el motivo por el que se han elegido carabelas.

El capitán se levantó de su asiento, se echó los ensortijados cabellos hacia atrás e

hizo una pequeña inclinación de cabeza. Todos lo miraron. Mostraba un porte magnífico, a pesar de sus cincuenta años ya cumplidos, fuerte y de mirada decidida.

—Eminencias... Estoy aquí en calidad de protegido del abad del convento de La Rábida...

—Disculpad que os interrumpa, capitán. —Uno de los hombres que habían entrado con los capuchinos, vestido con traje seglar y ojos vivarachos, se levantó—. La elección de las carabelas ha sido una decisión arbitraria que no vamos a tolerar.

Un leve revuelo sucedió a estas palabras. Se cruzaron comentarios en una u otra dirección, y hubo algún signo de aprobación por parte de los capuchinos.

—¡Hermanos! —La voz potente y autoritaria de fray Tomás se alzó por encima de los susurros—. No hemos llegado hasta aquí para enredarnos en una disquisición sobre si un navío es mejor que otro. La expedición se realizará con los navíos que...

Fue fray Hernando quien, alzando la mano, interrumpió al dominico. Esta vez se puso en pie y aquel gesto calmó momentáneamente los ánimos.

—Recordad, queridos hermanos, que el asunto que nos concierne es el reparto de los costes. Todos los aquí presentes tenemos intereses especiales en llevarnos la mayor parte de los beneficios y la menor parte... en la financiación. Sabemos de buena tinta que la orden capuchina está apoyada por los Médici y que unos navíos traídos desde Génova o Pisa os reportarían prebendas y más beneficios posteriores. Si seguimos por este camino, no solo no habrá expedición sino que las enemistades futuras sobrepasarán el beneficio que podamos conseguir. —Se detuvo un instante, asegurándose la atención de todos—. Dejemos que nuestro capitán nos explique el motivo de tal elección. No obstante, si os hacéis cargo de la mayor parte de la financiación, quizá podáis convencernos de que vuestros navíos son mejores y más baratos que los nuestros.

Fray Tomás esbozó una leve sonrisa y Alonso Pinzón carraspeó, ostensiblemente nervioso. No le gustaba asistir a un fuego cruzado entre clérigos y príncipes; era hombre de acción, acostumbrado a mandar, y se encolerizaba con rapidez cuando las cosas no iban por el terreno adecuado.

—Las carabelas son unos navíos muy apreciados por los marinos de Palermo, que como sabéis son unos expertos navegadores de litorales. Mis dos hermanos Vicente y Francisco, comandantes de otras tantas carabelas, de mérito reconocido, avalan esta propuesta. Además, los astilleros andaluces han trabajado para que las naves sean más apropiadas a nuestros intereses. Todos los pertrechos son de origen nacional, las esparteras, de La Mancha, y la tonelería, de Jerez. Aunque son sus eminencias quienes tienen la última palabra.

Puso un empeño especial en sentarse y acomodar los atalajes y espadas que portaba en el cinto. Todos se habían quedado estupefactos. Las palabras del capitán sirvieron para acallar momentáneamente la polémica respecto de los navíos.

—Bien, hermanos —intervino fray Tomás con energía—, parece que queda claro nuestro deseo de comprar los navíos en nuestro territorio.

—Gracias, querido hermano, con un decano como vos será fácil llegar a un acuerdo —intervino el príncipe—. Cuatro millones de maravedís son el coste estimado de esta expedición. Los navíos que se están armando son... —tras una mirada rápida a sus notas, prosiguió—: la carabela *Alboran* y *La Niña*, que armaremos los franciscanos.

—*La Veloz* y la nao *Galana*, quiero decir, *La Santa María*, serán las que aportará la Corona —añadió fray Tomás sin mirar ningún documento, para apoyar las palabras de fray Hernando—. Así como créditos reales por valor de otros tantos cinco cientos de mil maravedís.

—¡No aceptaremos créditos reales! —exclamó de pronto el capuchino, cortando al dominico—. ¡Sabemos que Fernando está sin un ochavo y las arcas reales, vacías! ¡No financiaremos sin negociar al menos dos octavas partes!

—Querido hermano —el dominico cortó con un ademán de la mano la intención de fray Hernando, que ya se levantaba—, ¿os habéis parado a pensar si nos, Fernando y sus valedores, aceptamos y queremos negociar una reunión con vuestra orden de los demonios? —concluyó, elevando progresivamente la voz y con gesto enérgico.

El capuchino miró al dominico de forma extraña. Su semblante, serio y grave, parecía estudiar el alcance de las palabras del viejo.

—¿Y vos, os habéis parado a pensar..., mi señor —el monje hablaba ahora con calma y suavidad sibilinas—, que ahora, muerta la legación agustina, con el abandono de La Rábida y sin la anuencia de nuestra orden, os resultará un poco complicado mantener vuestra postura de arrogancia y altanería, impropia, por otra parte, de un alto primado de la Iglesia, para llevar a buen puerto vuestra maldita expedición? —concluyó también en un grito.

—¿Cómo os atrevéis? —respondió irritado el dominico, blandiendo su puño en dirección al capuchino—. Sois vos los que solo aportáis al buen fin de esta empresa la insidiosa arrogancia de vuestro poder dinerario. Solo por la benevolencia de Fernando y las continuas ofrendas que le otorgáis, os libráis de una fiscalización de vuestras posesiones y heredades...

—¡Tengamos calma, hermanos! —Fray Hernando, con un puñetazo sobre la mesa, alzó su voz por encima de la de fray Tomás—. Así no llegaremos a ningún acuerdo. Pido en nombre del Señor que todos ofrezcamos una oración por cada uno de los ofensores y los ofendidos.

Todos enmudecieron sorprendidos por el golpe y la autoridad del príncipe, que se levantó de su trono, se arrodilló, unió sus manos sobre el borde de la mesa y comenzó a orar con aire contrito, apoyando su frente en estas. Todos le imitaron, incluidos fray Tomás y los capuchinos, no sin antes lanzarse una mirada retadora.

La fórmula de recogimiento tuvo la virtud de calmar los ánimos y ayudó a reflexionar sobre las posturas intolerantes. El capuchino fue el último en terminar sus rezos y levantarse. También fue el primero en tomar la palabra. Hizo una profunda genuflexión hacia el dominico al tiempo que decía:

—Os ruego, mi señor, perdonéis mi celo en estas negociaciones. Mi orden, como ya sabéis, desea establecer mercados y misiones allende los mares y yo soy valedor de la misma. Comprended que la pasión me obligue a decir cosas que deberían ser omitidas, o dichas en otro momento o circunstancia.

—Yo también os ruego comprendáis mi celo, hermano; tan solo me rige el deseo de ser fiel a mi soberano y a la Santa Madre Iglesia. Trataré de ser benevolente con vuestra orden. Quiero haceros notar que, a pesar del asesinato inexplicable de la legación de agustinos, todavía hay aquí un valedor suyo.

Las palabras de fray Tomás sorprendieron a fray Hernando y fray Gonzalo, que lo miraron con curiosidad y alegría. Conocían bien al viejo luchador.

Fray Genaro se recogió sobre sí mismo ante el envite del dominico. El rubor acudió a su rostro mientras se sentía el blanco de todas las miradas. Aquello no podía acabar bien; ahora comenzaba a sospechar el origen de los ataques a su persona.

El capuchino, muy serio y circunspecto, tomó de nuevo la palabra al tiempo que revisaba los papeles que tenía ante él y prosiguió, dirigiendo una mirada de hielo a fray Genaro:

—Mil miles de maravedís, la galera *Valiente*, la nao *Victoria*, la *Siciliana* y la carraca *Itálica* son los navíos que fletaremos en breve y aprestaremos... en Livorno, completando nuestros cinco cienes de mil maravedís y los cinco cienes de la legación desgraciadamente desaparecida. Todos sabemos que fray Genaro no es valedor de la legación, que tan solo os acompañaba en vuestro viaje.

Se hizo un silencio largo y pesado. De pronto, fray Genaro se puso en pie y, sintiendo todas las miradas sobre sí, exclamó:

—Todavía no he tenido la ocasión de hablar, mis señores. Con el debido respeto, soy el único representante de mi orden. —Fray Tomás también salió de su perplejidad y atendió al fraile con una expresión mezcla de sorpresa e interés—. La legación de mi convento fue inexplicablemente asesinada por... bandoleros, en el paso de Arguís. —Esta vez miró a los capuchinos de frente y supo que ya no había marcha atrás. Todos lo miraban y los odios más ardientes se habían desatado—. Puedo ofrecer a esta mesa documentos que me acreditan y poner a disposición de nuestro bien amado Fernando las carabelas *Cordobesa* y *La Pinta*, y cinco pagarés compulsados, que completarán los cinco cienes de mil maravedís de mi legación. Ambas carabelas se están armando en estos momentos en los astilleros de Astigarraga, en breve serán fletadas en los arenales de San Sebastián y pronto se harán a la mar, en dirección a...

—Palos, hermano —completó fray Tomás, con una sonrisa.

El fraile asintió al príncipe y este mantuvo el silencio, que se iba tensando por momentos. El viejo no dejó que los montesinos tomaran la palabra. Había entendido la estratagema de fray Genaro y la valentía que estaba demostrando. Aquellos odiados montesinos estaban ahora en su poder, pero tendría que jugar bien la baza hasta el final.

—Entonces, queridos hermanos, tendréis que modificar vuestra propuesta.

Fray Tomás se dirigió a los capuchinos con una ligera sonrisa en los labios.

La cara del montesino era una mezcla de ira y odio contenido hacia fray Genaro y fray Tomás. Se había retirado la capilla de su hábito y mostraba el rostro en toda su amplitud. Su semblante no estaba tostado por el sol y los mofletes denotaban repetidas gulas. Fue el otro capuchino, que había asistido al debate en silencio, quien intervino.

—Eminencias, en tal caso pondremos a vuestra disposición *La Valiente* y *La Siciliana*, y cinco cienes de mil maravedís, pero pedimos la dirección de la expedición.

—Querido hermano, me temo que tendréis que someteros a la Corona —cortó inmediatamente el dominico—; ostentamos la comandancia de la expedición con poder absoluto. Bien, hermanos, ya tenemos nuestra expedición armada. Nuestros ecónomos os informarán del pertrecho necesario para el continente de los navíos.

—Tan solo haremos una pequeña salvedad —cortó el montesino de los mofletes rosados—. No financiaremos empréstitos a la Corona sin negocio ni serviremos aval ante la comunidad judía.

Fray Tomás pareció enrojecer de la ira que se agolpaba en su rostro, pero inmediatamente se serenó y con voz contenida con dificultad, dijo:

—Vemos que las noticias viajan más rápido que el viento. Tranquilizaos, que la comunidad judía quedará al margen de esta y de otras negociaciones. Los negocios de Fernando y los judíos son un secreto de Estado.

—Hermano —intervino fray Hernando, presintiendo una indiscreción por parte del furibundo dominico—. No debéis preocuparos, todos los aquí presentes somos valedores de la garantía de nuestros ecónomos.

—¿Sí? Pues aquí están mis credenciales —respondió con acritud el montesino—. Según la ley disponéis de tres días para aportar las de todos los valedores. En caso contrario haremos uso de nuestro derecho de embargo de los depósitos de astilleros, confinando las naves en el puerto hasta que la expedición sea asumida por quienes la financiaron.

—Y de esa manera os haréis con el control de la expedición y bloquearéis el mercado con vuestros precios —dijo el dominico por lo bajo.

Aquel duro negociador no se conformaría con aceptar un «farol» sin lucha.

—Antes de tres días presentaremos a nuestro querido arzobispo como valedor de la diócesis donde se realiza esta... este concilio, y actuará en calidad de depositario hasta que expire el plazo, que será de diez días.

—¡No estamos de acuerdo! —estalló con violencia el capuchino, que había visto la artimaña del dominico—. Sabemos que el arzobispo está gravemente enfermo y que vuestro obispo os obedece. Además, esta es una reunión de ecónomos, ¡no un concilio!

—Un momento, hermanos, haya paz —intervino el obispo, molesto—. Esta diócesis jamás quebrantará los fundamentos de derecho. El arzobispo efectivamente

no se encuentra disponible y yo soy su sustituto. Os ruego demostréis respeto y sumisión al cargo, si no queréis que comande una queja formal al Santo Padre. —Se detuvo un momento para echar una rápida mirada a los príncipes y añadió—: Y deberíais saber que puede hablarse de concilio cuando acuden un mínimo de cuatro primados. Tenéis ante vos al cuarto —dijo señalando con su mano a los otros tres príncipes y a sí mismo.

La figura del obispo, que hasta ese momento se había manifestado como un desafortunado borrachín, artero y conspirador, falsario y aprovechado, se alzaba ahora reclamando toda su dignidad, ante la injuria a la que era sometido por aquel capuchino.

Fray Tomás le dedicó una sonrisa y un mudo aplauso juntando sus manos en un movimiento nervioso. Cuando el benedictino se volvió para mirarlo, el viejo recompuso su gravedad, aunque en sus ojos se traslucía un brillo de triunfo. Parecía estar deleitándose con el licor suavísimo de la victoria ante un enemigo sagaz y marrullero, como eran aquellos condenados monjes. Sabía que debían andar listos si no querían que se les metieran entre las sábanas y les robaran las calzas.

Los mofletes rosados se movieron en un rictus convulso y el capuchino le hizo un imperceptible gesto a otro montesino, que se levantó de su asiento y se dirigió a fray Tomás mirándole a los ojos:

—Está bien, acataremos el orden establecido. Nuestro ecónomo está a disposición de los vuestros para formalizar el trámite. De sobra sabéis, hermano —añadió con una sombra de derrota en los ojos—, que en diez días no podremos compulsar las credenciales con registro episcopal.

El final de la frase llevaba implícito un aliento de resignación, de rendición, de sumisión a los intrigantes. Fray Genaro pudo apreciar que a pesar del abatimiento del monje, sus ojos escondían alguna maquinación y un brillo de inteligencia le asomaba al rostro, como si la rabia pugnara por salir. La sagacidad y el valor habían vencido ante la insidia y el recelo.

Fue el obispo quien con unas sonoras palmadas dio por concluida la reunión. Todos salieron a la nave central y el frío reinante pareció despabilar los espíritus. Los capuchinos salieron a escape por el portón principal. Fray Genaro y fray Tomás se arrodillaron frente al altar mayor. Cuatro Lanzas, dos a cada lado, custodiaban los reclinatorios y tronos de los primados. El dominico aprovechó el momento para agradecerle entre susurros su coraje al alzarse como valedor de su legación y enfrentarse a todos.

Fray Genaro se despidió con una genuflexión.

2

Fray Genaro se encaminó al convento de Santiago, ansioso por ocupar su dormitorio y descansar. Su cabeza era un torbellino de ideas. Por un lado deseaba ayudar al dominico; algo en su fuero interno le instaba a ello, pero el temor a aquellos poderosos hombres que se movían en las sombras y que, ya no tenía la menor duda, habían atentado contra su vida le animaba a abandonar una empresa en la que solo podía perder. Sus actos y los acontecimientos vividos no decían nada amable sobre ellos; no le gustaba bregar en aquel mar de intrigas, pero también se daba cuenta de que no podía evitarlo. El viejo árabe comenzaba a tener razón: estaba preso de su destino.

Antes de abandonar la catedral, vio al fámulo que salía de la sala conciliar y se dirigía hacia una pequeña puertecita situada detrás de uno de los confesionarios. Se acercó indeciso al lugar, observando con el rabillo del ojo si algún novicio lo veía merodeando por allí, y vio unas escaleritas en penumbra que ascendían en semicírculo. Atravesó los cortinajes, subió con sigilo y llegó hasta una especie de recibidor con varias puertas de madera.

Escuchó un rebullir de llaves en la sala y una cerradura que se abría. El fámulo trasteaba en la estancia de al lado. Sin hacer el menor ruido, entró en la biblioteca. Al fondo le pareció ver una sombra que desaparecía tras un armario oculto en un rincón. Fray Genaro se acercó y vio una pequeña puerta con una rendija abierta; una llave se hallaba en la cerradura. Acercó su ojo a la ranura y vio una larguísima fila de estantes y pasillos pobremente iluminados. Solo podía tratarse del famoso archivo documental de la catedral de Jacca. ¡Lo había encontrado!

Su mano empujó el picaporte y la puerta se abrió en silencio, como si de las puertas del cielo se tratase. No vio a nadie; posiblemente el fámulo se encontraba al fondo de la estancia, que se extendía hacia todos los lados. Innumerables salas y armarios adosados a las paredes componían el archivo. Observó los armarios y estantes repletos de documentos, que conectaban con la casa del párroco, la sacristía y las salas conciliares. ¡Era realmente enorme!

La estancia en la que se encontraba era como la antesala del archivo, presidida por un gran escritorio de madera con cuatro secreteres en cruz. La temperatura resultaba muy agradable para leer, estudiar y trabajar.

Se dispuso a marcharse. No conseguiría encontrar nada entre semejante cúmulo de documentos sin la preciosa ayuda de quien lo había organizado todo, el fámulo, y tampoco quería que este lo sorprendiera, pues no sabría qué decirle. Al pasar junto a un estante, sus ojos se fijaron en una pequeña anotación, colgada en uno de los laterales de un armario. Rezaba lo siguiente: «*Requietio mulamtrain numerus cxl liberum rates in Iguacelanno 1147sic*».

¡1147! No podía dar crédito a lo que veía. ¡Aquella fecha era exactamente el número que su maestro había descifrado del manuscrito! Y en medio de una larga

lista de nombres, uno se clavó en el ánimo del fraile de forma indeleble: B. José de Bracamonte. ¡Qué extraño! ¡Qué gran parecido con su Ben Yusuf Al Braakel! ¿Qué mejor cambio de nombre que ese para ocultar una procedencia árabe?

Se detuvo a pensar un instante. Aquellas palabras en latín, ¿no significaban que una recua de mulos había estado en Iguacel? Oyó un leve roce tras él y se volvió con el pergamino en la mano. Un fámulo le observaba en silencio en la entrada de la estancia.

—¡Por Dios, hermano! Me habéis dado un susto de muerte.

—¿Qué hacéis en mi archivo, hermano? —preguntó el otro con una mirada de desconfianza—. ¿Contáis con el permiso de mi señor obispo, quizá? ¿Acaso con una orden de vuestro señor?

—Perdonadme, hermano, mi presencia aquí se debe a una curiosidad indebida. Os ruego que me disculpéis, no volverá a suceder. No obstante, ¿podrías explicarme esta lista? ¿Qué significa esto? ¿Qué es Iguacel? ¿Por qué escriben aquí «*Requietio*»?

El fámulo observó detenidamente la hoja de pergamino.

—«*Requietio*» significa «descanso», «reposo», y también puede ser «muerte»; Iguacel es un valle, enclavado cerca de la Pirena. El pergamino data del año 1147 y por entonces se usaba un latín bárbaro, mezclado con expresiones locales.

El fámulo le quitó el pergamino de las manos, lo colgó en su sitio e invitó a fray Genaro a salir del archivo. El rostro del fraile se ensombreció repentinamente. No deseaba marcharse de allí y dejar aquella pista sin respuesta. A fin de cuentas, sentía que el destino lo estaba haciendo bailar a su antojo. Observó un viejo pergamino que parecía que alguien había estado estudiando y leyó: «*in Dei nomine et ejus gratia. Hec est caratula corroborationis de alode de Gausa...*».

No pudo seguir leyendo. El fámulo se plantó ante la mesa y miró con ojos de rabia al fraile, que apartó de su alcance el pergamino que tenía en la mano.

—Tened cuidado, mi señor, no dañéis esa preciosa joya de nuestro archivo —lo advirtió el hombre con un rictus de preocupación en el rostro—. Es un documento muy antiguo. Os aseguro que si sufriera algún daño ambos saltaríamos en la hoguera antes de mañana.

Fray Genaro lo escondió tras su espalda con un gesto rápido y, con el rabillo del ojo, buscó uno de los braseros y camino hacia él con paso decidido.

—Querido hermano —comenzó con dulzura—. ¿Acaso os «olvidasteis» de entregarme algún documento o legajo que viniera con el petate de documentos de mis desgraciados hermanos, los que murieron en Arguís?

El fámulo se puso lívido. Comprendió inmediatamente sus intenciones y tras una corta carrera hacia uno de los estantes, le entregó una carpeta.

—Tomad, hermano, y por el amor de Dios, cuidaos de hacer ninguna tontería. Es esto lo que vos queréis. Esta carpeta la encontré casualmente hace poco, e iba a entregárosla.

—Hermano, mentís como un villano —dijo con calma fray Genaro, mientras

observaba que el lacre de su monasterio estaba roto—. Quiero además que me entreguéis el legajo de Iguacel, si queréis recuperar esta joya.

El fámulo desapareció en el interior del archivo y regresó con otra carpeta. Tomó el legajo arrancándoselo de las manos; luego le entregó el documento.

—Disculpad, hermano, mi torpeza, quizá debí dároslo antes. Este documento es uno de los más antiguos que tenemos aquí, de hace más de quinientos años. Una joya que no debe correr riesgo alguno.

Lo llevó diligente al interior del archivo y regresó con una sonrisa lobuna que mostraba sus dientes podridos.

Fray Genaro había desaparecido.

Casi una hora después, fray Genaro entró en tropel en la sala conciliar. Esperaba hallar allí al príncipe, si no se había retirado a descansar. Casualmente, se encontraron en la misma puerta.

—Mi señor, he estado «negociando» con el fámulo y me ha entregado por fin todos los documentos de mis desgraciados hermanos muertos en Arguís. Lamentablemente no os podré ser de ninguna ayuda. Con seguridad les robaron. Quiero aprovechar vuestra generosidad para pedirlos que me dispenséis de estas intrigas y me dejéis marchar...

—Hermano, por el amor de Dios —cortó el dominico bajando la voz al límite de lo audible—, ¿queréis dejar de decir tonterías? Esto no es un juego de niños. Habéis estado muy valiente con vuestro engaño, pero deberéis ser todavía más prudente. Nadie, absolutamente nadie, debe conocer la verdad de vuestra treta. Si alguien lo descubriera, todo se vendría abajo y esos montesinos comandarían la expedición. ¡Por el amor de Dios, buscad esos documentos! ¡Alguien los tiene en su poder!

—Pero mi señor, el fámulo ha roto el lacre del legajo de mis hermanos; estoy seguro de que conoce la artimaña y puede traicionarnos.

El dominico se quedó un rato en silencio, mirando al infinito.

—Mmm, dejadme pensar un poco sobre este asunto. Ya hablaremos.

CAPÍTULO 8

El enigma

1

Fray Genaro llegó al convento del Carmen. Deseaba descansar. El fámulo le había procurado una celda lejos del convento de Santiago, donde no era bien acogido después de que su señor hubiera mandado prender al abad y al herbolario. Sentía un frío espantoso y solo quería acercarse a un brasero y estudiar el enigma de su maestro, sumergirse en algo familiar y gratificante, que le hiciera olvidar por unos momentos los temas terribles entre los que tendría que navegar como abogado de causa.

El temor a otro ataque no se había disipado de su espíritu. No había podido ver el cuchillo del niño. ¿Qué había pasado realmente? ¿Era la muchacha la que con su mirada le avisaba del peligro? De no haber sentido aquella excitación que trató de ocultar con el libro, ahora estaría muerto. Pero ¿había sido realmente un ataque contra su persona o la maldad de un ser carente de raciocinio?

Se tumbó en su camastro y estuvo largo rato mirando el techo. ¡No podía ser que alguien quisiera acabar con su vida! Su mente evocaba constantemente la figura de la muchacha en la calle y la intensidad de su mirada. Decidió no pensar más en aquella enigmática joven. Le turbaba la sensación de que cuando la miraba, unas veces la veía como una mujer y otras como una chiquilla.

Sacó el *Codex* de debajo del colchón y el manuscrito que había conseguido en San Isidro de Dueñas. Los versos del manuscrito comenzaron a mostrar sus secretos. Lo que había descifrado hasta entonces del texto no decía mucho, pero era un muy buen comienzo: «*Fero traiciendas Aurum Itineris callis Pirinum*».

Las dos siguientes palabras le costó más de una hora mayor descifrarlas. Tras conseguir transcribir una palabra tan larga le pareció que su corazón se constreñía: «*Psslsagiics*».

No tenía sentido todavía, pero no podía dejar de mirar aquella palabra que parecía hablarle desde lo más recóndito de su memoria. ¡Le resultaba tan extraordinariamente familiar!

Un campanazo de la torre lo cogió por sorpresa y le dio un susto de muerte, pero aquel tañido debió de romper los muros de su memoria, pues inmediatamente se apareció ante él el rostro demacrado y desfigurado del escriba de Vera.

«¡¡Alejaos de mí... *Pessulus Magnificus!!*». Aquellas dos palabras las había pronunciado varias veces el escriba de Vera en sus delirios. Pero... ¿qué significaba? Oyó una campana que anunciaba completas y que le sacó de su letargo. Todos los monjes acudirían al refectorio.

Esperaba encontrar al fámulo, que sabía que acudiría a la colación de la noche. Quizá debería insistir en el motivo por el que este había roto el lacre de los documentos. Cabía la posibilidad de que este no le hubiera entregado por error todas las pertenencias de su desgraciada legación. De cualquier manera, quería hablar con él: no se fiaba de los propósitos de fray Tomás.

El calor del convento y los olores propios a humanidad y verduras le resultaron entrañables y acogedores. Se sentó en un banco en el que había un hueco vacío. 1,01 novicios removían alegres manos y pies por debajo de la mesa, mientras entre contenidas risas sofocaban algunos cuchicheos.

Un fámulo puso un trozo de pan y otro de queso ante la escudilla de fray Genaro. Al lado, una jícara de barro no muy grande llena de vino tinto, oscuro y oloroso esparció su aroma y levantó un quedo murmullo de admiración y deseo entre los novicios. Fray Genaro apuró el plato de sopa, se guardó el pan y el queso bajo el hábito, tomó la jícara de vino y dio un sorbo. Los jóvenes lo miraban relamiéndose, imaginando la dulzura del vino en sus bocas; algunos entornaban los ojos y evocaban quizá otra colación, bien regada con esos caldos.

Genaro se limpió los labios en el hábito y pasó por debajo de la mesa la cantarilla de vino, el pan y el queso al novicio que tenía más cerca. Una pequeña y silenciosa conmoción tuvo lugar entre los jóvenes, que debían esperar a que el último fraile se levantara para salir al jardín y le obsequiaron con más de una sonrisa abierta y franca.

Fray Genaro vio salir al fámulo, que hablaba en voz baja con otro, siseando, y le indicó por señas que quería hablar con él. El fámulo levantó la cabeza y le hizo un gesto negativo. El fraile se dirigió a su celda y cerró la puerta. Lo vería al día siguiente, en laudes.

Con la manta sobre los hombros, volvió al estudio del manuscrito. Poco avanzaba en sus cavilaciones; las palabras se confundían unas con otras. Se le ocurrió contar al revés, pues el último signo no apareció al terminarse el manuscrito. Pensó en un principio que faltaban hojas, pero no tuvo otra opción que rendirse a la evidencia de que la transcripción había terminado.

Recompuso el texto para evaluar lo que había descubierto: «*Fero, Aururn, Itineris, Portus Summun due Longum de pilus ergâ vestigium de caele, catellae Pessulus Magnificus Caligae Allah*».

Tradujo para sí: «Transportar, oro, itinerario, Pirena argolla magnífico dos largos de crin, huella del cielo sandalia Alá».

Se sintió agotado, y tremendamente decepcionado. Aquello no tenía sentido. Por más que se estrujaba el cerebro, no encontraba relación entre aquellas palabras y sus propósitos. ¿Qué podía significar «*Summun due Longum Pessulus Magnificus Caligae Allah*»? «Pirena» se referiría a una zona del Pirineo de Aragón pero ¿a cuál? ¿Qué significaba este nuevo galimatías?

Caligae Allah. ¿Acaso la huella del cielo era una conjunción de estrellas? Podría ser, pero jamás había oído hablar de una formación de estrellas llamada «Sandalia de Alá». ¿Debía suponer que las Parias habían seguido el itinerario del Pirineo hasta Roma? Parecía evidente, pero ¿qué eran los largos de crin? Y ese «*Pessulus Magnificus*», ¿qué significaba? También contaba con el dato de Iguacel, pero no encontró ninguna información adicional en el legajo. Tenía que contentarse con la lista de los nombres de los que habían ido en la caravana, y todos eran transcripciones

del árabe al castellano.

Al irse a dormir soñó que el escriba de Vera le perseguía entre las sombras de la catedral, mientras él intentaba inútilmente cerrar un tremendo orificio que se había abierto en el centro del templo, vertiendo sobre él un vasito de tierra que tomaba de la pila bautismal.

Le despertó el toque de prima; tenía la cabeza pesada y somnolienta. Salió de su celda y se incorporó al río de monjes y novicios que acudían a cumplir los rezos.

Pronto lo llamaron al refectorio. El abad y tres monjes de edad le esperaban en el despacho. La gravedad de sus rostros le hizo presentir que algo terrible había pasado. Las miradas furtivas de los monjes auguraban problemas.

—Sentaos, fray Genaro —indicó el rector a modo de saludo—. Hemos tenido noticia de que habéis repartido a algún novicio en el refectorio una jícara de vino, un trozo de pan y uno de queso. ¿Es así? —El fraile asintió—. ¿Por qué lo habéis hecho? —quiso saber el abad.

—La caridad y la alimentación frugal son dos de las reglas de mi orden, mi señor —respondió suavemente—. Ignoraba que fuera un delito tan grave en vuestro convento. Recordé que cuando yo era joven mi apetito no se saciaba fácilmente.

—¿Por qué, si no teníais hambre, no pusisteis la comida a disposición del hermano portero para socorro de los muchos necesitados de la ciudad?

—Mi señor abad, la caridad no tiene rostro. Allí donde se detecta una mirada de súplica es cuando hay que ejercerla.

Iba a protestar el abad cuando otro monje se le anticipó:

—Decid, hermano, ¿tenéis enemigos aquí?

—¿Os referís a aquí... en el convento? ¿Qué tiene que ver eso? Lamento mi error, quizá fui complaciente con los novicios, pero me parece demasiado rigurosa la reprimenda para tan poco delito...

El abad levantó una mano para hacer callar el murmullo de los monjes.

—Han muerto —dijo—. Los cinco novicios que tomaron vuestro alimento han fallecido, hermano.

Lo había dicho en un susurro, casi sin mover los labios, mirándole fijamente. Fray Genaro se quedó mudo; un nudo en la garganta le atenazaba las cuerdas vocales.

—Queréis decir... ¿Qué? ¿Los novicios de anoche? —balbució el fraile, aturdido—. Pero ¿cómo han muerto?

—Pensamos que vos nos podríais iluminar sobre el asunto —respondió el abad.

—¿Quién, yo? ¿Cómo podría? ¿Cómo es posible?

—Nuestro herbolario piensa que tal vez se deba a un envenenamiento —comentó el abad en voz baja—. Quizá el verdadero destinatario de ese veneno erais vos. Nos ha indicado que fueron envenenados con varias *Amaniate Falloides*, hábilmente disimuladas en el queso. Basta un pequeño ejemplar para matar a una persona. Quien haya sido, quería asegurarse de que conseguiría su objetivo.

Fray Genaro sintió miedo. Ahora comenzaba a verlo claro: de repente, un

enemigo feroz e invisible se cernía sobre él. Ahora tenía claro que alguien quería eliminarlo. Pero ¿quién y por qué?

—¿Quién os lo dio? —preguntó el abad, volviéndose a fray Genaro.

—No lo pude ver —respondió él después de pensar un poco, y movió negativamente la cabeza—. Fue un fámulo, desde luego, pero no sé cuál de ellos. ¿Habéis preguntado a los otros novicios, me refiero a los afortunados que sobrevivieron? —preguntó el fraile con un hilo de voz—. Alguno tuvo que ver algo.

—Ninguno recuerda quién fue. Están demasiado asustados —repuso el abad—. Bien, esperaremos a las autoridades y luego dispondremos. Ahora, vayamos a rezar por las almas de esos desdichados. Os ruego que no salgáis del convento hasta nueva orden.

Fray Genaro se dirigió de nuevo a su celda. En la antesala al refectorio, le esperaba el fámulo, que al verlo se acercó y abrazó al fraile.

—Estoy muy apenado, hermano —dijo en tono compungido—. La desgracia se abate sobre este convento y sobre vos.

Fray Genaro se mantenía alerta y tenso. Decidió hablar con fray Tomás y pedirle licencia para ocupar otro convento: allí corría peligro.

—Hermano —dijo de pronto fray Genaro al fámulo sin más preámbulos, sobreponiéndose a la impresión—. Los documentos que me entregasteis de mi legación, la que asesinaron en Arguís, ¿los hojeasteis?

—¿Por qué? ¿Había en ellos algo de mi interés?

—Los lacres estaban rotos y todos los miembros de mi legación han sido asesinados menos yo. ¡Quiero saber quién y por qué atenta contra mi vida! Espero que vos, que tanto poder poseéis en las sombras, me lo digáis.

—¿Yo? ¿Cómo podría? —respondió el fámulo mostrando toda la extrañeza del mundo en su rostro—. Creo, hermano, que os equivocáis de hombre. Os juro por lo más sagrado, por mi salvación eterna, que nada tengo que ver con estos hechos luctuosos.

Fray Genaro le miró directamente a los ojos, pero no pudo apreciar ni un atisbo de duda en ellos.

—Tan solo quiero deciros que si vuelvo a sufrir otro ataque contra mi persona, pondré en conocimiento de mi señor mis sospechas respecto a vos.

—Os juro por mi alma que os entregué todo cuanto encontraron en vuestra expedición sin mirar ningún documento.

—Mentís, hermano, mentís como un bellaco. Jamás ninguno de mis hermanos osaría romper un lacre de nuestro abad.

—Os repito que os lo entregué todo tal como me lo dieron a mí. Quizá los rompieron quienes les atacaron. Yo solo pensé en ocultaros ese legajo porque quería negociar con vos. Tengo un interés especial en ganarme vuestra amistad y respeto; sois el hombre de confianza del más alto primado del reino, y os serviré y obedeceré. En estos tiempos que corren hay que tener amigos hasta en el infierno.

Fray Genaro lo dejó ir. Estaba seguro de que ese hombre ocultaba algo, pero era más artero y sibilino de lo que en aquel momento podía soportar.

Más tarde, llegaron al convento un emisario del obispo, junto con el Justicia y fray Tomás. Fray Genaro acudió a recibirlos acompañado de cinco monjes ancianos y con la licencia del abad, que parecía sobrepasado por los acontecimientos.

Estuvieron largo rato viendo los cadáveres, cinco cuerpos jóvenes e inertes. Todos los rostros mostraban el rictus de la tragedia. El hedor que emanaba de los cadáveres denotaba los interminables cólicos y vómitos que aquellos desgraciados habían sufrido hasta que el ángel de la muerte alivió sus amarguras. Fray Genaro sentía las miradas furtivas de sus acompañantes y tuvo la impresión de que lo responsabilizaban de la muerte de los novicios. El recelo y la sospecha volaban por encima de todas las cabezas.

—Deberíais cambiar de aires —comentó el dominico secamente—. Trataremos de buscaros otro alojamiento, aunque quizá debáis pasar otra noche aquí. Veremos qué se puede hacer.

—Por Dios, fray Tomás, marchad cuanto antes —suplicó el fraile todavía conmocionado—. Quienquiera que haya sido, no se anda con bromas. Ya van dos veces.

Ante la sorpresa que mostró el semblante del dominico, fray Genaro le expuso lo ocurrido en la calle mayor, la puñalada del niño.

—De todas formas, de ser cierta esa conspiración que teméis, deben de tener razones poderosas para invitaros a degustar semejante queso y enviaros tan afilado recado.

—¡Dios mío! Pero ¿quién puede albergar en su alma tanto odio hacia mí?

—Hermano, no es odio; puede tratarse de un movimiento en el tablero de una partida complicada.

—No sé si podré soportarlo, mi señor. Yo solo quiero servirlos y obedecer la voluntad de mi señor abad, aunque esto último me parece que ya no será posible.

—¿A qué voluntad de vuestro abad os referís?

—Bueno, mi señor, con toda la legación muerta no tiene sentido abogar por una intriga que me encomendaron y que al parecer solo me reporta enemigos.

—Explicaos, por el amor de Dios.

—Debía averiguar vuestras intenciones respecto a vuestra misión y abogar a favor de mis hermanos, pero lo cierto es que ignoraba el motivo por el que me lo pidieron.

Fray Tomás prendió su mirada en el vacío y estuvo un rato reflexionando; luego, como si volviera de muy lejos, añadió con una mirada gris y lejana:

—Solo Dios sabe los motivos que impulsan a vuestro abad a intrigar desde tan lejos.

—En realidad no fue él; solo me envió con el libro que deposité en San Juan. Fue otro monje de mi monasterio. Pero yo os juro, mi señor, que no tengo la más mínima idea de...

—No juréis, hermano —le cortó el fraile—; quizá sea en vano y eso es delito grave. Dejémonos de conjuras; pronto tendremos ocasión de protegernos de ellas.

Todos salieron y se encaminaron hacia la catedral. Fray Genaro cargaba sobre su espalda con sus escasas pertenencias y seguía dócilmente a fray Tomás.

—Bien, hermano —dijo el fámulo con tono conspirador y amable—, el obispo ha dispuesto que durmáis aquí mismo, en la catedral. En esta planta hay una pequeña estancia que se utiliza como cuarto de huéspedes; en ella estaréis muy cómodo. Yo dormiré al lado, en el escritorio de la biblioteca. Si deseáis algo solo tenéis que llamar.

Fray Genaro cargó con sus cosas bajo el brazo y siguió al fámulo. Se había dicho a sí mismo mil veces que sus sospechas eran infundadas, que el fámulo no tenía responsabilidad ninguna en los envenenamientos de los novicios ni en el ataque en la calle mayor. Fray Tomás había sido duro y categórico: «Ningún convento os acogerá con gusto. Más bien sospechad de aquel que quiera hacerlo», dijo zanjando el asunto. Sin embargo, en su corazón anidaba aún un poso de sospecha hacia el fámulo.

Entraron a la sacristía y subieron por la pequeña escalera oculta tras el confesionario. Atravesaron el cortinaje y se dirigieron a la planta superior. El fámulo abrió una puerta al lado del archivo, mediante la que se accedía a una sala amplia y luminosa, de techo altísimo, donde un jergón apoyaba la cabecera contra la pared, cubierta con tapices ricamente bordados.

—Acordaos de cerrar —comentó el sirviente con una mirada maliciosa, tras entregarle una llave grande y pesada—. Por la noche nunca se sabe. Aquí tenéis unas velas, mecha y pedernal.

Ahora, si no os importa, os dejo. Ah, se me olvidaba, vuestro señor os manda recado: debéis reuniros con él antes de la hora sexta.

Fray Genaro se quedó solo. Poco le había agradado la alusión del fámulo, pero era el único sitio donde estaría seguro. Le gustó la estancia. La parte alta de la catedral ofrecía muchísimo espacio. Junto a un gran ventanal por donde entraba la luz a raudales había una cama, una gran mesa, tosca y renegrada, y un sillón tapizado y con un asiento mullido. Tenía ganas de volver a estudiar el manuscrito; sin embargo, el dominico le había mandado recado, así que bajó las escaleras en dirección a la sala de los príncipes.

En la sala conciliar todo estaba muy iluminado y brillante. Los tapetes de rico brocado, las filigranas de bordado y pedrerías, los manteles, las copas y la batea: todo brillaba tanto que parecía de oro. Seis enormes braseros encendidos desde el amanecer daban tanto calor que resultaba sofocante. Ninguno de los dos príncipes ni su séquito se encontraban en la estancia, a excepción de fray Tomás.

Largo rato permaneció fray Genaro sentado junto a la puerta, aunque sabía que su señor había reparado en él. Finalmente, el viejo y otro monje se levantaron de los tronos y se acercaron lentamente a él, que parecía haberse convertido en el ángel custodio de la puerta.

—Hermano, os estaba esperando para hablar con vos.

—Yo también, mi señor —contestó fray Genaro, temeroso—. Estoy aterrado por

los acontecimientos que han sucedido en el convento.

—Hermano, parece que las desgracias os persiguen. Allá por donde vais los muertos caen a vuestros pies. —Fray Genaro lo miró anhelante, recordó el ataque de Santa Cruz y un escalofrío recorrió su espalda—. Ya sé que el asunto es terrible y que no debemos frivolar sobre temas luctuosos como este, pero creo que el Justicia no alberga sospecha hacia vos. Aunque parece que habéis comenzado a interesarle vivamente.

—¿Por qué me quieren matar, padre?

—Parece una conjura de lobos. Recordad el ataque que sufrieron vuestros hermanos en Arguís: no tenían motivos para asesinarlos de ese modo. Sin duda, lo que pretendían era que no pudierais acudir a esta reunión. Tal vez el ataque en Santa Cruz tuviera el mismo propósito, aunque gracias a vos se resolvió en otro sentido.

—Entonces ¿se trata de eso? ¿Sospechan que tengo los poderes que vos me pedisteis ayer y por eso quieren matarme? ¡Dios mío, pero si yo no tengo poder alguno! ¡He mirado todos los documentos que me ha entregado el fámulo y no hay ningún poder a mi nombre! No puedo hacer nada en esa reunión.

—Pero ¿qué decís? ¿Estáis seguro de ello, hermano? ¿Habéis vuelto a repasarlos? Es sumamente importante que los tengáis en vuestro poder. Todo depende de ello.

Fray Genaro negó con la cabeza mientras se frotaba las manos.

—Os ruego, mi señor, que proclaméis ante todas las legaciones que no tengo los poderes de la legación agustina —suplicó—. De esta forma me dejarán en paz. Además, el fámulo ya habrá vendido esa información a los montesinos o a los capuchinos, o la habrá confiado a su obispo y...

—¡Hermano, por el amor de Dios! —cortó el viejo, exasperado—. Es importantísimo que mantengamos la compostura. Solo así conseguiremos triunfar sobre las conjuras.

—Pero mi señor, ¡quieren matarme! —exclamó fray Genaro, nervioso, conteniendo su voz, que pugnaba por gritar.

—Si no conserváis la calma, facilitaréis las cosas a vuestros agresores —señaló el viejo sujetando al fraile por los brazos—. Sospecho que esos montesinos saben lo que hacen, si es que son ellos los responsables. En cualquier caso, hermano, no os expongáis inútilmente.

—Pero mi señor...

—Hermano, a veces el Señor nos pone en tesituras muy complicadas. Todos estamos en peligro, no lo olvidéis, y sin embargo seguimos con nuestra misión aun en contra de nuestra voluntad. —Detuvo la mirada en la bruma que volvía a amenazar con extenderse por todo el valle—. Estos franciscanos de Palos de la Raya nos han dado un espaldarazo. Se retiran de la negociación por falta de recursos económicos; sin embargo, cuentan con una idea novedosa y prefieren orientar sus afanes en otra dirección. Me han entregado recado personal de Isabel y debo obedecer.

—¿Os referís al monje que hablaba antes con vos? —preguntó fray Genaro.

—Solo os pido que permanezcáis a mi lado y obedezcáis mis órdenes; se os recompensará con largueza.

—Pero mi señor, yo bien poco puedo hacer en vuestra ayuda. No puedo dar un paso sin miedo a que me asesinen. Elegid a otro que os auxilie en vuestra empresa y mandadme a Veruela...

—¡Callad, por Dios! Todos estamos con el miedo metido en el cuerpo. No lo penséis ni por un momento: debéis permanecer a mi lado o poco durará vuestra vida.

Fray Genaro ya no quería seguir en compañía del dominico, ni obedecerle ni acatar la misión que su abad le encomendara.

Sabía que de permanecer un solo día más en la ciudad, terminaría muerto a manos de aquellos miserables que lo acechaban en las sombras. Tal vez le impondrían un tremendo castigo, pero al menos estaría vivo. ¿No sería capaz su abad de comprenderlo? ¿Por qué lo había enviado a él y no a otro?

Fray Genaro sentía que el miedo hacía presa en él y se vio atrapado en una espiral de la que no podía salir. ¿Qué haría su maestro en una situación así? De repente, como movido por un impulso, salió de la catedral y se dirigió directamente a la judería; confiaba en encontrar la casa del judío Isaías o la del viejo árabe, el abuelo de la muchacha. Tal vez le podrían ayudar a salir de la ciudad. Le repugnaba la idea de jugar con los sentimientos de las personas caídas en desgracia, pero ¿acaso no era eso mismo lo que estaban haciendo con él? Solo deseaba salir de allí.

En la calle mayor, el gentío abría paso a unos soldados que subían a toda prisa por el centro de la calle. Fray Genaro sintió sobre su hombro derecho como una maza que caía desde lo alto. Una pesada mano le detuvo. Sin mediar palabra, tres Mangas Verdes le pusieron al cuello una argolla de hierro que trabaron con un resorte. Decenas de curiosos abrieron un círculo a su alrededor y empezaron a insultarle. Dos argollas pequeñas, una en cada muñeca, unidas a una recia cadena sujetaban sus manos a la espalda. Casi sin darse cuenta, el fraile quedó inmovilizado y sintió como le empujaban con violencia hacia delante. La gente se amontonó, curiosa, para ver prendido al hombre que muchos habían visto en compañía del temido fámulo, y entrando y saliendo de la sala conciliar de la catedral. Numerosas personas sintieron el aguijonazo de la venganza, imprecaron al fraile y le lanzaron verduras a la cabeza.

Fray Genaro trastabillaba debido a los empujones que le propinaban. Trató sin éxito de preguntar el motivo de su prendimiento sin obtener respuesta. Los Mangas Verdes lo condujeron directamente a la torre del Justicia y lo arrojaron a los pies del escribiente de Registro, que lo miró de soslayo sin levantar la cabeza.

—¿Nombre del reo? —inquirió con voz ronca e indiferente.

El comandante de la patrulla miró un papelito que sacó de la faltriquera y respondió:

—Genaro, fray Genaro de... la Cruz; eso, de la Cruz.

El hombre inscribió el nombre en un gran libro y, desentendiéndose de todos, siguió con sus anotaciones.

Fray Genaro sintió que sus narices se constreñían ante el inmundo hedor que emanaban los calabozos a los que fue conducido. El piso era de tierra apisonada y los muros de piedra albergaban varias mazmorras. Lo ataron con grillos firmemente sujetos a las paredes y lo abandonaron en la oscuridad. Apenas podía moverse; solo era capaz de estirar las piernas. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, comenzó a vislumbrar unas formas difusas que permanecían en silencio abatidas en el suelo, algunas en contorsiones grotescas. Otros reos esperaban su destino con la vencida impotencia de su desesperanza.

—¡Chist! ¿Quién está aquí? —preguntó, intentando reconocer el bulto que quedaba a dos varas de él.

Después de un prolongado silencio, desde el otro lado de la estancia una voz le susurró:

—Más os vale callar, insensato, solo conseguiréis unos cuantos azotes.

—Pero yo debo hablar con mi señor. Sin duda ha habido una confusión y me retienen a mí pensando que soy otro —protestó fray Genaro—. ¡Guardias! ¡Guardias! —gritó.

Un ruido de cerrojos respondió a la llamada y una sombra se dirigió con celeridad al lugar que ocupaba. Algo impactó de forma terrible contra su rostro, su cabeza rebotó contra la pared y las fuerzas le abandonaron de inmediato. Una lluvia de golpes sobre todo su cuerpo quebrantó su ánimo hasta hacerle perder el conocimiento. Despertó con un zarandeo y gran ruido de grillos y cadenas. Le izaron en vilo y a empellones lo condujeron fuera de las mazmorras, antes de arrojarlo sin ninguna contemplación al suelo, ante una mesa de nogal renegrido.

El alcaide lo miraba con rostro grave. Estaba sentado en un taburete con un bastón entre las piernas al que hacía dar vueltas sobre su eje. Un ramillo de semillitas atadas con un finísimo cordelito describió un revoleo, como si fuera la falda de una mujer.

—Así que vos sois fray Genaro de la Cruz.

El fraile lo miró sin comprender qué era lo que pretendía de él aquel hombre. Sentía que su cuerpo se encontraba atenazado por una garra que le impedía moverse con libertad.

—Mi señor, ignoro el motivo por el que he sido apresado por estos soldados, pero si tenéis alguna dignidad sobre ellos, os insto a que me dejéis en libertad inmediatamente, pues debo acudir a las órdenes de mi señor fray Tomás de Torquemada, del que soy compañero y de cuya confianza gozo. Mi domicilio se encuentra en la catedral, al amparo de nuestro bien amado obispo de la diócesis.

El hombre, después de la perorata emitida de un tirón, hizo girar de nuevo su bastón sin dejar de mirarlo y otro revuelo de semillitas describió un baile alegre en medio de aquella sordidez de la torre. Fray Genaro sintió que su corazón se aceleraba y que un temor angustioso se instalaba en su pecho. Aquel hombre no pareció dar muestras de intimidación ante el nombre del dominico; parecía estar por encima de

aquellas autoridades.

—Mi señor —prosiguió—, os ruego al menos me indiquéis cuál es el delito por el que he sido arrestado, pues deseo enviar una misiva a mi señor para que venga en mi auxilio.

La voz ronca y potente del alcaide se hizo oír en el silencio de la estancia. El hombre, sin despojarse de su grueso capote, se pasó una recia y poderosa mano por el cabello entrecano y se puso en pie:

—No tendréis ocasión de nada: seréis ahorcado al amanecer.

—Pero mi señor, yo no he hecho nada de lo que me podáis acusar. Soy abogado de procesos y reclamo derecho a recusación particular. ¿De qué se me acusa?

El hombre volvió a mirarlo sin demasiado interés, como si estuviera cumpliendo un trámite y observara un protocolo aburrido.

—De asesinato, ¿de qué si no?

—¿Cómo? ¿Qué? Pero ¿cómo os atrevéis? ¡Esto es absurdo!

El alcaide se sentó de nuevo y hojeó el libro que el escribiente sostenía. Pareció que toda la paciencia del mundo caía sobre sus amplias espaldas. Resultaba un temible adversario para cualquier hombre, por muy valiente que fuera. Su piel cetrina y sus fuertes brazos acostumbrados a bregar con todo tipo de hombres le conferían aquel aspecto amenazador. Agarró el bastón y dirigió la punta hacia el rostro de fray Genaro.

—Escucha, mentecato. Eres prisionero del Justicia; los monjes del convento del Carmen te han acusado de asesinar a cinco novicios a los que suministraste un veneno capaz de matara una recua de mulos. ¡Estás muerto! De ti depende que tu muerte sea la de todo reo, o por mi vida que suplicarás por una muerte rápida si incordias o molestas y caes en manos de mis hombres.

—Pero mi señor, eso no es cierto, ¡era a mí a quien querían asesinar!

—Os vieron dándoles subrepticamente el queso envenenado y una jarra de vino —respondió con calma el alcaide—; y basta de palabras, ya estás avisado.

Fray Genaro observó como el hombre miraba significativamente a uno de los soldados y en ese momento tuvo conciencia de que estaba perdido. No le cupo ninguna duda de que el alcaide había sido comprado. Si no conseguía dar aviso a su señor, no vería la luz del día. Sintió de repente todo el miedo del mundo sobre su espíritu.

—¡Lleváoslo!

Dos soldados lo tomaron por los brazos y lo llevaron en volandas hasta una celda donde sujetaron sus brazos con unos grillos y sus pies, con un cepo de recia madera.

¿Qué podía hacer? ¿Cómo avisar a fray Tomás para que viniera en su auxilio? ¿Acaso el viejo se dignaría a acudir en su socorro? ¡Qué estúpido era! Había caído en una trampa bien urdida; la jugada les había salido redonda, ya no le quedaba esperanza. Tal vez si consiguiera una recusación... Pero no, estaba seguro de que el alcaide se ocuparía de que no saliera vivo.

De repente, escuchó una voz susurrante que lo llamaba desde la oscuridad.

—¿Quién eres? —le preguntó la voz.

—Soy un pobre fraile caído en desgracia —respondió él con desolación.

—Aquí todos estamos igual, esperando al amanecer. Con nosotros no habrá procesos inquisitoriales, ni penas de Sambenito ni hogueras. Todos bailaremos al extremo de una cuerda.

—¿Cuántos estamos en las mismas condiciones?

—Hoy tres; ayer colgaron a dos. Algunos somos inocentes, pero no nos valdrá de nada. Aquí hay sobre todo comerciantes. Allí hay un guía de montaña, allá un prohombre acaudalado. El resto son reos de herejía. Esos sí que tienen suerte: tras un mes o dos en el cepo, se librarán de todo.

—Pero ¿qué locura es esta?!

—Lo ignoro. Están deteniendo a todos los judíos de la ciudad. Dicen que el muladar ya está lleno de ajusticiados y que quieren abrir una fosa común muy grande.

Fray Genaro sintió que el mundo se abría bajo sus pies.

Las horas se hicieron interminables. Uno de los reos, en su desesperada locura, comenzó a proferir gritos contra el alcaide, pero pronto cayeron sobre él dos recios soldados que en pocos minutos sofocaron alaridos y lamentos. Fray Genaro, tiritando de frío y sumido en el duermevela, no atinó a comprender que le sujetaban por los brazos mientras otros dos hombres soltaban los grillos que lo mantenían prendido a la pared.

Le sacaron sin contemplaciones a la parte trasera de la torre del Merino. Un tosco patíbulo compuesto por un madero cruzado sobre un poste y el otro extremo anclado a la misma pared se vislumbraba en la penumbra del alba. Tres taburetes bajo tres dogales anunciaban el final de los reos.

A fray Genaro le parecía estar surcando un mal sueño del que le era imposible despertar. Unos fuertes empujones le indicaron que aquello era lo más real que podía imaginar. Uno de los soldados le puso la soga al cuello, mientras otros dos lo izaban sobre el taburete, manteniéndolo en precario equilibrio sobre la muerte. Fray Genaro no podía articular palabra; su boca estaba tan seca que tenía la lengua pegada al paladar. La soga, tensada al máximo, le apretaba el cuello, y apenas podía respirar.

Oyó a su lado un golpe seco y vio a su compañero de horca que de repente se columpiaba moviendo las piernas frenéticamente en el aire, al tiempo que emitía unos sonidos extraños y terroríficos. Fray Genaro supo que había llegado su fin.

3

Poco a poco fue recuperando la vida. La luz entraba a raudales en sus ojos. Al tiempo que tomaba conciencia de su cuerpo, el dolor se instaló en él; le dolía todo. Miró sus manos y las heridas en las muñecas le trajeron el recuerdo de los grillos, la oscuridad y sobre todo del miedo: a la muerte, a la oscuridad eterna.

¿Qué había pasado? Debía de estar en el infierno. Sin embargo, los ruidos, las voces y sobre todo la luz del sol eran tan familiares, tan entrañables, que se convenció de estar en el cielo. Un rostro aún todavía más familiar apareció en el umbral de una puerta en la que reparó al abrirse.

—Querido hermano, ¡qué susto nos habéis dado! Demos gracias a la divina providencia de que en el último instante el Señor se apiadó de vos y os concedió de nuevo la vida.

—¡Fray Tomás! Pero ¿qué ha sucedido? Creo que me iban a... Dios mío, ¿qué ha pasado?

El dominico dio paso al obispo y al fámulo. Fray Genaro sintió en su pecho una alegría infinita; jamás pensó que se alegraría tanto de ver a esas personas.

—Hermano... os fue de un pelo. Apenas supimos que estabais en manos del alcaide tuvimos que correr para salvaros —explicó fray Tomás sentándose en un lado de la cama—. Difícil y muy costoso fue convencerlo de libraros de la horca, pero mucho más difícil fue liberaros sin cargos. Agradeced a Dios que mi poder fuera un arma decisiva en esa negociación.

Fray Genaro comprendió las palabras del dominico. Se sintió agradecido, inmensamente agradecido, y besó su mano con fervor.

—Recuperaos, descansad. Tomad un cordial y venid a verme; luego iremos a la catedral.

Fray Genaro se quedó solo y se levantó de la cama. Se hallaba en una estancia rica en mobiliario y estantes. Un relicario y un oratorio completaban la decoración. Se dio cuenta de que se encontraba en el palacio arzobispal. Se lavó la cara frente a un espejo ovalado y vio la imagen de un hombre demacrado que lo miraba con gesto adusto. Tardó en comprender que el desconocido que no dejaba de mirarlo a los ojos era él mismo. ¡Apenas se reconocía! Sabía bien lo que pensaba aquel hombre que parecía acusarlo. Sabía que abjuraría de su fe, de su Dios y de todos los mortales por escapar de las garras de la muerte.

¿Qué había querido decirle el alcaide de Santa Cruz? ¿Acaso sentía lo mismo que él en aquel último instante? Sintió una piedad infinita por aquellos desgraciados que habían tenido la mala suerte de cruzarse con él. Sabía lo que sintieron. Desde ese momento, ya nada sería lo mismo, sobre todo ahora que la figura de fray Tomás se alzaba de nuevo impidiéndole abandonarlo. ¿Cómo podría hacerlo después de...?

Fray Genaro pidió audiencia con el dominico, que lo recibió en una sala espaciosa.

—Quisiera, mi señor, agradeceros el gesto de salvar mi vida. He estado pensando profundamente en todo lo sucedido y aunque quisiera pedir os humildemente que me dispenséis de mis obligaciones para con vos, mi agradecimiento me impide abandonar os en este trance. Sin embargo, quiero insistir en el hecho de que probablemente sea un estorbo para vos. Os ruego que me exoneréis de...

—¡Sin duda estáis loco, hermano! —cortó de improviso el viejo—. ¿De verdad creéis que se puede salir tranquilamente por la muralla? ¿Y en especial vos, después de esto? ¿Tenéis idea de lo que costó vuestra liberación en aquellas circunstancias?

—Mi señor, podríais darme escolta hasta pasar Santa Bárbara. Una vez allí...

El viejo, con un gesto imperativo, hizo callar al fraile, se quedó pensando unos instantes y revisó unos papeles.

—Ya os dije que posiblemente tuviera que hacer un viaje intempestivo —cuchicheó con calma—. Bueno, tal vez me vea en esa obligación. Quiero que me acompañéis cuando terminemos nuestro trabajo en Jacca. Una vez en Campus Francus, si no nos vemos de nuevo obligados a cambiar los planes, podréis contar con la dispensa. Pero sobre todo no os separéis de mí sin llevar escolta.

«¿Campus Francus? ¡Pero eso está en la raya con Francia!», pensó el fraile, y quedó estupefacto. ¿Cómo era posible que el destino volviera de nuevo a infundirle ánimos para seguir nadando en aquel mar de intrigas? Un pensamiento germinó de nuevo en su cerebro: la idea inicial, el anhelo eterno reptaba una vez más como un gusano por su espíritu. Nuevamente la historia de las Parias del Sarraceno comenzó a vivir en su interior y la curiosidad se hizo un hueco en el espíritu del fraile. ¿Acaso Dios disponía las cosas para que él devolviera a la Iglesia su tesoro? Poco a poco sus nervios se fueron templando y la calma se abrió paso en su espíritu, alejando de su mente las imprudencias cometidas. Veía al príncipe que se movía con soltura en medio de mil intrigas y presiones, sin preocuparse del peligro.

Campus Francus: aquella era la primera etapa que había pensado acometer en su búsqueda de las Parias. Tal vez desde allí encontraría la forma de llegar a Iguacel, y quizá el eremita arrojaría alguna luz sobre el enigma. Si acompañaba al dominico no solo contaría con su protección, sino que además este le auguraba su libertad. ¡Estaba en deuda con él! No le cabía duda de que Dios había dispuesto así las cosas.

El viejo se acercó a él después de un buen rato ocupado en recibir a diversas personas y despachar infinidad de asuntos.

—Creo, hermano, que no nos queda otra opción que la de abandonar la ciudad en cuanto concluyan los procesos en honor de los príncipes. Haré oídos a los mensajeros de La Rábida y nos entrevistaremos con su valido. Quiero que os ocupéis de encontrar un guía de montaña; os daré oro. Pero por el amor de Dios, hermano, ¡sed prudente! —le pidió el dominico—. Se trata de un secreto. Estaos atento a mi señal. Ahora, cuatro Lanzas os acompañarán en esta empresa. Yo os dejo, me esperan los príncipes.

Custodiado por cuatro hombres bien armados, fray Genaro salió del templo y se

encaminó hacia la judería. Visitaron varias tabernas de la calle mayor e hicieron preguntas. Fray Genaro veía que su misión no daba los frutos esperados: nadie quería emprender la marcha hacia Campus Francus en esas fechas. De repente, tuvo una idea y ordenó a los Lanzas dirigirse a la torre del Merino. Con ellos a su lado ya no sentía ningún temor: todos se hacían a un lado cuando veían al fraile con los cuatro soldados custodiándole. Hasta el más reservado se mostraba ahora de lo más locuaz.

Entró en la torre del Justicia, buscó al escriba y preguntó si tenían allí encerrado a alguien que pudiera servir como guía. El escriba lo condujo a una celda donde gemía un hombre de enorme tamaño, con marcas de varazos en la espalda. Fray Genaro le preguntó qué estaba dispuesto a hacer por él si conseguía ponerlo en libertad.

—Mi señor, mi príncipe, ¡soy inocente! Sacadme de aquí y os serviré hasta la muerte. Libradme de mi verdugo y seré vuestro esclavo mientras viváis. Os cuidaré y os protegeré hasta el último aliento de mi vida.

El soldado le propinó al reo unos fuertes varazos con una porra de madera:

—¡Silencio, mentecato, esto os valdrá veinte latigazos!

—¡Callad! Y dejad hablar a este hombre; quiero oír lo que tiene que decir.

El hombre estuvo un rato pidiendo clemencia, repasó sus cualidades como guía, afirmó no tener miedo y le prometió ayuda eterna.

Fray Genaro salió de la celda y llamó al capitán de la guardia.

—Quiero ver la causa de este hombre —solicitó cuando el otro estuvo cerca.

El capitán se encogió de hombros y se dio la vuelta. El escriba, alumbrándose con una luminaria, leyó en un libro:

—Zoshimo de... No pone nada. Sí, de Salinas. Fue apresado hace tres días. —El escriba se acercó al fraile y comentó por lo bajo—: Lo cogieron en una pendencia. Debía de haber alguna hembra de por medio, alguien lo reconoció y fue denunciado al Santo Oficio. Tiene una acusación de oficio por herejía; no hay ninguna nota más. Quizá el fiscal o sus compurgadores os digan algo más de él. Supongo que habrá un informe. En cinco días lo subirán al potro, y a la mañana siguiente será del verdugo.

Fray Genaro salió de la torre y se encaminó con rapidez a la catedral, seguido por los Lanzas.

CAPÍTULO 9

La jugada

1

—Mi señor —comenzó fray Genaro cuando le fue concedida la venia para hablar. La mano imperiosa del viejo le obligó a bajar el tono de su voz hasta convertirla en un susurro. Tuvo que esperar hasta que se encontraron solos en el despacho del obispo—. Casualmente he encontrado un guía. Se pondrá a nuestra disposición y creo que es el único que podría acompañarnos en esta empresa.

—Hermano, estamos perdidos. No nos queda más remedio que acelerar la marcha. Estos montesinos han mandado un correo a Roma dando cuenta de la reunión. En diez días, si revientan una recua de caballos, podrían recibir la recusa del Santo Padre. —El viejo abatió los hombros mientras miraba al infinito. Luego preguntó con suavidad—: ¿Habéis hablado con él? ¿Por qué decís que es el único que podrá acompañarnos?

—Mi señor, estamos en la ciudad de los guías, pero todos, absolutamente todos, tienen un impedimento: ninguno de ellos quiere subir en estas fechas a Campus Francus.

Fray Tomás lo miró a los ojos.

—¿Habéis ofrecido bastante oro? —susurró con gesto de fastidio.

—No, mi señor, me guardé mucho de hacerlo —respondió el otro—. He ofrecido una prima extra, pero solo eso. Con esta gente no conviene hacer sonar el oro, enseguida tiran de cuchillo. Permitidme que os hable del que he encontrado.

—¿Este sí que quiere subir? —preguntó el viejo con un punto de escepticismo en la voz—. ¿No tiene problemas?

—No, este arde en deseos de subir. Pertenece al brazo seglar.

Fray Tomás se lo quedó mirando como si viera a través de él. Parecía no haber comprendido las últimas palabras del agustino; sin embargo, exclamó:

—¿De qué se le acusa?

Fray Genaro tardó unos segundos en responder; miraba al fraile intentando penetrar en sus pensamientos.

—Herejía. En cuatro días lo flagelarán, y luego será puesto en las manos del verdugo.

—Entonces olvidaos de él —respondió fray Tomás—. Está muerto.

—Pero, mi señor, es la única posibilidad que tenemos. Él asegura que es inocente. Solo vos podríais salvarlo. Nos guiaría al infierno si se lo pidieseis. No hay nadie más.

—No me hagáis reír, hermano; todos son inocentes, según ellos. Ya he agotado mi influencia con el alcaide, ¿qué podría ofrecerle ahora, un puesto en la corte? ¿Y qué sugerís? ¿Asaltamos la cárcel y liberamos al preso? Sin duda, estáis loco —dijo.

Fray Genaro se lo quedó mirando a los ojos, con una expresión de asombro y esperanza. Ambos frailes sostuvieron la mirada.

Fray Genaro se despidió del dominico y salió de la sala conciliar con un gesto

abatido. Aquella idea no era tan descabellada. ¿Quién les serviría mejor que alguien que acaba de salvarse de una muerte segura? Regresó a su dormitorio dispuesto a olvidarse de estos asuntos y terminar de descubrir las pistas que su maestro le había dejado en la carta. Por seguridad, había escondido la carta en el manuscrito y encajado este tras la pared del estante. Pero cuando fue a cogerlo, no encontró nada.

Rebuscó bajo el colchón de su camastro, por si acaso, pero tampoco estaba allí. Había desaparecido. Fray Genaro sintió un mareo y se sentó en el borde de la cama sin saber qué hacer a continuación. ¿Alguien había estado en su propio cuarto y le había robado! No tenía ninguna duda: el fámulo era el autor del hurto.

Trató de recordar lo que había descifrado y lo apuntó en un papel. Después de ímprobos esfuerzos consiguió transcribir: «*Fero, Aurum, Itineris, Portus summum due Longum de pilus ergâ vestigium de caele, catellae Pessulus Magnus Caligae Allah*».

Se encontraba como al principio: ¡con las manos vacías!

El soldado llamó primero con los nudillos e instantes después, con el puño. Abrió una mujer vestida con un sayón negro y una toca que le cubría todo el pelo.

—¿Vive aquí Juan de Cercedilla? —preguntó el soldado con aire autoritario.

Un hombre de unos treinta años se asomó por la pequeña puerta del patio comunal y sintió que el miedo le paralizaba las piernas. Era un hombre de bien, religioso practicante, que desempeñaba su cargo de ayudante de prisiones con esmero y diligencia. Se dijo a sí mismo que no tenía nada que temer.

—¿Quién desea verlo, mi señor? —preguntó con cautela desde el interior.

Un capitán de Lanzas reales se abrió paso entre los otros soldados y pasó al corral.

—¡Juan de Cercedilla! —pronunció el capitán, elevando la voz por encima de todos los ruidos para que pudieran oírle—. Por los méritos que habéis demostrado estos años al servicio de vuestra comunidad y de la Santa Madre Iglesia, habéis sido nombrado escriba del registro de reos y custodio de guardia de la torre del Justicia, con doble soldada. Debéis tomar posesión de inmediato. Aquí tenéis la orden principal, con el sello del obispo.

Se detuvo un instante para observar las caras de los circundantes y del propio Juan, que no daba crédito a cuanto escuchaba.

El capitán de la guardia se volvió hacia la puerta y exclamó:

—¡Seguidnos! Tengo orden de llevaros de inmediato a vuestro nuevo puesto.

Sin dar a nadie tiempo para reaccionar ni formular preguntas, salió por la puerta. El hombre le siguió sin titubeos.

Fray Genaro esperaba fuera con otro monje y varios soldados. Los dos frailes se mantenían a la espera, con la capilla subida. El capitán se puso a su lado y los tres comenzaron a caminar custodiados por los Lanzas, ante el estupor y admiración de todos los vecinos testigos del nombramiento. La torre del Justicia se encontraba a dos tiros de ballesta de la catedral y a uno de la judería.

El furriel dio la orden de alto cuando llegaron a la puerta. El capitán impartió unas órdenes entre sus hombres. Cuatro quedaron fuera y ocho entraron en el interior del recinto. El recién nombrado custodio, fray Genaro y el monje de rostro oculto se situaron los últimos.

En la mesa de la primera sala, se encontraba el escriba que había atendido al fraile por la mañana. Casi ni levantó la cabeza cuando entraron: la rutina y el continuo tráfico de reos había relajado su atención. El capitán hizo una seña y uno de sus hombres le partió el cráneo al escriba con un golpe seco de lanza. Fray Genaro buscó encima de la mesa y hojeó el libro de anotaciones hasta encontrar el nombre que buscaba. Garabateó con la pluma de ganso y estampó la marca de la torre sobre el lacre.

Al viejo escribano le arrastraron fuera de la sala, en dirección a los sótanos, unos

instantes antes de que el nuevo entrase para tomar posesión de su cargo. El capitán y sus hombres relevaron a los cuatro soldados y a su comandante, que en ese momento se encontraba durmiendo una borrachera salvaje. Fray Genaro había tenido la precaución de enviarle un pellejo con el aguardiente más fuerte que había podido conseguir. Los guardianes parecían encantados de salir una hora antes de aquellas celdas pestilentes y se llevaron en volandas a su amodorrado superior.

Apenas hubieron salido, fray Genaro se acercó a las mazmorras. Quitaron los grillos a un reo y rápidamente colocaron en su lugar al antiguo escriba. Uno de los soldados le cercenó la garganta al pobre hombre. Fray Genaro no tuvo tiempo de impedirlo, y sintió como se constreñía su corazón. Después, el monje se desprendió de su hábito y apareció un soldado. Vistieron con el hábito al hombre que acababan de liberar.

Fray Genaro se encaró al capitán y le gritó entre dientes:

—¡Os dije bien claro que no quería muertos!

—Mi señor, también me dijisteis que no queríais testigos. ¿Cómo casar ambas órdenes?

Fray Genaro apretó los dientes mientras miraba al hombre. El portón de la torre se abrió y un rostro bien conocido apareció en el umbral de la puerta, tras el cual un soldado hacía mudos gestos de impotencia. Era el fámulo. Uno de los soldados aprestó el taco de su lanza en dirección a la cabeza del recién llegado, pero fray Genaro, con un gesto imperioso, le detuvo.

—Pero hermano, ¿qué es todo esto? —exclamó el fámulo, espantado.

Fray Genaro sentía que los planes del dominico se deshacían como el humo. No sabía qué pensar ni cómo resolver el conflicto que se presentaba ante él. Miró al capitán y con una enérgica señal todos salieron al exterior, llevándose al asustado sirviente casi en volandas. Al llegar a la puerta de la catedral, los soldados se escabulleron hacia la explanada trasera. Fray Genaro se quedó a solas con el guía y el fámulo.

El liberado no cesaba de dar gracias al cielo y a fray Genaro por haberle sacado de la torre. Dijo que se llamaba Zoshimo, que sabía que estaba perdido, y prometió serle fiel hasta la muerte. Su aspecto impresionaba. Sus hercúleas espaldas eran sostenidas por dos fuertes y musculosas piernas. Las manos eran capaces de dar muerte a un oso y los brazos eran gruesos como las piernas de cualquier hombre normal. Pero su semblante inspiraba confianza y amistad: su rostro transmitía serenidad.

Fray Genaro se sentía agobiado con el fámulo, que lo asaeteaba a preguntas.

—Decidme, hermano, ¿por qué habéis ido con soldados a la torre? —inquirió sin recato alguno—. ¿Quién es ese hombre que habéis sacado de allí? ¿Algún judeo-converso rico?

—¡Por lo que más queráis, hermano! —gritó el fraile, abrumado ante tanta pregunta—. ¡Tened prudencia y callad! Habéis tenido la mala pata de estar en el sitio

que no debíais a la hora inadecuada. ¿Por qué tuvisteis que ir allí? —exclamó, bajando la voz—. ¿Qué se os había perdido? Me aseguré de que nadie me siguiera. ¿Cómo entonces...?

—Nada, hermano, fui a vuestro encuentro —respondió el otro.

—¿A mi encuentro? ¿Y por qué? Esta misión era secreta.

—No creí hacer nada mal yéndoos a buscar. Mi señor obispo se preocupó por vos, pensó que habíais sufrido algún accidente...

—¡Hermano, por el amor de Dios! —cortó fray Genaro con fastidio—. Para nada creo en vuestras palabras. Jamás se preocupó vuestro obispo por algo que no fuera él mismo. ¡Decid la verdad!

—Está bien, hermano, os lo diré: salisteis del despacho del obispo después de una conversación secreta con vuestro príncipe.

—Entonces ¿me seguisteis? —inquirió el otro—. Pero ¿cómo os habéis atrevido...?

—¡No! En absoluto. Vuestro señor me reclamó y tuve que acudir por una nadería. Me retuvo el tiempo necesario para que no pudiera saber adonde os dirigíais. Sospeché de la argucia del príncipe y por eso fui a la torre; pensé que os encontraría allí.

—Pero ¿cómo pudisteis saber que iría allí? Y ¿qué fin perseguís espiándome?

—Primero mantuvisteis la conversación con fray Tomás —comenzó el fámulo lentamente, dejando que una sonrisa aflorase a sus labios—, luego salisteis del despacho de mi obispo con una talega de oro. Había dos príncipes y mi señor obispo en la sala. Si la hubiese entregado el obispo, estaría en mi poder.

—¿Cómo supisteis lo del oro?

—Tintineaba, hermano. Fray Hernando, como franciscano, jamás llevaría una talega de oro encima. Así que tenía que ser vuestro señor quien os dio los dineros. No podían ser para comprar placeres carnales, pues la castidad y austeridad del dominico es notable. Tampoco para saciar la gula. Pensé en la única debilidad del príncipe: comprar poder, y el poder se consigue en esta ciudad con la fuerza, y esta solo se consigue en la torre del Merino. He observado que sois un hombre inteligente, quizá esto ha sido un alarde por mi parte, para demostraros mi lealtad, puesto que no os he denunciado.

—Tenéis razón —respondió fray Genaro, molesto con aquel insidioso hombre—. Sois un hombre demasiado inteligente para ser un simple fámulo y demasiado retorcido para ganaros mi confianza. Está bien, hermano, ¿qué queréis de mí?

—Querido hermano, solo espero que si alguna vez me veo en dificultades, sepáis devolverme la prebenda que os otorgo con mi silencio. Vos, al igual que yo, os codeáis con los príncipes y gozáis de la confianza del mayor primado de la Corona. No dudo que sabréis agradecerme el servicio.

Fray Genaro le sostuvo la mirada. Estaban bien claras las intenciones de aquel taimado y astuto zorro. Supo que no lo traicionaría.

3

—Bien, hermano —exclamó, jovial, el dominico mientras dejaba los papeles sobre la mesa—, así que este es Zoshimo de Salinas, ¿no? ¿Os ha explicado fray Genaro lo que esperamos de vos?

El hombre negó con la cabeza, mirando alternativamente al fraile y al dominico.

—Servidnos un poco de vino, hermano —exclamó con dulzura el viejo—. Nos reconfortará. Y por el amor de Dios, ¡cerrad bien esos ventanales, se cuele un frío del demonio!

El viejo paseó alrededor del hombretón, mirándolo de arriba abajo, complacido.

—Solo una misión esperamos que cumpláis, hermano, y es por eso que contamos con vuestra lealtad y devoción, no en vano hemos arriesgado mucho para liberaros. Deberéis preparar con la máxima discreción una marcha a Campus Francus y posiblemente al otro lado de la raya. Si nos servís bien, una vez concluida nuestra misión seréis libre; si nos traicionáis, regresaréis a la torre donde os espera la hoguera... sin juicio ni piedad.

—Bien, mi señor, os serviré con celo —respondió suavemente el hombre—. ¿Cuándo queréis salir?

—La marcha será en dos semanas, posiblemente antes.

—¡¿Dos semanas?! —exclamó el lugareño, abriendo mucho los ojos—. ¡Pero eso es imposible, moriremos todos!

—Nos llevaréis a donde os pedimos o no tendréis que preocuparos por el frío, pues pasaréis un calor espantoso, os lo aseguro —respondió el dominico mirándolo de frente con una sonrisa.

—Mi señor —intervino fray Genaro, conciliador—, quizá convendría escucharle, podríamos aprender algo. Él es un experto y no tenemos otro.

El guía se sentó con aire abatido, hundiendo la cabeza entre los hombros. Luego, con un suspiro de resignación, explicó:

—Si salimos en estas fechas, pronto estaremos todos muertos.

Fray Genaro adivinó los pensamientos del dominico.

—Mi señor, por el amor de Dios, escuchemos al guía. ¿De qué servirán nuestros esfuerzos si morimos en el intento?

El dominico miró fijamente al fraile. Luego, con un gesto paciente, como clamando al cielo, se sentó en su trono y guardó silencio.

—Podríamos intentar una subida a Campus Francus —prosiguió el guía—, si preparamos suficientes aperos para ello. Tendremos suerte si llegamos a Castiello de Jacca. Lo más seguro será que no podamos pasar del señorío de Aruej. Tal vez encontremos refugio en San Adrián de Sasabe, que se abre al otro valle, pero la ascensión no merece el escaso beneficio.

—Está bien. Basta por hoy —exclamó el viejo—. Os confío a la protección de fray Genaro; él tiene instrucciones para vos. Ya os mandaré llamar.

Fray Genaro se quedó constreñido al escuchar el nombre de San Adrián de Sasabe. ¿Acaso tenía relación con la palabra «Sasabe» que el escriba de Vera había anotado en la pared? Apretó el brazo del guía y ambos hombres salieron de la sala conciliar para dirigirse al dormitorio de fray Genaro.

Cómodamente sentados en el camastro, compartieron un trozo de tasajo y pan ácimo, junto con unas nueces y vino de un odre. Fray Genaro adivinó los pensamientos de su compañero observando su ceño fruncido.

—Hermano ¿estáis seguro de que no podremos llegar hasta allí de ninguna manera?

El hombre negó con la cabeza.

—A algunos penitenciados se les envía a coronar el San Porto. Si consiguen pasar son liberados, si no...

—¿Por dónde queda exactamente el paso? —preguntó fray Genaro.

—En realidad hay dos. Uno detrás del hospital de Santa Cristina y otro al fondo del prado alto, después de pasar unos riscos que recuerdan una pequeña ciudad de piedra. Este es el paso que utilizamos en caso de que el otro esté guardado por soldados del Bearne. Muchos son los que piden al obispado aprovechar la columna de la argolla de Carolo para colocar allí una horca, para que quienes vengan a esta parte de España a hacer mal sepan lo que les espera, pero creo que ese asunto va para largo.

—¿La argolla de Carolo, hermano? ¿Qué significa eso?

—Bueno, quiero decir de Carlos I el Grande, también llamado el Magnífico. Es una leyenda popular. Se le llama así popularmente en su memoria. Se dice que colgó su corona en un tronco que había en la misma cresta del paso; posteriormente fue plantada una pilastra con una argolla y se quedó allí como un jalón, marcando el límite de la Pirena.

Carlo Magno, el Magnífico. *Pessulus Magnificus*. ¿No podría tratarse de eso? ¡La argolla del magnífico! ¡«Pessulus» significaba «aros» en latín! *Carlomagno, el Magnífico. Pessulus Magnificus*. Fray Genaro jamás habría sospechado que aquel hombre que le parecía tan tosco e ignorante le iba a dar la clave más importante de toda su búsqueda.

—Veo, hermano, que sois un hombre culto y conocéis las costumbres y leyendas del lugar. ¿Sabéis qué significa «largos de pelos»? ¿Es otra leyenda?

—¿Largos de pelos? Querréis decir pelos largos, ¿no?

—No, no...

Fray Genaro insistió con una expresión de ansiedad en sus ojos. El guía se mostró sorprendido y ligeramente desconcertado.

—Lo que sí conozco son los «largos de crin», pero no tienen nada que ver con ninguna leyenda, al menos que yo sepa. Se trata de una forma de hablar de los hombres de armas: se llamaba así a un tiro de ballesta antigua. Al tirar el dardo para que mantuviera la dirección lanzada, se le colocaba una pequeña cola hecha con pelos de la crin del caballo. Es decir, un largo de crin equivalía a un tiro de ballesta.

—¿Así que un largo de crin es un tiro de ballesta?

—Sí, así es. Se miden las distancias muy bien; sé de una muy vieja que guardan no lejos de aquí. Si lo deseáis, os la mostraré.

—Hermano, no me importaría conseguir una pieza así. Pagaría lo que fuera por ella. Sería un buen acompañante para nuestro viaje —repuso el fraile, dominando su excitación.

—Mi señor, contad con ello... Y nada deberéis pagar, os debo la vida.

—Una cosa más, hermano, ¿sabéis qué significa «la sandalia de Alá»?

—¿Sandalia de Alá? —El hombre perdió su mirada en el limbo del infinito y finalmente respondió—: Disculpadme, mi señor, pero no sé de qué me habláis.

Empezó a retorcerse las manos, nervioso y excitado, mientras miraba al fraile, indeciso, con una pregunta en los labios incapaz de pronunciar. Fray Genaro se percató de ello.

—Decidme, hermano, ¿qué os preocupa?

—Mi señor, os serviré con celo hasta la muerte si es preciso, pero solo os quiero pedir una cosa. —Se detuvo un instante y el fraile lo animó con la mirada—. Tan solo deseo que juréis que si muero en la montaña, me enterréis en sagrado. No quiero que mis carnes sean comidas por los animales. No podría presentarme así ante Dios.

Fray Genaro sonrió ampliamente, con amistad.

—Contad con ello, hermano. Os lo juro.

CAPÍTULO 10

Los Autos de fe

1

¡Y llegó el gran día! ¡El día de gracia para los vecinos de Jacca!

Desde la salida del sol, el alegre repique de campanas de la catedral se mezclaba con los tambores y clarines de las guardias. Los Lanzas, muy serios y adustos, como si fueran un solo hombre, ejecutaban las órdenes de sus capitanes y lugartenientes. Un ambiente festivo dominaba la jornada que amanecía.

Todo estaba preparado. Los entarimados, a punto para recibir a los que estaban en gracia de Dios e iban a ser ejecutados. Recios terciopelos rojos alfombraban el suelo, ocultando astillas y nudos de los asientos. Varios palcos a ambos lados del entarimado y a diversas alturas, aunque separados del recinto central, esperaban a los ciudadanos respetables, que se habían librado de la «quema».

El entarimado, elevado casi dos varas por encima del suelo, presidía el recinto central. En un lateral esperaban tres tronos para los príncipes, sobre los que pendían unos entoldados. En el otro lateral, a la vista de todo el mundo, había otro pequeño entarimado con dos postes clavados de casi dos varas de alto, anillado con una recia pletina y una argolla. Los reos quedaban sujetos a la argolla por el cuello y debían cabalgar sobre un enorme clavo situado a media altura del poste, mostrando sus nalgas desnudas y sus vergüenzas, ante la mofa y befa de todos los asistentes. Este clavo era lo más vergonzante para un reo y simbolizaba el castigo ejemplar, infligido a los sodomitas que comenzarían a purgar así sus aberrantes inclinaciones.

El sol comenzaba a calentar la explanada de detrás de la catedral; no parecía que la lluvia fuera a desmerecer el acto.

Se hablaba de una bruja muy poderosa que desafió a Dios y a la Iglesia y que había conseguido encarnar al mismo diablo en la persona de una joven doncella a la que posteriormente hizo desaparecer ante las mismas narices de la guardia personal del obispo.

En los aledaños de la explanada se montaron tenderetes con la premura que exigía la ocasión y los comerciantes de la ciudad expusieron en ellos sus artículos. Llegaron también comerciantes de fuera, de pueblos y aldeas de los alrededores, atraídos por la aglomeración. Había tejedores que exhibían sus telas y brocados entre la admiración y la codicia de las ricas damas, que no podían resistir la tentación de poner sobre sus cuerpos aquellas maravillas de terciopelo. Los artesanos creaban allí mismo los artículos que luego vendían. Los alpargateros hacían babuchas en competencia con los curtidores. Los canasteros fabricaban cestos, caracoleras, trampas para cazar. Los herreros se ocupaban de las caballerías de los tratantes. Los buhoneros, albañiles, peones y canteros trataban de vender sus herramientas y productos, junto a los carniceros, charcuteros, verduleros y algún que otro comerciante de pescado salado o ahumado.

Eran numerosas las pendencies entre comerciantes; disputaban por un palmo de terreno o por un rincón donde poner su tenderete. Un sinfín de gritos, ruidos, golpes y

algazaras se oían por doquier. A menudo era imprescindible el concurso de los Mangas Verdes para poner orden.

El obispo de la ciudad, junto con el alcaide y el mayorazgo, habían acordado por prudencia que los Mangas Verdes no se cruzaran con los Lanzas para evitar combates. Los Mangas Verdes, protegidos y honrados por el mismísimo Fernando, se consideraban las fuerzas vivas de la ciudad y servían al Justicia y al inquisidor.

Otra cosa muy distinta eran los Lanzas. Se trataba de hombres, reclutados en cualquier parte del reino, de lo más granadito de las criaturas de Dios: renegados, mozárabes, mamelucos, mercenarios, chalanes, ladrones, asesinos, violadores, sodomitas, leprosos no contagiosos, proxenetas convictos, salteadores de caminos, penados de galeras, soldados de fortuna y demás ralea. Gentes sin ningún escrúpulo que se alistaban en los Lanzas, sabedores de que al cumplir durante unos años un servicio de armas, sus penas y delitos se condonaban automáticamente.

Por el aire de la ciudad se empezaba a esparcir una amalgama de aromas. Músicos y juglares cantaban sus aventuras. Los saltimbanquis y cómicos hacían de las suyas, ayudados por músicos y dulzaineros que hacían danzar a mujeres y hombres a cambio de algunas pocas monedas de cobre. Los titiriteros conseguían que sus marionetas hicieran aquellas travesuras que jamás osarían realizar ellos personalmente. Aquellos muñecos, ricamente engalanados con sus diminutos vestidos que imitaban a señores, damas o clérigos, y dotados temporalmente de vida propia, ridiculizaban a uno o se metían bajo los miriñaques de alguna dama, ante la risotada general y el pudor de la mujer que, a pesar de todo, sonreía complacida por ser el centro de atención general.

Las iglesias, monasterios y conventos de la ciudad se sumaban al festival de campanas, aunando esfuerzos en loor y gloria de la Santa Inquisición, y en detrimento y pena de los condenados que se fueran a ejecutar.

De repente se escuchó el sonido ronco y grave de los tambores de los Lanzas acercándose. ¡Los príncipes llegaban! La noticia se corrió de boca en boca. Un movimiento convulso sacudió a los presentes cuando una larga e interminable hilera de Lanzas, perfectamente uniformados, desfilaron entre el público, obligando a separarse a la muchedumbre, que tuvo que apretarse pues los de detrás, en su intento por ver de cerca los procesos, empujaban hacia delante con más fuerza de la debida.

Casi cincuenta hombres formaron un cordón insalvable. El señor obispo no quiso desaprovechar la oportunidad de demostrar a los primados que sabía agasajarles debidamente y que su autoridad predominaba por encima de Mangas Verdes, soldadescas e incluso sobre los capitanes de los Lanzas, que obedecían las órdenes de los príncipes. A un gesto de su mano las campanas enmudecieron. Otro movimiento de su mano y todos miraron hacia la puerta sur.

Dos galeras, tiradas por cuatro percherones bayos y provenientes del edificio del Justicia, se situaron frente al atrio mayor. La masa se estremeció. ¡Eran los príncipes! ¡Por fin iban a comenzar los procesos de la Suprema!

Al estrado mayor subieron tres sacerdotes, ataviados con casullas y demás

ornamentos para oficiar. Del techo de la primera galera descendieron un enorme crucifijo que representaba a un Cristo agónico. Se necesitaron cuatro hombres para poder bajarlo. Los costaleros, presididos por los tres sacerdotes, subieron con gran aparato y ceremonia al entarimado principal y alzaron la cruz ante la mirada piadosa de todos. Una exclamación se dejó sentir cuando la base del madero encajó con un golpe seco en el agujero. La magnífica escultura, imponente y erguida, presidía la explanada, como si posase su mirada de desconsuelo sobre las cabezas de todos los mortales allí congregados.

Los que pudieron se arrodillaron y los que no, inclinaron la cabeza ante la majestad del Cristo, que desfallecía en lo alto.

Todo quedó en silencio. Miles de personas rindieron una oración y solo se escuchaba alguna tosecilla o el trinar de algún pájaro sorprendido en pleno vuelo por el inusitado silencio. Una bendición desde la tarima desató tímidos murmullos y voces.

Pronto estalló como un estampido el clamor de la muchedumbre congregada. De boca en boca, comenzaron a correr rumores y voces sobre las viandas que la tahona del pueblo asaba en sus hornos, como desagravio por el mal tiempo que había recibido a los príncipes. Decían que llegaban, custodiadas por veinte Lanzas, cuatro carretas cargadas de frutas, panes, pastelillos, vinos, licores, frutos secos y un sinfín de dulces, así como doscientas pulardas, quince capones, doce corderos asados y frutas escarchadas, dátiles y demás delicias y exquisiteces que los príncipes y el obispado traían para obsequiar hasta el hartazgo a los asistentes privilegiados.

Aunque muchos no creían las habladurías sobre el convite, todos se relamían de gusto al escuchar los comentarios, que cada vez eran más detallados, y trataban de atisbar, por encima de las cabezas del mar de asistentes, la llegada de las carretas. Un atronador repique de tambores y clarines recibió a cuatro clérigos, que sostenían un enorme palio. Iban precedidos por la guardia personal de los príncipes y dos sacristanes con un incensario cada uno, que bamboleaban al ritmo de los tambores. Tres príncipes de rojo púrpura, uno con galero y báculo, caminaban bajo el santo toldo y, tras ellos, ocho o diez personas custodiadas por doce soldados en cada banda.

Fray Genaro de la Cruz, junto a fray Tomás, formaba parte de los ocho o diez acompañantes de los príncipes y miraba sorprendido aquel despliegue de gentes de toda clase y condición. A Genaro le habían asignado un asiento cerca de fray Tomás, que, ataviado de púrpura, ocupaba el centro del palio.

El fraile se sentía el blanco de todas las miradas; jamás hasta ese momento tanta gente lo había mirado con admiración y respeto. Sin embargo, se sentía a gusto entre los príncipes. Era consciente de que nadie, por muy osado que fuera, se atrevería a atentar de frente contra él, pero temblaba al pensar que tal vez un dardo disparado contra su pecho diera en el blanco. Le atormentaba la sospecha de que quien le había robado el manuscrito lo estaba mirando en aquel momento.

Al paso de la comitiva, el pueblo era desplazado a bastonazos. Las voces y los

gritos y toda aquella barahúnda se fue acallando a medida que los príncipes tomaron asiento, y a una seña del inquisidor general, empezó el Auto de fe.

Dos soldados tiraron enérgicamente de un reo atado con cadenas. Una especie de bozal le sujetaba su boca, impidiéndole hablar, y el desdichado tensaba todos los músculos del cuello y los brazos. Los soldados lo subieron a empellones a la tarima, entre los aplausos y gritos del populacho. Los tambores enmudecieron y el fraile bendijo al reo. Luego salieron un verdugo y un escribiente, y esperaron a que la multitud callara.

El reo fue empujado de nuevo sobre el artilugio metálico, que miró de reajo con el terror pintado en el rostro. Una vez en el banco, ataron sus pies a unos soportes que había en el suelo. Los movimientos de los soldados y la resistencia del reo hacían temblar todo el almacén de hierro. La muchedumbre jaleaba al reo para que ofreciera más resistencia y así se ganase algún golpe de los soldados para quebrantar su ánimo. Pero el procesado pareció rendirse, exhausto y cansado de tanto forcejeo inútil.

El fraile y el escribiente declararon que el desgraciado había sido condenado por proferir insultos contra la Santa Madre Iglesia, al manifestar públicamente que el purgatorio era una invención del clero. La sentencia fue ratificada por los príncipes en su concilio, con gran dolor de sus corazones, y todos pidieron al Señor que jamás pudiera reincidir en tamaño sacrilegio. Todo ello desde una infinita piedad deseosa de salvar de las llamas del infierno a aquel desgraciado.

La mano del verdugo acercó un punzón a la boca del preso y lo introdujo hasta llegar a su garganta. Los ahogos y borbotones de sangre que le salían entre los labios dieron fe que se había hecho ya justicia.

Fray Genaro estaba horrorizado. La gente reía y gritaba y lanzaba basuras y escupitajos al reo, recién liberado. Se mofaban de él, le insultaban. El vecino caído en desgracia era desposeído de dignidad y respeto. Ninguno quería pensar que quizá mañana alguno de los que más gritaban podía estar en la tarima con el mismo gesto de horror pintado en los ojos.

Un nuevo rugido recibió a otro desgraciado, un hombre esquelético con los pelos enmarañados y los calzones rotos que miraba espantado al gentío y profería gritos pidiendo piedad y perdón, mientras sus ojos iban de los príncipes a la muchedumbre.

Uno de los guardias sacó una escala de madera y, tras apoyarla en la pared de un contrafuerte de la catedral, se subió hasta alcanzar una argolla que pendía de una especie de patíbulo, anclado sobre el muro a casi cinco varas del suelo. Una de las jaulas que gravitaban sobre las cabezas de la gente se movió acusando la tensión de la cadena y se balanceó con un chirrido siniestro. Un cadáver al que le faltaban los ojos y la nariz se movió dentro de la jaula, dejando caer una nube negra de polvo y heces secas.

La muchedumbre realizó un movimiento de retroceso. Los más alejados estallaron en tremendas carcajadas, mientras los favorecidos que habían recibido los restos del cadáver se sacudían las ropas y las cabezas con grandes gestos de asco.

Bajaron la jaula y el cadáver quedó tendido sobre el suelo en una postura grotesca.

—¡Higinio de Sobremonte! Se os condenó por sodomía y fornicación, en la persona de cuatro mujeres, tres doncellas, dos infantes menores, cuatro hombres, dos novicios y tres matronas.

Cuatro soldados sujetaron firmemente los brazos del reo al tiempo que el verdugo se acercaba al hombre, que lo miraba aterrorizado. Tomó el apéndice nasal del desgraciado con dos dedos y con un limpio corte rebanó su nariz de un tajo. Luego, con otro rápido tajo, sus labios cayeron al suelo. Los cuatro soldados ignoraron los gritos de dolor del reo y aunaron sus fuerzas para izar de nuevo la jaula, una vez que hubieron metido dentro al desdichado. En el colmo de la desesperación, este trataba inútilmente de contener el manantial de sangre que empapaba su pecho.

El griterío fue clamoroso, ensordecedor. Unos imprecaban, otros reían, otros condenaban sin miramientos, otros admiraban la temeridad de aquel desgraciado que finalmente había caído en manos de la Suprema. La muchedumbre rugió de nuevo al ver que se habían dispuesto tres piras para otros tantos reos. En su base se amontonaron grandes fardos de ramas y leña seca, troncos de todas clases y tamaños dispuestos unos sobre otros.

Casi todo el mundo había participado, como era preceptivo, en la elaboración de las hogueras. Unos habían traído un tronco, otros un haz. Muchos se acercaron al bosque, arrancaron con sus propias manos una rama y, como si de una larga procesión de afanosas hormigas se tratase, amontonaron la leña a los pies de la pira. Era el tributo que el pueblo llano pagaba por aquel espectáculo terrible en el que se expiaban culpas, y así redimía sus propios pecados en las carnes de sus vecinos.

—¿Qué mueve a toda esta gente a asistir a un espectáculo como este, mi señor? —preguntó fray Genaro, mareado por los horrores—. ¿Por qué motivo se ensaña de esa manera con aquel que hasta ayer era su vecino y amigo?

—Desde la antigüedad —respondió el dominico sin perder detalle de cuanto sucedía—, la especie humana nunca se ha distinguido por su piedad. Quienes se encuentran lejos del verdugo se sienten superiores al reo. Cuando albergamos la seguridad de que lo que nos amenazaba se cierne ahora sobre nuestro vecino, nos sentimos felices de que la fortuna se haya vuelto aciaga para otro y que nos deje libres. Pagamos al verdugo con nuestra deslealtad al caído, con nuestro desprecio y nuestras mofas, hombro con hombro con el ejecutor. Así celebramos no haber caído en el suplicio aun a sabiendas de que posiblemente nunca estuvimos en peligro.

Fray Genaro asentía, estupefacto, mirando a unos y otros. Vio con sorpresa a aquel prohombre que en comandita con un andrajoso compartía las verduras, o a la mujer que comadreaba con la pescadera sobre los delitos horribles cometidos por tal o cual reo. Todos parecían felices de estar mirando el espectáculo.

De repente, un retumbar de atabales y timbales atronó la llanura, acallando los gritos y las voces con el fragor de los redobles. Una carreta con un miserable atado al pescante se acercaba lenta y cansina, tirada por dos perezosos bueyes. Los Lanzas se

tuvieron que emplear a fondo con la multitud para abrirle paso en dirección a la pira. El carretero se veía incapaz de maniobrar entre aquella marea humana que se apretaba peligrosamente contra sus ruedas y hacía restallar el látigo sobre las cabezas de la gente para que se retirase, pero el gentío, empujado por los de atrás, estrujaba con más fuerza.

Fray Genaro se quedó de piedra; sus ojos parecían querer abandonar sus órbitas, no salía de su asombro. ¡Aquel desgraciado era Isaías Volsvich, el preso que debía recusar! Miró a fray Tomás, que mantenía su mirada fija en la carreta y esbozaba una leve sonrisa en la comisura de sus labios.

—Mi señor... ese hombre es el judío Isaías. Creo que debe de haber algún error; tengo recusado a su acusador. No se le puede ejecutar —suplicó el fraile, aproximándose por detrás al dominico.

—Sí, hermano —respondió este con lentitud—. Sí se le puede ejecutar. Ya lo veréis.

Fray Genaro se quedó mirando al dominico con una expresión de estupor total. Su entendimiento no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Le había sido imposible encontrar al judío desde que el fámulo se lo llevó a la torre del Justicia para darle tormento, y ahora que lo tenía ante su vista era imposible acercarse a él. Se sintió abatido e impotente. Las últimas palabras del viejo árabe que había hablado con él en la judería le martilleaban el cerebro.

—Pero, mi señor..., ese hombre me pertenece, soy su abogado y he mandado su recusación al Santo Padre —insistió el fraile.

—Hermano, sé cómo os sentís, pero no haréis tal cosa —repuso el viejo fraile con suavidad; sus facciones se habían vuelto más aceradas y lobunas—. La maquinaria de la Suprema se ha puesto en marcha. No os inmiscuyáis en los asuntos de la Iglesia y mucho menos en los del Estado.

—Pero, mi señor...

—¡Callad! —cortó secamente fray Tomás—. Me estáis incomodando. ¡Es un judío, ¿no?! ¿No recordáis las consignas de la sala del concilio? ¿Cuándo esperabais que empezáramos? Este será un eficaz aviso de lo que se avecina.

Fray Genaro comprendió que su labor estaba perdida; aquel hombre no había tenido ni siquiera opción a defenderse. De repente sintió en el pecho una oscura complacencia y comprendió al populacho cuando ponía una distancia despiadada entre la víctima y ellos. Él estaba junto a los príncipes y el pobre desgraciado se encontraba solo ante la muerte.

Un sacristán que enarbolaba sobre las alturas una larguísima vara en cuyo extremo había una cruz precedía la comitiva. Hacía denodados esfuerzos por mantener la larga pica en equilibrio sobre su cabeza mientras el reo, acurrucado en la plataforma de la carreta, asistía aterrorizado a toda la parafernalia que se desarrollaba a sus pies. Uno de los soldados le obligó a levantarse a puntapiés y el tropel de gentes estalló en una risotada. El desgraciado ofreció a la vista de todos su famélico cuerpo

cubierto apenas por una camisola y unos pantalones cortos de paje. Cuando se dio la vuelta, el jolgorio fue tremendo: el pobre hombre mostraba en la culera la impronta de días y noches atado en la mazmorra.

Los más cercanos al desgraciado hacían ostentosos gestos tapándose las narices. Otro se aventuró en el espacio entre los Lanzas y el entarimado, y parodió cómicamente a un perro que a cuatro patas se acercaba a oler el trasero al reo, para salir corriendo alocadamente ante la risotada general. Hasta los clérigos esbozaron una media sonrisa ante la ocurrencia.

Uno de los escribientes, cuando los tambores enmudecieron, sacó un largo pergamino y comenzó a leer en voz alta, pero el ruido del gentío no daba oportunidad de oír nada de lo que clamaba. Todos sabían qué era lo que decía: abjuraba de la fe. Lo habían oído muchas veces y el sacerdote se daba toda la prisa que podía. No quería que la turbamulta enardecida se desahogase en su persona con algún tomatazo. El clamor se volvió más fuerte cuando tres soldados colocaron al pie de la escalera al reo. Uno de ellos, haciendo gala de maestría en su oficio, se situó cerca del reo y con la espada se dedicó a pincharle las nalgas, hasta que lo subieron a lo más alto de la pica, donde lo ataron con cadenas. A fray Genaro se le encogió el estómago aún más; sintió unas ácidas arcadas y un asco infinito de si mismo.

Un sacerdote subió hasta mitad de la escalera y desde allí, a manera de púlpito, increpó al desgraciado, que ya no atendía nada:

—¡Isaías Volsvich ¿te arrepientes de tus pecados?!

El reo sin voz miraba al estrado, suplicante, cuando sus ojos se encontraron con los de fray Genaro. En ese momento, el fraile sintió que la tierra se abría bajo sus pies.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —dijo el clérigo alzando la mano en dirección a la multitud—. Que Dios te perdone, hermano.

Uno de los soldados se acercó con una antorcha encendida.

De repente, un clérigo sacó una talega con las pertenencias del reo y las expuso sobre la mesa, a la vista de los príncipes. Había harapos, algún artilugio indescriptible y varios documentos y libros. Uno de los príncipes tomó las escasas pertenencias con una mano enguantada y las lanzó a la muchedumbre. Luego guardó unos documentos y observó detenidamente un pequeño legajo.

Fray Genaro casi se desmaya: ¿era el manuscrito de Al Braakel! ¿Cómo había llegado allí el legajo que el día anterior permanecía escondido tras el estante en su dormitorio? Sin poder evitarlo su mirada fue directamente al fámulo, justo en el momento en que este lo miraba. Una sonrisa conspicua fue toda la respuesta que recibió.

El clérigo observó la apretada escritura con un gesto indiferente y lanzó los papeles sin mediar palabra a la pira de leña. El resto, seguramente títulos de propiedad, fueron entregados a uno de los ecónomos de los príncipes, que los puso sobre sus rodillas. El manuscrito quedó a merced del viento, que movía

graciosamente sus hojas.

Fray Genaro, las piernas temblorosas, se acercó al trono del dominico y le dijo al oído:

—Mi señor, salvad a este hombre por lo que más queráis, no prendáis fuego a la hoguera. Haré lo que sea preciso por vos, os seguiré hasta la muerte, allá dondequiera que vayáis. Ya no me importa morir, pero detened la ejecución por mi salvación eterna.

Con gesto extrañado, fray Tomás miró al fraile a los ojos.

—Demasiado tarde, hermano. Nada podemos hacer por este desgraciado. Retiraos a vuestro asiento y dejad de darme la lata.

—¡Pero allí hay algo que me pertenece!

—¿Qué decís? No os oigo con este griterío.

Fray Genaro calló.

Dos soldados más arrimaron sus teas al fuego. Unas largas llamas de color azul comenzaron a asomar, alimentadas por la resina. El reo miraba con pavor los hilos de fuego que ascendían con timidez entre la leña. Dos soldados se aprestaron a soplar la pira. El judío volvió a debatirse frenético en lo alto de la estaca.

Fray Genaro veía impotente cómo el manuscrito se introducía entre las ramas. Las llamas se agigantaron y una negra columna de humo comenzó a ascender, envolviendo al reo, que tosía como si le fueran a salir los pulmones por la boca. De repente, un ligero vientecillo movió el faldón de los frailes del entarimado. El humo se inclinó hacia la dirección del viento.

—¡Mala suerte! —exclamó el predicador.

La muchedumbre emitió un rumor de satisfacción.

—¿Aún puede tener más mala suerte ese pobre hombre? —replicó fray Genaro con rabia y rencor en la voz.

—Sí, hermano, ya lo veréis.

El reo, en lo alto de la estaca, llenó sus pulmones con el aire fresco que le proporcionaba el viento. Sin saber de dónde, un viejo y grueso capote salió en raudo vuelo de entre la multitud y fue a parar justo donde las llamas rebullían. Un humo espeso y negro ocultó al hombre por un instante a la vista de todos. Uno de los soldados, a instancias de su capitán, se apresuró a sacar el capote del fuego con su lanza y lo tiró a los pies de la muchedumbre, que rugió y aplaudió la acción, apresurándose los más cercanos a apagar el fuego del tabardo pisoteándolo frenéticamente.

Poco a poco, las llamas fueron creciendo mientras el viento inclinaba la columna de humo y hacía que las lenguas de las llamas también se animaran. Pronto se empezaron a escuchar los gritos del reo, que recibía sobre sus cuartos traseros la caricia ardiente del infierno. La estaca se debatía hacia uno y otro lado.

Las llamas convirtieron el manuscrito de Al Braakel en pavesas. Fray Genaro contempló con impotencia la efímera llamarada de los papeles que le habían

atormentado durante tanto tiempo. ¡Ya nada tenía sentido en aquella amarga y estéril búsqueda! Las llamas comenzaron a crepitar furiosas en el interior del montón de leña y la camisola salió volando hecha jirones, impulsada por el viento abrasador que ascendía hacia él.

La muchedumbre volvió a rugir, enfebrecida, con grandes risotadas. Multitud de verduras volaban por los aires. El hombre dejó de moverse y quedó inmóvil, inclinado hacia delante. Las ataduras le impedían caer. A lo lejos apenas se apreciaba un guiñapo oscuro en medio del intenso rojo y azul de las llamaradas.

La muchedumbre ya no gritaba, solo miraba como hipnotizada el fuego que poco a poco iba consumiendo al hombre que minutos antes se debatía, frenético. Todos se fueron echando hacia atrás; el calor empezaba a resultar insoportable. También los Lanzas se retiraron buscando un lugar más fresco, mientras sentían las garras del fuego sobre sus espaldas.

De repente, los brazos del reo se quebraron como si de yesca fueran. El cuerpo, con un estallido de chispitas y pavesas, rodó por la pira. El desmoronamiento del cuerpo revivió los gritos, risas y comentarios. Muchos aplaudían, otros silbaban, lanzaban gritos, levantaban los brazos, como si una de las etapas del proceso se hubiese cumplido con plena satisfacción.

Los huesos de las piernas en lo alto de la estaca seguían ardiendo, como un pelele que hubiese sido cortado por un rayo. Ya nadie se mofaba, nadie reía. Un rumor sordo comentado en voz baja corría de boca en boca. La presencia del diablo se había manifestado en los procesos. La superstición de aquellas gentes hacía presa en sus corazones. Nadie quería seguir con aquel juego estúpido de zaherir al pobre desgraciado que ardía.

Dos Lanzas removieron con sus largas picas las brasas y los troncos. Miles de pavesas, como grises presagios de pesadillas venideras, cayeron sobre las espaldas y hombros de cuantos se encontraban en el lugar.

2

El volteo de las campanas de la catedral avisó de que los procesos proseguían. Nadie quería perderse el plato principal: ¡la quema de una bruja! Los que se habían perdido el final del judío se aprestaban a situarse cerca de las tarimas. Esperaban que la bruja se librara del fuego con sus hechicerías.

Las carretas de los reos trataban inútilmente de abrirse paso. Los príncipes, desde su atalaya, miraban impotentes las evoluciones de las carretas que, enarbolando a sus nuevos reos sobre las plataformas, parecían dos barcos que naufragaban en un océano humano. Los carreteros fustigaron a los animales de nuevo, las ruedas giraban de forma peligrosa, aplastando algún que otro pie. Los gritos de los heridos se mezclaban con los insultos y protestas del público. Uno sacó un cuchillo y asestó una puñalada en los ijares del animal. La carreta hizo un movimiento de retroceso y el carretero trató de fustigar al bruto para que avanzase hacia delante, pero en el movimiento aplastó a varios vecinos con las peligrosas ruedas de madera maciza. De repente, un clamor de protestas e imprecaciones sacudió a la masa, como proveniente de una única garganta. Los Mangas Verdes hicieron acto de presencia al instante y sacaron las espadas ante los Lanzas, que también acudían a pacificar el caos.

Los caballos trataron de poner distancia entre ellos y las afiladas armas que hundían en sus vientres. Empezaron los empujones, los movimientos desordenados de la masa, los gritos de los capitanes, que trataban de que sus hombres detuvieran tal o cual carreta. En medio del desconcierto, una mujer chilló al ver a su hombre bajo las ruedas de madera, otra secundó el grito al ver como alguien golpeaba a la muchedumbre desde atrás con espadas y garrotes.

Los Lanzas aprestaron sus armas contra los que consideraron sus atacantes. Los Mangas Verdes, al ver la disposición belicosa de los primeros, no lo dudaron ni un instante, y se desató una pendencia entre unos y otros. Una corriente de personas empezó a huir de golpes y machetazos en dirección a los estrados.

El desconcierto era total. Los capitanes no terminaban de comprender las órdenes del obispo, los Lanzas no entendían a sus capitanes, los carreteros no entendían a sus caballos, locos de pánico, y estos no entendían por qué los apuñalaban.

Tampoco la gente entendía por qué los de detrás apretaban cada vez con más fuerza, ahogándolos en una tenaza entre los muros de la catedral y los entarimados. Apenas había sitio para eludir el zarpazo ardiente de la hoguera del judío y muchos tuvieron que saltar por encima de las brasas para evitar caer en ellas.

Los sacristanes hacían desesperados aspavientos con los brazos para que la gente se echara hacia atrás. Una de las carretas, con sus dos percherones desbocados por el pánico, pareció deslizarse sobre los cuerpos y acabó dando un tremendo golpazo en el entarimado, rompiendo parte de este y resquebrajando el piso. La enorme jaula de hierro con un desgraciado dentro se abatió sobre las cabezas y aplastó a muchos. El peso del enorme crucifijo se venció sobre la grieta abierta y se estrelló contra el

océano humano; casi podía escucharse el sonido de los huesos al fracturarse.

Todos los principales, oficiales, damas, nobles y cortesanos se levantaron de repente y se apresuraron a bajar de allí. Los preladados, sacristanes, sacerdotes, acólitos, incluso los propios reos vieron la muerte acariciando sus nalgas ante los embates de aquellas olas humanas que rompían en el arrecife de madera. La promesa de un magnífico espectáculo se convirtió en una estampida general de personas que se atropellaban y pisoteaban, huyendo de la muerte. El vulgo, como un enjambre de insectos que vuela en desbandada, pisoteaba a su vecino de delante, en un único y obsesivo afán: huir.

La explanada mostraba el espanto de los cuerpos aplastados, agonizantes unos, asfixiados otros. El paisaje era sobrecogedor. En medio de los cadáveres los Mangas Verdes atacaban salvajemente a los Lanzas. La muchedumbre empezó a rugir como un animal herido, blandió las armas de los caídos y se constituyó en un tercer ejército.

Fray Genaro comprendió el peligro que corrían los príncipes y temió por la suerte de fray Tomás. Los sacerdotes se atropellaron unos a otros por las escaleras, buscando la escasa protección que podían ofrecerle los soldados.

El pueblo vio como las intocables altezas se arracimaban, asustadas, y comenzaban a replegarse en franca huida hacia la catedral, como cuervos en desbandada, presas del pánico. Aquello sirvió como detonante de una explosión de violencia que se desató en un instante: comenzaron los ataques a los príncipes y a los clérigos, sin contemplaciones. Veinte Lanzas comandados por Alonso Pinzón aprestaron sus armas para defender a los primados y a los sacerdotes del estrado. Las mismas personas que momentos antes habían jaleado la quema del judío Isaías alzaban sus armas contra aquellos que habían bendecido sus cabezas, en una mística comunión espiritual. Todos veían una oportunidad inusitada de vengar a familiares y amigos injusticiados por la Inquisición.

Fray Genaro comprendió que la única posibilidad de escapar de la ratonera en la que estaban los príncipes era llegar a la catedral y refugiarse allí. Los recios portones los protegerían de la horda salvaje. Tomó la espada de un Lanza caído y sujetó al dominico por un brazo.

Un labriego armado con una lanza acometió un ataque directo contra fray Tomás. Fray Genaro esquivó la lanza, al tiempo que extendía su brazo hacia el pecho del infeliz hasta traspasarlo. El hombre cayó allí mismo, echando borbotones de sangre por la boca. Todos los atacantes que apoyaban al desgraciado miraron atónitos sin comprender qué estaba sucediendo.

Alguno se amilanó ante la feroz amenaza de aquel fraile que repartía mandobles a diestro y siniestro, mientras avanzaba en dirección a la catedral.

Fray Genaro y fray Tomás consiguieron llegar al templo. Allí, tras el portón cerrado y atrancado, se sintieron aliviados y a salvo. El agradecimiento del dominico hacia fray Genaro fue patente.

—Mi señor —dijo este último—, descuidaos de alabanzas y preocupémonos por

el peligro que todavía late.

Todos los que pudieron refugiarse en el templo se derrumbaron en los bancos o en el suelo, atenzados por el pánico. El obispo había desaparecido en el caos. Fray Hernando y fray Gonzalo se encontraban a salvo junto a ellos. Los tres príncipes jadeaban con el terror pintado en el rostro. Fray Genaro estudió su cuerpo: había recibido cuatro pedradas severas que le dolían terriblemente.

De repente, un estruendo sacudió el portón del templo y arreció una lluvia de golpes y porrazos, acompañada por voceríos e imprecaciones contra el clero y la Iglesia. Fray Genaro y dos de los capitanes se lanzaron al atrio en un acto reflejo para tratar de contener el empuje de la horda, al tiempo que los sacerdotes ejecutaban el movimiento instintivo de apartarse de la entrada. Se aseguraron de atrancar las portillas laterales de ambos atrios.

Fray Tomás se levantó del banco y se acercó a las puertas, cuyas enormes hojas parecían ceder ante el empuje de la chusma. Daba miedo ver cómo los enormes goznes de hierro de casi media vara se resentían como si fueran de madera liviana.

—¡Tenemos que hacer algo! —gritó el dominico volviéndose hacia los príncipes—. ¡Van a tirar la puerta!

El rostro del príncipe se mostraba desolado e impotente. Los acontecimientos se estaban desbordando.

—¡Valiente imbécil, obispo de todos los demonios! ¡Bonito espectáculo nos ha regalado ese maldito, que el infierno confunda! No me cabe ninguna duda de que los montesinos lo han comprado. Exaltar a la muchedumbre es una estrategia propia de estos sediciosos. Me sorprendería que no hubieran logrado eliminar a alguna de las legaciones en medio de este desastre.

—Espero que nuestros ecónomos no hayan sufrido ningún daño —replicó fray Gonzalo, con la alarma pintada en su rostro.

—Dios mío, hermano, espero que los legajos de la reunión estén a buen recaudo —añadió fray Tomás con expresión desolada—. De cualquier manera debemos salir de la ciudad de inmediato. Cada instante que pasemos aquí les dará más posibilidades de eliminarnos. Hermanos, debemos prepararnos.

—¡Haced algo inmediatamente o nos van a matar a todos! —gritó fray Hernando dirigiéndose a los capitanes.

Fray Tomás parecía tener las decisiones a flor de boca. No lo dudó un instante: pidió sus ropas de peregrino y mandó llamar a Zoshimo, el guía que mantenía oculto fray Genaro en el archivo de la catedral. Trajeron ropas suficientes para disfrazar a los tres príncipes, sus escribas y secretarios, dos capitanes y tres soldados que se aprestaron a la guardia personal de los primados.

Las órdenes fueron precisas: los príncipes huirían por la judería en dirección a San Juan. Fray Tomás eludió explicar sus planes, por seguridad.

Los lamentos fueron cesando a medida que la noche se acercaba y los pensamientos se relajaban, vencidos por las imágenes y vivencias sufridas. Muchos

hombres y muchos lanzas habían caído muertos por la turbamulta o por los Mangas Verdes. Ninguno de los primados conseguía entender cómo era posible que la guardia de Fernando se alzara en armas contra los altos mandatarios de la Iglesia.

Fray Tomás pasó gran parte de la noche en secreta reunión con el capitán naval, Martín Alonso Pinzón.

CAPÍTULO 11

La huida

1

Todavía era de noche, y las casas iban quedando atrás poco a poco mientras ellos se ocultaban entre la bruma que se elevaba del río. Cada vez más cerca se alzaba el Pueyo de Badagüas, con el castillo de los Mangas Verdes, en el que no se apreciaba ningún signo de vida.

Fray Genaro recordaba los apuros que habían tenido Zoshimo y él para subir a la judería en medio de los disturbios y el horror desatados en la ciudad. Conventos incendiados, sacerdotes colgados de los portones de sus iglesias. El convento de Santiago completamente saqueado y desierto. El horror había hecho presa en todos los habitantes. Hombres y mujeres se escondían en los sótanos, huyendo de la convulsión de la ciudad.

Cruzaron el puente de San Miguel mientras la torre de la iglesia de San Andrés, al frente, parecía estar vigilando su huida. Tres figuras al amparo de la oscuridad, tirando de dos mulas, salieron de los muros y embocaron el valle del río Aragón. Su destino: Campus Francus. Fray Genaro acechaba a su espalda, arrastrando tras de sí el temor a ser sorprendidos por los hombres del obispo. Finalmente llegaron al río, ocultos en las sombras. Zoshimo había atado pieles de carnero en las patas de los animales para amortiguar el ruido.

Al cruzar al otro lado del puente, una figura arrebujada en un grueso capote emergió tras ellos. Cruzó con paso rápido y silencioso junto a Zoshimo y fray Genaro, que tensó sus músculos, alerta ante el recién llegado. La sombra se inclinó frente a fray Tomás con una reverencia desmesurada. Ante la impasibilidad del ministro, abrió su talega y mostró su interior. Siseó unas palabras que fray Genaro no pudo oír. Fray Tomás miró el interior del saco y su rostro pareció iluminarse.

Aquella figura cuchicheó un buen rato con el dominico. Al acabar, echó hacia atrás su capirote. El rostro odioso y repulsivo del fámulo quedó al descubierto. Fray Genaro quedó mudo de estupor. El fámulo le dedicó una sonrisa desdentada mientras se le acercaba.

—Hermano, os solicito a vos también protección y ayuda. Debo huir de la ciudad. Mi presencia en Jacca es harto peligrosa para mí; mi señor me ha abandonado.

De repente, fray Tomás reanudó de nuevo el camino sin dar la más mínima explicación.

—¡Vamos, en marcha!

Comenzaron a caminar con aire resuelto. Trescientas varas más adelante, en el encuentro del camino que llegaba de Badagüas, los cuatro hombres se detuvieron de nuevo al mismo tiempo.

—¿Qué significa esto, hermano? —preguntó el viejo con acritud, mirando a fray Genaro.

Dos ojos se interponían en el camino, dos ojos que parecían traspasar cuanto veían. Fray Genaro, aturdido, no acababa de comprender: allí estaba la nieta de la

santera. Casi se había olvidado no solo del lance en la judería, sino de la propia muchacha.

¿Adónde había dicho el viejo que debía llevarla? ¡Dios! Todos los recuerdos de aquel episodio se revolvían ahora y giraban borrosos en su mente. ¿Cómo era posible que hubiera olvidado todo aquello? ¿Qué le dijo de su destino y el de su nieta? ¿Y qué decía la transcripción del texto del judío Isaías?

«No sigas la huella de Dios; si pones en tu cuello su corona, hablará tu destino. Cuidaos de él, no os dejará vivir y despertaréis a la bestia».

¡La huella de Dios! ¡*Caligae Allah!* ¿Tendría el mismo significado? ¡Dios! ¿Cómo no había caído en ello? «Poner en tu cuello su corona». ¡*Pessulus Magnificus!* ¡Sí, empezaba a tener sentido! El viejo árabe sabía más de lo que él sospechaba.

—¡¡Hermano, por el amor de Dios!! ¿Queréis explicarme qué significa esto? ¡Es la bruja del convento! ¿Dónde la teníais escondida? ¡Os costará caro!

—Mi señor, es una historia larga y complicada. No sé cómo ha llegado esta muchacha hasta nosotros, ni cómo ha podido saber que saldríamos hoy y precisamente por aquí. Hay algo inexplicable en todo cuanto la rodea; no me siento con fuerzas de abandonarla a su suerte. Tendré mucho gusto en explicarlo todo si gustáis escucharme.

Fray Tomás tardó en reaccionar. ¡La osadía del frailuco no tenía límites! Se dio cuenta de que el alba comenzaba a asomar por las lomas de Badagüas. Les urgía huir por el valle del Aragón; allí estarían a salvo de miradas indiscretas.

—Pero ¿es que todo el mundo conocía mis planes en esta ciudad del diablo? —exclamó el dominico, tomando el roncal de la mula y tirando de ella con violencia. El animal pareció negarse a obedecer—. Está bien, hermano, decidle que tiene que volver a la ciudad.

Nadie se movió del sitio. Zoshimo y el fámulo se quedaron plantados mirando al viejo, que se esforzaba en dar tirones a las riendas de la mula sin ningún éxito.

—¡Por los clavos de Cristo, hermano! —gritó fray Tomás dirigiéndose al fraile—. ¿Cuánto tiempo pensáis que nuestro condenado obispo o esos odiosos montesinos tardarán en descubrirnos? ¡Vamos! ¡Ayudadme con este maldito animal!

Fray Genaro se deshizo en mil atropelladas explicaciones. Le habló de su lance en la calle mayor, cuando los niños habían querido clavarle un cuchillo, y de que estaba seguro de que fue ella quien le ayudó. Le habló de los esmerados cuidados que le prodigara en el convento del Salvador. Apeló a su piedad y les prometió lealtad a todos cuantos componían aquella expedición.

La respuesta de fray Tomás fue azotar con la vara a la mula para que comenzara a caminar. Fray Genaro se acercó al príncipe y le dijo casi en un susurro:

—La muchacha vendrá con nosotros, mi señor. Ignoro cuál es la causa por la que se encuentra aquí, pero una razón poderosa me impulsa a protegerla. Os ruego me comprendáis. Yo sabré agradecerérslo. —El dominico quedó en silencio mirando al

fraile. La ira se mezclaba con la sorpresa y la estupefacción—. Vendrá con nosotros —insistió Genaro, sosteniendo su mirada de fuego.

Tomó las riendas de la mula desentendiéndose del viejo y se acercó a la muchacha, que esperaba en mitad del camino.

—Esto nos traerá más problemas —dijo el dominico al tiempo que movía la cabeza, impotente.

—Es tan solo una muchacha —murmuró fray Genaro con suavidad.

—¡Es una bruja! ¡Hija y nieta de brujas!

El dominico contenía la rabia mientras atendía las explicaciones de fray Genaro y miraba de reojo a la muchacha, sospechando que quizá se las tendría que ver con una verdadera bruja. Se le acercó con intención de observar de cerca el mal. La luz de la mañana comenzaba a hacerse fuerte y las facciones de la muchacha se apreciaban confusas bajo el espeso velo que cubría su rostro, pero sus ojos de un verde intenso restallaban. La chica sonrió con amargura y comenzó a caminar mansamente siguiendo los pasos del guía, que ya se había puesto en movimiento. El dominico, vencido por la evidencia, siguió a la comitiva.

Marcharon en fila. Después de un largo y fatigoso trecho, el guía anunció:

—Va a nevar; tal vez mañana o pasado, pero nevará. Y mucho. No tenemos suerte.

Dos días estuvo nevando, y la nieve desdibujaba los contornos del paisaje, envolvía los sonidos, las palabras y los esfuerzos. El silencio del bosque se volvió más profundo y tenebroso. El guía se desplazaba con agilidad, acostumbrado a moverse con facilidad por los páramos helados y los valles oscuros. Fray Genaro procuraba poner los pies en el mismo hoyo que su predecesor. Tras ellos, avanzaba lentamente fray Tomás, a paso cansino y torpe, envuelto en ropas y pieles, jadeando por el esfuerzo. Parecía que se había acostumbrado a la nueva compañía; al menos desde que se habían visto en el vientre de la montaña había dejado de protestar. La muchacha cerraba la comitiva junto con el fámulo que caminaba tras ella, y unas veces la ayudaba y otras se apoyaba en ella, mientras tiraba del ronzal de las mulas.

La marcha era lenta y difícil. Al fondo de la cadena rocosa, la montaña se asomaba por encima del resto y coronaba el temible Summo Portu, el techo del mundo. La cumbre parecía invitarles a pasar, les mostraba sus frondosos bosques de pinos que ascendían veloces hacia las cumbres. El río fluía impetuoso y salvaje. Apenas habían recorrido una legua cuando encontraron un tronco tendido sobre el lecho que improvisaba un puente para ganar el otro lado.

Cuando Zoshimo alcanzó la orilla opuesta, escudriñó la ladera. Era como una pared vertical. De repente, tensó los músculos e hizo una señal a los dos frailes para que permanecieran quietos y se mantuvieran alerta. Se agachó ligeramente, sin dejar de mirar el follaje. Los árboles, con sus ramas cargadas de nieve y la maleza de alrededor, escondían algo que el guía no podía precisar.

—¿Qué ocurre, hermano? —preguntó fray Genaro desde la otra orilla.

Aún con el brazo extendido hacia los frailes y sin dejar de mirar entre los árboles, Zoshimo respondió:

—No lo sé, mi señor. —Esperó unos instantes aguzando el oído y la vista, y añadió—: Hay algo en el bosque que nos vigila, pero no consigo verlo. Tal vez un lobo. Deberemos darnos prisa en cruzar —añadió animando a fray Genaro, que permanecía en la orilla opuesta sin dejar de observar a su espalda—; este trozo de río es un abrevadero natural y no me extrañaría que tuviésemos una sorpresa.

No pudo terminar la frase. A la espalda de fray Genaro un rumor entre las ramas de los árboles les indicó que algo se movía. El grito, horrísono y desgarrador, resonó en la espesura: era la llamada desesperada del hambre. Las ramas del árbol más cercano se estremecieron con un ronco gañido y un enorme puma pasó entre los árboles, derramando nieve en forma de lluvia sobre el claro.

Fray Tomás ya se había librado del petate y lo arrojó contra la nieve como si quisiera espantar con ese gesto al diablo que acechaba en las ramas.

—¡Rápido, cruzad, por el amor de Dios, hermano! —gritó el guía, mientras el fraile encaraba el delgado tronco que servía de puente sobre las agitadas aguas.

Fray Genaro se detuvo en seco. Otro grito atronador de la fiera paralizó su

avance. Supo que estaba perdido: el animal se acercaba con rapidez, con la seguridad de que su presa estaba vencida. Todo sucedió en un instante. El guía cruzó corriendo de puntillas el resbaladizo madero y con un sentido prodigioso del equilibrio agarró la mano de fray Genaro. Un fuerte tirón y ambos hombres cambiaron de posición. Fray Genaro dio un par de pasos de ganso sobre el grueso leño, mientras que Zoshimo se encaró al animal con su garrota de punta afilada. La larga vara frenó el ataque; la bestia lanzó rugidos desesperados de frustración y de rabia, pero no se rindió. La fiera lo acosaba, lanzaba zarpazos terribles contra la vara que se interponía en su camino.

Zoshimo empezó a cruzar el tronco de espaldas, dando la cara al puma, mientras repelía sus ataques y tanteaba el puente resbaladizo. Cuando puso el pie en la nieve, este se hundió hasta la rodilla haciéndole caer de espaldas. Fray Genaro se lanzó a socorrer al guía y ofreció su figura a la vista de la fiera. El animal se desentendió del caído y clavó sus garras en la costra helada del tronco en dirección a fray Genaro, dispuesto a saltar. El fraile se quedó como petrificado, tomó la garrocha del guía e intentó dirigir su punta hacia el animal. De repente, el animal se derrumbó, abatido. Una saeta había atravesado limpiamente el corazón del puma cuando se disponía a saltar.

Cuando ambos hombres alzaron la cabeza, vieron al dominico, que blandía la ballesta y miraba atónito el animal muerto sobre el hielo. Ninguno podía dar crédito a lo sucedido: fray Tomás había conseguido sacar la ballesta del petate de Zoshimo, colocar una flecha y disparar. El dominico aseguró después que había sido el Señor quien guio la saeta al corazón de la bestia, pues cuando disparó, cerró los ojos y estuvo a punto de ser derribado por el retroceso del arma.

La muchacha y el fámulo lo miraban atónitos.

—Mi señor, os agradezco una vez más haber salvado mi vida, ¡gracias!

—Parece, hermano, que estemos en una lid sobre quién salva a quién más veces. Demos gracias al Altísimo por disponer las cosas para que nosotros alabemos sus obras y su misericordia.

Se pusieron nuevamente en marcha y caminaron una legua más, hundiéndose en la blancura fría del suelo y resoplando por el esfuerzo. Zoshimo observó el movimiento reflejo de las orejas de los animales, que habían dirigido sus pabellones en la misma dirección. A lo lejos, casi inaudible, percibieron un largo y lastimero gemido. Aquel aullido lento y salvaje, largo lamento de la montaña, llamada eterna de los señores del bosque, hizo que los mulos, visiblemente nerviosos, brincaran con violencia y avanzasen más deprisa entre la nieve.

Al cabo de un rato, por el lado opuesto del valle, otro lamento lúgubre e interminable contestó a la llamada.

—¡Son lobos! —murmuró Zoshimo—. Y parecen tener hambre.

Se hizo un silencio pesado y todos detuvieron la marcha, escuchando el sombrío canto.

—¿No podemos evitarlos? —preguntó fray Genaro.

—Será inútil, desprendemos un olor muy atrayente —respondió el hombre con calma, después de haber pensado y sopesado las posibilidades—. Lo habrán percibido a varias leguas a la redonda: las mulas y nosotros representamos un succulento bocado. Posiblemente no hayan comido en dos semanas o más por culpa de la nieve. —Se volvió hacia la muchacha—. Me preocupa ella; quizá no debió emprender este viaje tan peligroso.

—Por el amor de Dios, ¡os advertí que no la trajerais! —estalló fray Tomás, volviéndose a fray Genaro con una mirada reprobadora.

—¿Y vos? Vuestro empeño en subir al paso en esta época era demencial y también dejasteis que el fámulo nos acompañara. ¿No podíamos haberlo dejado a su suerte en Jacca? Mi señor, ya no estoy seguro de nada. Ya no nos mueve ni la piedad hacia nuestros semejantes. Tal vez sería mejor regresar e intentar una huida por Badagüas o Santa Bárbara.

—¡Prosigamos! —ordenó el viejo tirando de las riendas—. No es momento de discutir.

Zoshimo se quedó inmóvil haciendo caso omiso de la orden. Ahora ya no miraba a las montañas, sino a la cercanía del bosque.

—Pronto se acabará la mañana —comentó con calma—. Antes de partir de nuevo debemos procurarnos alguna defensa para un caso de apuro. Tenemos que cortar leña, mucha leña, y llevaría con nosotros. Todas las ramas secas que encontremos por el suelo.

—¿Lo creéis necesario? Una nueva carga nos agotará aún más —protestó fray Genaro.

—Os aseguro, hermano, que lo vamos a necesitar. No creo que lleguemos a Aruej antes de la noche.

Se dirigieron a la ladera izquierda del valle, allí donde el bosque se une con el lecho del río, y se adentraron unas varas en él. Zoshimo sacó su hacha de una de las alforjas y se dispuso a cortar ramas de boj. Cuando hubo reunido un fajo, extrajo unas tiras de cuero curtido y empezó a anudar las varas unas con otras, hasta formar una especie de angarilla, que sujetó sobre la espalda del fámulo. Luego comenzó a colocar sobre ella todos los troncos finos y gruesos que encontrara entre los árboles.

Fray Genaro se internó en el bosque con fray Tomás y ambos fueron recogiendo leña.

—Mi señor, me gustaría que me explicaseis algo que me preocupa —comenzó sin rodeos el fraile en un momento en que estaban algo separados del grupo—. ¿Qué misión tiene encomendada el fámulo? ¿Tenéis alguna disposición para él? No es precisamente el mejor compañero de viaje, ni se pueden guardar secretos con él.

—Hermano, este pobre hombre ha sido traicionado por su señor. Ha confirmado nuestras sospechas sobre el obispo.

—Mi señor, fue el fámulo —insistió fray Genaro— quien cogió los documentos de mi legación y trató de hacerme chantaje.

—También fue él quien salvó los documentos. Ha mostrado ese comportamiento para convencerme de las ventajas de su compañía. Los lleva en su petate. Cuando lleguemos a Campus Francus, lo enviaremos como mensajero a Toledo.

Una vez más, no pudo el fraile dejar de admirar la sibilina inteligencia del fámulo, que se anticipaba a las acciones no solo de su señor el obispo, sino también de los otros príncipes e incluso de sus enemigos. Se dio cuenta de que los entresijos de aquella funesta reunión eran más enrevesados y complejos de lo que había calculado en un principio. Se sentía luchando entre hombres muy listos, cuyos intereses prevalecían incluso sobre la lealtad, la obediencia, la fe y sus vidas. Debería jugar con mano maestra para salir indemne de aquel maremágnum de intrigas.

Ayudó al dominico a cargar con un tronco y entre ambos lo arrastraron hasta el improvisado campamento. Zoshimo se empleaba a fondo cortando ramas en trozos para poder transportarlas en las angarillas. Cánticos lejanos se escuchaban ahora mucho más cerca, demasiado cerca.

—¡Guardaos de colocarme en la espalda un artilugio como ese! —protestó fray Tomás, que arrojó la carga de leña al suelo y se desplomó sobre un petate—. Apenas puedo sostenerme en pie.

—Llevaréis vuestra carga como todos —respondió, enérgico, el guía.

—¡Y vos volveréis al potro! —exclamó el dominico con insolencia.

—¡Siempre será mejor eso que luchar con vuestra infantil rebeldía!

—¿Por qué tenemos que cargar con tanta leña, si en el bosque, a pocos pasos, habrá toda la que queramos? —preguntó fray Tomás.

La muchacha traía un gran haz de troncos que había atado con una tira de cuero y cargaba sobre su espalda. El guía, con una leve sonrisa y una expresión dulce, le dijo:

—¡No! Tú llevarás las mulas.

La muchacha le miró a los ojos inundándole con su luz jade y, sin descargar el pesado fajo de su espalda, cogió las riendas de las mulas y comenzó a caminar. El hombre sacudió la cabeza, sorprendido, y la siguió. La comitiva se puso en marcha. Fray Tomás suspiró mientras fray Genaro ataba la angarilla sobre su espalda. Las mulas cargaban con un voluminoso paquete de leña que se sostenía milagrosamente sobre sus lomos.

El camino serpenteaba deslizándose por los montes, confundiéndose en muchas ocasiones con el verde follaje del bosque, que parecía engullirlo. Pasaron el desfiladero y cuatro o cinco cientos de varas después alcanzaron un amplio claro. El valle se extendía frente a ellos en amplias praderas hasta la ladera de los montes lejanos. A poco más de una legua se alzaba el señorío de Aruej.

Los frailes tardaron mucho tiempo en darse cuenta de que estaban rodeados por las sombras móviles de los lobos. Comprendieron alarmados la prisa del guía por alcanzar el otro lado del desfiladero: había visto los animales pero no quiso asustar a la muchacha ni a los frailes. Los lobos se cuidaban de no sobrepasar la cabeza de la comitiva, pendientes de sus movimientos; contenían su ansiedad y deseo, y

mostraban a distancia sus blancos colmillos.

La muchacha, con su habitual serenidad, tiraba con fuerza de las riendas mientras los pesados fardos se movían de un lado al otro. Debían llegar cuanto antes al desfiladero. Los lobos no podrían atacarles en un espacio tan reducido y se verían obligados a rodear la montaña.

Al fin, tras una suave cuesta abajo, el camino embocó el desfiladero. A la derecha, la vertical rocosa y la senda formaban una cornisa natural por la que solo podía pasar una montura. El tumultuoso río trompicaba entre las rocas, salvaje y violento. Cuando se adentraron en el estrecho paso, los primeros luceros se encendían en el gris perla del atardecer. Mientras, al oeste, unos débiles y rojizos rayos de sol teñían de sangre las crestas de las montañas más altas. La comitiva avanzaba por el estrecho margen que se abría entre el río y la roca.

Una docena de escuálidos y jóvenes lobos, con las fauces abiertas en una macabra sonrisa, les aguardaban a la salida del desfiladero.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —increpó fray Tomás al guía.

Las mulas, presas ya del pánico, lanzaban desesperados relinchos ante la temible presencia del enemigo. El guía sacó de una alforja la vetusta ballesta y un carcaj con más de cuarenta flechas. Montó el aparato y puso una flecha en la guía. Todos se quedaron en suspenso, atentos a los movimientos del hombre. Fray Genaro sujetaba con fuerza las riendas de las mulas.

De pronto, en la salida del estrecho, un lobo dio un salto formidable. El resto se removieron, asustados. La saeta salió de la ballesta como un rayo y su áspero chasquido se mezcló con el aullido del animal. El lobo cayó al suelo y empleó sus últimas fuerzas para salir corriendo mientras perdía sangre a chorros por la herida del vientre. El resto de los animales, desorientados y perplejos, se alejaron del desfiladero momentáneamente.

Como pudieron, trastabillando, el grupo se apresuró desesperado hacia el claro, buscando las zonas del camino barridas por el viento donde la nieve era menos espesa. Se derrumbaron exhaustos en el suelo, sus frentes cubiertas de sudor. Zoshimo sacó un pequeño fardo que contenía una gavilla de yesca con una piedra de pedernal y un eslabón de pirita. Limpió con el pie el suelo de nieve y bajo un pequeño montón de ramas delgadas y secas, empezó a golpear las piedras contra la pajueta. Fugaces destellos iluminaban su rostro mientras los jamelgos se removían, asustados. Zoshimo puso una venda en los ojos de los brutos.

Cuando la débil llama de la yesca prendió en la oscuridad, los hombres se dieron cuenta de lo cerca que estaban los lobos. Otras lenguas de fuego hicieron retroceder a las fieras. Las llamas crepitaban alegres, lanzando pavesas brillantes al aire, danzantes luminarias que bailaban en la noche. Las hogueras formaban un círculo. El anillo de ojos lobunos que se cerraba en derredor brilló en la profundidad del bosque.

—Descarguemos toda la leña aquí —indicó Zoshimo.

Los mulos sentían sobre sus cuartos traseros el zarpazo del calor y daban golpes

con sus patas en el suelo, inquietos y nerviosos. Se movían de un lado para otro, dándose la vuelta continuamente, pues se pusieran como se pusieran notaban la fuerza y el crepitar de las llamas.

El fámulo, que les había despojado de sus arneses y alforjas, trataba inútilmente de calmarlos. Sacó un pellejo de agua e intentó darles de beber, pero los animales estaban demasiado asustados y no atinaban con el agua, que se derramaba y lo salpicaba todo. El fámulo optó por quitarles las vendas de los ojos.

—¡No! —gritó Zoshimo, aunque sabía que ya era tarde.

Los mulos, con los ojos deslumbrados por el fuego que los rodeaba, fueron presa del pánico y comenzaron a trotar alrededor del montón de leña en un intento de huir. Los hombres y la muchacha hacían ímprobos esfuerzos por arracimarse en el montón central. Los relinchos y las coces se sucedían al no ver los animales salida alguna del anillo de fuego. Ninguno de los hombres conseguía sujetar a las monturas; sin arneses, resultaba harto difícil cogerlas por el cuello. En el exterior, los lobos se revolvían, inquietos.

—¡Por el amor de Dios, hermanos! —gritó el guía, abrazado al cuello de una de las bestias, que trotaba enloquecida—. ¡Tenemos que sujetar a los mulos!

Primero, un mulo se encabritó sobre sus patas traseras y con un formidable salto salvó limpiamente el anillo de fuego, alejándose al galope en la oscuridad. Antes de que pudieran reaccionar, el otro mulo dio una vuelta al anillo galopando con ojos enloquecidos y saltó por encima de la hoguera por el mismo sitio que su compañero. Todos quedaron sobrecogidos mientras escuchaban los galopes y relinchos de los dos mulos al alejarse.

—No llegarán muy lejos —dijo Zoshimo, apesadumbrado—. Lástima, al amanecer hubiéramos podido huir y alcanzar el señorío de Aruej. Ahora será mucho más difícil.

Una jauría de lobos comenzó a perseguir a los dos mulos, que comprendieron demasiado tarde el peligro que les aguardaba lejos de la protección de los hombres. Enloquecidas de pavor, las bestias se entregaron a un desesperado galope tendido, frustrado por los atolladeros de nieve donde se hundían. Más de veinte lobos empezaron a clavarles dentelladas en las patas y el vientre, y ellas siguieron avanzando casi sin vida, dejando a su paso un rastro de sangre y vísceras calientes sobre la nieve.

Dentro del círculo de fuego, los hombres escuchaban sobrecogidos los gruñidos de los mulos e imaginaban la satisfacción de las bestias ahítas sobre el montón de huesos descarnados.

Todo aquel revuelo, el estrépito de gritos, relinchos y el olor a sangre habían atraído a multitud de lobos. Ahora se veían muchas más bestias sobre la pradera.

—¡Dios mío! —murmuró fray Genaro—. Se los han comido a los dos. ¿Qué va a ser de nosotros?

3

La pradera estaba prácticamente tomada por los lobos. Igual que un ejército que celebrara una gran victoria, las fieras deambulaban sin orden ni concierto, campando a sus anchas en una anarquía total. En medio de toda aquella barahúnda, unos hombres y una muchacha mantenían desesperadamente un anillo de fuego.

Solo la experiencia de Zoshimo arrojaba una efímera luz en la desesperanza de todos. La muchacha, serena y firme, infundía pese a su fragilidad ánimos a los demás, al soportar en silencio los rigores del frío y la amenaza de las fieras. Parecía que si el peligro crecía sería capaz de desaparecer y abandonar las miserias terrenales, como si no terminase de pertenecer a este mundo de lobos.

El fámulo, como si ignorase el peligro que les acechaba, disponía una especie de camastro con las alforjas y las pieles para echarse a dormir.

—Decidme, buen hombre —preguntó fray Tomás—, ¿qué haremos ahora?

Zoshimo guardó silencio. Su rostro parecía ensombrecido, como si pretendiese resolver en la respuesta a la sencilla pregunta de fray Tomás el misterio de la Creación.

Un desgarrador alarido anunció la llegada de un lobo enorme que de un mordisco certero arrastró al fámulo fuera del círculo. El hombre se debatía desesperado, tratando de aferrarse a cualquier cosa. Zoshimo trató de detener a la bestia con un palo encendido y el animal soltó al fámulo, que se puso a chillar como un salvaje. Zoshimo examinó la brecha que el lobo le había abierto en la pierna. La tremenda herida sangraba abundantemente. Parecía como si el lobo le hubiese masticado la extremidad.

Zoshimo volvió a unir el gemelo que colgaba contra el hueso e hizo un rudimentario vendaje. Echó nuevos leños a una de las hogueras, que ya languidecía, se puso de pie y miró hacia la oscuridad. Los lobos se agitaban, excitados por el olor de la sangre.

—El lobo ha destrozado el alma de su pierna; no hay medio de parar la sangre.

—Debemos llegar a Aruej; habéis dicho que allí hay un castillo. Quizá nos acojan y le procuren cuidados. ¡Tapadle la herida, por Dios! —suplicó fray Genaro.

—Será tarde —contestó Zoshimo, mientras se pasaba una mano por la cara—. No solo morirá pronto, sino que nos retrasará en nuestra huida. He cerrado la herida, pero la sangre sigue manando dentro. Se le vaciará el cuerpo de sangre en unas horas.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —imploró fray Genaro arrodillándose ante el hombre, dominado por la impotencia y la desesperación—. Tiene que haber algo que podamos hacer, tenemos que llevarlo con nosotros.

—¡Por Dios, fray Genaro, conteneos! —exclamó fray Tomás con acritud—. Todos sabíamos que esto podía pasar. Alegraos de que no os haya tocado a vos.

Lentamente, la idea de la muerte, como un tumor maligno que se expandía ocupándolo todo, se apoderó de sus mentes. Los oídos del fraile chirriaron al

descubrir la frialdad de las almas ante la adversidad de la desgracia.

De repente, comenzó a nevar. Una lenta, blanca y muda lluvia blanca de juguetones copos caía sobre las hogueras. Parecían mariposas de luz, con las alas de color naranja, revoloteando en el aire. Cubrían lentamente los cuerpos y los lomos de los lobos, que no movían ni un músculo en su infinita vigilia.

—Id echando leños a los fuegos; quisiera descansar un poco. Le he dado un fuerte narcótico al fámulo, aunque puede que no le haga efecto. Mantendréis a raya a los lobos tirándoles tizones encendidos. Si os vieseis apurados, disparad la ballesta sobre el más osado, eso desanimará al resto.

—Sí, está bien, hermano, descansad. Lo necesitáis —respondió el fraile, y después se acercó al fámulo, que se retorcía junto a la muchacha con un rictus de dolor.

Levantó la piel de oso que cubría su pierna y la visión de aquel gran charco negruzco en el suelo, sobre las hierbas aplastadas y mojadas, le produjo una angustia indescriptible. El fraile se arrodilló con gesto abatido junto al fámulo y, con una profunda pena, comenzó a ungirle los sacramentos. Podía ver los ojos del desgraciado, que emitían un extraño brillo.

—Hermano, quizá ha llegado el momento de poner en orden vuestros asuntos con Dios —susurró fray Genaro junto a su oído.

Un imperceptible gesto de disgusto acompañó al asentimiento de cabeza. El fámulo se humedeció los labios reseco y desde el umbral de la muerte, miró al fraile. Fray Genaro lo bendijo tres veces y con recogimiento y una honda piedad se dispuso a la confianza.

—Hermano, antes tenéis que hacerme un juramento —balbució el fámulo entrecortadamente. El dolor de la pierna crispaba sus palabras. Fray Genaro lo miró sorprendido, con los ojos muy abiertos—. Si no juráis ayudarme, negaré los sacramentos y caerá sobre vuestra conciencia mi entrada al infierno, pues he pecado y mucho. Quiero ir al purgatorio, pero no me iré de este mundo dejando un asunto pendiente que me ahoga.

—Está bien, hermano, trataré de ayudaros —contestó Genaro, paciente.

—Mi señor obispo me traicionó deliberadamente después de servirle tantos años. Intentó por todos los medios que os eliminara por orden de alguien muy poderoso. Jamás me creyó cuando le dije que no disponíais del poder de vuestra orden y pensó que había hecho una alianza con vos. Qué necio. Se empeñó en sospechar que yo deseaba cambiar de amo y así solo consiguió forzarme a ello. Había una legación dispuesta a suprimiros. Cuando lo lograsen, yo debía ganarme la confianza de vuestro señor.

Se detuvo unos instantes, jadeante. Sus pupilas brillaban con un fuego terrible.

—De modo que fuisteis vos quien... —repuso fray Genaro.

—No puedo perdonarme mis fallos; siempre sucedía algo que impedía quitaros de en medio. El obispo se convenció de que teníamos algún pacto y que le había

traicionado, por eso decidió actuar él mismo con hombres del castillo de Larrés pagados por los capuchinos y desencadenó el caos en los procesos. Seguro de su victoria, mandó prenderme. Un movimiento torpe, pues le dio la orden a uno de mis hombres de confianza, que me eran fieles hasta la muerte.

—Hermano, olvidad esas rencillas terrenales y entregad vuestra alma a Dios.

—Quiero que cuando volváis a Jacca, busquéis a mi hombre de confianza; se llama Al-Idrisi de Ferrara. Decidle que no he podido volver y que haga lo acordado. Ese maldito hombre tiene que pagar sus pecados. Casualmente cayó muerto a mis pies el escriba de fray Hernando, con todos los documentos de la reunión de los príncipes, y decidí que mi sitio estaba con fray Tomás y con vos.

—¿Cómo supisteis cuándo y por dónde saldríamos?

El fámulo se derrumbó de nuevo crispado por el dolor, como si hubiera espirado su último aliento.

—Por el amor de Dios, hermano ¿acaso no sabéis cuál es mi oficio? —El fraile se quedó pensando, sobrecogido, y lo miró con los ojos muy abiertos—. ¡Jurádmelo, hermano, juradme que haréis lo que os he pedido!

—Lo siento, hermano, pero no creo que pueda cumplir vuestra encomienda —susurró fray Genaro—. Sospecho que me pedís una venganza que no me siento capaz de realizar.

—¿Qué os importa, hermano? ¿Qué más os da? Vos continuaréis vuestra vida sin saber nada de lo que allí suceda —respondió el fámulo con acritud y un rictus de dolor. El silencio del fraile y su actitud resuelta doblegaron la resistencia del herido—. Está bien, hermano, os lo diré: mi señor puso en el potro a un novicio amigo mío, así volví a caer en sus manos.

El fámulo lo miró con unos ojos encendidos como brasas, sujetándolo firmemente para impedir que lo abandonara.

—¿Un novicio? Me complace descubrir en vos un rasgo de humanidad y amor al prójimo.

—¡No seáis cándido, hermano! Todos tenemos alguna pequeña... debilidad. —Una chispa evocadora iluminó sus ojos. Fray Genaro comprendió—. Mi señor debe pagar esta felonía que le inflige a un inocente, a mi amigo, a mi querido amigo, todo candor e inocencia —prosiguió el fámulo con la mirada extraviada en un mar de dulzura y serenidad—. Dejé instrucciones claras, pero no creáis que mi señor es tonto: si no regreso a su presencia una vez os elimine a vos y al príncipe, no solo se deshará de mi querido Ramiro, sino que llevará al potro a todos mis espías, para impedir que se conjuren contra él. ¡Debe morir! Juradme que le mandaréis aviso en cuanto lleguéis a Campus Francus o a Aruej; él vive en la judería, le llegará seguro.

—Hermano, ¿cómo pretendéis que jure eso y provoque la muerte de un príncipe de la Iglesia?! ¡No! ¡No podéis pedírmelo! Apelo a la voluntad de Dios y a sus designios que salve mi conciencia de vuestras tretas.

Hizo el fraile un movimiento instintivo de rechazo ante lo que el fámulo le

proponía. No podía aceptar esa condición para salvar un alma.

—Jurádmelo, hermano, por el amor de Dios. ¡Me lo debéis! —dijo el otro.

El fraile lo miró con curiosidad y permitió que una duda que lo atormentaba saliese de su boca.

—Hermano, el manuscrito ¿lo cogisteis vos?

El fámulo lo miró con un rictus de extrañeza en los ojos.

—¡Maldito seáis, fraile del demonio, solo os lo diré si juráis obedecer mis órdenes! ¡Si os negáis, caerá sobre vuestra conciencia el peso de mi condenación! —maldijo con un estertor.

—Dios perdone vuestros pecados y los míos, hermano. Arrepentíos, ahora que podéis —dijo el fraile en un susurro—: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.*

—Todos hemos jurado lealtad a nuestros señores pero vos —balbució el fámulo con los dientes apretados—. Él... mi señor... el príncipe... Sois...

En ese momento, su cuerpo sufrió una convulsión y un terrible estremecimiento, y de pronto se relajó completamente. El fámulo se había desvanecido. Los copos de nieve cubrían lentamente el rostro vencido del hombre. Fray Genaro quiso pensar que se había arrepentido de sus pecados y que le encomendaba su espíritu al Creador, pero en el fondo sabía que a ese hombre lo invadía el odio y el rencor, y que ante las puertas de la muerte mantenía vivo el calor de la venganza.

Miró en derredor. Las montañas habían sido borradas por la intensa cortina de nieve, una silenciosa lluvia de hielo y desolación que racheaba todo el páramo. Poco a poco, la luz tenue y borrosa se introdujo inmisericorde entre los pliegues de las sombras y fue dibujando los contornos de las montañas, descubriendo bosques: manchas negruzcas que lentamente formaban hileras de árboles.

Zoshimo se incorporó al apreciar la luz del nuevo día. Había dormido poco y mal, como todos. El intenso frío no ayudaba en la empresa de conciliar el sueño en aquellas circunstancias tan peculiares. Observó el estado de las fogatas: los tizones arrojados a los lobos languidecían cerca del círculo de cenizas, casi todos apagados por la nieve, humeantes unos, fríos otros. Los carniceros cercaban el círculo con mirada expectante, las fauces abiertas, la cabeza baja y el lomo encorvado, como dispuestos al asalto final.

—¡Dios mío! —murmuró Zoshimo entredientes—. Jamás había visto tantos lobos juntos.

Sacó un paquete de flechas de una talega, tomó una saeta y, sin prisas, aprestó la ballesta; observó a los animales en busca de la primera pieza que se cobraría. Fray Genaro tenía cogido el cayado. Ató con unas tiras de cuero la espada corta que había salvado su vida y la del dominico en el señorío de Seros. Aprestó su honda con un grueso guijarro de varias puntas, que ató firmemente a la cazoleta. Supondría una terrible maza.

Fray Tomás había despertado también y se preparaba para lo peor. Se acercó al

fámulo y abrió su petate, sacó el legajo de las legaciones y lo metió en su mochila. Miró al fámulo durante unos instantes con gesto serio, luego le dio la espalda. La muchacha atendía al herido, que ofrecía una imagen deprimente. La pérdida continuada de sangre le había debilitado en extremo, y su rostro céreo y sus ojos profundos y vidriosos contrastaban con el color violáceo de sus labios, trémulos y agrietados, consumidos por la fiebre.

Todas las hogueras estaban a punto de apagarse y no quedaba ni una sola rama para alimentarlas. Fray Genaro se acercó nuevamente al hombre y le conminó una vez más a la confesión. El fámulo volvió el rostro hacia otro lado. Entonces el fraile le dijo al oído:

—Os juro que haré cuanto pueda por vos, hermano.

El doméstico se encogió de hombros y movió los labios en dirección al fraile. Fray Genaro repitió la fórmula de la absolución y lo bendijo varias veces. El alba, clarín esperanzador que removía afanes y hombres, se alzaba por detrás de las montañas como un augurio de muerte. El fámulo intentó acercar sus labios al oído del fraile, pero fray Genaro se separó de él.

—No, hermano, no quiero saber nada más. ¡Que Dios me perdone, al igual que a vos!

—¡Hermano! —exclamó el herido en un quejido, apretando los dientes con rabia—. El judío Isaías tenía razón. ¡Cuidaos de la maldición, hermano! ¡Os perseguirá a dondequiera que vayáis!

Fray Genaro se quedó petrificado. Miró de reajo al dominico y al guía que azuzaba a los lobos con su pértiga, protegiendo a la muchacha.

—¡¿Qué os dijo el judío?! ¿Qué sabéis vos?

—Sí, hermano, cuando lo sometimos a tormento habló por los codos. Juradme lo que os pid...

No pudo seguir; el dolor le hizo contraer el rostro en un rictus horrible, desesperanzado y aterrador. El fraile recordó los sufrimientos del pobre judío en la pira y se estremeció al ver el rostro del fámulo.

—Jurádmelo —insistió el fámulo con un hilo de voz.

Fray Genaro se volvió hacia fray Tomás y, con violencia y acritud, le dijo:

—Por el amor de Dios, mi señor, ¡tenemos que hacer algo! ¡No podemos dejarlo aquí!

Se levantó y trató de cargar con el hombre, mientras Zoshimo, con certeros flechazos, conseguía abrir cuña en el círculo de lobos. Un animal mordió los ropajes del fámulo. Fray Genaro ya no sentía miedo de las bestias, ni temía sus dentelladas: sabía que esas criaturas de Dios estaban allí para humillar su arrogancia por tratar de vencer a la naturaleza, para decirles que por muy príncipes, clérigos o fámulos que fuesen, tan solo eran unos hombres desesperados tratando de sobrevivir. Le asestó al animal un golpe con la vara en el lomo, pero este no soltó la presa. Luego alzó la vara con la daga y la clavó en el pecho del animal, que cayó como fulminado, con los

jirones del hábito en los dientes y el corazón partido en dos.

El lugareño comenzó a disparar su ballesta contra la línea de lobos cada vez más cercanos y gritó:

—Coged los leños que quedan encendidos, arrojádselos, dadles varazos en los lomos. ¡Vamos! Por el amor de Dios, ¡tenemos que salir de aquí!

—¡Imposible, estamos rodeados! —gritó fray Tomás con el miedo pintado en el rostro.

Fray Genaro levantó al fámulo lo suficiente para poder cargárselo a la espalda. La muchacha le ayudó. Si dar un paso sin carga resultaba una tarea agotadora, llevar el cuerpo de un hombre constituía un esfuerzo titánico. La muchacha se puso en cabeza de la patética comitiva, para sorpresa de todos. Avanzó hacia los lobos con resolución, mirando de frente al cabecilla que parecía cerrarles el paso. El animal comenzó a mostrarse nervioso. Con las patas tensas y el lomo crispado, se disponía a saltar en cualquier momento. Zoshimo se apresuró a colocarse con su vara ante ella, pero el frágil brazo de la muchacha se lo impidió. El brillo de sus ojos felinos se clavó en los de la bestia.

Tan solo fueron unos segundos, pero todo quedó en suspenso. Un instante mágico en el que el cabecilla miraba el cuello de la muchacha, dudando si arrojarle contra algo que le asustaba. El lobo dejó de gruñir, inclinó las orejas en señal de sumisión y se apartó del camino. La muchacha comenzó a caminar abriendo brecha entre el círculo salvaje.

Avanzaron. La carga del fámulo retrasaba a fray Genaro, que dejaba tras de sí un rastro de sangre.

—¡Por Dios, hermano, apuraos! —gritó Zoshimo blandiendo la ballesta sobre su cabeza.

La distancia entre ellos y el fraile empezaba a resultar peligrosa. Algún lobo rezagado empezó a mostrarle los dientes y, unas varas más adelante, otros dos mordieron la pierna y el brazo sanos del fámulo. Fray Genaro cayó al suelo y el guía lo ayudó a levantarse.

—Vamos, hermano —le gritó—; no podemos hacer nada por él, nos prestará un último servicio ayudándonos a escapar.

Fray Tomás, tremendamente asustado, se resguardó tras la muchacha, que miraba con fuego verde a las fieras. Fray Genaro estaba empapado de sudor y con los pies helados mientras mil escalofríos recorrían su espalda. Nada podía ser peor. El guía se volvió para ver la distancia que los separaba de fray Tomás y la muchacha.

—Hermano —dijo fray Genaro al guía—, haced algo por este pobre hombre.

El guía se inclinó sobre el fámulo y puso la ballesta en el pecho del desgraciado, con la punta de la flecha apuntando hacia su corazón. El fámulo volvió sus ojos hacia fray Genaro, una muda súplica ante lo inevitable, como si este pudiese hacer algo por él, agarrarlo el último instante de existencia. El sonido seco de la ballesta paralizó a fray Genaro un instante. Un leve gemido, un estertor y unos pasos, crujidos lúgubres

en la nieve y la mano firme de Zoshimo en su hombro lo impulsaron a volverse y seguir avanzando.

Las lágrimas se helaban sobre sus mejillas. Su sangre también se helaba al oír los salvajes gruñidos a su espalda, que temblaba convulsa. La marcha siguió lenta y silenciosa por la nieve. Ya no se trataba de una comitiva: eran unos pobres diablos que huían desesperados.

Fray Genaro, armado con la maza de su honda, descargaba toda su furia sobre los lomos de las bestias o sus cráneos. No había piedad. El temor a la muerte ya no le hacía temblar el pulso. Los golpes se sucedían metódicos y precisos, y descargaban todo el resuello que un hombre es capaz de imprimir a su brazo ejecutor. Las fieras caían con un gemido ronco y confuso. Gritos de muerte, gruñidos de terror.

Las cuatro figuras formaban una pina que se protegía a sí misma y que avanzaba con penosa lentitud. La muchacha encabezaba la marcha, sin manifestar emoción alguna ante la precaria situación del grupo. Ningún temor afloraba a sus ojos de jade. Su mirada de fuego verde ahuyentaba a las bestias; parecía dominar su vida y la de los hombres que la rodeaban.

Zoshimo, sin flechas en su carcaj, buscaba desesperadamente una cueva, o un árbol lo bastante alto para encaramarse y descansar. Sospechaba que si arreciaba la ventisca, no sobrevivirían. La desesperación empezó a dominar las almas de todos.

Al principio no se dieron cuenta de lo que sucedía. El ulular del viento, cada vez más fuerte, les impedía oír nada, pero el aire se llenó de unos silbidos familiares. Una lluvia de flechas arreció certera sobre los lobos y un ruido sordo y seco de cascos de caballo precedió a seis jinetes, cubiertos por pesadas armaduras, que galopaban hacia ellos por una cresta de la campiña.

Pronto la jauría comenzó la huida. Los venablos silbaban entre ellos dejando animales muertos por todo el páramo.

—¡Dios misericordioso! —exclamó fray Tomás—. ¡Gracias, Señor! Sabía que no abandonarías a tus siervos.

Fray Genaro se plegó a la oscuridad.

CAPÍTULO 12

El señorío de Amej

1

La escasa luz del cielo penetraba por el ventanuco e iluminaba la estancia con rojos de fuego crepuscular. Una candelaria de aceite espantaba las sombras y las hacía huir a los rincones.

Pasó un buen rato hasta que sus ojos se abrieron a la luz argentina de la celda. A los pies del lecho, una figura menuda y frágil, con la cabeza tocada por un chador, recitaba una salmodia ininteligible. Le trajo a la memoria el incesante clamor de las aves en los atardeceres de su monasterio, cuando se cobijaban en las altas acacias y se arrebujaban en las bocatejas de los aleros.

La muchacha se inclinaba hacia delante y hacia atrás en un movimiento suave y continuo, con las palmas de las manos mirando hacia arriba y un extraño rosario colgado de ellas. De vez en cuando se llevaba ambas palmas a la frente, en una especie de genuflexión, y volvía a comenzar el ciclo. Fray Genaro intentó decirle algo, pero su garganta se negó en redondo. Una tenaza ardiente le impedía emitir tan siquiera el más leve gemido.

La figura a sus pies se volvió de repente a mirarle. Aquellos ojos, misteriosos y enigmáticos, verdes y profundos, destacaban en su rostro; era como si la luz se desvaneciera a su alrededor ensombreciéndolo todo.

Casi no se dio cuenta cuando la muchacha salió. Se abandonó al sopor.

La figura de fray Tomás apareció en la puerta. Vio su cara redonda, con aquella beatífica sonrisa que ante la menor contrariedad se transformaba en una mueca dura y terrible. Llevaba la cabeza rapada hasta la nuca y una enorme tonsura ocupaba toda la tapa del cráneo. El hábito que llevaba no era el mismo que usaba durante el viaje. El dominico se acercó a su lado y, con unos amistosos golpecitos en el pecho y una amplia sonrisa, le dijo:

—Agradecemos al Altísimo el milagro hecho con nosotros, hermano. Dad gracias a la infinita bondad del señor de Aruej y a nuestro guía, que supo salvar nuestras vidas del frío y los lobos.

A los entendimientos del fraile acudieron en tropel todas las imágenes vividas. Recordó la pradera, la huida de Jacca, el círculo de lobos que devoraban al fámulo. ¡Estaba a salvo! A cubierto y tras unos gruesos muros de piedra. El dominico le tocó la frente con las yemas de los dedos y comprobó que todavía tenía calentura.

—Mi señor, quisiera que me oyeráis en confesión —le pidió fray Genaro—. Tengo una congoja que me oprime el pecho.

El dominico se acercó al lecho y se inclinó hacia él.

—Os escucho, hermano.

Fray Genaro le explicó su lance con el fámulo y su petición de mandar un mensaje a Jacca. Le habló de sus sentimientos de culpa y de su impotencia ante semejante demanda, pero calló su sospecha de que el fámulo le había robado el manuscrito de su maestro.

El dominico le escuchó con gesto grave y, tras bendecirle, le dijo:

—Hermano, los designios del Señor son a veces demasiado complejos para nosotros. Si yo estuviera en vuestro lugar dejaría que Dios pusiese orden en la mente y la conciencia de cada cual. En este momento, lo que debéis hacer es descansar. Os veré después. Tiempo tendréis de pensar en lo sucedido.

Fray Genaro no se sintió aliviado con la escueta alocución del dominico. Un dolor sordo pareció oprimir su pecho y rezó mentalmente una oración por el desgraciado que había quedado a merced de la jauría. Volvió a adormecerse hasta que el sonido de un roce de telas denunció la presencia de la muchacha, que le observaba produciéndole una extraña sensación que le evadió de sus recuerdos. La chica se le acercó y con las manos le secó el sudor de la frente con la misma suavidad que las plumas de un ave.

Fray Genaro deseaba con todas sus fuerzas que aquellos dulces momentos no acabaran nunca. Quería sumergirse en la espiral voluptuosa que nunca había experimentado, cuando las caricias se mezclan con extrañas y enigmáticas sensaciones, ocultas en el interior de los hombres. En aquel momento fray Genaro se sentía hombre y la muchacha parecía una mujer. Cuando sus ojos profundos lo miraban con esos destellos verdes, Genaro, el hombre, tenía la sensación de que por una fracción de segundo el sol y las estrellas, el tiempo y la vida se detenían, paralizando su alma y el pensamiento. Luego, cuando apartaba la mirada, fray Genaro sentía que aquellos instantes valían por varias vidas.

Poco a poco sus fuerzas volvieron a sus miembros y los recuerdos funestos se fueron adormeciendo. Esperaba que fray Tomás hubiera tomado precauciones por si el obispo de Jacca se decidía a perseguirles.

Fray Tomás lo avisó de que habían sido invitados por el señor de Aruej a compartir su comida y celebrar su restablecimiento. Se sentaron en torno a un hogar redondo de ladrillo árabe cocido, en cadieras de respaldo alto, rodeados de la guardia personal y los consejeros del señor.

—¿Cuándo quedará expedito el camino al Summo Portu? —preguntó de repente fray Tomás sin dejar de mirar al fuego.

—Pronto, venerable padre —respondió el señor de Aruej como salido de una ensoñación—, espero que en unos cuantos días. Pero todavía no nos habéis explicado el motivo de vuestro arriesgado viaje, páter.

—La misión que nos trae a estas tierras debería bastar para que todo el mundo ponga el máximo celo en darnos cobijo —respondió secamente el fraile.

El señor quedó de momento un poco molesto, mirando al fraile y a sus hombres. Muy insolente le parecía el frailecillo, retando así a su salvador.

—Parece que olvidáis que os encontráis aquí gracias a nuestro señor de Aruej, que envió fuerzas a salvaros —terció uno de los caballeros—. En estos parajes, os podremos parecer toscos e ignorantes, y desconocemos los protocolos monacales, pero podíais mostrar un poco de amabilidad con vuestro salvador.

—Se os pagará con largueza —cortó fray Tomás—. El servicio lo hacéis a la Santa Madre Iglesia.

Los hombres cabecearon con una media sonrisa de incredulidad, mientras escanciaban vino en unas copas de metal.

—La Iglesia, como vos decís, solo espera que llevemos sus diezmos a la diócesis —contestó otro con sorna.

—¡Sois un insolente! —exclamó el dominico—. Seréis castigados por vuestra arrogancia.

—Mi señor, ¡calmaos!, os lo suplico —susurró fray Genaro; luego, dirigiéndose al señor de Aruej, añadió—: Podemos mostraros una dispensa real de puño y letra de Su Majestad, en la que os ruega asistirnos, por deseo de Fernando...

—¡Sí, sí! Ya he visto antes dispensas de esas —interrumpió el señor cambiando bruscamente el tono de su voz, como si no quisiera oír más de toda aquella palabrería de palacio—. Está bien, espero se me tenga en cuenta en cuanto lleguéis a vuestro destino.

—Se os tendrá, mi señor, os lo aseguro —respondió con un velo de aburrimiento fray Tomás.

Fray Genaro, en un intento de desviar la tensión, preguntó:

—Decidme, mi señor, ¿qué me podéis decir del Summo Portu de Aspa?

—El paso es penosísimo. —El hombre, antes de hablar, hizo desaparecer de un trago una jámila de vino—. Desde aquí a la raya de la Jacetania solo hay tres puntos habitados: Campus Francus, el portazgo y, finalmente, el hospital de Santa Cristina, en lo alto del páramo, junto al castillo de Candalyub, que marca el límite con Francia. En esta época resulta muy peligroso y además está cerrado. La nieve se acumula de tal manera en el camino que resulta imposible pasar. Todos los hombres están trabajando duro para abrirlo, pero tardarán varios días. Os llevará varias semanas llegar a Urdós, que es la primera población del territorio del Bearn.

»No será fácil escoger la mejor ruta. Sí subís a Campus, la foz del Aragón es muy traicionera; los desfiladeros sobre el río se convierten en un camino resbaladizo. El último mes del otoño, el río se llevó el puente, aunque conseguimos poner un tronco y una maroma que sirven de algo. Si cruzáis la Pirena por Aragüés, tendréis que esperar en el portazgo al deshielo. Allí el camino sí que está cerrado y es imposible el paso.

—¿Y no hay otro medio de llegar a Campus? —preguntó el dominico con aire distraído.

—¡No! No lo hay. Ningún ser humano se atrevería a cruzar el paso con estos fríos y ventiscas.

—Sí, sí, comprendo perfectamente —respondió el fraile—. Veo, hermano, que tenéis un grave problema.

—¿Un grave problema? ¡¿Quién, yo?!

—Sí, vos, mi querido señor de Aruej —respondió fray Tomás con suavidad—.

Convenced a vuestros vasallos para que nos escolten al paso.

—Estáis loco. No pondré en peligro de nuevo la vida de ninguno de mis hombres, y no podréis llegar a Campus Francus con este tiempo. Deberéis esperar a que se abra el paso, queráis o no.

—¡Obedeceréis la orden real o...!

Todos miraban asombrados a aquel frailecillo que se expresaba con tal osadía. El señor de Aruej abría y cerraba los puños, conteniendo la rabia sorda que afloraba en su rostro. Fray Genaro se acercó a su príncipe y, tomándole del brazo, lo instó a levantarse del banco, al tiempo que se dirigía al señor con breves inclinaciones y zalamerías.

—¡Mi señor de Aruej! Os agradecemos vuestra hospitalidad y esmerados cuidados. Sin duda reconoceréis que los desnudos sufridos en el prado han nublado temporalmente los sentidos de mi señor. Os ruego lo disculpéis. Esperaremos el tiempo que sea necesario abusando de vuestra hospitalidad, que sin ninguna duda será largamente recompensada.

Una vez fuera, fray Genaro empujó con fuerza y violencia al dominico.

—Pero ¿qué hacéis, hermano? ¿Estáis loco? —protestó fray Tomás—. ¡Dejadme en paz, os digo que me soltéis! ¡Me estáis haciendo daño! Pero ¿no comprendéis los agravios de este botarate a la Iglesia y a sus fieles representantes, al negarse a obedecer?

—¡Lo único que comprendo —gritó más fuerte fray Genaro—, es que de no haber sido por esta gente ahora estaríamos muertos en el páramo!

—¡Dios Nuestro Señor los envió para salvarnos! Estamos aquí para salvaguardar su obra y velar por las almas de estos desdichados.

—¿Sí? ¿Y quién nos va a ayudar ahora, mi señor? ¿Los bienes celestiales?

—¿Os burláis de mí? Sois un insolente.

—Por el amor de Dios, mi señor, ¿no os dais cuenta de la situación? Estáis a punto de mandar al diablo todos nuestros esfuerzos, ¡todo se perderá para siempre! Y solo os preocupa garantizaros la obediencia y pleitesía de este mísero ser. Deberíamos tener a nuestro anfitrión a favor, no enfrente.

—Ese majadero es incapaz de nada —replicó fray Tomás.

—¡Ese majadero no consiguió la prebenda del señorío solo por sus cualidades con las armas! Solo un intrigante o alguien muy influyente podría mantener semejante predio. Es un hombre un poco tosco, quizá no demasiado inteligente, pero sus hombres son de cuidado, fríos y calculadores, y no dudarían en rajarse como a un cerdo al señor de Aruej, a nosotros y al mismísimo obispo para conseguir un beneficio. Tengo un mal presentimiento en estas tierras. Con esta actitud vuestra, solo conseguís que el señor de Aruej recele de nosotros. Deberíais ofrecerle una disculpa.

—Jamás pediré disculpas a ese necio.

—Pues no veo forma de proseguir nuestro viaje sin su ayuda —contestó el fraile en tono impaciente, al tiempo que entraban en la casa que les habían destinado.

—Obedeceréis mis órdenes, tal y como se os encomendó en su día. Esperaremos un momento mejor; confiemos en que este señor nos proporcione escolta hasta Campus Francus. Si de algo se enorgullece la orden de predicadores, es de no olvidar jamás. Le ofreceré un cargo que despertará su codicia.

—Está bien, quizá tengáis razón. No debemos dejarnos llevar por la desesperanza o los malos presentimientos. Confiemos en la voluntad del Señor.

Un rayo tibio que se colaba por la ventana del cuarto acarició con dulzura su rostro. La luz del nuevo día obligaba a las sombras a escabullirse raudas bajo las camas.

Fray Genaro escuchó la espadaña de la ermita, que doblaba con un repiqueteo alegre y jubiloso. Aquellos tañidos pusieron a revolotear a centenares de cuervos como guirnaldas lúgubres contra el azul rabioso del cielo. A lo lejos comenzó a percibirse una muchedumbre ruidosa y vocinglera, que poco a poco se acercaba al señorío. Gañanes, mozos, sirvientes, labradores, camineros y ganaderos, venidos de todas las partes del valle, acudían a la llamada de la campana, y se concentraron en la puerta de un gran cobertizo de madera.

Sobre su cubierta, pieles y lajas de piedra protegían de la lluvia y las nieves. Todos los materiales de desecho recogidos en los alrededores servían de parapeto en los costados contra el agua o la nieve. La gente se acercaba a través de los canales naturales abiertos sobre la nieve como sendas. Todas aquellas construcciones, que se erguían a la derecha del río, provistas de una fuerte empalizada, se sujetaban con montones de tierra y piedras que formaban un muro de contención. Allí vivía una población de penitenciados forzados a trabajar.

Una construcción de piedra más vieja que el resto hacía las veces de hospital. Dos hermanos de la orden de Santa Cristina atendían a los heridos del señorío y los desfallecidos caminantes, reducidos a cero a causa del frío. Más de veinte cobertizos se extendían por los recodos y prados que el río había cedido con los años; capaces de albergar a más de cien bestias cada una, componían la riqueza del señorío. El comercio de ganado equino o vacuno, además de los peajes, era la principal fuente de riqueza del predio. Las prebendas otorgadas por la Corona o el clero fortalecían la defensa del paso al Summo Portu, el mantenimiento del castillo de Candalyub o la vigilancia en Campus Francus. Todo dependía del señorío.

Fray Genaro se mezcló con las gentes y tomó su ración de alimento en una escudilla que le proporcionó una de las mujeres. Unos metros más allá, en la esquina de una mesa, un grupo de hombres comía y hablaba en voz baja para preservar la intimidad de la conversación.

—¿Tres y una chica? —cuchicheaba uno sentado en un taburete en un rincón, convencido de que nadie extraño lo oía—. Es muy peligroso. ¿Lo sabe el señor?

Los hombres, al ver que el fraile se acercaba, cerraron filas y se mantuvieron en silencio. Fray Genaro supuso que el recelo era algo natural para esas personas poco acostumbradas a recibir visitantes.

Terminó su colación y salió al exterior. Tuvo la impresión de que los fríos sufridos en el páramo pertenecían a un recuerdo lejano. El calor animal del cobertizo y la reconfortante sopa obraban milagros en los espíritus. El cielo azul acero, limpio y claro, traía en sus brisas un aroma característico, eléctrico, preludio de fuertes tormentas. La ermita se mantenía erguida sobre sus trescientos años. El interior se

encontraba vacío. Un numeroso grupo de vacas, que pastaban cansinas conducidas por un pastor, le obligó a desviarse. Un ruido de pestillos y cerrojos y voces atenuadas precedió la salida de tres soldados del portón, que cerraron con fuerza antes de encaminarse a uno de los cobertizos.

—¡Fray Genaro! ¡Fray Genaro! Por Dios, escuchadme.

Una voz rota llegó hasta él, que alzó el rostro hacia una ventana: la cabeza de fray Tomás y su mano crispada imploraban ayuda detrás de unos barrotes. ¿Qué había sucedido para que encarcelaran al dominico? ¿Tal vez el señor había decidido vengarse de la afrenta?

—¡Por Dios bendito, hermano! ¡Sacadme de aquí!

El fraile, azorado en una lucha desigual con la falleba de hierro que cerraba el portón, intentaba inútilmente abrir con sus manos la pesada puerta. Una mano le agarró del hombro con fuerza y, antes de que fray Genaro pudiera reaccionar, otro brazo rodeó su cuello, asfixiándole.

Sintió que iba a morir allí mismo; el aire no entraba en sus pulmones. Su mala estrella no iba a acabar nunca. Un hombre sin uniforme de soldado acudió corriendo, manipuló la puerta con una gruesa llave y esta mostró su seno oscuro y húmedo. ¡Eran los mismos hombres que se conjuraban en la nave donde había comido! Ahora lo comprendía todo: ¡los hombres del obispo los habían alcanzado y quizá les dieran muerte o los llevaran de vuelta a Jacca!

El fraile fue empujado violentamente al interior de la casa y después lo llevaron a una celda. Lo arrojaron al suelo, donde cayó a trompicones y se golpeó la cabeza. Fray Genaro se concentró en recuperar la respiración. Entre toses, se debatía a un milímetro de la inconsciencia. Poco a poco, regresó del oscuro y profundo pozo al cual parecía haber caído.

Pese a la escasa luz del ventano, apreció los contornos de su celda. De forma cuadrada y diminuta, solo tenía en una de sus paredes unas cadenas fuertemente sujetas a esta, con argollas en los extremos. Ni un mueble, ni cama ni asiento adornaban el recinto. Uno de los rincones olía tan fuerte que cortaba la respiración. Las sombras de la noche calaron en el ánimo del fraile y ensombrecieron su espíritu y su alma. Fray Tomás, el guía y la muchacha quedaban a expensas de aquellos miserables. ¿Qué harían ahora? Recordaba las palabras del dominico cuando clamaba a voz en cuello que Dios guiaría sus pasos. Se preguntaba qué penalidades y sufrimientos les tenía reservados.

El tiempo pasaba lentamente, aumentando la desesperación del fraile. Se abandonó a su suerte. Se veía incapaz de sortear el peligro que se cernía sobre ellos. Habían llegado al final del camino, al final de sus vidas.

Le invadió una especie de rabia contra la figura de fray Tomás. ¿Por qué le había salvado tantas veces la vida si en realidad aquel hombre solo se preocupaba por preservar férreamente una fe en la que tal vez él ya no creía? La figura de su maestro apareció en su mente y con gesto severo le recriminaba: «No busques en terceros el

origen de tus fracasos. Dios pone ante nosotros mil caminos y la libertad de tomarlos. Solo nosotros somos los responsables de nuestros actos».

«¡Exactamente las mismas palabras del viejo árabe!», pensó fray Genaro.

CAPÍTULO 13

La cueva de la Guíxas

1

Fray Genaro estaba sumido en un duermevela y no acababa de entender qué era lo que le había sacado de su letargo. Trataba de apaciguar su espíritu y aquel alocado palpito de miedo e impotencia que lo atenazaba. Acurrucado en el suelo, inmóvil con los brazos sobre las rodillas, sin pestañear siquiera, el silencio pesado y abrumador le impedía pensar. Se sentía perdido, incapaz de reaccionar ante esta nueva adversidad. En la ciudad, cuando lo apresaron para ahorcarlo, fray Tomás lo había salvado del mismo patíbulo. ¿Quién lo salvaría ahora?

Estuvo largo rato escuchando el furioso estruendo que el silencio producía en sus oídos. Ninguno de los rumores del bosque conseguía atravesar aquellos muros de piedra, y él estaba acostumbrado a percibir el susurro del viento entre los árboles o los cantos de las alimañas que en la distancia llamaban al cortejo. Sin embargo, estaba convencido de que algo entre aquel abrumador silencio se dejaba oír. Algo tenue y leve que permanecía en el aire como flotando. Una especie de tensión, como la vibración que sigue al aldabonazo de la campana.

De repente, un ruido más metálico y definido que provenía del otro lado de la puerta sobresaltó al fraile. Contuvo la respiración. ¡Ya estaban allí! ¡Había llegado su hora! Estaba seguro de que los secuaces del obispo o de los montesinos iban a acabar con ellos allí mismo, sin darles tiempo siquiera a poner en orden sus asuntos con Dios. La falleba cayó con un golpe seco. Fray Genaro se encomendó a los cielos cuando sintió que algo empujaba desde fuera el portón, que se entreabrió con un lento y lúgubre gemido.

Fray Genaro quedó inmóvil, a la espera, pero nada sucedió. Tan solo se oían unos roces lejanos de alguien que trabajaba en silencio. Tanteó el suelo y se acercó a la puerta con el corazón saltando alocado en su pecho. Forzando los ojos pudo apreciar una figura menuda y rápida que se alejaba de la puerta. El fraile se precipitó hacia delante, venciendo su miedo. Cuando alcanzó el corredor vio iluminada por un ventanillo lateral una persona que doblaba apresurada una esquina. Tanteó las paredes mientras avanzaba con precaución hacia el fondo del pasillo, a la espera de que algún guardia apareciera y lo ahogase. Divisó en aquella tenue e ingrátida fosforescencia la figura menuda y frágil que huía y se arrojó hacia ella. El sonido sofocado que salió de su cuerpo solo podía pertenecer a fray Tomás.

—¡Por Dios, fray Genaro, me habéis dado un susto de muerte!

—¡Fray Tomás! ¡Alabado sea el cielo! ¿Qué está pasando? ¿Habéis abierto vos mi puerta? ¿Cómo es que nos han liberado, y quién?

—¡Chist! ¡Callad!

Permanecieron unos instantes alerta y expectantes, con los oídos aguzados. Sintieron como si se hubiera abierto una ventana y un aire fresco y húmedo llegó

hasta ellos: una brisa tenue y desmayada que les trajo un dulce aroma a flores. Fray Genaro lo reconoció al instante; cogió a fray Tomás por un brazo y lo empujó con suavidad hacia el lugar de donde provenía aquel leve aroma.

Bajaron en silencio y apresuradamente las escaleras. El viento helado les azotó el rostro y la bóveda celeste se abrió sobre sus cabezas, deslumbrante. Las estrellas relumbraban en lo alto mostrando con su luz el florido encaje parpadeante y eterno. Un lejano ronquido les alertó de la presencia de los soldados en el fortín de arqueros.

Zoshimo apareció ante ellos, dándoles un susto de muerte. Tras él, la muchacha, silenciosa, los miraba en la oscuridad. Junto a la puerta vieron los pies de un soldado en el suelo. Apenas podían distinguir sus rostros, pero sí los movimientos lentos y pausados del hombre.

—¡Por el amor de Dios!, ¿de dónde salís? ¿Qué pretendéis? ¿Cómo sabíais...? — preguntó en voz baja pero apremiante fray Tomás, recuperado de la impresión de ver aparecer ante él aquella sombra.

Nadie respondió a su pregunta. La muchacha inició una rápida marcha hacia el exterior del señorío y los demás no tuvieron más opción que seguirla. Tomaron los petates y las varas y se dispusieron a caminar mirando con recelo a todos los lados. Fray Genaro siguió al grupo con sentimientos confusos. ¡La muchacha los había sacado del calabozo! ¿Cómo lo había conseguido? ¿O había sido Zoshimo?

Sin volver la cabeza, la muchacha caminaba deprisa y segura entre las casas; parecía saber adonde ir. Nadie se cruzó en su camino ni reparó en ellos hasta que se acercaron al extremo de la población. Les quedaba un extenso prado hasta la linde del camino que discurría paralelo al río.

La puerta abierta de un almacén dejaba pasar la luz y desde el interior se escuchaba la voz del centinela. Justo cuando la comitiva iba a pasar por delante un ruido distrajo al grupo y pudieron pasar sin ser vistos. A fray Genaro le maravillaban estas coincidencias. Salían del señorío ante las mismas narices de los guardias y nadie se percataba de ello. Tuvo la misma sensación de maravillada impotencia que en el páramo, cuando los lobos se negaban a saltar sobre la chica. Fray Tomás parecía haberse sometido a la voluntad de la muchacha, y seguía sus pasos como un corderito.

Dejaron atrás la linde con los cobertizos y la iglesia y se encaminaron hacia el Mont d'Or, la primera empalizada del paso. El río, bravo y tumultuoso, rugía con fiereza en su constante entrechocar con las piedras de su lecho. Habían llegado de nuevo al «camino a Santiago», una senda oscura, definida nítidamente sobre el blanco manto de la nieve. La larga línea provenía de la boca del valle y discurría lenta y sinuosa por el lado opuesto del río. Un enorme portón, en la parte más al norte del río, cerraba el paso al San Porto.

La muchacha se agazapó en la sombra de un arbusto de boj de gran tamaño y observó detenidamente el campo. Desde los cobertizos llegaban los suaves ronroneos de los animales. Localizó la dirección del viento, que soplaba del sudoeste. Describió

una elipse en dirección al sur y se acercó peligrosamente a los cobertizos. Fray Genaro temió que alguno de los hombres los viera, pero cuando la muchacha llegó a la senda que parecía dividir el valle, se detuvo y comenzó a andar hacia atrás.

Fray Genaro y fray Tomás se detuvieron, boquiabiertos, mientras miraban las evoluciones de la muchacha. Sin embargo, no tardaron en comprender su estrategia y siguieron su ejemplo.

—Demonio de cría —musitó el viejo sin levantar la voz—. De esta manera pensarán que vamos hacia Jacca. Parece lista la chica, pero ¿hasta dónde nos llevará así?

Las nubes, las sombras y los ruidos del entorno se confabulaban para enmascarar los movimientos a campo abierto del grupo. Finalmente llegaron al puente que dividía el predio y cruzaron el río.

Encontraron un camino que conducía a unos pastos cercados por la ladera casi vertical del Mont d'Or, muy pisada por las pezuñas de cientos de caballerías que subían y bajaban libremente durante el día. La muchacha insistió en seguir caminando de espaldas. Una alargada y poco prominente colina, en la margen derecha del río, llamó poderosamente su atención. El valle, poco angosto y bastante abierto en aquella zona, con la mole del Mont d'Or encima, indicaba el comienzo de la foz.

La muchacha dio un salto formidable apoyándose en la vara a modo de «garrocha» y se colocó en una alta roca al lado del camino. La nieve de encima se había licuado y desaparecido. Se volvió para mirar a los frailes y les hizo una seña para que la siguieran. Después desapareció de la vista con otro salto que dio por encima de un boj.

Los dos frailes se quedaron inmóviles, mirando la roca. Todo permanecía silencioso y oscuro. Fray Genaro estudió la situación y saltó instintivamente a la misma roca que la muchacha. No había rastro de ella, ni una huella ni un roce en la nieve que rodeaba las rocas y el camino. En una piedra más lejana vio una gran mata de boj extremadamente espesa, que parecía salir de debajo de la peña. Allí no había nieve. Observó alrededor de la roca y no vio nada. Miró a fray Tomás, que lo observaba desde la senda junto a Zoshimo, quien sostenía con un brazo los petates y con el otro el cayado. Se agachó sobre la mata de boj, aguzó el oído y creyó apreciar un rumor sordo y lejano, como la respiración de una enorme bestia que durmiera allá abajo, en las profundidades de la tierra.

—Vamos, fray Tomás. Esa muchacha de todos los diablos ha debido de bajar a alguna oquedad bajo el suelo, o quizá al mismísimo infierno. Tal vez Dios espera de nosotros que hagamos lo mismo.

Cuando estuvieron todos sobre la roca volvieron a mirar la sombra oscura del enorme arbusto de boj, indecisos y temerosos. Fray Genaro vio a lo lejos a tres hombres que comenzaban a caminar hacia el norte en dirección a ellos. No tardarían en descubrirlos. Hacía falta un punto de decisión en ese momento y, sin pensárselo

dos veces, dio un fuerte empujón al guía que permanecía de pie, haciéndole perder el equilibrio. El cuerpo del hombre chocó contra las ramas superiores del arbusto y se oyó un sordo estrépito de ramas quebradas antes de ser engullido por el oscuro e informe monstruo vegetal.

Fray Genaro tampoco tuvo ocasión de reaccionar: dos manos en su espalda le propinaron un empujón que lo lanzó al vacío. Sintió que las ramas, que primero amortiguaron su caída, cedían bajo su peso, permitiendo que se deslizara hasta el suelo. Su espalda chocó contra un plano inclinado de tierra blanda y musgosa.

La oscuridad era absoluta, pero un estruendo terrible lo aturdía. No sabía dónde se encontraba, ni qué era lo que producía aquel endemoniado fragor, tan solo acertó a reconocer el cuerpo de Zoshimo a su lado, inmóvil. De repente sintió un blando golpe en el costado: el cuerpo de fray Tomás había llegado hasta él. Reaccionó al sentirse acompañado. Ayudó al viejo a ponerse en pie y trató de que este afianzase los pies en las pulidas rocas que pisaban. A tan solo unos metros, miles, millones de toneladas de agua y espuma saltaban de roca en roca con furia desatada. El río subterráneo proveniente de los deshielos de la Colla Dorada se despeñaba brutalmente por el subsuelo en un lecho horadado en la roca viva.

Fray Genaro no se atrevía ni a dar un paso. Sintió una leve presión en el brazo izquierdo y unos suaves tirones, y tanteó hasta que encontró la cálida mano de la muchacha. El fraile sintió que ella no retiraba la suya y su corazón volvió a acelerarse. Sin pensarlo siquiera, movido por un impulso irrefrenable, acercó aquellas cálidas manos a sus labios y depositó un leve beso en ellas. Luego, con suave firmeza, aquellas gráciles manos tiraron de él.

Se dejó llevar, cogió del brazo a fray Tomás, que no parecía haber salido muy bien parado de su caída en la cueva, y tiró de él. Fray Genaro se maldijo por aquella infantil debilidad. Se sentía embrujado por los ojos de aquella hembra. Temía que aquella disipación cambiara su vida y la de todos ellos. A su mente vinieron los terribles consejos de novicio, como una impronta inalienable, sobre los peligros de la lujuria.

Las piedras que pisaban estaban muy resbaladizas; sin embargo, la muchacha conocía el camino. Caminaron un largo trecho, trastabillando en las rocas. La gruta rezumaba agua por todas partes, pero la temperatura interior era bonancible. Fray Genaro se sobresaltó al apreciar, arriba de todo, sobre su cabeza, el halo convexo de una luz que lánguidamente se desvanecía. Inútil gritar, inútil tratar de preguntar a los demás o a la muchacha la naturaleza de aquella misteriosa luminaria. Tuvo conciencia de que quizá se encontraban en una cueva enorme de altas y larguísimas bóvedas.

Después de una interminable y agotadora marcha llegaron a un punto en que no podían continuar avanzando: una pared formidable y casi vertical se alzaba ante ellos. Unos minutos después sintió que la muchacha ponía entre sus manos una gruesa cuerda. Zoshimo fue el primero en empezar la escalada. Fray Genaro le imitó y

comenzó a subir por la roca. Unas veinte varas subieron de aquella forma, escalando, hasta que por fin hicieron pie horizontal y se fueron derrumbando en el suelo, exhaustos por el esfuerzo.

Fray Genaro ya podía apreciar las siluetas de sus compañeros, a los que envolvía una negra luminiscencia. Las cuevas estaban vacías; no había ni rastro de seres humanos, sin embargo se olía y oía el crepitar de un fuego alegre y reconfortante en medio de una bóveda más grande, cuyo techo resplandecía con los colores de las llamas. Se acercaron a una gran hoguera y se calentaron manos y pies.

El magnífico enrejado de estalactitas y estalagmitas formaba caprichosas formas, que a los frailes les parecían monstruosas criaturas infernales que les observaban agazapadas en las paredes y rincones del techo. La acción del agua en la roca había cincelado con primor horribles máscaras y monstruosos cuerpos retorcidos que pendían del techo y de las paredes. El bramar del agua se había convertido en un rumor ronco y lejano. Los innumerables túneles y salas naturales despedazaban el fragor en fragmentos que se distribuían en los millares de grutas abiertas en la cueva.

La muchacha se inclinó sobre la hoguera, tomó un tizón encendido y se acercó lentamente a una zona en que la bóveda conectaba con otra, completamente oscura. Levantó el tizón a la altura de su cara y empezó a realizar movimientos rápidos con el brazo en el aire. La brasa de su mano, alimentada por el movimiento, trazó una estela de fuego en la oscuridad. La muchacha la movió con más rapidez y el efecto óptico se completó con un círculo de fuego. Luego la chica movió el tizón hacia arriba y hacia abajo, a ambos lados y por último empezó a describir formas caprichosas, que por su reiteración formaban signos y formas inconstantes: anillos, ochos y culebrinas que se mantenían suspendidos delante de ella.

—¡Mucho has tardado, Malhaya!

La voz, ronca y poderosa, rota y destemplada, asustó a los frailes, absortos como estaban mirando las líneas de fuego que trizaban el aire. Como si hubiese estado esperando aquella manifestación, la muchacha dejó de mover los brazos y se acercó a la lumbre. El rostro horrendo de una vieja de piel renegrada con el pelo enmarañado y blanco emergió de la oscuridad, abandonó lentamente la protección oscura y se situó en el anillo luminoso. Su pequeña estatura se acentuaba con el encorvamiento de su espalda, y sus andares lentos y renqueantes le conferían un aspecto frágil y quebradizo. Miraba a los frailes con curiosidad, cubierta con una espesa piel de oso.

Fray Genaro se mantenía tenso a la espera de que la vieja concluyera su inspección. Podía sentir la fetidez que emanaba de ella como un lamento hediondo y velado. Sin embargo, no olía a la podredumbre propia de las viejas, sino a una amalgama de pestilencias que le recordaba los tufos ácidos y nauseabundos del herbolario de Jacca.

—Tú, Mal-haya, siéntale aquí conmigo —ordenó la anciana dirigiéndose a la chica, y señalando una oquedad natural en la roca.

—Sí, Madre —respondió esta sin alzar la vista.

Los dos frailes miraron a la chica con asombro. Era la primera vez que pronunciaba una palabra.

Fue a sentarse junto a la vieja y tomó su huesuda mano. La mujer de horrenda apariencia alzó su rostro para mirar a la chica y sus ojos se dulcificaron. Desapareció el enjambre de arrugas de su rostro y su huesuda mano, ahora cálida y suave, acarició la mejilla de Malhaya.

2

Fray Tomás se mantenía sentado cerca del fuego y, con los ojos cerrados, rezaba entre dientes una larga e interminable oración. No pudo mantenerse allí por mucho tiempo: un grupo de sombras se separó de la oscuridad y le acercó a empujones y bastonazos hacia donde se había sentado la muchacha.

Cuando los ojos se acostumbraron a la penumbra, las sombras se transformaron en viejas. Una atendía el rebullir de una marmita que lanzaba vapores reconfortantes mientras otra colocaba pieles y tapices por el suelo de la cueva, alrededor de la hoguera. Dos más preparaban, junto a una de las paredes, otra marmita que esparcía un olor peculiar por el ambiente. Sacaron de unos bultos queso, pan negro, tasajo y embutidos. Invitaron a los frailes a comer y estos no supieron resistirse.

El lenguaje empleado por las viejas resultaba completamente ininteligible para los frailes. Quizá era algún dialecto de las montañas, aunque fray Tomás pensaba que se trataba de una jerigonza infernal.

—Son oraciones a Belcebú —cuchicheó fray Tomás al oído de su compañero—. Esta maldita aprendiz de bruja nos ha traído al mismísimo infierno para cebarnos y hartarnos de comida, y luego devorarnos a todos.

Fray Genaro, ocultando una media sonrisa, hizo un gesto al dominico para que se callase. Temía que empeorara las cosas. Desde que habían entrado en las profundidades de la tierra se había sentido a salvo de sus captores. La estrategia de Malhaya había dado buenos resultados.

Una figura menuda y grácil, una muchacha de unos diez o doce años, salió de la oscuridad. Traía en sus bracitos una tela roja y unos cojines de terciopelo. La muchacha se acercó a la vieja del trono de piel y colocó la tela sobre sus rodillas. Luego tomó los almohadones y los colocó en su espalda con amor de nieta. La vieja la retiró de su lado moviendo su cayado de un modo expeditivo; se acercó a la muchacha, pero también fue despedida de allí bajo la amenaza de un bastonazo, lanzado por la vieja matrona, y luego se dirigió a fray Genaro.

Una larga melena rubia ocultaba su rostro. Sus manitas blancas y menudas inspiraban piedad y una ternura angelical. Sus inseguras piernas, frágiles y delgadas, sostenían un cuerpo famélico, envuelto en un vestido de épocas muy remotas. Fray Genaro no salía de su asombro al ver a aquella muchacha, tan pequeña y débil, en aquel antro de viejas decrépitas. Temía que se tratase de una muchacha secuestrada para realizar algún sacrificio de sangre. Cuando se retiró los bucles con las manos, fray Genaro no pudo reprimir una exclamación de espanto. Se sobresaltó al ver en aquel cuerpecito de muchacha el rostro de una mujer vieja y arrugada que lo miraba con intensidad desde sus ojos vidriosos. La criatura se alejó con un grito y fray Tomás casi vomita de la impresión.

Otra sombra en la penumbra se puso en movimiento acercándose a la vieja de la piel de oso. Era un hombre informe, encorvado por una enorme joroba. Caminaba

sobre unas cortas y delgadas patas, revestidas con unas calzas de juglar, con piquillos verdes de volante en la cintura. Miró con curiosidad a los frailes, con su único ojo lagrimoso y brillante. Aquel desgraciado observaba con interés a los frailes y a la muchacha, pero se mantenía a prudente distancia de fray Tomás, como si le asustara su aspecto y la expresión de sus ojos.

—¡Por Dios bendito! ¿Dónde hemos venido a parar? —exclamó el dominico en voz baja hacia fray Genaro—. Todas son brujas, y estos monstruos que los acompañan son criaturas del infierno, que van a usar para devorarnos.

—¡Por los clavos del Señor, conteneos! —protestó el otro, también en voz baja—. No tenemos escapatoria.

—Podríamos tratar de huir.

—Tranquilizaos —susurró fray Genaro—. Estamos a su merced en este laberinto de cuevas, pero tengo la impresión de que son inofensivas, mi señor. Mirad a Zoshimo; come tranquilo y confiado.

—¿Inofensivas? Eso lo veremos ahora.

Hizo ademán de levantarse, pero una voz estridente y fuerte se lo impidió.

—¡Sentaos y permaneced callados! —gritó la vieja con los ojos encendidos—. ¡Ahora estáis en mis dominios! —Los ojos de todos se dirigieron a fray Tomás con un deje de reproche—. ¡Tú, viejo de los infiernos! Guárdate de ofender nuestra hospitalidad. Has sido traído aquí bajo la estrella de Malhaya; si no fuera así, estaríais muertos todos. Sois dignos de consideración y respeto, no por tu dignidad, sino por la de ella. ¡Muéstranos tu humildad! ¡Cambia la repugnancia que te infunden estos desgraciados y muestra piedad! Cuando entraste en la entraña de la tierra, dejaste fuera tu distinción y rango. Muestra templanza y serás respetado.

Fray Tomás se recuperó de la sorpresa casi al instante y esperó atento a que la vieja concluyera sus palabras.

—¿Respeto? ¿Respetarte a ti? ¡Vieja bruja! —exclamó, encendido de ira—. ¿Cuándo un príncipe de la Iglesia se tuvo que inclinar ante un servidor del Maligno?

Todas las viejas lo miraban con una sonrisa desdentada, esperando sus movimientos.

—Os lo repito: sois nuestro huésped, pero si decís una sola palabra más, ¡seréis nuestro prisionero! ¡No correremos el riesgo de que nos denunciéis al Santo Oficio, viejo chocho!

Fray Tomás a duras penas pudo esquivar el bastonazo que la vieja lanzó a su noble testa. Una risotada estentórea y general atronó en el interior de la bóveda. Las viejas se retorcían de la risa sujetándose el vientre, palmoteaban y animaban al fraile a proseguir su enfrentamiento; algunas más jóvenes y briosas se daban la vuelta y mostraban al viejo sus posaderas, levantándose las sayas y enaguas que llevaban.

El fraile se había puesto en pie, rojo de cólera, y empezó a decir:

—¡Yo soy el Santo Of...!

No pudo terminar. Fue Mal-haya la que desde el otro lado de la hoguera y sin

alzar la vista del suelo levantó la mano derecha. Estaban separados por más de cuatro varas, pero el fraile recibió un impacto formidable en el pecho y cayó hacia atrás como si fuera un pelele. Quedó tendido en el suelo tan largo como era. Todas las viejas se habían reunido en torno a él y se mofaban y reían en sus barbas, haciéndole gestos obscenos en medio de una algarabía de risas y gritos.

El jorobado de rostro horrible, que no había quitado su único ojo de la muchacha, mostraba sus dientes verduzcos y podridos y su sonrisa babeante, y gritaba: «Guíxa, guíxa» mientras daba cómicos saltitos. Las viejas reían con gran estrépito al tiempo que regresaban a sus lugares. Fray Tomás estaba desconcertado ante los acontecimientos que experimentaba.

Una de las viejas sacó de su saya una ampolla de vidrio verde. Otras dos colocaron sobre el fuego una marmita donde vertieron el contenido, tras realizar unos signos extraños en el aire. La vieja que estaba sentada a su lado recitó unas palabras incomprensibles, sacó de su faltriquera un atadizo de yerbas y echó unas cuantas en el cuenco; se inclinó sobre las brasas y con los dedos índice y pulgar sacó una piedra. Ni un gesto de dolor apareció en su rostro, y con toda tranquilidad y parsimonia la metió en la sopa, que comenzó a hervir con un crepitar de burbujas y grandes vaharadas de vapor. El resto de las viejas también recitó sus letanías, vertieron el conjuro en el interior de la sopa y trazaron cabalísticos signos sobre ella.

El jorobado, con sus saltitos renqueantes, se apresuró a atizar el fuego. Al cabo de un rato humeaba etéreo el contenido de la olla, que despedía un aroma intenso y fuerte.

La vieja del trono dio una fuerte palmada sobre su cabeza. Como si se tratara de una señal, todas las viejas callaron al unísono, haciéndose un silencio repentino y profundo que espantó los ánimos de los frailes. El jorobado sacó un pandero de platillos grande y empezó a hacerlo sonar entre sus piernas con unos palos muy rectos en los que en un extremo había sujeta una badana. Marcaba un ritmo lento y cadencioso. Las viejas palmeaban al tiempo que continuaban recitando. A veces proferían estentóreas risotadas y luego seguían con la salmodia.

El jorobado tomó una pequeña flauta de hueso y la entregó a una de las viejas, quizá la más joven de todas ellas, que se la puso en los labios y comenzó a tocar. Después repartió entre las decrepitudes allí reunidas toda una suerte de sonajeros, maracas y matracas, panderetas y diversos instrumentos de percusión, como tamborcillos árabes y caramillos que emitían unos silbidos graves y dulces.

La muchacha se levantó de su asiento y comenzó a ejecutar una danza en torno a la hoguera. El fuego pronto alcanzó el borde de la marmita y una llamarada se extendió sobre la superficie. Unas tímidas llamas de color azul y amarillo iluminaron los rostros.

La bruja madre empezó a clamar con los brazos levantados y la cabeza hacia atrás:

—¡Por todas las criaturas infernales, divinas y mortales!

—¡Por todas las criaturas infernales! —repetieron todas las viejas.

—¡Nombro a todas las criaturas del averno!

—Nombro a todas las criaturas del averno —repetieron.

—A los brouxos, sapos y corouxas.

—... corouxas.

—¡A los neonatos, a los serafines negros!

»¡Al íncubo y súcubo, a la majestad del erebo!

»¡A los búhos, a las corouxas, sapos y brujas del bien y del mal!

»¡Demonios espíritus de los nevados, cuervos, urracas, brujos y elfos!

»¡Hechizos de los manzanos, troncos podridos y agujereados, lugar de gusanos y alimañas!

»¡Fuego de la Santa Compañía!

Las llamaradas azules de la marmita se alzaron inexplicablemente casi hasta el techo de la bóveda.

—¡Al mal de ojo, a los negros conjuros, al olor de los muertos, a los truenos y rayos!

»¡Al aullido de perro, anuncio de muerte, al hocico de sátiro y pata de conejo!

»¡A la pecadora lengua de mujer casada con hombre viejo!

»¡Al infierno de Satán y Belcebú!

»¡Al fuego de los cadáveres ardientes, a los cuerpos mutilados de los indecentes, a los pedos de infernales culos!

»¡Al rugido de la mar embravecida, a la barriga inútil de mujer soltera, al maullido de gatos en celo!

»¡A la melena de cabra mal parida, a las brujas a caballo de palos mugrientos!

»¡A los rugidos de los que se consumen en los fuegos del infierno!

»¡A los fuegos fatuos de tormenta embravecida!

»¡Al mal que seduce al fraile en cuerpo de muchacha!

»¡Al sinfín de seres ignominiosos e innombrables de las tinieblas!

»¡Al fruto malparido del mal!

»¡A los príncipes de las tinieblas, a todos los animales inmundos, reptiles, batracios y deformidades de apareamientos entre animal y hembra!

»¡Todos! ¡Criaturas del infierno, sois conjurados a asistir a este aquelarre!

»¡Nadie falte a esta cita, pues es una virgen quien os reclama!

Concluyó su alegato señalando con su vara a la muchacha.

La vieja que removía el brebaje llenó un cuenco de madera con una catarata de fuego azul y amarillo. Todas bebieron un sorbo, pasándose una a otra. Cuando llegó a manos de fray Genaro, el hombre miró con expresión desolada el cuenco y después a fray Tomás, interrogándole con la mirada. Finalmente se lo acercó a los labios y tomó un sorbo de la pócima. Su garganta acusó el zarpazo que el licor le propinó al bajar al estómago. El fraile, casi con lágrimas en los ojos y la respiración cortada por la tos, apartó de sí el cuenco y se lo ofreció al dominico.

Todos estaban atentos al viejo, que se había sumido en una afligida oración.

—¡Dios mío! ¿Qué pruebas pones ante mí? —clamaba en voz baja—. Me has traído a las puertas mismas del infierno, me encuentro rodeado de brujas, malditas de Satán, invitado en un siniestro aquelarre con seres inmundos salidos del infierno. ¡Señor! ¡No estoy seguro de llevar tu obra con templanza y fuerza, ahora que estoy dejado de tu mano y rodeado del Maligno y sus siervos! ¡Ayúdame, Señor! ¿Quizá mis muchos pecados me han traído hasta aquí, antesala del infierno, para expiarlos? ¿Quizá he muerto en la nieve o en las mazmorras sin yo advertirlo y estoy ya en la boca del averno, esperando oír las trompetas del Apocalipsis?

Solo fray Genaro escuchaba la desolación del viejo, pero en su fuero interno se hermanaba con el desamparo de su compañero. ¿Acaso no sentía él su corazón árido como un desierto?

¿No era la luz hechicera de los ojos de la muchacha su única esperanza?

El dominico miró la escudilla con la misma expresión de sospecha que su compañero segundos antes. Recordaba los escupitajos que las viejas habían lanzado en el interior de aquel cuenco y un asco infinito se apoderó de su estómago. Alzó la mirada y contempló un ondulante fulgor azul. La vieja del cayado lo miraba intensamente desde el otro lado de la hoguera.

—¡Aparta de mí, bruja del demonio! —exclamó el dominico, protegiéndose con un brazo de la mirada de la vieja.

Sin saber muy bien por qué, en un movimiento reflejo, tomó un sorbo. El alcohol le hizo toser hasta ponerse rojo. Las viejas reían y daban palmadas o sacudían los sonajeros y las maracas con más fuerza. Fray Tomás apartó la escudilla y se la entregó a la vieja que removía el contenido de la marmita.

Fray Genaro se encontró con los ojos de la muchacha, que le sostuvo la mirada mientras una sonrisa enigmática se formaba en su rostro. Volvió a sentirse perdido en un mar de deseos oscuros. La muchacha contoneaba sus caderas al ritmo ondulante y mágico de las maracas, como una seductora mujer.

El cuenco volvió a sus manos, tomó otro sorbo y se sintió extrañamente complacido al comprobar que el mejunje era más dulce y aromático que la vez anterior. Dejó que se deslizara por su garganta, y le produjo un suave y delicioso ardor en las entrañas. El tiempo y el universo se habían detenido. La muchacha giraba sumida en una especie de ensoñación en la que solo la melodía y la danza ocupaban todo su ser. Los ojos del fraile brillaban con el mismo fulgor azul que la muchacha, preciada vestal. Sus dos compañeros de viaje observaban la escena, indolentes y abatidos, vencidos por el mágico hechizo de las pócimas y las fatigas del viaje. Aquellas viejas brujas les parecían ahora venerables matronas que se esmeraban en agasajar a sus huéspedes.

La muchacha, completamente extasiada en un delirio febril de cadencia y licor, se contorsionaba insinuante y primitiva, seguida ahora por el jorobado, que tañía su flauta de fauno alrededor de la ninfa. Renqueante, la vieja madre tomó una escudilla

y la llenó con el contenido de la marmita, después se acercó a la muchacha.

—¡Bebe, Mal-haya, y ve tras tu destino!

La muchacha apuró el contenido y se quedó mirando a la vieja. Después cerró los ojos y sus brazos se desmayaron, lánguidos, lentos, dejando caer la escudilla, que rodó despacio con un sonido ronco y cansino hasta los pies de fray Genaro.

La vieja se acercó a este y lo miró a los ojos. Luego alzó su mano y puso el pulgar en la frente del fraile.

—¡Tú tampoco puedes escapar a tu destino! —dijo antes de darle la espalda.

Los sentimientos del fraile se debatían en una batalla entre la lujuria y la continencia. Su virilidad, adormecida por sus votos, despertaba furiosa y salvaje, llenándolo de rubor y vergüenza. La fiera llamada de la naturaleza se acercaba a galope tendido por las desiertas llanuras de la virtud y la castidad, atropellándolo todo, invadiendo su alma de una angustia y desazón como jamás había sentido. Aquella hembra, que como un áspid reptante y sinuoso se había introducido en su corazón y en su alma, anulaba su voluntad y le impedía pensar en otra cosa que no fuese el temible pecado de la lujuria.

Un tenue aroma a flores llegó a sus narices y el fraile creyó desfallecer. Se sintió perdido, miró hacia fray Tomás y lo vio mecido por los vapores del licor y el calor que irradiaba la hoguera. Apenas podía mantener los ojos abiertos. Zoshimo, el guía, hacía rato que había sucumbido al agotamiento.

La muchacha se acercó al fraile. Entre sus dedos colgaba un frasco de vidrio. Fray Genaro apreció el resplandor verde-azulado del líquido que había en su interior. La chica lo deslizó en su mano y le dijo:

—Esto salvará tu alma.

Sus manos temblorosas se alzaron para coger el frasco que le ofrecía y, sin haberlo premeditado, rozó también sus manos y sintió su calor. Notó su pálpito, su extraño y ajeno calor, su suavidad, su vida, su latido, su misterio. Un temblor incontenible se apoderó de él. Fray Genaro libraba una dura batalla con sus sentimientos enfrentados. Aquello era el mal, el pecado, la lujuria, el oprobio, pero cuan dulce y seductor resultaba el pecado, y qué maravilloso. ¿Por qué había jurado votos? ¿Por qué era hombre? ¿Por qué el Señor lo abandonaba? ¿Por qué Dios parecía desdibujarse en la bruma del olvido?

Sintió en su pecho un batir de alas, como una bandada de pájaros salvajes que intentara levantar el vuelo en un estanque. Solo duró un instante, el suficiente para liberar su voluptuosidad y besar a la muchacha en los labios. Besó sus labios, besó sus mejillas, sus ojos, le acarició la mejilla y sintió la cálida y suave ternura de su juventud. Seducido por los rítmicos sonos y embriagado por la lujuria, la atrajo hacia sí. La muchacha de fuego y azabache, en sus giros y ondulaciones, lo miraba con pasión, amándolo, deseándolo. Se sintió dueño y señor de su vida y se arrastró con ella en el fango del placer.

Sus cuerpos se fundieron en uno solo. La muchacha entregó su cuerpo, su alma,

su vida. Genaro libó una vez más en los misterios del pecado, en la lujuria desatada, en la pasión prohibida. Genaro, el hombre, abrió su crisálida a los placeres terrenales, sabedor de que su vida y su alma estaban en peligro de muerte, pues ya no era dueño de ninguna de ellas. La muchacha emitía gemidos de confusa desesperación, de pasión atropellada, jadeos profundos y turbadores.

Fray Genaro sintió que su interior explotaba dentro de la chica. Toda la fuerza del universo pareció concentrarse en su vientre y un cúmulo de sensaciones jamás antes vividas inundó su cuerpo, su alma y sus manos. El firmamento entero se desplazó vertiginoso desde la bóveda celeste a los ojos de la hembra que temblaba en sus brazos.

¿Cuánto tiempo duró aquel hechizo? Jamás lo sabría. ¿Qué sucedió en ese tiempo? Jamás podría precisarlo. Una amalgama de sensaciones y sentidos se mezclaba en su espíritu, dejándole suspendido en aquella dulzura que acariciaba sus labios.

3

Cuando fray Genaro abrió los ojos vio que una de las viejas seguía sacando brebaje de la marmita. Creía que la muchacha se había dormido a su lado, pero estaba solo. La percusión seguía sonando, más atenuada. Se levantó con el propósito de llenar la escudilla; necesita beber un trago largo para reponerse de la ambigua sensación que le atenazaba. Fray Tomás y el guía seguían dormidos y ajenos al aquelarre. En un rincón vio a la muchacha, con una expresión extraña y balanceándose lentamente hacia atrás y adelante. Le intranquilizó distinguir a su espalda al jorobado con el rostro desencajado por la lubricidad. La muchacha le miró antes de derrumbarse de cansancio sobre un montón de pieles.

Las llamas de la hoguera lanzaban destellos amarillos y vio con horror como el jorobado se precipitaba sobre la muchacha. Era el momento del monstruo; había respetado al fraile durante su cópula, pero ahora le tocaba a él. Con un zarpazo le arrancó la túnica y apoyó todo el peso de su cuerpo sobre el candor juvenil.

Fray Genaro quedó paralizado. Veía la grotesca espalda del jorobado dar violentos embates entre las piernas de la chica, en las que había conseguido colar su cuerpo. Una vieja, horrísono espectador, reía salvajemente mientras el deforme ser reptaba sobre el cuerpo grácil de la muchacha. Malhaya logró zafarse del abrazo brutal y, loca de rabia y furor, corrió en dirección a fray Genaro, pero tropezó y cayó al suelo. El lúbrico deforme avanzó lentamente hacia la hembra abatida, relamiéndose al anticipar su placer.

Fray Genaro se abalanzó sobre el jorobado. El monstruo parecía estar esperándolo: se encaró con él y ambos hombres rodaron por el suelo de la cueva. Fray Genaro, loco de furor, comenzó a asestar golpes sobre el cuerpo contrahecho.

El jorobado se alejó renqueante del fraile, rodeó la fogata y pasó fugaz al lado de la muchacha antes de perderse en las tinieblas. Fray Genaro vio como la muchacha se desmoronaba de golpe; corrió a su lado y recibió una mirada de resignada aceptación. Una gran mancha crecía en su vientre: la sangre estaba vaciando de vida su cuerpo. Fray Genaro sintió que el dolor que albergaba su pecho era insoportable. Se lanzó como un loco hacía donde el maldito jorobado había desaparecido. Quería romperle el cuello, pero el monstruo lo esperaba y descargó un tremendo garrotazo sobre su cráneo. La oscuridad envolvió a fray Genaro.

CAPÍTULO 14

La subida

1

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Despertad!

La voz de fray Tomás le llegaba desde lejos, como de la ultratumba, y pese a que mantenía el rostro cerca del suyo, casi no podía verlo. Tardó en reconocer su entorno. La oscuridad era casi absoluta; solo se apreciaba un débil resplandor rojizo que provenía de unas lánguidas brasas.

—¡Vamos, despertad! —instó el fraile mientras echaba unos leños al fuego y soplaba para levantar unas tímidas llamas que iluminaron la cueva. La tenue luz daba al rostro del dominico un color y aspecto diabólicos.

Fray Genaro se esforzó en situar la figura de fray Tomás. Un increíble dolor de cabeza atenazaba sus sienes. Se palpó el cráneo y descubrió algo pegajoso sobre el pelo. Sus dedos quedaron manchados de sangre.

—¡Nos han dejado solos! ¡Aquellas malditas brujas han desaparecido dejándonos en las puertas mismas del infierno! —se atropello al hablar el dominico—. ¡Vuestra muchacha de todos los demonios también ha huido con ellas, igual que el guía! ¡Dios mío! ¿Cómo saldremos de aquí?

Fray Genaro trataba de exprimir su cerebro para entender qué había pasado y por qué estaban rodeados de tinieblas. Solo se oía a lo lejos el retumbar como de un trueno distante y eterno. Fray Tomás se había inclinado sobre la gran mancha de ceniza que había alrededor del fuego y tomó un tizón en sus manos, lo agitó en el aire y describió una estela de luz rojiza. Algo en su cabeza se removió.

«¡Mal-haya!», pensó, y se le hizo un nudo en el estómago.

Todas las imágenes acudieron en tropel a su mente; sensaciones, miedos, deseos e impotencias vividas durante la noche se atropellaron unas a otras por ocupar un sitio en el cerebro del fraile. Su mente revivió la imagen de la muchacha como un sueño. Recordó los horrores que había presenciado, las pócimas que había tomado, los sueños extraños y aterradores... Recordó de nuevo el tremendo dolor que sintió en la cabeza y el dolor que le produjeron sus sentimientos...

De repente vio una sombra que se movía y un segundo después el guía, Zoshimo, apareció en el círculo de luz de la hoguera con un fardo al hombro que depositó con cuidado en el suelo, junto al fuego casi apagado.

¡Era la muchacha!

El guía amontonó varias ramas y avivó la hoguera. El rojizo color de las llamas no podía ocultar el céreo tono del rostro de la muchacha. Estaba grave, muy grave. El fraile se acercó tembloroso. Todo el fuego del infierno parecía arder en aquella frente juvenil. Le recogió la cabeza con las manos y la apoyó sobre su regazo; sus dedos temblaban desesperadamente. Trató de tapar la herida del vientre, pero solo unas gotas minúsculas de sangre, diminutas perlas acusadoras de su desdicha, le mojaron las yemas. Entonces supo que la muchacha se moría.

Miró al dominico y vio su rostro impávido ante el dolor de Genaro.

Pidió a Dios con todas sus fuerzas que detuviera el tiempo, que la muerte instalada en el interior de la muchacha no la consumiera. Sin embargo, allí estaba ella, dolorosa y ausente, como una virgen, hermosa y salvaje como una fiera vencida, frágil y delicada.

Recordó el frasco de cristal que le había dado en la cueva. ¿No le dijo que podía salvar su alma? Lo destapó y se lo acercó; el líquido se deslizó por su boca brillante y por la comisura de los labios, pero la muchacha no revivió. ¿Por qué no podía salvarla? ¿Para qué le había entregado aquel misterioso frasco si no servía para nada?

La muchacha se moría y él seguía vivo. Se moría y Dios, su Dios tan amado y venerado, se mantenía ajeno a su pequeña tragedia e ignoraba su dolor. La muchacha de azabache y oro, de rojos labios y piel caliente como las arenas del desierto se fue muriendo poquito a poco entre sus manos, unidos ambos en el pálpito caliente y suave que le transmitía su calor, hasta que este cesó.

Qué fría y cruel era la garra que atenazaba sin piedad el pecho del fraile, qué amarga, salobre y acida la lágrima que destiló su párpado. ¿Qué pecado había cometido para perder en un instante el aliento de su vida? ¿Acaso Dios le castigaba su abandono ante la tentación, cobrándose la vida de una inocente criatura? ¿Cómo vivir sin ella cuando tan solo había libado el cáliz delicioso del amor unos instantes de su vida? ¿Cómo podía arrepentirse de haber conocido la levedad del amor, de haber amado como hombre? ¿Por qué Dios era tan cruel, tan sanguinario? Tantos estudios realizados, tantos y tantos libros y códices consultados, años y años de estudio y ahora... La impotencia ante la magnitud del castigo divino le abatió.

Zoshimo le explicó que Las viejas se habían marchado y que fue tras ellas guiado por el olor que emanaban. A la muchacha se la había llevado el jorobado. Se contuvo al explicar qué hizo cuando llegó al fondo de la cueva y vio al jorobado que persistía en su locura de copular con la muchacha. Solo mostraba en el pómulo un morado que antes no tenía y una leve cojera. Pasó mucho rato limpiando su largo cuchillo de monte.

Zoshimo fue el encargado de levantar aquel cuerpo frágil y cubrirlo con una tela. Después formó una tea con grasa y pieles y la encendió para que iluminase el camino que debían seguir.

—Debemos bajar hasta la sima, hasta las mismísimas puertas del infierno —explicó—, para evitar a los esbirros del señor de Aruej. Cargaré con la muchacha. Todavía queda algo de vida en su interior, si encontramos a una santera quizá pueda revivirla.

Empezaron a caminar junto al lecho de un río que se precipitaba hacia las profundidades, hacia un enorme agujero negro que parecía dispuesto a devorarlos. Genaro quiso cargar con el cuerpo de la muchacha, pero Zoshimo le apartó con un manotazo: no tenía fuerza suficiente. Empezó a bajar con pasos inseguros, temeroso de resbalar, pisando sobre tierra blanda.

El anillo de luz de la tea se proyectaba convexo en el túnel. Casi una hora más

tarde iniciaron una interminable ascensión. Genaro pensaba que iba a morir ahogado, pero descansaron unos instantes junto a un pequeño lago subterráneo, antes de abordar otra escalada por un túnel angosto y estrecho, que rezumaba humedad. Cuando llegaron a lo más alto, doblaron por una galería y se encontraron ante un círculo difuso de ramas que dejaba entrar una tenue claridad. Se abalanzaron sobre ellas y un destello cegador les hirió los ojos.

Se encontraban fuera.

2

—¡Solo queda una legua! —exclamó Zoshimo.

Llevaba a la muchacha colgada sobre su hombro. Las manitas inertes se bamboleaban a cada paso, la catarata de rizos azabache de su pelo ocultaba la cabecita. Los dos frailes seguían al hombre bregando en la nieve, hundiéndose en ella, sintiendo su fría humedad en las manos y el rostro.

Una legua y llegarían a Campus Francus. Allí encontrarían a un sanador, a una santera o quizá a algún hospitalario que curase a Mal-haya.

Fray Genaro, en el fondo de su corazón, se arrepentía de haber negado a Dios, de recriminar su voluntad. En su confusa desesperación, pedía con todo el fervor de su corazón que salvase a la chica; a cambio, ofrecería su vida como hospitalario o como monje cisterciense.

Se sentía el ser más impotente e inútil de la creación. La realidad se imponía, salvaje y cruel. Una muerte más sobre su conciencia y él permanecía vivo, atrapado en su propia locura, siguiendo los pasos de un príncipe tan loco como él, que solo se había preocupado por encumbrarse en la esfera eclesiástica. ¿Por qué tenían que morir las personas? Desde que salió del convento la muerte caminaba a su lado. ¿Qué le movía a seguir avanzando tras el guía? ¡Necesitaba confesarse con el dominico! Dejar atrás su parte de responsabilidad de lo sucedido en la cueva.

Aquel ser que colgaba del guía ya no era su amor loco de una noche de pasión desenfadada. No era Mal-haya, simplemente era una muñeca rota que un gigante arrastraba por la montaña. Cada vez que los miraba, su corazón se volvía más duro y negro.

3

La luz del sol brillaba insolente y grandiosa en las montañas, y reflejaba resplandores en las umbrías que le proporcionaban al paisaje un aspecto mágico y ondulante.

De repente divisaron en la nieve una franja renegrida, larga y estrecha que ascendía hacia el norte. El guía se lanzó hacia ella, mirando como embobado aquella estela pisada en la nieve, con la muchacha a su espalda.

—Es la trocha de la Rota. Estamos cerca —exclamó—. ¡Vamos, pronto llegaremos, oigo los cascabeles de los caballos!

Unos resoplidos y relinchos dieron la alarma. Los dos hombres que conducían la reata contuvieron a los brutos y esperaron a que se acercaran. Los vieron subir, con dificultades y sin resuello. Parecían garzas reales, hundiendo y sacando sus pies en la nieve.

Zoshimo se detuvo ante ellos y mostró la palma de su mano abierta. Su pesada e inerte carga hacía tiempo que ya no se bamboleaba; el *rigor mortis*, junto con aquel endiablado frío, había endurecido el cuerpecito de la muchacha. Su melena azabache mostraba diminutas gotitas blancas, como si hubiera recibido las pavesas volátiles de una hoguera.

Los hombres miraron recelosos al guía; solo tenían ojos para Zoshimo y su terrible petate. Se mantenían tensos, esperando a los frailes.

—Decid, buen hombre, ¿qué cargáis encima? —preguntó uno de ellos justo cuando los frailes se acercaron a siete u ocho varas.

El guía acarició con ternura una de las piernas de la muchacha y dijo:

—La llevo a la santera de Campus. Tiene calentura.

—¡No tenemos santera aquí! ¡Marchad a otro sitio!

Fray Genaro se adelantó hacia los hombres, se desembozó y mostró su rostro.

—¿Tenéis sanador? —preguntó con voz amarga.

—¿Sanador? Creo que no es un sanador lo que necesitáis.

Fue entonces cuando fray Genaro cayó en la cuenta de la impresión que les causaba el guía y su terrible carga. Aquellos hombres parecían interrogarles con la mirada: «¿Cómo permitís a este hombre caminar cargando un cadáver?». Se dio cuenta de que la muchacha ya no existía. Sintió vergüenza de sí mismo, de su debilidad, y también asco. Su pecado moriría con él; enterraría a la chica en la montaña y su amor, en el fondo de su corazón.

Se dio la vuelta, miró de frente a Zoshimo y, con voz ronca, le dijo:

—Hermano, quizá deberíamos descansar un poco. Todos estamos agotados.

Había puesto una mano en el antebrazo del guía, presionando ligeramente. El hombre parecía acusar el cansancio de la última ascensión, el agotamiento acumulado. Con todo cuidado, se aprestó el gigante a depositar en el suelo el cuerpo de la muchacha, etérea y liviana como una mariposa. Estaba helada, dura. Lentamente la fue inclinando hasta dejarla sobre la nieve, donde quedó de costado,

con los brazos y las piernas suspendidos en el aire y la cabeza entre los brazos, como si quisiera ocultar el rostro. Toda su personalidad se había desvanecido en aquella postura de polichinela rota.

Zoshimo, con la mirada perdida, alargó su mano para retirar el cabello congelado de su rostro, pero al tocarlo crujió y el guía se retiró instintivamente hacia atrás con una incógnita en los ojos. Los dos hombres de la Rota miraban espantados el cuerpo rígido de la joven.

Por más que lo intentaron no consiguieron cerrarle los ojos. Los párpados congelados volvían a abrirse en una mirada de muerte y hielo. El cuello era la única parte de su cuerpo que no se había congelado, y la cabeza acompañaba los movimientos del cuerpo. Todos los intentos por doblarle los brazos resultaron inútiles. El temor a que se partieran como una rama de árbol les impedía hacer la fuerza necesaria, pero lo que más les retenía la voluntad era que la cabeza de la muchacha giraba lentamente con un crujido de pelo crispado que helaba los ánimos y una mirada reprobadora que impedía seguir moviéndola.

Finalmente tuvieron que convencer a los hombres de la Rota para cargar a la muchacha tal cual, con tiras de cuero sobre la tralla de troncos, en aquella postura grotesca. Pero los caballos se encabritaron al acercar su cuerpecito al tiro; bufaban aterrados, como si hubiesen visto una víbora.

—¡La quemaremos aquí mismo! —gritó fray Tomás—. ¡Esta hija de Satanás continúa hechizándonos incluso después de muerta! ¡La quemaremos, esparciremos al viento sus cenizas y nos libraremos de ella!

Fray Genaro se levantó y caminó lentamente hacia el dominico con los puños apretados. La determinación de su gesto alarmó a Zoshimo. Aquella mirada larga y penetrante pareció traspasar al viejo. Los ojos del monje habían dejado de ser humanos. Un extraño fulgor verde brillaba en ellos. Alzó su mano ante el rostro del dominico y detuvo en el aire su brazo, al darse cuenta de repente de lo que había estado a punto de hacer.

Fray Tomás se quedó inmóvil, protegiéndose con los brazos. Miró de hito en hito a fray Genaro y retrocedió unos pasos antes de santiguarse varias veces. Los caballos se encabritaban, aterrados; sujetos por los frenos, lanzaban espumarajos por la boca.

—¡No! ¡No la quemaréis! —gritó fray Genaro con todas sus fuerzas—. ¡La llevaremos al pueblo y la enterraremos en sagrado!

Tuvo la sensación de que la muchacha le sonreía.

Cuando el guía cargó de nuevo el cuerpo sobre su hombro, los caballos, los hombres y los espíritus se calmaron al instante. Pareció como si el lance vivido perteneciera a otra época, como si fuera una experiencia de otras personas.

—Mi señor, os ruego me perdonéis, no sé qué me ha pasado —se disculpó fray Genaro, arrepentido—. Creo que estamos fuera de nosotros mismos. No volverá a suceder.

Fray Tomás lo miró con recelo, tratando de averiguar qué demonio se había

apoderado de la voluntad del fraile.

—Hermano, deberíamos quemarla aquí mismo, pero no seré yo quien insista — dijo el viejo. Luego, dándole una bendición, añadió—: *Ego te absolvo a peccatis tuis in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti, amen.*

Con aire resuelto, como si nada hubiese ocurrido, el dominico subió al tiro de troncos en dirección a Campus Francus. Los caballos enfilaron la trocha hacia las casas que ya se perfilaban entre la bruma. El dominico se agarró todo lo fuerte que pudo sin volver siquiera la vista. Fray Genaro lo dejó ir; ya no sentía la necesidad imperiosa de confesarse, y mucho menos con aquel hombre. Comprendió de repente que, por mucho que se torturara, nada podría cambiar.

Zoshimo y fray Genaro se alejaron dispuestos a subir el último repecho por la margen derecha del río. El guía con su carga de muerte, el fraile con su carga en el alma. Charcos y orillas brillaban con resplandores de hielo. La niebla se desperezó tras ellos en jirones etéreos de bruma y silencio.

Zoshimo varió el rumbo, justo en el mismo momento en que cruzaron el río. Parecía saber bien lo que hacía. Se dirigió hacia el norte, siguiendo el «camino». Antes de rebasar el límite del pueblo varió de nuevo el rumbo y enfiló la vertiente cuesta arriba, por la escarpada ladera, separándose de las casas.

Después de la ascensión, se detuvo jadeante y apartó la nieve con la mano. En la tierra apareció una gran piedra con un lado pulido toscamente, pero liso y plano. Había una marca esculpida. Fray Genaro quedó sorprendido. Parecía que el gigante había subido hasta allí guiado por alguna fuerza misteriosa y precisa. El hombre recorrió los contornos de la señal con sus dedos desnudos y miró hacia arriba y luego un poco al noreste. Había un diminuto prado a pocas varas de distancia.

El rostro de la muchacha, azulado de muerte, parecía sonreír, complacido. Los ojos sin vida, tremendamente abiertos, lo abarcaban todo. El guía se arrodilló y dejó caer el cuerpo, que se deslizó al suelo con lentitud, sin hacer el menor ruido, con elástica suavidad.

Fray Genaro se inclinó ante la piedra. Al igual que Zoshimo, también recorrió con sus dedos la marca. ¡Aquella marca representaba la primera letra del alfabeto hebreo: la A del Alfhared! En aquella marca estaba la señal que había buscado desde tanto tiempo atrás. El vértice superior tenía un aro esculpido encima y una P y una M en su interior. Aquello solo podía significar «*Pessulus Magnificus*»: el aro de Carolo, la argolla del magnífico.

En un costado de la piedra habían tallado un agujero que atravesaba toda la roca de parte a parte. Fray Genaro, en un impulso insospechado, apoyó en el agujero el ojo derecho. ¡El pico de una montaña que tenía la forma de una A se mostraba en la lejanía!

Pasó la mano por toda la piedra y descubrió otro agujero que también la atravesaba, pero en sentido transversal. Limpió cuidadosamente la abertura y puso el ojo ante el orificio. Una pequeña construcción de piedra se reflejaba en el círculo de

visión. A fray Genaro no le cupo ninguna duda. ¡San Adrián de Sasabe! Las figuras que veía a través de los dos agujeros de la piedra las había visto en los grabados de la pared del dormitorio del escriba.

Volvió a mirar por uno y otro agujero. Todo encajaba. ¡Las Parias del Sarraceno se encontraban en lo alto del San Porto! Sin duda aquella era otra pista, que posiblemente se encontraba en la carta con el manuscrito y que no tuvo tiempo ni ocasión de descifrar. Comprendió que la posición del monasterio de San Juan, la ermita de Aragüés, el San Porto, la piedra que tenía ante sí y la catedral de Jacca formaban los cinco puntos de la A que el escriba señaló en la pared. ¡Ahora estaba seguro de que la pista de las Parias era real, de que allá en lo alto del Summo Portu se encontraba la solución al enigma que lo había estado atormentando durante tanto tiempo!

Al volverse, Zoshimo seguía arrodillado mirando el rostro de la muchacha, cuyos ojos le miraron con una expresión de paz y felicidad que lo dejó atónito. En el aire flotaba un tenue olor a rosas.

No les costó demasiado enterrarla. Empujaron con suavidad su cuerpo y este se deslizó suave y blandamente hacia las profundidades de la tierra, como si tuviera prisa por quitarse de en medio, avergonzada de haber causado tantos quebrantos en los ánimos de los hombres. Zoshimo comenzó a tapar el cuerpo con la tierra, y cuando estaba casi cubierto volvió la cabeza y la escondió debajo de uno de sus bracitos. El verde jade de sus ojos se apagó. Fray Genaro sintió un frío espantoso en su interior.

CAPÍTULO 15

Campus Francus

1

Dos días habían pasado desde que él y Zoshimo bajaron de la montaña. Dos días con sus noches, en las que fray Genaro solo hizo que rezar. Rezar por la muchacha, rezar por la inocencia aplastada por la muerte. Rezar por reconciliarse con Dios, con ese Dios que había sido tan desmesuradamente severo. Dos días de meditación y amargura, de dolor y hiel. Se maldijo a sí mismo por pensar machaconamente en lo sucedido, por llorar su desconsuelo. Su maestro le había inculcado no mirar hacia atrás y sobreponerse a los desastres. Debía enfrentarse al nuevo día. Le pidió a su voluntad que no pensase en la muchacha, pero sus sueños lo traicionaban. Ella había ido a visitarlo a su lecho, se metió entre sus mantas y apretó el cuerpo cálido y suave contra el suyo. Despertó Genaro el hombre, con un sudor pesado y violento y la boca pastosa; y Genaro el fraile se disciplinó metiendo las manos en la nieve hasta que dejó de sentir las.

Se vistió y acudió a la cocina. Una mujer atendía el fogón. Un calor agradable y acogedor irradiaba del hogar excavado en la roca. Allí, alegre y ruidoso, bullía un puchero.

Fray Tomás acudió a la cocina un rato después. Tornaron en silencio un gran tazón de leche caliente, unas nueces y un dulce de membrillo con queso sin orear. La noche había sido larga y negra. La vieja posadera les indicó el camino a la iglesia y se desentendió de ellos al instante. Sintieron sobre sus rostros el intenso frío de la mañana.

Caminaron a buen paso por la calle principal, sorteando los cúmulos de nieve. A ambos lados del pueblo se erguían unas altísimas montañas. Las cimas apenas se podían ver, y los neveros y los bosques pugnaban por alcanzar unas cumbres que nunca conquistarían. Hacía que los hombres se sintieran aún más pequeños e insignificantes.

El capellán acudió presuroso hacia ellos. Saltaba los obstáculos con el aplomo y la seguridad de quien está acostumbrado a aquellas nieves y dificultades. Se remangaba las vestiduras talares, que asomaban bajo la recia pelliza de piel vuelta de borrego, que brillaba oscura y tersa por las miles de pasadas de grasa de caballo que le habían aplicado.

—¡Mi señor, mi señor! ¡Aguardad un instante, he de hablaros! —clamó levantando un brazo en un intento inútil de detener a los frailes.

—¡Ah, mi buen párroco! —El dominico abrió los brazos hacia el cura y le dio un abrazo—. Os estábamos buscando.

—Mi señor, confío en vuestra comprensión si este ignorante párroco yerra en su cometido. Tengo un caballero que vino con su compañía antes que cayeran las nieves. Me pide que le informe de la llegada de todo personaje que vaya o venga por el valle o por el «camino».

—Decidnos, hermano, ¿cuál es el nombre de ese caballero?

—Disculpad, mi señor —respondió el otro, cohibido—, pero debéis darme el vuestro antes.

—¿Quizá sea un caballero venido de allende las fronteras? ¿Tal vez de Génova? El mutismo del párroco obligó al príncipe a identificarse.

—Soy fray Tomás de Torquemada, confesor de la reina y valedor de palacio, primado de la Iglesia y consejero de Fernando.

Se iluminó el rostro del sacerdote, que exclamó:

—¡Alabado sea el cielo! ¡Al fin habéis llegado! ¡Venid, os llevaré a su presencia!

Comenzaron a caminar. Sobre una enorme roca se alzaba un pequeño convento, al que se dirigieron con pasos prudentes. Fray Genaro no pudo evitar dejar que su mirada buscara en la ladera de la montaña el lugar donde habían enterrado a la muchacha, pero se obligó a marchar en pos del dominico.

Llegaron ante el edificio. Sus adornos en piedra y las rejas en los grandes ventanales imponían respeto y admiración. Grande y espacioso, estaba enclavado en un altozano casi a la salida del pueblo, bajo una gran mole de roca que parecía caer encima de él. Un joven de piel cetrina y ademanes rudos les abrió la puerta y sin mediar palabra se hizo seguir al interior. El párroco se quedó fuera.

Subieron una escalera de piedra, con los escalones irregulares, y entraron en una amplia estancia casi en penumbra. Encontraron allí a otro hombre vestido groseramente que trataba de ocultar el lado derecho de su cara, a la que le faltaba el pabellón auditivo. Se apresuró a cerrar y recoger los libros y legajos desperdigados sobre la gran mesa que había en el centro. Junto al fuego, recostado en un sillón y con aire pensativo, otro hombre aguardaba. Hizo una seña con la mano y el joven y el mutilado salieron.

Como si hubiese estado largo tiempo preparando su discurso de bienvenida, el hombre mostró su rostro a la luz de las luminarias. Por su piel, daba la sensación de ser un hombre blando y apocado. De sus molicies caían sobre su quijada sendas bolsas de grasa y unos ojillos vivarachos e intensos daban luz a aquella cara que, tocada con un sombrero marinero ladeado a la usanza de la época, denotaba su condición de capitán de navío.

El aspecto del hombre infundía confianza y misterio, con la larga melena rubia que le caía sobre los hombros y sus ademanes sobrios pero delicados. Sus ojos vivarachos miraban nerviosos a los recién llegados. Era un hombre serio, muy serio.

—¿De modo que vos sois el valido de La Rábida recomendado por don Diego Deza? —dijo de pronto fray Tomás nada más situarse ante el hombre.

—Sabed de mí, señor, que todo lo que se puede navegar en los mares y océanos lo tengo ya navegado. Entré en el mar cuando era muy joven y he continuado hasta el día de hoy, con más de cuarenta años. He estado en los mares del Norte y en Nueva Guinea.

Se detuvo para mirar con sus ojos encendidos a los dos frailes, que permanecían en silencio, escuchando. Tomó un sorbo de la jicarilla de vino caliente y se recostó

sobre el respaldo de cuero de la silla. Su rostro venerable pero con un cariz enigmático denotaba una voluntad férrea y una determinación irresistible.

—Fray Diego Deza habla de vos con entusiasmo y pasión, señor —señaló fray Tomás—. Cristóbal... quiero decir, Cristóforo Colom, de... Génova. —Fray Tomás hizo un leve asentimiento con expresión indiferente y guardó la carta que le había entregado el hombre—. Comentó que tenéis interesantes historias que contar.

—Vos estáis al corriente de mis andanzas y proyectos. Durante los siete años que estuve en la corte real me tomaron por loco e hicieron de mí escarnios todos aquellos a quienes hablé de mi proyecto. Incluso vos os negasteis a recibirme.

Fray Tomás permaneció en silencio, mirándolo. Reconocía a aquel hombre, rehuido por todos, incluso por sus protectores. Lo había visto deambular durante años por palacio a la espera de una audiencia que nunca se le concedió.

—Comprenderéis que los motivos eran más que suficientes para evitaros. Se os rechazó por loco y visionario. Vuestras campañas de corsario os dieron una inestimable fama que pesará sobre vos como una losa —respondió con una cierta acritud el fraile.

—Gozaba de patente de corso.

—Sí, lo sé, pero yo me refiero a después, cuando vuestra patente pasó a manos del monarca.

El hombre no dijo nada; dejó que cayera un pesado silencio durante unos instantes.

—Ha sido gracias a esa labor y a la ayuda de unos frailes buenos que hoy estamos aquí.

—¡Bien! Hablemos, contad lo que deseáis. No hemos andado todo este camino y sufrido todas estas penurias solo para veros. Tan solo lo hicimos a instancias de vuestro protector fray Juan Pérez.

Con estas palabras el dominico se rascó la cabeza, precisamente allí donde todavía le dolía un cantazo propinado en la revuelta de Jacca.

El hombre comenzó a hablar al tiempo que vertía el vino caliente y oloroso en las jarritas:

—He hecho muchos viajes entre las islas Afortunadas, Madeira y las Azores. Cuando regresé de Nueva Guinea sucedió algo trascendental que solo puede considerarse un milagro. Nuestro Señor me abrió el entendimiento y comprendí que existía una ruta rápida para acceder a las Indias por mar.

—Dudo que así fuera —comentó por lo bajo fray Tomás—. Nuestro Señor no gasta su tiempo en indicar caminos ni quimeras a navegantes.

El otro mantuvo su silencio largo rato. Aquello no llevaría a ninguna parte si continuaban así.

—Está bien, señor —respondió al fin, con un abatimiento de hombros—. Estáis al corriente de mis estudios sobre los cálculos de Eratóstenes, el griego, quien asegura que el mundo es redondo. En el año ochenta y dos recogí del mar a un náufrago

llamado Ezequiel de Portugal. Su barco, sorprendido por la galerna, fue tragado por la mar. Milagrosamente logró asirse a un trozo del casco que flotaba y salvó la vida. Después de tres semanas la tripulación superviviente fue muriendo, pero él se salvó con astucia, atrapando con las manos peces que comía crudos y bebiendo agua de lluvia.

»Después de mucho tiempo, recaló en unas tierras misteriosas. Todos sus conocimientos de cosmología no le sirvieron de nada en aquellos lugares, pues las estrellas y las constelaciones no se correspondían con los tratados. Después de estar en esas tierras el tiempo necesario para recuperarse, consiguió hacerse de nuevo a la mar. Y volvió a naufragar. Cuando le recogí estaba medio muerto, pero en mi camarote me confesó sus hallazgos y me facilitó distancias y rumbos. Me habló de unas tierras extrañas, donde los hombres iban desnudos y pululaban los animales más extraños.

Volvió a detenerse; ahora que los frailes le escuchaban con interés, sirvió un poco más de vino caliente en las jicarillas y prosiguió:

—Pasé siete años buscando apoyo para mi empresa. Solo los buenos frailes de La Rábida me ayudaron a armar una tripulación que me puso en camino a esas tierras de las que os hablo, y pagué con mis ahorros de corsario la armada del navío y la soldada de la tripulación. Los marinos de a bordo eran penitenciados, reos y condenados, así que nada dijeron de la cantidad de tiempo que íbamos a pasar a bordo. Viajamos tantos días que nos fue imposible de contar. Recibimos buenos vientos de popa y navegamos según creo alrededor de mil leguas marítimas; las fiebres me atacaron y vi perdida mi vida y mi empresa mil veces. El mal del marino y la disentería hicieron estragos en la tripulación, de tal suerte que dejamos un rastro de cuerpos enfermos y muertos que arrojamos a la mar. Por fin un día llegamos a una tierra de grandes árboles, todos verdes y frondosos, tocamos tierra y tuvimos aún que navegar por el litoral, hasta que desembarcamos en una playa donde fuimos recibidos por una enorme cantidad de curiosos, todos alegres. Se quedaron mirando nuestras ropas y nuestro barco, pues ellos navegaban con canoas. Su piel era cobriza y andaban desnudos, como los parió su madre. Uno de mis hombres, fuerte y violento, trató de poseer a una de las mujeres, pero los hombres se anticiparon a ofrecérselas como si fuese día de fiesta, y se pusieron a reír y a dar palmas. Nos llevaron tierra adentro, mas no nos conducían como presos, sino como compañeros. El que nos pareció el rey de aquellas gentes nos agasajó como si fuéramos dioses, pues se postraban ante nosotros. Tres lunas vimos en el cielo y todas las constelaciones habían cambiado de aspecto. No entendíamos una sola palabra de lo que nos decían.

Los dos frailes lo miraban fijamente sin perder palabra, aunque el semblante de fray Tomás se mostraba un poco más escéptico.

—Bien, ¿y de qué tierras habláis? —preguntó el dominico.

—Sin duda se tratará de alguna isla al este de Catay. Una isla que no figura en los tratados de náutica. Si la Tierra es redonda como sostengo, navegando hacia el oeste

terminaremos accediendo al este.

—¡Espero por el bien de todos que no me hayáis hecho venir hasta aquí para oír vuestras locuras! —dijo de pronto el dominico.

No podía creer que se hubieran tomado tantas molestias solo para narrarle el resabido relato de la redondez de la Tierra, que ya había oído mil veces en la corte.

—Dejad que termine mi relato y después juzgad vos mismo. Si mi empresa no es de vuestro interés, la pondré a disposición de la Corona de Portugal o de Carlos VIII de Francia.

—¿Por qué no habéis acudido a ellos directamente?

El hombre se detuvo un instante para pensar.

—Deseo poner el proyecto a los pies de nuestro soberano.

—¿Nuestro soberano? Vos sois genovés. ¿No son los Médici vuestros soberanos? —insistió el dominico.

Se hizo un largo silencio que evidenció el malestar del marino.

—Creo que ya lo comprendo —intervino de nuevo el dominico—. En la corte de los Médici no quieren ni oír hablar de vos y la Corona de España es mucho más poderosa que la de Portugal. Apostáis fuerte y eso me gusta, habla de vuestro corazón valiente e intrépido. —Se detuvo un instante para aliviar la tensión y luego preguntó —: De modo que pensáis que disteis la vuelta al mundo, ¿no?

—Eso es lo que creemos. Al llegar a la costa, la bordeamos y, después de navegar ochenta días hacia el sur, sin poner la proa hacia el oeste, volvimos sobre nuestros pasos, navegamos hacia el norte otros cien días y tampoco pusimos rumbo al oeste...

—¿Y por dónde volvisteis? ¿Por el este o por el oeste? —terció fray Genaro, que hasta ese momento había estado escuchando en silencio, absorto en sus negros pensamientos.

—Yo os hablo de mi aventura. Tuvimos miedo de cómo podían reaccionar el emperador Fusahito de Cipango o el emperador Ming Hongzhí de Catay y sus mongoles. En este cuaderno encontraréis todas las anotaciones de la navegación. En ningún momento abandonamos la línea de la costa; algunas veces navegamos hacia el oeste, pero siempre volvimos al norte y nunca perdimos de vista aquellos árboles verdes y frondosos. Nos cuidamos mucho de batallar contra ningún ejército. De vez en cuando veíamos en alguna playa como se hacía a la mar una canoa parecida a las que os he descrito. Pero en el litoral habían construido una suerte de murallas sumergidas que nos dificultaban la navegación y constituían un enorme peligro para nuestra quilla, impidiéndonos desembarcar. Un día vimos a orillas del mar una ciudad grande y hermosa, de suntuosos edificios y tan bonita como nuestra Sevilla, que podía competir con ella en colorido, llena de personas alegres y decididas que salieron a recibirnos con casi cien embarcaciones. El rey nos acogió con honores y parabienes; nos entregaron cosas de su tierra y les dimos abalorios que ya no tenían ningún valor para nosotros.

—Y decidnos, ¿para qué queríais vos los objetos de aquellas gentes? ¿Qué tenían

de particular para que los cambiarais por vuestras baratijas? —preguntó Iray Tomás, incrédulo—. ¿Para qué queríais un peto y un cuenco?

Parecía como si el hombre no se atreviese a continuar. Jugueteó pensativo con su jicarilla de vino y casi en un susurro, musitó:

—¡Oro! —Fray Tomás le miró con estupor y esbozó una sonrisa de incredulidad—. Oro, mi señor. Todos los enseres y objetos eran de oro. —Se detuvo un instante y prosiguió—: Todo, todo lo que aquellos indígenas llevaban encima era de oro: las mujeres cocinaban en cazuelas y tarros de oro, platos y jarros eran del mismo material, sus petos y armaduras eran de oro. Ninguno se preocupaba de bruñirlo, parecía oscuro y renegrido en muchos casos, pero sin ninguna duda se trataba de oro.

Fray Tomás pensaba en cómo había sido capaz de llegar hasta allí para escuchar los delirios de aquel hombre y cómo se había dejado convencer por aquellos frailes en Jacca para hacer tan penoso viaje y tener audiencia con este personaje que, evidentemente, desvariaba. Comenzó a impacientarse.

—Cuando llegó el momento de marchar su rey me hizo regalos, que pese al naufragio conseguí poner a salvo. También me traje unos frutos. Quizá queráis verlos.

Se levantó de la silla y se acercó a un arcón. Un pesado bulto envuelto en un lienzo de terciopelo rojo apareció entre sus manos, junto a otro más pequeño que depositó en la mesa. Los frailes vieron con escepticismo un envoltorio pequeño y una especie de bolas deformes de color marrón oscuro de distintos tamaños, que conservaban como una especie de tierra adherida en ellas. Su tacto era rugoso y parecían extremadamente duras y secas. Exhalaban un lejano olor a humedad.

—Estos son unos frutos que los llaman Bahctatha. Hay que ponerlos en agua más de un día; luego crecen y se ponen tiernos y tersos, se cocinan en agua hirviendo un rato y se comen con sal. —Se detuvo un momento mientras de su bolsa sacaba tres semillas grandes y marrones—: Con esto los habitantes de la isla hacen una papilla muy oscura, olorosa y agradable de sabor, que comen durante sus ceremonias en honor al sol.

—Estos frutos bien los habéis podido traer de cualquiera de los países que hayáis visitado —dijo fray Tomás al límite de su paciencia.

—Todo lo que os hayan podido contar los frailes de La Rábida es cierto y bien cierto. ¡Que caiga sobre mí una condenación eterna si lo que digo es mentira! —repuso el hombre, vivamente molesto.

—No nos sirven vuestras posturas heroicas, hermano —repuso el fraile con una leve sonrisa en los labios—. Si en la corte hubierais pronunciado semejante desvarío, tened por cierto que habríais saltado sobre una hoguera por hereje.

El hombre colocó sobre la mesa un nuevo bulto cubierto.

—Si en la corte hubiese tenido lo que llevo en este atadizo —murmuró en voz baja—, quizá hubieseis saltado vos de alegría. —Desenvolvió el paquete con pausada ceremonia, haciendo que los objetos que había en su interior no saliesen a la luz hasta que él lo deseara—. Mi querido señor, vos que sois paladín del Estado, príncipe de la

Iglesia y predicador de la fe hacéis poca gala de vuestros honores. Al igual que el apóstol Tomás, precisáis poner el dedo en la llaga para creer en las palabras de un extraño.

—¡Sois un impertinente, quizá el sol os ha secado los sesos!

Una figura de color amarillo cárdeno apareció sobre la mesa. Parecía un melón, pero era grande como una sandía. Se trataba de una talla que representaba un ser viviente, gordo, rechoncho, sin pelos ni ropas, y en su espalda habían grabado un sol luciente. Sus extraños rasgos recordaban vagamente a los niños de Catay, aquellos que jamás consiguen entender nada de este mundo y a los que llaman «inocentes». Apareció también un objeto que parecía una mezcla de peto de coracero y collar, y jarros, bateas y vasos, de un metal que producía un extraño sonido al entrechocar entre sí. Parecían objetos comunes de uso cotidiano, pero su color amarillo cárdeno levantaba esperanzadoras sospechas sobre el metal que anidaba en su interior.

Fray Tomás tomó en sus manos la figura tallada, que le había llamado poderosamente la atención, y sopesándola comprobó que pesaría más de quince libras castellanas. Lo miró y remiró por todos los lados mientras comprobaba su ley. Luego tomó un cuchillo y bajo la luminaria que la mesa tenía en el centro, tan cerca de sí como pudo, raspó con el filo del cuchillo una parte del pequeño ídolo. El hierro pronto dejó al descubierto la mágica luz del metal noble. La herida lanzó unos vivos destellos que como nerviosas culebrillas bailaron en el iris de fray Tomás.

—¡Dios mío! ¡Es oro! —exclamó casi en un susurro—. Mirad, hermano. ¡Es oro!

Sus ojos se habían iluminado de un amarillo brillante, y su expresión de sorpresa y admiración empezó a disipar las dudas que hasta hacía bien poco dominaban su espíritu. Aquello, junto con las insistentes palabras de Antonio de Marchena en la carta que le entregara fray Diego Deza, parecía una prueba concluyente.

Se la mostró a fray Genaro, como quien entrega un preciado y delicado bien, tan frágil y quebradizo que parecía que con solo presionar con la mano habría podido romperse. Luego procedió igual con el resto de los objetos y todos sin excepción lanzaron su luz de oro herida.

Fray Genaro miró con sorpresa el extraño ídolo. Aquello era sin duda oro. Trataba de percibir la veracidad de las palabras del navegante; si fuera cierto su hallazgo, supondría un vuelco para la economía del reino. De repente sintió en su fuero interno una simpatía natural por el marino; lo vio parecido a él mismo, movido por las alas de una quimera. Su espíritu sucumbió a la mordedura ácida y profunda de la envidia. Él perseguía un secreto, aquel navegante lo había descubierto.

—¿Y su fe? ¿Creen en nuestra fe cristiana? —preguntó fray Tomás.

—Están por convertir. Adoran al sol, al que no pueden mirar porque les ciega, porque calienta sus cuerpos desnudos y los frutos de la tierra.

—¡¿Al sol?! ¿Cómo es posible semejante herejía? Fray Genaro, ¿qué opináis vos? —preguntó al fraile, excitado.

—No sé qué pensar, mi señor. Dios no me ha otorgado entendimiento suficiente

para comprender tan rápidamente la manera de vivir en esas tierras. Todos mis estudios y mis conocimientos son inútiles en ese lugar prodigioso.

Los ojos del navegante se perdieron en parajes lejanos y tierras nuevas, amaneceres inauditos en los horizontes del Edén, desconocidos seres desnudos y pobres como el más mísero mendigo, que usaban el oro para cocinar.

—Vimos un prodigio que dejó nuestras mentes aturdidas. Al poner en dirección al sol un extraño cuenco todo de oro, de forma cóncava y redonda, pulido y bruñido como el vidrio más puro, manó un rayo que prendió una hoguera sin arrimar un ascua ni pegar un pedernal. Hicimos migas con aquellos hombres y descubrimos que todos hablaban de una ciudad hecha de oro: casas, cercas, suelos y techos. Era tanta la riqueza, que se reían de nuestra inocencia al cambiar abalorios por aquel oro sucio.

—¿Una ciudad toda de oro? —preguntó fray Genaro.

—Eso nos dijeron.

El marino se detuvo y dejó a los frailes que contemplaran el pequeño ídolo de oro y los códices. Se arrellanó en la silla, jugueteando con las oscuras bolas entre sus dedos. Sabía que los presentes expuestos sobre la mesa hablaban por sí solos.

Fray Tomás, como si regresara de una larga ensoñación, se incorporó en su asiento y devolvió el ídolo a su legítimo dueño.

—Bien, mi señor, vuestros argumentos nos parecen de tanto peso y fianza, y los azares que os secundan tan respetables, que creo que oiré vuestra propuesta.

El hombre se recostó sobre el respaldo de su sillón y su relajación se vio reflejada en una amplia sonrisa que no por agradable dejaba de ser enigmática. Se daba cuenta de su triunfo: ahora tenía al dominico bien sujeto en su red. La carnaza del oro había resultado decisiva. Se tomó su tiempo para proseguir. Quería alentar aún más la ansiedad en aquel príncipe que tan esquivo había sido años atrás.

—Mi deseo es fletar unas naves con la tripulación necesaria para tomar esas tierras en nombre de Fernando y de nuestra bien amada Isabel. También pido la seguridad de que se preparen navíos de guerra para apoyarme ante una represalia del Kan.

—¿Por qué llevar ejércitos tan lejos? —protestó fray Tomás—. Quizá una negociación de nuestra Corona con el Kublay Kan nos llevaría a abrir una nueva ruta hacia la India.

—Pienso, mi señor, con el debido respeto —interrumpió fray Genaro—, que lo que pretende decirnos es que si tomamos al Kan por la espalda, podemos conseguir algo más que una nueva ruta de acceso a la India.

Fray Tomás quedó unos instantes pensativo. Se dio cuenta de que la mente de fray Genaro albergaba más de una idea. Sin previo aviso, se volvió hacia el hombre y le dijo:

—¿Qué le impide al Kan tomarnos a nosotros por la espalda? Su ejército es infinitamente más poderoso y numeroso, y su flota, temible.

Aquello desconcertó al hombre, que recogió el ídolo y las bolas marrones y las

volvió a guardar en un cofre.

Fray Genaro se encaró con el dominico.

—Creo, mi señor, haber entendido los razonamientos de este hombre. No se refiere a un enfrentamiento armado por la posesión de las tierras del Kan, sino de evitar que estas caigan en su poder. No captáis la importancia de la expedición que hicieron sobre su costa. Nos habla de gentes extrañas, ignorantes de nuestras costumbres. Animales y útiles que nos hacen palidecer. Veo que no tenéis mucha idea de navegación. Gracias a Dios, yo fui instruido en lo más elemental. Una isla de más de ciento treinta días de navegación sin poder poner proa al oeste nos habla no de una isla, sino de algo mucho mayor. Tal vez el Kan ignora, como nosotros, la existencia de esas tierras. Recordad que el Kan es poderoso en los mares de China, pero también hay, según tengo entendido, un *non plus ultra* en sus costas.

Fray Tomás quedó pensativo, mirando el infinito. Costaba hacerse a la idea de nuevas tierras inexploradas, pobladas de salvajes. Tantos años de civilización y aquel hombre venía a trastocar creencias, opiniones y las más férreas tradiciones.

—Decid, señor, ¿cuánto costará esta empresa vuestra? —preguntó fray Tomás, cuyo rostro parecía haber envejecido.

—Calculado tengo que no más de dos millones de monedas y un centenar de hombres —repuso el otro.

—¿No podríais reclutar marinos, como dijisteis hacer en vuestro primer viaje?

—Mi señor, en la actualidad solo se pueden reclutar reos del Santo Oficio, y eso con garantías a la Corona.

—Y vuestros garantes, ¿cuentan con avales suficientes ante un fracaso?

—Mi señor, La Rábida cuenta con el apoyo de la Corona de Portugal —respondió molesto el marino—. Pero este es mi proyecto. Quiero redactar unas capitulaciones contractuales, por si nuestros soberanos tienen a bien aceptarlas. Quiero ser nombrado virrey de aquellas tierras.

—¿Virrey?! —exclamó atónito fray Tomás—. Sin duda os habéis vuelto loco.

Fray Genaro, haciendo caso omiso a la protesta del dominico, estudiaba con interés la magnífica obra *Correspondencia y mapa de Paolo del Pozzo Toscanelli*. Mientras hablaba con fray Tomás, el hombre iba sacando otros documentos y los disponía ante el viejo para su lectura y aprobación.

—¿Aquí se encuentran estos lugares?

—Eso es lo que creo.

Un territorio lo ocupaba el Paraíso Terrenal, otro Trasis y Offir, un tercero, anexo a estos, rezaba «Los jardines del Edén». El reino de Saba. Un poco en el interior estaban situados los montes de Saphora.

—Decid, señor, ¿por qué trazáis una línea al suroeste? Habéis dicho que esas tierras se encuentran al oeste. —Fray Genaro hojeaba ahora la *Historia Rerum Ubique Gestaran*, del papa Pío II, llena de postillas y anotaciones.

—Las corrientes derrotan al sur, hermano —dijo el hombre mientras atendía las

palabras del dominico.

—Hermano, por el amor de Dios, ¿queréis ayudarnos en esta empresa? —protestó fray Tomás.

El fraile alzó su cabeza de los libros del marino.

—Resulta imposible entender casi nada de este lenguaje que usa nuestro hombre.

Le dio un pergamino y una pluma, junto con una jicarilla de barro con un líquido negro y brillante que servía para untar la pluma.

—Bien, hermano, escribid lo que os dicte.

El marino recogió los documentos de la mesa y los puso en orden, escogió un legajo y se puso a enumerar las capitulaciones con las que el dominico intentaría ganar la autorización de los soberanos, mientras fray Genaro, con gran esfuerzo, trataba de copiar las palabras.

El dominico miró al hombre con una sonrisa que iluminó su rostro.

—Bien, señor Crist... —se interrumpió deliberadamente y con una leve sonrisa añadió—: quiero decir, almirante, hablaré con los reyes y trataremos de conseguir esos dos mil miles... quiero decir, millones de maravedís que decís costará la armada de la flota. —Se detuvo un instante para recomponer sus ideas y prosiguió—: Vos viajaréis a La Rábida y entregareis a fray Hernando una orden firmada de mi puño y letra, para defender vuestro proyecto.

»Espero que nos veamos con él en Alcalá de Henares, en el segundo domingo del mes de febrero del año próximo. Fernando e Isabel pasarán allí unos días. Os asignaremos varios capitanes, entre ellos dos protegidos de fray Gonzalo: Alonso Pinzón y uno de sus hermanos, que compartirán con vos viaje y prebendas. También os acompañará un protegido mío, fiel e inteligente, recomendado por vuestros señores, los Médici. Tomad nota de su nombre. Esto permanecerá en secreto y solo vos conoceréis su causa; nadie debe saber que pertenece a mi séquito.

El hombre se aprestó a escribir en un lado de su cuaderno de navegación.

—El hombre se llama Florentino Eimeric Vespucio, discípulo de Juanoto Berardi, proveedor de... En fin, no importa. ¿Habéis tomado nota?

Mientras el hombre asentía y recogía sus cosas, fray Genaro observó un extraño brillo en los ojos de aquel enigmático navegante, como si un gran alborozo pugnara por salir de su pecho y le costara contenerlo.

—Dadle a fray Juan Pérez mis condolencias por la pérdida de su cargo —exclamó fray Tomás—. Él sabrá comprender que todo tiene un precio. Y vos, expresamente, guardad prudencia sobre todo lo que hemos hablado y pactado. Esperad con paciencia a que os llamen ante Fernando.

»Mañana antes de partir, os entregaré los documentos que deberéis llevar a Ávila y entregar a fray Hernando en el obispado y a Juan Pérez. Espero que guardéis el mismo celo con ellos que con vuestro proyecto.

Salieron los dos frailes en dirección al convento de huéspedes. La cuesta helada se

mostraba muy resbaladiza y con grandes dificultades entraron en sus alcobas. El frío allí era sobrecogedor. El río bajaba violento y la niebla que se metía en los huesos mostraba jirones que flotaban en el ambiente. El pequeño pueblo parecía dormir.

Fray Genaro dejó sobre su cama el voluminoso legajo de documentos que redactara con el marino. Los ventanales ojivales de las paredes ululaban. Los dedos del fraile estaban entumecidos. Fray Genaro avivó, no sin esfuerzo, el fuego que languidecía y ofreció al viejo unas nueces y pan negro que había sobre la mesa.

—Decidme, hermano, ¿qué habéis hecho con la bruja? —dijo de pronto fray Tomás.

El fraile se demoró en contestar. No habían hablado de aquel tema desde que llegaran al pueblo. La entrevista con el navegante les había mantenido ocupados.

El fraile levantó los hombros y se decidió a guardar silencio. El dominico esbozó una leve sonrisa al tiempo que su ceño permanecía serio.

—¿Qué os parece esta historia del navegante, fray Genaro?

Fray Tomás miraba al fuego y se desentendió del asunto de la muchacha muerta. Fray Genaro sintió un dolor lacerante en el corazón, pero decidió sobreponerse a ello.

—Supongo que como a vos, fantástica y maravillosa —repuso—. Pero decidme, mi señor, ¿cómo conseguiréis dos millones de maravedís para esta expedición cuando el Estado no puede financiar ni la de los franciscanos? Y ¿cómo conseguiréis burlar la estrecha vigilancia de los censores de cuentas sobre el derecho de embargo de los depósitos de astillero?

—No lo sé, hermano —respondió fray Tomás, y exhaló un suspiro—. No lo sé.

—No estoy seguro, mi señor, de que los cálculos de ese hombre sean correctos —repuso el fraile—. No estoy muy versado en métrica, pero comentasteis que los portugueses habían rechazado su proyecto hace ya más de siete años. Lo que sí sé es que en Portugal existen los mejores navegantes y los mejores astrofísicos. Tuvimos en nuestro monasterio un experto portugués que iba camino de Roma; era un estudioso de Toscanelli y discutimos con nuestro maestro sobre los cálculos de este último.

—¿Y bien, hermano? —preguntó el otro, visiblemente aburrido—. Mi consejero de La Rábida también estudió con Toscanelli y avala los cálculos de este hombre.

—Todas las disquisiciones se centran en la circunferencia del mundo —insistió Genaro, desoyendo el comentario—. En la longitud del llamado ecuador, la línea imaginaria que divide la bola del mundo en dos mitades. Aquel experto la cifraba en unas veinte mil quinientas millas árabes. Toscanelli, en unos ciento veinte grados. He observado que este navegante utiliza los cálculos de Alfragano, que da una longitud de unas quince mil millas, pero también observo que usa la milla itálica, que es menor que la árabe; por tanto sus cálculos son erróneos.

—Pero, hermano —protestó blandamente el otro—, ¿qué importancia puede tener eso?

—Mi señor, bastante más de la que imagináis —repuso fray Genaro con gesto

cansino—. Una nave, separada del reino por casi mil millas, sin hacer escalas para aprovisionar agua o alimentos frescos, en aquellas mareas, lejanas y desconocidas, bien puede resultar como la paloma de Moisés, que se pierda en la mar por no tener dónde posarse.

—Realmente tenéis razón —comentó pensativo el fraile, absorto en la contemplación de un pequeño retablo—. El riesgo es enorme. Creo que me he dejado deslumbrar por el brillo del oro, pero decid, hermano, ¿cómo podremos aumentar nuestras arcas sin correr algunos riesgos?

El fraile se encogió de hombros ante la pregunta. Las cifras que se barajaban eran tan grandes que mareaban los sentidos.

—Aún tenemos una posibilidad, hermano —añadió el dominico—. Podemos viajar a Pau. Las joyas de Isabel se encuentran embargadas en la real corte. ¡Vayamos pues y rescatémoslas! Servirán para financiar el proyecto y que Dios me asista.

—Todavía tenéis otra posibilidad, mi señor —dijo fray Genaro—, si me permitís el atrevimiento.

—¡Sea bienvenida, hermano! —contestó fray Tomás en tono jovial.

—Podéis engañar a los frailes montesinos, «robando» una o dos galeras de la expedición que hará la Ruta de la Seda. Podéis aducir que se han perdido en una galerna. Las demás legaciones posiblemente os creerán. Creo recordar que el capitán Alonso Pinzón comanda tres carabelas con sus hermanos: *La María Galante*, *La Niña* y *La Varada*, ¿no?

—No, hermano, *La Pinta*.

—Sí, *La Pinta*. Pues bastará con que Pinzón mantenga el secreto. Además, vos sí que podéis reclutar penitenciados para la tripulación...

El dominico pensaba intensamente con el ceño fruncido. Al final declaró, con una suspicaz sonrisa:

—Astuto, querido hermano, muy astuto. Hay otra cosa que puedo hacer: convenceré a Fernando para que dicte una orden de Real Provisión a don Diego Rodríguez Prieto, comendador de la villa de Palos, para que financien el proyecto en pago a las prebendas disfrutadas. Sé que no les caerá de gusto, pero será mejor eso que un impuesto. Sí, tal vez pueda conseguir esos dos millones, entre las joyas y los impuestos...

Siguió pensando con el ceño fruncido. Fray Genaro también se mostraba interesado en aquella conspiración.

—Sin embargo, debo deciros que nuestra inocencia es bien patente. Esos buitres de los montesinos no dejarán ni un cabo suelto: levantarán un embargo a la Corona a la mínima sospecha, vigilarán estrechamente todos y cada uno de los puertos y resultará enojoso e imposible echar de las embarcaciones a sus espías y celadores. Molerán a todos con preguntas hasta conocer la verdad. Son terribles; tendremos que pensar detenidamente este asunto y jugar bien nuestras cartas en el más riguroso secreto.

El viejo dejó que un brillo alegre cabrillease una vez más en sus ojos.

—Me estáis sirviendo de gran ayuda hermano, sabré agradeceróslo.

Fray Genaro ya no deseaba seguir hablando con el dominico. El peso del recuerdo se hacía cada vez más intenso y sabía que solo con el sueño lograría apaciguarlo. Esperaba y confiaba que aquella noche no lo visitaran sus fantasmas.

—¿Visteis la figura? ¿Visteis el oro? —murmuró el viejo alzando su mano, como si realmente estuviese sopesando el ídolo que le mostrara el navegante—. ¡Qué maravillosos prodigios nos contó! ¡Peroles de oro, petos, espadas, cazos, tinos! ¡Una ciudad! ¡Toda de oro! Y lo más interesante, miles y miles de paganos para convertir al catolicismo. ¿Qué pensáis vos?

Fray Genaro se dio la vuelta en su camastro y contestó:

—Puede ser cierto. Pero también pueden ser las fantasías de un loco visionario o de un sibilino corsario que está intentando engañar a todo el mundo.

—Sin embargo —cortó el dominico—, en ningún momento trató de convencernos de nada.

—Lo cual no deja de ser una forma de convicción como cualquier otra —se anticipó fray Genaro—. Deja que sea el incauto quien se interese por el asunto en cuestión: solo tiene que mostrar el señuelo y esperar. De cualquier modo —concedió—, demasiado trabajo y molestias se toma para conseguir esa expedición.

—¿Dais credibilidad a la idea del navegante?

Fray Genaro se incorporó y se sentó en el camastro.

—En cualquier caso, él sí la cree. Su humilde condición no le permitirá jamás vivir en palacio y menos con su fama de corsario. Por eso busca el reconocimiento del mundo civilizado.

—No os entiendo, hermano.

—Mi señor —prosiguió fray Genaro con calma, mirando la silueta oscura del dominico—, todo este asunto hay que tomarlo, creo yo, como un gran acto de fe. Si vos no creéis en lo que nos cuenta este hombre, la expedición, sea cual sea, fracasará. No quisiera tener en mis manos esas capitulaciones.

—Sí, tenéis razón, hermano. Lo paradójico es que el momento propicio para que Fernando las firme será en la visita prevista en Santa Fe, en su campamento militar en las inmediaciones de Granada.

—Creo que no solo desembarcó —añadió fray Genaro—, sino que pasó muchos meses en aquellas tierras, hasta que se convenció de que allí no conseguiría el poder que él pretendía, o que para vivir allí se necesita un ejército.

Se frotó el rostro con las manos para despejar los pensamientos que comenzaban a inundar su cerebro, contaminando su espíritu.

—¿Y las condiciones del contrato? —dijo después de un corto silencio—. Impone ser nombrado virrey de los territorios conquistados si demuestra fehacientemente la conquista de un nuevo territorio. De esta manera se asegura inmunidad real, aunque allí no llegue a ser más que dueño de una pequeña parte del territorio. —Se detuvo

otro instante para pensar—. Tal vez, con el debido respeto, sea mejor moderar la gloria de los hombres y trabajar por la gloria de la Iglesia y la fe.

2

Los postigos de la ventana estaban completamente abiertos y la luz entraba a raudales por el hueco. Los oscuros pinos buscaban la cima en un esforzado e interminable ascenso a las cumbres. El cielo mantenía todavía su azul luminoso; el sol, radiante, estaba muy alto. El gris neblinoso que subía del río parecía dispuesto a asfixiar a la población que dormitaba en el valle.

Fray Genaro salió a caminar calle abajo en busca de fray Tomás.

—¡Chiiss! Hermano, aquí; fray Genaro... aquí. —La cabeza de Zoshimo asomaba por la mitad superior de la puerta y su rostro sonriente le invitaba a acercarse.

El fuego hacía borbotar un par de pucheros que pendían de un trípode de hierro; le trajeron a la mente la cueva de las Guixas y se sintió abatido. Zoshimo le palmeó la espalda con un atrevimiento infantil, signo inequívoco de amistad y respeto. El fraile le correspondió con afecto, mirándole a los ojos. El otro le señaló una silla de anea y le ofreció una taza de vino caliente. Un rebullir de pajas y ropas en un rincón oscuro de la estancia le avisó de que no estaban solos.

—Es Jean Paul de Artús, del otro lado de la raya. Vive en el señorío de Aragües, pero llegó ayer. Tiene que atender unos negocios en el portazgo. Él es guía, como yo. Todavía no se explica cómo me he dejado convencer para hacer este condenado viaje en estas fechas con vos.

Un hombre de piel cetrina y oscura salió de las sombras y se acercó a fray Genaro con una escudilla de vino en la mano, la tendió al fraile y lo miró con curiosidad. Sin duda era un veterano montañero capaz de salvar las montañas más altas. Sus piernas, como troncos de árbol, lo demostraban.

—Preguntadle, si así lo deseáis, sobre aquello que no supe responder en Jacca, cuando me liberasteis del verdugo. Hermano, este hombre ha sido designado por el consejo de ancianos como la memoria viva del Bearn y Campus Francus. Vino a estas tierras nada más nacer, pero sus padres no quisieron que perdiera su lengua ni su origen.

Fray Genaro se detuvo a pensar un poco y de repente preguntó, como si no estuviese interesado en la respuesta:

—Decidme, buen hombre, ¿os dicen algo las palabras «*Caligae Allah*»?

—¿Cali... qué?

—«*Caligae Allah*» —repitió fray Genaro, aunque por la expresión del hombre y el gesto de negación con la cabeza supo que no le decían nada—. No os preocupéis, hermano, y gracias por vuestro interés —añadió dirigiéndose al guía.

—¿Qué significa eso de «*Caligae Allah*»? —preguntó el otro sin resignarse.

—*Caligae* en latín significa «sandalia» y *Allah* supongo que será el Dios musulmán.

—¿Sandalia de Alá? ¿Sandalia de Alá, sandalia de Dios?... —De pronto, sus ojos

se iluminaron—. L'empreinte de Dieu. La huella de Dios. ¡Eso podría ser!

—Podría, hermano, podría —respondió con voz de sorpresa fray Genaro.

—Hay en lo alto del San Porto una roca que roza los cielos y que los guías del Bearne llamamos *Le mont du Dieu l'empreinte*, el monte de la huella de Dios. —Se dirigió a Zoshimo como si aquel asunto fuese el más trascendente de la historia de la humanidad—. ¿No recuerdas, amigo? La roca que se ve hacia el oeste, un pico que parece como una pisada, como si un gigante hubiese puesto allí su pie, como si Dios hubie...

—¡Claro, qué tonto que soy! —repuso Zoshimo, dándose un golpe en la frente con la palma de su mano—. ¿Cómo no he caído en ello? ¡La huella de Dios! Nosotros, en esta vertiente, lo llamamos la «zapatilla». Tiene una extraña forma de A... ¡Claro, mi señor! Es la roca que vimos a través del agujero en la roca, cuando enterramos a... Mal... Mal-haya. No supe identificarla en un principio, pero ahora...

Los dos hombres se quedaron mirando al guía, que de repente sacudió la cabeza como arrancándose de sus pensamientos un mal sueño, sonrió y miró a ambos. Se sentían como si hubiesen solucionado un gran misterio.

Después de unos tragos de vino, el fraile se levantó y se despidió del hombre y de Zoshimo. Con paso vacilante salió al aire libre, con el propósito de unirse al dominico. Poco a poco iba aclarándose el enigma del escriba de Vera y las transcripciones que había conseguido traducir: «En el Summo Portu, la corona del magnífico en el cuello, dos tiros de ballesta sobre la huella de Dios».

Todo iba encajando. ¡Estaba a punto de encontrar una pista firme que le guiaría hacia donde estaban escondidas las Parias del sarraceno!

De un vistazo recorrió todo el pueblo, casi vacío. Fray Tomás hacía mucho rato que lo esperaba en la iglesia. El dominico había estado trabajando duro aquella espléndida mañana. Envió al párroco con el navegante a Toledo y posteriormente a Palos de la Frontera, donde esperaba instrucciones para ver a los soberanos.

Fray Genaro entró en la iglesia y se acercó al viejo, que se encontraba en un reclinatorio, rezando.

—He tomado una decisión, hermano —dijo de pronto el dominico—. No podemos permanecer mucho tiempo aquí; pronto los secuaces de nuestro obispo de Jacca interpretarán que hemos logrado huir hasta aquí y mandarán refuerzos. Subiremos al portazgo y coronaremos el Summo Portu. Es el camino más corto a través del paso para ir a Pau. Quiero reclamar las joyas de Isabel y tratar su embargo con Gastón de Febos.

Fray Genaro sonrió. Decididamente, las instrucciones para el capitán Alonso Pinzón no dejaban lugar a dudas de que el plan que él había propuesto tenía una buena acogida. Se daba cuenta del plan del dominico. Mandaba al párroco a Toledo llevando una orden de apresamiento del tal Luis de Santangel o, cuando menos, alguna orden de espionaje hacia su persona.

Luis de Santangel era el escribano del soberano y estaba obligado por su condición a ser él quien financiara a la Corona. La astucia del príncipe no parecía tener límites y su falta de escrúpulos, tampoco. De esta manera, se aseguraba de que el trato con Fernando no pasaría por la mediación imprevisible con su escribano. El monarca, privado de sus consejos, escucharía las palabras de fray Tomás y los proyectos de Isabel. No tenía el menor reparo en disponer de las personas, aun a riesgo de sus vidas.

—Mi señor, humildemente os pido que reconsideréis la decisión de acometer el Summo Portu ahora. Nada conseguiréis si perdemos la vida en el empeño. Podríamos aprovechar la protección del navegante e ir a Toledo con ellos. Yo me recogería en mi monasterio y dentro de unos meses...

—Hermano, no nos queda más remedio que embarcarnos en esta empresa, con un riesgo mayor a todo lo que hemos conocido hasta ahora. Siento que todo en el seno de la Iglesia está perdido, Fernando solo piensa en reconquistar Granada. Grandes hechos van a suceder en los próximos años y yo aquí, maquinando una conjura que me encumbre de nuevo ante la corte con todos los adjuntos en mi contra. Mi situación es desesperada. Ya no puedo volver a palacio si no es con una gran baza en mi poder, que restablezca la confianza de los soberanos. Fernando me evita, diciendo que mi intolerancia es insufrible y que trato de abatir las soluciones que plantea a los problemas. Isabel se ha sentido atacada por mí: quizá me dejé llevar por mi celo respecto a la pureza de la sangre y censuré con demasiada vehemencia la venta de bulas a los judíos ricos. Incluso ha nombrado a otro confesor. —Se detuvo un

instante. Le costaba hablar de estos asuntos—. Fernando me lanzó un reto. Era el único medio de recuperar mi credibilidad ante el gobierno del reino y no creo que sea capaz de cumplirlo. El descrédito y el oprobio me esperan; si no consigo solucionar la penuria del tesoro, mis enemigos se echarán sobre mí. Tampoco podrán los soberanos mantener en un prudente secreto mi alejamiento de la corte. No tardarán mucho mis enemigos en averiguar que no gozo del favor y protección de los reyes. ¿Qué puedo hacer, hermano?

Fray Genaro creyó apreciar una súplica en los ojos del dominico. Era la primera vez que veía una expresión desolada en el rostro del príncipe. Un brillo titilante apareció en su pupila, aunque no estaba seguro de que fuera una lágrima.

—Si me permitís la licencia, deberíais aceptar la voluntad de Dios, ¿no creéis, mi señor?

—¿Y quién velará por el sostenimiento de la Iglesia? —exclamó el dominico con repentina viveza—. ¿O por la fe de los fieles? ¿Por la salvaguarda de la pureza de la sangre? ¿Quién erradicará la herejía maniquea de Oriente, el judaísmo los falsos conversos...?

—Hay otros santos varones con gran capacidad —cortó fray Genaro.

Fray Tomás clavó sus ojos en los del fraile. Toda la desesperación del instante anterior había desaparecido, y en su lugar asomaba de nuevo a sus ojos aquel extraño brillo que infundía temor a cuantos lo miraban.

—Vos no lo entendéis, ¿verdad, hermano? Si Dios me da este amargo cáliz para castigar mi vanidad, sea bien recibido; si quiere doblegar mi orgullo con esta prueba, aceptaré con resignación su voluntad. Pero prefiero mil veces que me llame a su lado, que siegue mi vida y me prive del último aliento, antes que contemplar cómo la herejía se extiende de nuevo.

—Si he comprendido bien las conversaciones de los príncipes y entendido vuestra desesperación —interrumpió el fraile—, parece que vuestro sucesor espera paciente a que caigáis solo.

Las palabras de fray Genaro se clavaron en su corazón como un frío cuchillo.

—Ya os lo dije en una ocasión, debo evitarlo a toda costa. No puedo permitir que eso suceda.

—Mi señor, la voluntad de Dios nos resulta incomprensible y sorprendente a todos, y estimula en unos el amor y en otros el temor a sus designios. Pero en vuestro caso, solo os mueve el poder.

—Exacto, hermano, el poder es lo único que sostiene mi obra. ¿Cómo puedo abandonar la Iglesia y el Estado a su suerte ante tanta ignominia e iniquidad?

Se interrumpió con aspecto desolado para mesarse los cabellos. Fray Genaro imaginó cómo el espíritu de la Iglesia y el gobierno de Fernando se quebraban bajo el peso de la herejía, la debilidad y la falta de recursos.

—Comprendo, mi señor.

Pero no pudo reprimir un pensamiento de piedad por todos los que habían sufrido

en el potro y muerto en la pira, mientras fray Tomás avanzaba en su «obra». Inspiró aire hasta llenar sus pulmones. Aprovecharía esta nueva oportunidad que el destino le prodigaba y proseguiría su búsqueda. Tal vez su anhelo de encontrar las Parias no fuera tan fútil como le había parecido durante todo su periplo. Si consiguiera hallarlas no solo sería felicitado y reconocido por sus mayores, sino que ayudaría de forma sustancial a la Iglesia; aunque jamás apoyaría la obra de fray Tomás. Se vería de nuevo en compañía de aquellos príncipes que en Jacca compartieron mesa con él, aunque por otros motivos.

La tremenda helada de la noche anterior había dejado el manto blanco como de cristal, duro y quebradizo. Decidió que abandonaría al príncipe cuando descubriera el lugar de las Parias, hubiera o no oro. En su fuero interno, y a pesar de que su soberbia se alzaba de nuevo ante él, desafiándole, no quería que el dominico fuera quien ofreciera a la Iglesia el mayor tesoro perdido de toda la cristiandad.

—Os ayudaré, mi señor. Sabéis que podéis contar conmigo.

Fray Genaro sintió que su alma se ennegrecía un poco más y la soberbia volvía a su corazón, pero ya no le importó. Después de los sufrimientos y las muertes a las que había asistido, pocas cosas le importaban ya.

CAPÍTULO 16

El portazgo

Fray Tomás mandó llamar al guía y envió a fray Genaro a comprobar que el navegante había partido. Una mujer le indicó que tres hombres habían aprestado siete mulas mientras comentaban su intención de doblar hacia el oeste, una vez pasado Aruej.

Aquel día lo pasaron informándose de las posibilidades que ofrecía la subida al portazgo de Campus Francus. No podían permanecer mucho tiempo allí enquistados. El tiempo y el temor a los hombres del obispo les apremiaba a abandonar el lugar. El camino al portazgo era una trocha larga e interminable, de una legua de distancia, una ascensión ininterrumpida. Posteriormente, quedaba otra legua y media hasta el San Porto.

Al día siguiente, después de una larga y tensa espera, sumidos en sus propios anhelos y frustraciones, una campana en la lejanía anunció la alborada. Todavía no se habían disipado en la mente de fray Genaro las lúbricas imágenes de la muchacha y sus enigmáticos ojos verde jade, que le habían perseguido en sueños, cuando Zoshimo subió las escaleras y abrió las puertas de los dormitorios.

—Hermanos, es la hora.

Un candil de aceite alumbraba con su luz mortecina los rostros de los tres hombres. Todos guardaron silencio mientras sacaban de los fardos los capotes y los pertrechos necesarios para acometer la terrible ascensión al portazgo. Se colocaron todos los aperos sobre los pies, las cabezas o las manos para salvaguardarlos del frío.

Fray Tomás rezongaba, protestaba e imprecaba a todos los diablos mientras trataba de ponerse las calzas de piel. Echaba vaharadas de vapor por el esfuerzo y sudaba desesperado. Zoshimo intentaba ayudarle y le rogaba que se calmase. Si había ventisca o viento fuerte del norte, el sudor se helaría y podría morir. Fray Tomás se dejó convencer y al cabo de un rato estaba listo. Todavía no despuntaba el alba con claridad en el cielo cuando los tres hombres salieron al zaguán de la casa. Sabían que les aguardaba una dura y fatigosa jornada.

Se pusieron en marcha. La claridad despuntaba con tintes de fuego. El sol asomó tímido por encima de las colladas y crestas, empujando las sombras del fondo del valle hacia el oeste. Zoshimo se había informado del estado de la foz de Campus Francus: las últimas nieves la habían hecho más peligrosa. En lo alto de esta se descolgaba una catarata que descendía retumbando desde la cima de la montaña, aumentando el caudal del río Aragón.

El verdadero peligro consistía en salvar las casi sesenta varas de desnivel vertical, desde el lecho del río hasta la parte superior de la foz. Una estrecha y angosta trocha, excavada a pico en muchos sitios, serpenteaba al lado opuesto del río.

Jean Paul de Artús, el amigo de Zoshimo, le había contado que los hombres del portazgo realizaban muchas y continuas batidas contra los lobos. Subieron unos peligrosos y serpenteantes rápidos, y desembocaron en una tabla, donde las aguas

parecían descender veloces, antes de precipitarse en línea recta hacia el fondo del valle, en dirección al pueblo. Casi al mediodía se detuvieron en la orilla del río.

Al fondo de la tabla de agua se encontraba la foz. Era una muralla natural de roca de casi cuatro varas de espesor, que el terreno, con el paso de cientos de millones de años, había levantado hasta ponerla vertical, cortando el valle de parte a parte. Una gran laja de piedra de más de treinta varas de altura y cuatro de espesor cerraba el paso. La presa natural cedía a la acción del agua a través de una grieta por donde se desalojaban millones de litros de agua.

Solo había dos caminos: o la peligrosa ascensión por la serpenteante senda de la foz o la trocha abierta por la rota, que daba un enorme rodeo por las laderas del valle. Subir por allí les llevaría más de un día; tendrían que pasar la noche o más al raso y el frío no aconsejaba tal acción. Zoshimo no se lo pensó dos veces: subirían por la senda.

El acercamiento a la empinada e interminable cuesta rompió las piernas de los frailes, y agotó al guía. Fray Genaro avanzaba con el ánimo reventado y fray Tomás soltaba una maldición a cada paso. El dominico centraba todos sus afanes en aspirar grandes bocanadas de aire a través de su embozo, hasta que se quedó derrengado en un hoyo de nieve, sin poder salir. No podía más, y en un acto reflejo e irresponsable se quitó el embozo y el aire frío, helado y puro inundó sus pulmones.

Zoshimo se detuvo al ver al dominico, se abalanzó sobre él y le agitó intentando ponerle el embozo:

—¡Perderéis la voz y caeréis enfermo! ¡Descansaremos un momento!

Tres manchas oscuras sobre el manto blanco. Tres grotescas figuras a las que parecía que les hubieran cortado las piernas, hundidos en la nieve, perdidos en la piel blanca de la montaña.

—¡No podemos quedarnos mucho tiempo! —gritó de nuevo Zoshimo—. ¡La catarata nos empapará si continuamos parados! ¡Sigamos!

Poco a poco, la nube de agua en suspensión se acercaba a ellos con una lentitud exasperante: una fina lluvia de minúsculas gotitas de agua que volaba con la brisa. A través de ella vieron la catarata. El espectáculo era magnífico; la naturaleza ofrecía a sus ojos una maravillosa combinación de hielo y agua. Todos los árboles, arbustos y ramas aparecían completamente blancos, como si fueran ramas de azúcar. La catarata suspendida en el espacio se mantenía congelada en el aire, sostenida sobre el vacío, detenida en el tiempo, con mil caprichosas formas.

Fray Genaro recordó la cueva de las Guixas y acarició el frasco de cristal que llevaba junto al pecho, con un brillo evocador en los ojos.

Un grueso tronco de árbol, abatido sobre el lecho del río, formaba un improvisado puente que unía las dos orillas. El lomo estaba cubierto de una capa de musgo helado; parecía una temeridad atravesarlo. Zoshimo encaró el tronco que cruzaba el tumultuoso rápido. La costra de hielo hacía brillar el sol lanzando destellos en todas direcciones.

En ese momento, una rama desgajada desprendida del borde de la catarata cayó en el hombro de Zoshimo. Su cuerpo se desestabilizó, el hielo se resquebrajó, emitió un crujido y el guía cayó al agua. Fray Genaro y el dominico contemplaron estupefactos cómo las aguas engullían el cuerpo de Zoshimo, que braceaba con furia para mantenerse a flote entre los remolinos. Fray Genaro se lanzó a la orilla con la mano tendida en un inútil intento de agarrarlo. Fray Tomás se quedó inmóvil sin saber qué hacer.

Una mareada de agua desprendida del borde superior separó al guía unos metros de la catarata. Zoshimo se pudo agarrar de manera milagrosa de la mano de fray Genaro, quien con gran esfuerzo logró acercarlo al hombre hacia la orilla, donde fray Tomás los ayudó a salir del torrente.

Fray Genaro no sabía qué hacer. El guía temblaba, aterido, tendido en la nieve. Sus labios y su nariz estaban casi congelados. No tenían leña para encender un fuego ni tiempo para recogerla.

—¡Por el amor de Dios, mi señor! ¡Ayudadme! ¡Si lo dejamos así morirá en pocos minutos!

El dominico reaccionó al grito. Aún seguía perplejo por el accidente y se acercó a ellos. Zoshimo miró a fray Genaro y le dijo con un temblor:

—¡Dejadme, hermano, estoy muerto! Dejadme y recordad el pacto que hicimos, ¡por el amor de Dios, no me dejéis aquí! ¡Enterradme, cueste lo que cueste!

—No os enterraré, hermano. Estamos muy cerca; iremos al portazgo y saldréis de esta. ¡Vamos!

Sacó de su petate la enorme piel de oso curtida que llevaban para dormir y se quitó su propio capote. Desnudó completamente al guía y le puso unos pantalones recios que llevaba de reserva, una chaqueta de fray Tomás, lo cubrió con su capote y le obligó a levantarse. El hombre se hallaba ya anquilosado y apenas podía sostenerse en pie, pero apoyándose en los frailes se plantaron ante la senda que ascendía la ladera. Habían dejado atrás toda la impedimenta. Subían con desesperación, con rabia, desollándose manos y rodillas por las continuas caídas.

Al llegar arriba, vieron unas exiguas lucecitas que parpadeaban en la lejanía y sus espíritus se revitalizaron. Fray Genaro estaba helado; sin su capote, el frío se le metía en los huesos. Se sorprendió al ver una sombra ante ellos. Se trataba de un lugareño que, sin pensarlo ni un momento y al ver cómo se encontraba el guía, ayudó a llevarlo hasta la primera cabaña del portazgo: la casa de abastos.

Allí, los tres hombres colocaron al guía en una mesa. El vecino encendió un buen fuego mientras los frailes quitaban al guía las botas y las calzas, que se habían congelado sobre sus pies. Zoshimo no se movía; solo algún leve estremecimiento recorría su cuerpo. Parecía vencido por el fatal y salvaje zarpazo que la naturaleza le había asestado, como si la montaña se vengara de él por haber tenido la osadía de cruzarla en invierno.

—Puede que no sobreviva —observó el hombre mientras frotaba enérgicamente

las mejillas del guía con sus manos—. Hay que mandar aviso al sanador. Si tenéis dinero, quizá viva.

Fray Genaro miró al dominico con un gesto desesperanzado; sabía que no tenían dinero y que, aunque fray Tomás lo tuviese, no estaría destinado para ese caso.

—¿Existe autoridad aquí? —preguntó fray Tomás.

—Sí, a fe mía —contestó el hombre, extrañado—. Tenemos un alcaide, una corporación mancomunada y el consejo de la rota y porta.

—¡Bien! En tal caso tranquilizaos, hermano —indicó el príncipe, dirigiéndose con suavidad a fray Genaro—. Trataremos de salvar a nuestro guía.

Al cabo de un rato, el hombre regresó con otro lugareño que llevaba un petate a la espalda: era el sanador. Observó al guía y meneó la cabeza con gesto de preocupación. En un aparte, les dijo:

—Tiene mucha suerte de estar vivo. Debe de ser un hombre muy fuerte para aguantar con este frío desde la badina del río hasta aquí, completamente empapado. Tendré que amputarle la nariz y los labios, y posiblemente el pie derecho. Le puedo hacer una cura... violenta, ¿comprendéis? Si es fuerte y la resiste, salvará el pie; si no... Será una operación larga y os costará dinero. Si la cura sale bien, podrá caminar de nuevo en diez o doce días. Confiemos en Dios; tal vez no haya que amputar.

Fray Genaro se sobrecogió mientras escuchaba un leve gemido del guía, emitido desde la sala contigua; comprendía su estado de ánimo.

Se acercó al camastro y se sentó en el borde. A la luz pálida del candil que había en la pared de la alcoba, vio el brillo de los ojos entreabiertos del guía, que lo estaban mirando. Su respiración era entrecortada y por la boca exhalaba el olor característico de la fiebre.

—Hermano, no quisisteis dejarme en el río. Ahora tenéis que dejar que me corten la nariz y los labios. ¿Qué va a ser de mí?

—Tranquilizaos, hermano. Dios dispone de nuestras vidas.

—Sí... Dios. Él.

Fray Genaro salió de la estancia y miró al dominico, que hablaba con el curandero. Este parecía querer zafarse de una responsabilidad que no le agradaba. Fray Tomás, sin inmutarse ante las protestas del hombre, le indicó que volviera al día siguiente, que se le pagaría. El hombre dudaba: no quería hacer un trabajo sin percibir su sueldo, pero tampoco quería airar a aquel fraile cuyos modales le intimidaban.

Finalmente aceptó, aunque de mala gana. Desplegó sus instrumentos y extrajo de una mochila unos cuantos tarros y ungüentos. Depositó con extremo cuidado en el centro de la mesa un frasco de color verde que contenía un líquido espeso.

—Es un fuerte narcótico; le administraré una ración y luego lo operaré. Os dejaré una toma, pero deberéis tener mucho cuidado, pues si sobrepasáis la dosis, podría morir.

No costó mucho esfuerzo que cayera en un sueño profundo. El curandero le sujetó los pies y las manos con correas de cuero, le puso un palo entre los dientes y

sin más preámbulos le descubrió el pie derecho.

Cuando el sanador terminó su operación en el pie, se aplicó sobre el rostro del guía. Fray Genaro asistió sobrecogido a la carnicería. El guía jamás conseguiría que nadie le diera ocupación, con la nariz y los labios cercenados: eran las mismas amputaciones con las que se penaban la pederastia y el infanticidio. Ninguna mujer, madre, doncella o prostituta aceptaría a su lado un hombre así. Allá donde se presentase, sería recibido a pedradas. No conseguiría ser aceptado ni como un mísero sirviente de convento. Su única opción sería unirse a alguna partida de bandoleros, a la espera de que le dieran caza y muerte los Mangas Verdes.

Miró al sanador, que se entretenía limpiando con agua los estiletes y la pinzas delicadas de su instrumental, a la espera de su paga.

—Le daréis tres gotas de este líquido en un poco de agua. Es un compuesto de hojas de sauce y digitalina, un fuerte veneno.

Solo tres gotas cada hora monacal; más de seis le provocarían la muerte. Mañana vendré a hacerle una primera cura.

Se quedó mirando al dominico, pero ante su indiferencia, salió de la estancia sin despedirse.

La noche fue lenta y agónica. A fray Genaro, invadido por los remordimientos, le fue imposible conciliar el sueño. El guía había sacrificado la vida por salvar la suya. ¿Qué podría decirle cuando despertase y le preguntara? Trataba de justificarse pensando que el hombre estaba perdido cuando lo rescataron de la torre del Justicia en Jacca, pero en su corazón sentía cada vez más vergüenza.

Al alba, el sanador levantó el apósito que había colocado el día anterior. Se le veían los dientes y las encías, su rostro parecía una calavera. Revisó la oreja, descubrió el pie y observó detenidamente los dedos restantes. Finalmente se incorporó, satisfecho.

—Creo que no será necesario amputar el pie. Posiblemente recuperará los dedos que le quedan. Hemos hecho un buen trabajo, hermano.

La noticia dejó frío a fray Genaro.

El sanador recogió sus talabartes y se dirigió al dominico, quien, asomado a la ventana, permanecía ajeno a las operaciones.

—Mi señor, he terminado mi trabajo por el momento —dijo con humildad afectada desde el umbral de la puerta—. Desearía que satisficierais ahora mis necesidades pecuniarias.

—Seréis pagado con largueza —exclamó el dominico sin volverse siquiera a mirar—. Cuando llegue el momento. ¿Dónde puedo ver al alcaide?

—Permitidme que os acompañe, mi señor.

—Si no os importa, mi señor, también iré yo; necesito un poco de aire fresco —intervino fray Genaro.

Los dos frailes y el sanador salieron de nuevo al exterior. En unos cobertizos al lado del río vieron a un grupo de hombres comandados por otro que lucía un

sombrero con borlas. Fray Genaro no pudo reprimir un sentimiento de alarma al recordar al alcaide de Jacca.

Poco duró la entrevista con el preboste. Fray Tomás se dirigió al hombre y sin preámbulos le dijo que quería dos mulas y pertrechos para cruzar la raya.

—¿Tendréis oro, supongo? —preguntó el hombre, sorprendido.

—En absoluto; ¡me lo proporcionaréis en nombre de Fernando rey de Castilla!

El alcaide se rio con ganas de sus pretensiones. Los hombres que lo acompañaban también rieron la ocurrencia. El dominico metió la mano en la faltriquera, sacó un billete lacrado de pasta de cáñamo y se lo tendió. El alcaide desdobló cuidadosamente el papel y trató de leer. Después de varios intentos se lo tendió a uno de sus hombres:

—Léelo.

Nosotros, Fernando e Isabel, rey y reina de Aragón y Castilla por la gracia de Dios, nos dirigimos a vos, que os encontráis ante nuestro protegido, fray Tomás de Torquemada, confesor de la reina, primado de la Iglesia, delphin de palacio y primado de los reverendísimos padres predicadores para conminaros a satisfacer las demandas de nuestro protegido sean cuales fueren. Por todo ello, seréis ampliamente recompensado.

Las rúbricas que aparecían al pie no dejaban lugar a dudas sobre su autenticidad. El alcaide miró durante largo rato las firmas y finalmente dijo:

—Os procuraremos alimentos, hospedaje y atención a vuestro compañero herido, pero eso es todo. Las prebendas de palacio jamás llegan a estos parajes.

Se dio la vuelta y se alejó de allí seguido de sus hombres, que se volvieron a mirarlos con curiosidad mientras se alejaban.

—Pero, mi señor, ¿cómo es posible que ese hombre se atreva a desobedecer una orden real? —preguntó fray Genaro.

—Deberemos darnos prisa, hermano, no podemos quedarnos aquí mucho tiempo. Este animal puede denunciarnos al señorío de Aruej —dijo el dominico, preocupado—. Muy seguros se sienten estos caciquillos en tierras dejadas de la mano de nuestro bien amado Fernando. Cuando vuelva a palacio deberé rogarle que fortalezca esta parte del reino con mano recia. Mientras tanto, aprovechemos lo que la providencia pone a nuestro alcance, hermano.

Aquella noche fue la peor. Zoshimo se revolvió inquieto en su camastro; tenía terribles dolores en el rostro y el pie. El sanador había llegado tarde y de mala gana: sabía que el alcaide encontraría la forma de negarle su paga. Le limpió los apósitos sin miramiento y le suministró poco unguento; el calmante que le diera el primer día dijo que no lo había traído, añadió que era muy costoso de conseguir y el poco que le quedaba en la botica lo reservaba para quien pudiera pagarle en oro, no con falsas promesas.

Los alimentos que recibieron fueron escasos y de la peor calidad; apenas encontraron algo de sabor en el brebaje que les dieron como si fuera sopa. «Aceptemos los dones que nos envía Nuestro Señor. Él vela por nosotros», dijo el dominico, sin que fray Genaro pudiese saber si en sus palabras predominaba la ironía

o la amargura.

Fray Genaro se durmió en la estancia del guía, dispuesto a velar su sueño. No supo si fue por un ruido o un gemido del hombre, pero de repente se despertó. Vio el rostro de fray Tomás inclinado sobre él y se sobresaltó.

—¡Por Dios, mi señor, me habéis asustado! ¿Qué queréis? —preguntó el fraile.

El dominico se retiró al instante y con un cierto azoramiento, le dijo:

—Disculpadme, hermano, estabais gritando; sin duda teníais una terrible pesadilla.

Al amanecer, el guía parecía recuperado de la tiritona y la calentura. Trataba por todos los medios de tocarse la cara con la mano y tanteaba con los dedos en un intento de hacerse una idea de la nueva configuración de su rostro mutilado.

—¡Decidme, hermano! —preguntaba a fray Genaro a través de sus párpados hinchados y amoratados—. ¿Qué es lo que veis?

El fraile contuvo sus emociones mientras miraba aquel rostro terrible. Semblante hostil al espíritu. Máscara de festejos paganos. Ojos que jamás volverían a mirar de frente a mujer alguna.

—Hermano —musitó el fraile con suavidad—, veo a un hombre desgraciado que se atormenta por su rostro y se olvida de alabar a Nuestro Señor por conservar la vida.

Fray Genaro se avergonzó de sí mismo.

—Él debía haberme privado de ella —comentó el otro con amargura.

—Hermano, no blasfeméis.

—Decidme, ¿qué intenciones tiene el príncipe? —insistió Zoshimo cambiando de tema, pero con la misma excitación febril.

—Descansad, hermano, os conviene descansar.

—¡Decídmelo, por el amor de Dios!

El fraile vio en sus ojos el mismo brillo que tenía cuando apuntó con su ballesta al pecho del fámulo, allá en el páramo.

—Está buscando otro guía, hermano —admitió en un susurro.

—Decidle que estaré listo. Pronto..., muy pronto. Tal vez mañana.

Pareció relajarse y se recostó en el cabezal del camastro.

—¿Listo? ¿Listo para qué, hermano? En lo que debéis pensar es en sanaros. Después, Dios dirá.

Fray Genaro esperaba alguna reacción, algún sollozo, la desesperación contenida que pugnaba por salir, la certeza de que se encontraba perdido. Pero solo apreció un brote de determinación.

—Hermano, no partiréis sin mí. Decídselo al príncipe.

CAPÍTULO 17

La ascensión al Summo Portu

1

Encontró a fray Tomás en la sala contigua, mirando por la ventana. Parecía esperarle. Cuando lo oyó, se volvió y dijo:

—Hermano, salgamos. Debemos procurarnos pertrechos para subir al San Porto.

—Pero mi señor...

—¡Obedeced, hermano! —exclamó el dominico entre dientes.

Salieron a la calle, después de comprobar que Zoshimo dormía, aunque el fraile no pudo saber con certeza si estaba fingiendo. No podían llevarse a aquel hombre con ellos.

La tremenda rosada que había caído la noche anterior, enmascarada con la nieve de anteriores ventiscas, se manifestaba en toda su dureza. Parecía meterse entre los capotes y empapaba los pies. La capa helada crujía a cada paso, resistiendo el peso de los cuerpos. El suelo se encontraba realmente peligroso, más resbaladizo que días anteriores.

—Mi señor —le soltó fray Genaro de pronto—, ¿qué vamos a hacer con nuestro guía?

—¿Hacer? ¿Qué queréis decir, hermano? ¿Qué pensáis que debemos hacer?

—No podemos dejarlo aquí. Sin vuestra protección sabéis de sobra que morirá.

—Escuchadme atentamente: cuando el guía cayó al agua, ninguno de nosotros, ni él mismo, daba un grano de arroz por su vida y, sin embargo, allí lo tenéis, vivo y coleando. Solo el Señor dispone de nuestras vidas. ¿Qué podemos hacer nosotros contra sus designios?

—Pero podríais enviarlo a Jacca, al hospital de lazaretos. Una orden vuestra será suficiente. Una vez allí...

—¡Basta! ¿Soy acaso responsable de que cayera al agua? Él estaba muerto cuando lo sacasteis de la torre del Justicia en Jacca.

El fraile calló e inclinó la cabeza. Ahora comenzaba a intuir las pretensiones del guía cuando les pidió que le dejaran morir: quedarse en aquel lugar equivalía a agonizar como un perro apaleado.

Siguió los pasos de fray Tomás. Odiaba la capacidad de aquel hombre de asumir con naturalidad los hechos que acaecían, fueran cuales fueran. Un poso de cólera germinaba en su interior contra aquel fraile que los había conducido hasta el techo del mundo, dejando tras de sí tantos y tantos cadáveres... Jamás debía haber iniciado aquel periplo. Debía haberse recluido, como los demás monjes y otros grandes hombres, en la clausura y la meditación.

Prefirió aliviar la presión de su espíritu con el olvido. Aquel pensamiento que reptaba desde lo más hondo de su espíritu le dolía en el alma.

Se habían detenido en una casa cuyo portón abierto mostraba un gran almacén con multitud de aperos, herramientas y utillajes de todos los tipos. Una mujer aún lozana, pero castigada por los avatares del tiempo y la climatología, les indicó que el amo llegaría pronto y que tendría mucho gusto en venderles los aperos que precisasen. Les acompañó a una sala para que esperasen y cerró la puerta.

Cuando se quedaron solos, el dominico se acercó a un brasero y a continuación comenzó por quitarse el tabardo que aún llevaba puesto y luego un recio jersey de lana que llevaba sobre el hábito. Finalmente se remangó la camisa; sobre la piel desnuda y sin vello de su vientre, una cinta del color de la carne rodeaba su abdomen, como si fuera un cinto. Con gran cuidado se lo quitó y entre los pliegues de este apareció una moneda reluciente de color amarillo brillante, que lanzaba destellos y chiribitas de oro.

—¡Un castellano de oro!

—Así es, hermano. ¡El último, vive Dios! Con esto podremos proveernos convenientemente.

—¡Pero aquí no podréis comprar mulas!

—Lo sé, hermano, pero compraremos víveres. Por lo demás, caminaremos. Haremos gala una vez más de nuestra condición de peregrinos —dijo con aire jovial, gesticulando con los brazos.

El lugareño que les vendió las provisiones y unas recias mantas de lana también les indicó que quizá no fuese el día más acertado para intentar una escalada. Las señales que traían los vientos de las montañas no eran nada halagüeñas.

La primera jornada subieron en dirección norte. Echaban el alma por la boca. El esfuerzo resultaba agotador, siempre cuesta arriba, siempre ascendiendo con la nieve a la altura de la cintura. Después del mediodía, el cielo se mostraba gris oscuro. El viento traía ráfagas heladas y chispitas de agua que a veces eran como agujas que aguijoneaban sus rostros.

La tormenta se les echó encima; apenas tuvieron tiempo de responder al peligro. Era una racha de viento gélido que levantaba nubes de nieve que se perdían de vista en el horizonte. La luz del cielo se ocultó bajo la polvareda de nieve. Se refugiaron en un saliente de roca. La temeridad del dominico quedó bien patente. Se cubrieron con las mantas y fray Genaro empezó a salmodiar: «Malhaya, aleteo de golondrinas... Malhaya, núbil afrodita de nácar y tierra, de brillos y azabache». Enseguida sintió sosiego en el corazón, mientras el silencio se adueñaba de todo y la noche caía sobre sus cabezas.

Al clarear descubrieron que el refugio les había bastado para sobrevivir. Excavaron con las manos la nieve que les había caído encima, recogieron los cayados, las mantas y los aperos, y dejaron el resto de la impedimenta. No sabían si iban a morir de frío cuando la noche volviese a caer; una sola idea percutía en sus

cerebros: ¡andar! Caminar, costase lo que costase. Pararse significaba la muerte, pese a que recorrer cincuenta varas costaba una hora en los atolladeros de nieve.

Fray Tomás pareció derrumbarse sobre sí mismo. Sus casi sesenta años le estaban pasando factura y las facciones del rostro denotaban el tremendo esfuerzo. Jadeaba como un animal sin resuello. Cayó al suelo, exhausto, vencido, humillado por la montaña, por la naturaleza a la que había retado. El río bramaba a su izquierda dentro de una grieta oscura y profunda, saltando impetuoso sobre las piedras.

—¡Allí, mi señor! —gritó de pronto fray Genaro—. ¡Humo!

Fray Tomás se quedó mirando hacia donde señalaba el brazo del fraile. Cegado por la infinita blancura del páramo, ya sin fuerzas, se negó a seguir.

—Id vos, hermano, dejadme aquí; ya no puedo más. Traed ayuda —le pidió el dominico en un susurro.

Ahora parecía mucho más viejo, un anciano desvalido. Toda la arrogancia y determinación del viejo luchador habían sucumbido ante la altivez de la montaña. Fray Genaro miró hacia las cimas y no consiguió ver de nuevo la columnita de humo. Jamás lograría subir y regresar a tiempo de salvar al viejo. No quería una muerte más sobre su conciencia. Subirían los dos o ambos se quedarían en el intento.

Fray Genaro cargó con el viejo. El dominico era como un peso inerte que soportaba su espalda y consiguió arrastrarlo a duras penas.

—¡Ve algo que se mueve! —dijo fray Tomás, con un desmayo en la voz.

El dominico señalaba un punto determinado al otro lado del valle, pero fray Genaro no distinguió nada.

—Mi señor, ¡por el amor de Dios! ¿Dónde decís?

—¡Allí, hermano! En aquella ladera que se ve junto a esa cinta más oscura del río. ¿No lo veis? ¡Creo que es gente que viene hacia aquí!

Dos horas después, cinco hombres se abrazaron en una explosión de júbilo. Fray Tomás lloraba de emoción y fray Genaro casi se derrumba en el primer abrazo: eran los hermanos hospitalarios del San Porto. Les dieron a beber un brebaje que ardió en sus gargantas y les proporcionó nuevos arrestos. Fray Genaro se encontraba al límite de sus fuerzas.

—¡Llevémosles al hospital, hermanos! Mi nombre es fray Teodosio, y os aseguro que no me explico cómo se os ocurrió subir precisamente con este frío de todos los demonios.

¡Finalmente el Summo Portu se alzaba ante ellos, orgulloso, megalítico, altivo en sus cumbres! Sus esfuerzos se veían recompensados. A fray Genaro solo le faltaba una cosa: buscar la argolla de Pompeyo y encontrar las Parias. Lo único que necesitaba era la ballesta. «¡La ballesta!», pensó. ¡Se había quedado entre las pertenencias de Zoshimo, bajo el saliente donde se protegieron de la nevada! El fraile sintió un mareo.

Remontaron el cauce hasta la primera edificación, el hospital de Santa Cristina. Allí los recibió un cálido camastro junto a un buen fuego.

Fray Genaro despertó con un tremendo dolor de cabeza. Su cara parecía arder y le dolían tremendamente los labios. Una sombra se movía a su lado; la vio proyectada sobre la pared.

—¡Alabado sea el cielo! ¡Habéis despertado! —dijo un monje con una voz quebrada por los años y los esfuerzos.

Fray Genaro quiso incorporarse pero algo se lo impidió. Sus brazos y su torso estaban sujetos por algo que no podía ver. Se debatió unos instantes, pero todo resultó inútil.

—Dejadme que os ayude —dijo el viejo, acercándose presuroso—. Yo soy Malaquías, el hermano hospitalario, y debéis disculparnos por esta pequeña precaución. Habéis dormido más de dos días. Enseguida os traeré algo de comer. Estaréis hambriento, supongo. —El monje se apresuró a soltar las recias correas que lo sujetaban a la cama—. Es orden de nuestro prior sujetar con correas a los orates, homicidas y a los delirantes como vos, al menos hasta que sanan.

—¿Delirantes? —preguntó Genaro con un gesto de dolor.

—Cuando os trajeron, delirabais. Vuestro compañero de viaje puso especial empeño en que os pusiéramos una mordaza. Al menos hasta que os pasara la crisis. Incluso fray Limaco se interesó por vos.

—¿Fray Limaco?

—Pronto le conoceréis. Se trata del hombre más sabio de aquí, y ha llegado a la conclusión de que vos y vuestro compañero sois un par de locos.

—¿Fray Tomás deliraba también?

—Lo que nos sorprendió fue la ira que se desató en él cuando se dio cuenta de que se había dormido. No se perdonaba ese desliz. ¡Qué gran hombre! Os tiene en una grande estima. —Nada respondió fray Genaro—. Ahora recuperaos y dormid, voy a por vuestra comida.

Después de comer, preguntó dónde podría encontrar a fray Tomás, que se hallaba en el hospital, rezando en la iglesia dedicada a Santa Cristina. El viejo le dio un abrazo y le dijo que debía entrevistarse con el prior: quería solicitar a algún monje que los acompañara a Urdós y les sirviera de guía. Fray Genaro no pudo evitar mirar con odio al dominico: nada parecía importar a aquel hombre. Aunque, a fin de cuentas, tampoco era sencillo apartarle a él de su propósito. No eran tan distintos.

CAPÍTULO 18

El techo del mundo

1

El valle del San Porto se abría ante ellos, enorme, profundo y frío. Todo el prado y las montañas circundantes se mostraban yermas. Ni un solo árbol se atrevía a ascender por aquellas laderas, en las que solo las rocas y la nieve amenizaban el paisaje.

Llevaban una semana allí y aún no había conseguido familiarizarse con el terreno. La iglesia se encontraba prácticamente cubierta de nieve. Encontró un caminito que parecía excavado a pala, pero la puerta estaba cerrada y se dirigió al hospital. De allí vio salir a fray Limaco, que caminaba con precaución, y decidió seguirle de manera instintiva.

—¡Hermano, hermano! Esperadme, quiero preguntaros algo. —El monje se detuvo y miró a fray Genaro—. He visto un brillo allá en lo alto. Solo fue un instante, pero me sorprendió. ¿Qué es? ¿Sabéis de qué se trata?

El monje miró en la dirección que señalaba.

—Buena vista, vive Dios. Es Nuestra Señora de las Nieves —respondió—. Está encerrada en una hornacina con una puertecita de cristal, regalo de nuestro señor arzobispo de Jacca. Quizá fue eso lo que visteis.

—Pensé que se trataría de otra cosa...

Dejó la frase sin concluir. El viejo lo miró un rato, como intentando adivinar sus pensamientos, pero después dio media vuelta y se alejó.

Fray Genaro pasó junto a una construcción cercana al hospital. La casa aparecía casi completamente tapada por la nieve, tan solo había una abertura. Daba la impresión de ser una madriguera gigante excavada en la tierra. Al final del caminito de nieve pisada se encontraba fray Teodosio, ocupado en aprestar un petate y ropas de abrigo. Cuando lo vio se apresuró a cerrar el portón. A fray Genaro el corazón se le aceleró en el pecho. Una vez más, la ansiedad le hizo resbalar en la rampa helada que conducía al portón. Golpeó la puerta con su cuerpo y su cayado. El ruido hizo que el monje dejara su labor y abriera una rendija para ver el exterior.

—Hermano, por el amor de Dios, dejadme entrar —pidió con vehemencia fray Genaro desde el suelo, enredado en su capote—. Sé que vais a partir. Os pido en nombre de Nuestro Señor Jesucristo que me ayudéis. Tengo que ir a la canal y desconozco el camino. Es absolutamente necesario que vaya.

La puerta se abrió lentamente y fray Teodosio le tendió la mano.

—Levantaos, hermano. Si permanecéis mucho rato en el suelo, enfermaréis.

Ayudado por el religioso, entró en el interior. Había un hogar en el que crepitaba alegre un buen fuego.

—Decidme, hermano —dijo el monje atizando el fuego con un hierro, mientras contemplaba cómo un millar de chispitas volaban fugaces en la oscuridad de la chimenea—, ¿cuál es realmente el asunto que os impulsa a volver al camino?

Fray Genaro se quedó pensativo. Su anfitrión se dirigió a un rincón oscuro y estuvo trasteando allí, mientras murmuraba con la intención de que fray Genaro le

oyese.

—Algo muy importante debe esperaros allí para que os interese tanto volver. No iré con vos, no puedo desobedecer a nuestro prior. Pero sí puedo ayudaros proporcionándoos la impedimenta y una planilla con la disposición de las montañas y los pasos.

Fray Genaro tomó el papel de pasta de cáñamo y lo observó mientras atendía a las explicaciones del fraile. Luego recogió el cayado y el capote, y se lanzó ladera abajo en dirección al puente. Caminó durante mucho tiempo. La nieve se encontraba casi helada y podía avanzar mucho mejor que cuando subieron. Se detuvo a recuperar el resuello cuando el monasterio y las construcciones hubieron desaparecido de su vista. Desde donde se encontraba veía toda la ladera de la canal Roya, cuajada de pinos y de prados repletos de apretados arbustos de boj. ¡Cualquier sitio habría podido ser su refugio!

De repente vio un pequeño montoncito de piedras apiladas unas sobre otras. ¡Allí estaba el «camino»! Zoshimo le había enseñado algunas marcas que los guías utilizaban para señalar los cambios de dirección o los cruces. A lo lejos, casi enterrado en la nieve, algo se movía al capricho del viento. Era un trozo de capote que sobresalía de un saliente de roca. ¡Lo había encontrado! ¡Allí estaba el refugio! Se puso a retirar la nieve usando el pico y la pala que le facilitara fray Teodosio. Le dolían los pies y las manos de tanto cavar, y sus brazos se lamentaban del esfuerzo de sacar tierra helada. Encontró la impedimenta y se hizo con la ballesta.

De regreso al hospital, se detuvo de vez en cuando para tomar aliento y mirar una y otra vez aquel paisaje cruel. Coronó la parte más alta de la subida de la canal Roya. Reconoció a la derecha el cerro donde el castillo de Candalyub dormía su soledad. Continuó caminando sin preocuparse del frío, ni de si se metía en algún atolladero de nieve; solamente vigilaba la vertical sobre el torrente y el piso donde ponía los pies. Un descuido podría significar la muerte, pero lo único que deseaba era llegar cuanto antes al refugio.

Tuvo suerte al regresar al San Porto: nadie lo vio llegar. Ningún fraile asomó la cabeza al exterior mientras subía desde el puente de Santa Cristina en la última y dolorosa etapa de la ascensión al hospital.

Se derrumbó jadeando y rendido sobre un lecho blando y cálido. Olía a cuero y a sudor viejo, y la oscuridad se abatió sobre él. Se despertó dolorido. Las piernas se estremecían con unos aguijonazos tremendos cuando las pretendía mover. Los brazos y las manos le ardían. Calculó que estarían cerca de la hora tercia; debía apurarse si quería comprobar dónde se encontraba el dominico y si estaba bien. Le infundió seguridad y confianza haber recuperado la ballesta. Solo quedaba un paso para desenterrar un misterio de más de cuatrocientos años. Sintió una opresión en el estómago, pero supuso que sería hambre: al menos así lo deseaba.

Al levantarse de la cama, descubrió el cuerpo de fray Malaquías sentado en el suelo, con la espalda apoyada en un rincón y la cabeza ligeramente ladeada. Permanecía en un charco de sangre, degollado como un cerdo y mirándole desde el estupor de la muerte. Sus dedos estaban untados de sangre, como si hubiese estado chapoteando.

El horror sacudió violentamente el espíritu de fray Genaro. ¡No podía estar sucediendo algo así! ¡En su propio cuarto, a tres varas de su propia cama! ¿Por qué la muerte, solapada e imprevisible, le seguía tenaz en aquel maldito viaje? ¿Acaso sus enemigos de Jacca estaban en el Summo Portu y no se habían dado cuenta? Esa idea fugaz le llenó de temor. Se levantó de un salto, como impulsado por un resorte. Le temblaban las piernas.

Oyó ruido al otro lado de la puerta. ¡Tal vez el asesino volviera para terminar su trabajo! Aguzó el oído y pudo percibir un aliento agitado. Oyó el roce de una mano contra la madera y un leve frufú de ropas. Fray Genaro cerró los ojos y pidió a Dios que el ser que estuviera al otro lado se fuera, que se alejara de allí, que lo tragarán los infiernos y a él lo dejaran tranquilo. No quería morir y menos de esa manera, sin comprender nada. Dios no parecía dispuesto a escucharle: oyó un ruido metálico, como si un hierro se deslizara sobre otro. Alguien intentaba abrir la cerradura. Fray Genaro se separó instintivamente de la puerta, rebuscó en su petate y encontró su espada corta. Se mantuvo a la espera, apretando la empuñadura con fuerza. Si alguien quería matarlo, no le iba a resultar fácil. La falleba se alzó con mano invisible, accionada desde el otro lado, con un chasquido metálico que tensó aún más al fraile. El horrísono chirrido de la puerta se le metió en el cerebro.

La sombra se adelantó al interior y miró en derredor. Fray Genaro alzó su brazo dispuesto a asestar un golpe.

—¡Hermano, por el amor de Dios! ¡Pero ¿qué hacéis?! —gritó fray Tomás, saltando a un lado.

Fray Genaro se incorporó y abrazó al dominico con fuerza infantil, desesperada.

—¡Por Dios, mi señor, me habéis dado un susto de muerte! El hermano hospitalario ha sido asesinado mientras yo...

—Vamos, hermano, salgamos de aquí. —Fray Genaro le siguió, aturdido—. Hermano, tenemos un grave problema —dijo el dominico con gesto preocupado—. Ignoro qué ha sucedido en Vuestro dormitorio, pero se trata de una dificultad con la que no contábamos. ¿Cómo es posible que no hayáis oído nada? A nadie lo degüellan en silencio.

Caminaron con lentitud hacia la iglesia.

—Escuchad, hermano Genaro —prosiguió—, si descubren al hermano hospitalario muerto nos retendrán aquí. Ni siquiera mi influencia evitará que nos consideren sospechosos. Pusieron ese cadáver en la habitación para incriminarnos; tal vez hayan llegado hombres de los montesinos sin que nos percatásemos. Dejadme pensar, veré cómo podemos salir de este atolladero y os mantendré informado. Pero desde luego deberemos partir inmediatamente a Pau. Ahora ocultaos, nos veremos en mi dormitorio.

El viejo dio media vuelta y se alejó con paso resuelto. Genaro se quedó quieto como un pasmarote, frotándose las manos.

Ir a Pau. Pasar de largo e ir a Pau. ¿Cómo iban a marcharse de allí después de tantos sufrimientos y muertes? ¿Cómo y cuándo podría regresar? ¿Cómo podría volver si huían del San Porto como asesinos? Todo a su alrededor parecía desvanecerse. Todo el esfuerzo y el sacrificio habían sido inútiles.

Miró hacia la cumbre del monte que ascendía hacia el norte. Allí, en algún lugar de la cima, tenía que estar la argolla desde donde debía tirar las flechas. ¡Iba a llegar hasta allí, costase lo que costase! Sabía que el fin no justificaba los medios, pero no se quedaría el resto de sus días con esa sensación de fracaso en el espíritu.

Tomó una larga cinta de raso de un pequeño altar a Santa Cristina y la metió en el zurrón: le valdría como largo de crin. Debía evitar que alguien le viese. Salió al exterior, aspiró aire helado y comenzó de nuevo la larga, tediosa y fatigosa brega entre la nieve. Se desplazaba hacia la parte más suave de la cresta. Miró hacia atrás y vio el San Porto, el lugar habitado más alto del mundo que se encontraba ahora a sus pies. Finalmente, coronó la collada. Parecía un animal desbocado, piafando por los mil esfuerzos realizados.

No tardó mucho en verla: una columna de dos varas de altura emergía del mismo borde de la collada, en medio de un prado que limitaba el Summo Portu. En la parte superior de la columna, un sencillo dosel y sobre este, una rudimentaria capillita, con una imagen de la Virgen de las Nieves. En uno de sus costados, un trozo de hierro había sido cortado a cincel. Se trataba sin duda de la argolla que buscaba.

Vio unas inscripciones en la base de la columna que parecían escritas en letra visigoda, pero el fraile ya no quiso ni transcribir. Estaba seguro de haber encontrado la argolla del Magnífico. Puso su espalda contra la columna y miró en dirección sur. La vista era magnífica, inmensa, enorme. Se encontraba en el techo del mundo

cristiano, en la cordillera más alta conocida. Ahora todos los esfuerzos tendrían sentido.

Descolgó la ballesta y la apoyó en el suelo, como había visto hacer a Zoshimo. La armó, colocando una saeta en la guía con la cinta roja atada en su extremo inferior. Sus ojos se entrecerraron cuando miró la cima del Aspa. Siguió la trayectoria de la escarapela, que describió una elipse roja que por un momento le recordó a Malhaya. Se fue a buscar la cinta atravesando un océano de nieve en el que se hundió hasta la cintura. Recogió la cinta y apuntó de nuevo a la cima del pico. Se puso el arma a la espalda y comenzó a gatear para salir del atolladero en que se encontraba.

Exhausto y sin aliento, llegó a la trocha pisada y enfiló el San Porto. Había oído un ruido seco y lejano. Le pareció que la flecha se había clavado en algún tronco. No veía la cinta roja por ningún lado.

Alzó la cabeza y vio una figura que se afanaba por arrancar algo de la puerta de la iglesia de Santa Cristina. Se acercó a tiempo para ver cómo fray Limaco lograba desclavar la flecha lanzada por él. Recogió la cinta y lo escondió todo bajo su hábito, mirando en dirección hacia la collada. Por fortuna fray Genaro se había ocultado tras un montículo de nieve.

¡La iglesia de Santa Cristina! ¡Claro! No podía ser de otra forma. Ahora parecía lógico esconder el tesoro en la misma iglesia. Tal vez fuera la primera construcción del Summo Portu. ¡Por fin lo había encontrado! Las Parias estaban en la iglesia y ahora solo quedaba descubrir dónde. Esperó hasta que fray Limaco se metió en el mesón de peregrinos, junto a las caballerizas del palacio del prior. Le pareció ridículo ese juego de esconderse el uno del otro.

Con paso resuelto y decidido se encaminó a la iglesia de Santa Cristina. No se marcharía sin comprobar si las Parias se encontraban allí, si con el paso del tiempo habían desaparecido o si jamás habían existido. La puerta del templo cedió al empuje de su mano. Encendió la luminaria y la claridad se extendió por el interior. Alzó la linterna sobre su cabeza y la iglesia comenzó a mostrar sus secretos: capillitas y bóvedas emergieron tímidamente. Había rincones y zonas que se resistían a rendir pleitesía a la luminosidad del candelabro, imágenes de santos congelados en el gesto, como si hubiesen detenido su actividad justo en aquel momento. Recorrió cuatro capillitas pulcras y bien aseadas. La del altar mayor era la más rica. El retablo disponía de dos columnas policromas a ambos lados y todo él se componía de imágenes encajadas en sus hornacinas y protegidas por columnas. En el centro se encontraba la imagen de santa Cristina custodiada por dos ángeles, uno a cada lado, que sostenían en sus manos un lasquetón o banda en el que se podía leer en letras grandes y de oro: «*Linum de Luion de Mundi*».

El fraile se detuvo a contemplar aquel retablo. Le parecía increíble que en aquellas alturas, de tan difícil y costoso acceso, se encontraran tan grandes maravillas. Levantó la luminaria y la luz iluminó el símbolo y emblema de santa Cristina, que se encontraba en el remate superior del retablo. Aparecía una imagen de

un águila, la famosa «pajarica de santa Cristina» con una cruz en el pico; eran sin duda las armas de la santa.

Se acercó al retablo mayor. Contenía numerosas hornacinas con cruces, ricamente labradas, cristalería engastada en plomo y vidrios de colores. «¡Las reliquias de santa Cristina!», pensó el fraile, admirado. No se atrevía a tocar aquellas reliquias, guardadas allí desde hacía más de cien años.

En otro estante, casi escondida y sumida en las sombras, una cruz se mostraba encastrada en el retablo. En su centro, un ópalo verde con un signo llamó la atención del fraile. El centro del ópalo llevaba grabado una A. Fray Genaro miró la letra con el estupor pintado en el rostro. Podía ser la A del Alfhared. La A de la roca que les mostró mágicamente la muchacha.

Acarició con las yemas de los dedos la suavidad de la piedra. De repente, sintió un impulso y presionó con fuerza el ópalo. Oyó un chasquido y sintió un leve estremecimiento en un lateral del retablo. Tanteó las maderas policromas y finalmente descubrió una levísima rendija. Con todas sus fuerzas, consiguió abrir una portezuela oscura y pequeña.

—¡Vaya, al fin lo habéis encontrado, fray Genaro!

La sangre se heló en sus venas. A su espalda, la luz de un candelabro iluminaba un rostro sonriente.

—¡Fray Limaco, por el amor de Dios! Me habéis dado un susto de muerte.

—Lo lamento, hermano. No era lo que pretendía.

—¡Por Dios, hermano! ¿Qué hacéis aquí? —preguntó, molesto y enojado.

—Os esperaba —dijo el viejo con aire ausente—. Sabía que tarde o temprano vendrías.

Fray Genaro sintió que su estómago se encogía. El anciano se sentó en un banco que había junto a una pared.

—¿Cómo...? ¿Sabíais que vendría?

—Desde luego que sí. Os guio la flecha que lanzasteis —indicó el viejo en un susurro—. Sois listo, muy listo; habéis conseguido llegar hasta la puerta del infierno y descubrir un secreto guardado durante siglos.

Fray Genaro quedó como pillado en falso, avergonzado y azorado.

—¿Desde cuándo me esperabais? —preguntó, repuesto.

El viejo sonrió, sacudió la cabeza y con un hondo suspiro, añadió:

—No sois el único que ha llegado a estas cumbres con esa misión, ni tampoco el último. Mi trabajo consiste en saberlo.

—¿Y cómo lo supisteis?

—Hermano, no os hagáis el tonto: vi la ballesta en vuestro cuarto. Flotaban ciertas incógnitas sobre vos y los motivos de vuestro viaje. Digamos que ya se han disipado.

Fray Limaco, cediendo a un impulso irrefrenable, se plantó ante fray Genaro, lo agarró por el hábito y lo zarandeó con vehemencia.

—¿Por qué tuvisteis que venir? ¿Por qué os empeñáis en levantar los sellos de lo prohibido? ¡Solo conseguiréis desatar la ira del diablo! El infierno extenderá su maldición. ¡Así está escrito! ¿Acaso no leísteis los poemas de Al Braakel, hermano?

—¿Cómo?

—¡Los versos de Al Braakel, estúpido hermano! ¡Se destapará el sello que guarda a la bestia y las Parias del moro! Es eso lo que estáis buscando, ¿no? ¿Qué otra cosa podíais venir a hacer aquí, si habéis desafiado la muerte por conseguir una vieja ballesta? Lleváis varios días husmeando por todas partes. Os he observado, pero ¿cómo haceros ver la inutilidad de vuestros esfuerzos?

El viejo soltó a fray Genaro y comenzó a dar nerviosos paseos por la estancia, frotándose las huesudas manos.

—Desde que llegasteis vimos que no erais peregrinos. Ni estáis enfermos ni sois lazaretos. Solo a un loco visionario se le ocurriría venir hasta aquí en estas fechas. De sobra sabéis que en el monasterio solo somos cuatro o cinco monjes y no tenemos defensa para proteger el sello que guarda las Parias. Eso es lo único que os interesa. En otras fechas los soldados del castillo os lo habrían impedido. Pero no os preocupéis, obtendréis vuestro premio. Tenéis derecho después de tantas fatigas para conseguirlo.

El viejo miraba a fray Genaro con expresión de espanto, como si estuviese mirando al mismísimo diablo.

—¿Por qué han estado las Parias escondidas tantos años y no se entregaron a la Iglesia?

—¡El tesoro! ¿No teméis a la bestia dominada por el pie de la Santa?

—Hermano —dijo fray Genaro en un susurro—, muchos hombres durante cientos de años han buscado sin éxito este lugar, otros muchos han muerto para que yo esté aquí ante vos. Comprenderéis que no pueda irme sin desentrañar este misterio.

El monje había comenzado a caminar renqueante por el pasillo central de la iglesia.

—Sí, hermano, ¡os merecéis una explicación! ¡Así sea en nombre de Dios! ¡La maldición de Mousul caerá sobre nosotros! ¡Protejámonos del infierno desatado! ¡Un millón de gusanos se dará un festín con nuestros cuerpos purulentos! —El viejo seguía avanzando por el pasillo central en dirección al retablo—. ¡La maldición se extenderá de generación en generación, tras aquel que levante el sello de Mousul!

El anciano empujó la portezuela del retablo y una puerta de casi vara y media de alto por media de ancho se deslizó sobre unas guías ocultas. Se inclinó y coló su cuerpo en el interior del retablo. Fray Genaro, sorprendido, siguió los pasos del viejo. El anciano no necesitaba alumbrar el camino: conocía de sobra todos y cada uno de los rincones de las catacumbas. Fray Genaro, con la lámpara en la mano, apenas podía apreciar nada más que la espalda del viejo.

De repente, este se volvió y, con los ojos encendidos y una mueca horrible, gritó:

—¡Habéis recorrido cientos de leguas buscando este lugar, esperando este

momento, ¿no es así?! Sé que nada ni nadie os detendrá. ¡No cejaréis en vuestro empeño, ni aunque tuvierais que bajar al mismísimo infierno!

Se oyó un ruido metálico y un chirrido en la oscuridad. El lamento lúgubre de un portón abriéndose, una bofetada de aire enmohecido sacudió sus narices. Aquel recinto no había sido abierto en muchos años.

—Está bien... ¡sea lo que Dios quiera! —decidió el viejo—. Os mostraré el camino. Quizá con eso se acaben las muertes de inocentes. ¡Cuidad de no despertar a la bestia! ¡Venid, venid, que os abriré la cripta! ¡Podréis contemplar con vuestros propios ojos lo que habéis venido a buscar!

—Un momento, hermano —exclamó fray Genaro, sujetando por un brazo al anciano—. Explicadme con más calma por qué ahora me facilitáis la labor, si tan celosamente la guardáis.

—¡Escuchadme vos, hermano! —exclamó, volviéndose al agustino con gesto extraviado y ojos llorosos—. Solo deseo una cosa: salvar mi vida y la de mis hermanos. He visto un reguero de sangre que salía de vuestro cuarto. Ignoro qué ha sucedido, pero sea lo que sea, la muerte y el peligro se ciernen sobre el Summo Portu. El diablo se ha instalado entre nosotros. Tomad lo que habéis venido a buscar y que Dios nos perdone a todos. Ya nada importa. Cientos de años han permanecido aquí custodiadas por mí y otros muchos, pero yo estoy ya demasiado viejo...

El anciano comenzó a bajar unos estrechos escalones de piedra cuya bóveda aparecía cubierta de moho. Otra pesada puerta se abrió en la oscuridad con lamento de hiena. Fray Genaro no podía ver nada. Una pestilencia a cerrado y un fétido olor de catacumba arañaron nuevamente sus narices, cortándole la respiración.

El viejo se detuvo en el umbral y se volvió hacia el fraile.

—Aquí está la puerta del infierno, tras ella anida el demonio —dijo casi en un susurro—. Arrepentíos de cruzarla o que Dios tenga piedad de todos.

El anciano se hizo a un lado.

Fray Genaro sintió una sensación indescriptible. Sus piernas temblaron de zozobra y temor. El sello de santa Cristina. Había algo que no le gustaba: la maldición de Mousul. Todo parecía demasiado fácil y demasiado complicado al mismo tiempo. ¿Por qué no fueron reclamadas por el pueblo árabe? Desde que inició su periplo, las dificultades habían ido creciendo a medida que se acercaban al San Porto. Ahora le daba miedo tanta facilidad.

Dejó estos pensamientos a un lado y atravesó la puerta. Solo sentía un poso oscuro como el carbón en el fondo de su espíritu. Fray Genaro alumbró la estancia con su luminaria e intentó ver algo en aquella oscuridad que parecía abrirse en todas las direcciones. Solo un pasillo franqueaba el paso. A ambos lados del mismo había apilados cientos y cientos de cajas de madera renegrida con contrafuertes de hierro. Una infinidad de cofres se apreciaban detrás de los primeros laterales. La estancia era amplísima; varios corredores se abrían en varias direcciones.

Fray Genaro miraba como hipnotizado todas aquellas montañas de arcones

repletos de monedas. No era como esperaba: recordaba más a un almacén que a su idealizada idea de un tesoro. En el suelo vio uno de los cofres volcado en el suelo, y cientos de monedas de oro renegrido derramadas.

Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad distinguió un grupo de esqueletos, ataviados con ropajes antiguos. Quiso preguntarle al viejo pero lo encontró a su espalda ensimismado, recitando versos de Al Braakel sobre la maldición de Mousul y el mal que desatarían las Parias. Le parecía demasiado fácil todo, para las dificultades sufridas.

Fray Genaro se dio cuenta de pronto de que el mal al que se referían los versos era un mal físico. No era el Mal de los infiernos del mundo cristiano. El mal supremo para los musulmanes ¡era la lepra! ¡Esa era la maldición de las Parias: la lepra!

Se vio tentado de agacharse para recoger las monedas infectadas del cofre volcado. Le pareció que el esqueleto se reía a carcajadas sujetándose el descarnado vientre. Ahora comprendía el secreto del Summo Portu, el sello de santa Cristina de Aspa.

—¡Fray Limaco!

Cogió la luminaria que había depositado en el suelo y se lanzó a la carrera por los corredores en dirección a la puerta de salida. Tropezó contra una pila de cajas y cayó al suelo. Vio como el viejo intentaba cerrar la puerta y dejarlo allí encerrado. Fray Genaro se levantó de un salto y se precipitó hacia la entrada. El anciano le propinó un fuerte empujón, pero fray Genaro consiguió estabilizarse apoyándose en la pared. Como un gato salvaje, se arrojó contra la puerta con todas sus fuerzas y consiguió meter una pierna justo en el momento que se cerraba.

Sintió una enorme presión en la rodilla y forcejeó con todas sus fuerzas, asombrado ante la furia del viejo.

—¡Fray Limaco, por el amor de Dios, os juro que guardaré el secreto mientras viva! —gritó el fraile, horrorizado.

—Desde luego que lo guardaréis, como tantos otros —exclamó el viejo.

Fray Genaro empujó con toda su furia, sintió que Zoshimo y las manitas de la muchacha le ayudaban. La presión al otro lado de la puerta cesó y el fraile se dio de bruces contra el suelo. Cuando fray Genaro levantó la cabeza, pudo ver al final de la escalera una rendija de claridad y la silueta del viejo que bregaba con otra portezuela para dejarle allí encerrado. Trató de levantarse y perseguirle, pero sintió como si un hierro al rojo vivo le traspasase la rodilla. Su pierna se negaba a moverse. ¡Iba a quedar sepultado en vida en aquel agujero inmundo, junto al mayor tesoro imaginado por el mundo cristiano!

Se levantó arrastrando la pierna, haciendo caso omiso al dolor que le traspasaba y, avivado por el miedo, cargó contra fray Limaco. Este se dejó caer sin ofrecer resistencia. Dio la impresión de que se derrumbaba sobre sí mismo; sus músculos se aflojaron y los brazos y las piernas se relajaron. Pareció más viejo, más débil, más desvalido.

Fray Genaro entendió tarde la treta del viejo. Vio un brillo en la oscuridad y sintió el golpe seco en el costado que le cortó la respiración. Cuando el viejo volvió a mover el brazo algo abrasador salió de su cuerpo: un cuchillo empapado con su propia sangre.

—Ahora guardaréis el secreto, hermano. Que Dios perdone mis muchos pecados y a vos vuestra codicia, que a punto ha estado de despertar a la bestia.

Fray Genaro no sentía nada, solo una náusea que inundó su estómago. Su frente se cubrió de un frío sudor y maldijo mil veces a aquel viejo del demonio. El anciano se zafó del abrazo de fray Genaro y se esforzó por cerrar la portezuela. Cuando terminó nadie hubiese dicho que allí se escondiese una puerta. Fray Genaro se quedó quieto, sujetándose el costado, mientras su mano se empapaba de un líquido viscoso. Se decidió a dejar que la vida se le escurriera mansa por la herida.

Los minutos lentos pasaron como horas en completa oscuridad, hasta que un chorro de luz entró por el portón. Fray Genaro vio una silueta recortada en la puerta.

—Hermano, os oiré en confesión si deseáis poner en orden vuestros asuntos con Dios —susurró la silueta mientras se acercaba.

Fray Genaro distinguió primero a fray Limaco, y unos instantes después al hombre que le llevaba del brazo.

—¿Fray Tomás?

La expresión del dominico, después de revisar el costado de fray Genaro, no era la de siempre. Sus ojos estaban encendidos por un brillo extraño, animal y fiero que sobrecogía el ánimo. Se encaró al viejo y le dijo:

—Hermano, habéis herido de gravedad a mi pupilo. Sois un peligro viviente. Supongo que he acertado viniendo aquí. Ahora no podréis terminar vuestra... obra.

—También os esperaba a vos —le respondió el viejo con tranquilidad.

Fray Genaro se encontraba sin fuerzas y miraba a ambos frailes sin saber qué decir.

—Querido fray Genaro, creo que este viejo monje conoce el secreto que habéis estado persiguiendo durante tanto tiempo. Decidnos todo lo que sepáis.

—¡No, hermano, decídselo vos! Decidle a vuestro cándido compañero cómo averiguasteis ese secreto tan bien guardado. Decidle cómo agradecisteis sus servicios a nuestro hermano hospitalario. ¡Ardeamos en deseos de saberlo! Aunque me acuséis del asesinato que habéis cometido, el prior no tardará en descubrir que fuisteis vos. ¿Qué ganaría yo con su muerte?

Fray Tomás soltó al viejo y le sostuvo la mirada. Su rostro parecía una máscara flotando en la oscuridad.

—Sois más astuto y ladino de lo que parecéis. Ni vuestro penoso viaje ni la divina providencia han mermado vuestras dotes de engaño. Sabéis manejar perfectamente la duda, tergiversarla y retorcerla en vuestro propio beneficio. Solo un demonio como vos es capaz de confundir a todos, pero a mí no me confundiréis. —Fray Limaco se detuvo un instante—. ¡Bueno, qué más da! Llevo muchos años viviendo aquí, en las

alturas. He visto a otros como vos venir en busca de lo oculto, sin preocuparse por el monstruo que duerme, alborotando el sueño de los santos, perturbando la paz de estas montañas y profanando la iglesia de nuestra Santa.

De repente el viejo se abalanzó a toda velocidad sobre fray Tomás apuntando con el cuchillo hacia su corazón. El dominico le esquivó y el viejo cayó de bruces. Fray Tomás, con deliberada parsimonia recogió el cuchillo del suelo. Fray Limaco se dio la vuelta y se santiguó mientras sus labios pronunciaban en silencio una oración. Fray Tomás le clavó el cuchillo en el cuello. El anciano ladeó la cabeza levemente, como acompañando el movimiento del dominico, y un collar rojo y brillante apareció bajo su barbilla.

Con un movimiento convulso, el viejo asió con fuerza la muñeca izquierda del dominico. Una especie de gorgoteo gutural salió de su boca abierta. Miraba al fraile con unos ojos desorbitados mientras se asfixiaba. Fray Tomás le respondió con una sonrisa. Un último temblor y su mano cayó en el charco de sangre. Luego se quedó quieto, muy quieto. Sus ojos sin vida, más vidriosos que nunca, seguían mirando al dominico.

—Este viejo del demonio ha estado guardando el secreto durante toda su vida. Ahora me indicaréis cómo las encontraremos, hermano.

—Las Parias fueron infectadas por los lazaretos musulmanes. Esa era la maldición de Mousul: la lepra. Yo que vos las olvidaría.

El dominico guardó el arma en su cinto, a la espalda.

—Pero hermano, debéis decirme... Tenéis la obligación de decírmelo o...

—¿O qué, mi señor? ¿Me quitaréis la vida...?

Fray Genaro sentía el costado y la cadera empapados con su propia sangre, un dolor lacerante lo atravesaba. Pensó que algo así debió de sentir Jesús cuando le clavaron la lanza en la cruz. Pero no se sentía un mártir como él, no se sintió sumido en una comunión mística con el dolor. Sus pensamientos eran blasfemos. La ironía de Dios no tenía límites, pero ahora ya nada importaba. No podía curarse de aquella puñalada, sabía que pronto estaría muerto.

Fray Tomás se le acercó y le revisó la herida. El gesto de preocupación del dominico constriñó el estómago del fraile. Fray Genaro le miró por última vez como se mira a un príncipe; sabía que cuando el dominico empezase a hablar todas sus dudas se volverían certezas.

—Hermano, es absolutamente imprescindible que me digáis cómo encontrarlas —dijo el dominico con la mirada huidiza.

—¿Por qué? Vos matasteis a esos frailes. Probablemente habéis ido matando a todos los que se acercaban a mí. ¿Por qué me habéis dejado vivir tanto tiempo?

El dominico se demoró en responder; sabía que la muerte rondaba la espalda del agustino. Cuando su mirada no supo ya dónde posarse, le respondió:

—Era necesario —dijo con suavidad.

—¿Necesario? ¿Por qué?

—No podía permitir que descubriesen nuestros planes.

—¿Qué planes?

—Los planes del Estado. No solo vos sois un iluso. Nosotros también perseguíamos sueños legendarios. Cuando la necesidad es apremiante y se carece de recursos, se recurre a las quimeras.

—¿Nosotros? ¿Quiénes son «nosotros»?

—Nosotros: mi equipo de gobierno, mis asesores, mis escribas, mis ayudantes.

Fray Genaro miró al dominico. Se sentía engañado, por Dios y por los hombres, por fray Tomás y por la Iglesia, se sentía engañado por aquel viejo del demonio que le arrebató la vida. Se sentía engañado por todo el islam, por Al Braakel, por su abad y por su maestro.

Fray Tomás ayudó al fraile a levantarse y lo acompañó hasta uno de los bancos.

—Quizá Isabel y Fernando tengan razón y he sido demasiado exigente con ellos. Es demasiado difícil gobernar sobre tres culturas y tres religiones. Las arcas del tesoro están escuálidas y esos treinta mil ducados de plata hubieran sido un buen aporte al tesoro, pero no a costa de transigir con una minoría, por mucho dinero que tengan.

»He conseguido convencer a mis leales de que todo el dinero de los judíos nos pertenece por derecho y que, si actuamos con astucia, no tardaremos en apoderarnos de él.

—¡Pero ¿qué tengo yo que ver en todo esto?! —exclamó fray Genaro con acritud—. Me importa un rábano si lo que planeáis es derrocar el gobierno de Fernando o conquistar los territorios del Kan.

El dominico se volvió hacia el fraile y, encarándose con él, prosiguió con energía:

—La Iglesia y el Estado andamos a la zaga para conseguir soluciones al quebranto económico de las arcas del tesoro. Estamos dispuestos a apoyar cualquier empresa incluso cuando es tan disparatada como la vuestra.

—¿Cuál es mi empresa? ¿Qué tengo que ver con todo eso que me contáis? ¿Y qué tienen que ver todos los que han muerto en este maldito viaje?

—Hermano... Todo esto se planeó para que vos encontrarais las Parias del Sarraceno.

—¿Las Parias? No entiendo nada. Pero ¿desde cuándo sabíais que las buscaba? ¿Cómo se puede trazar un plan si ni siquiera sabíais de mí, ni yo de vos, ni de las malditas Parias? ¡Fue un secreto! ¡Lo ha sido hasta este momento! ¿Cómo conseguisteis averiguar...?

—¿Secreto? Realmente sois un ingenuo. ¡Fuisteis el elegido! Alguien pronunció vuestro nombre en palacio. Nadie os conocía, pero quien os nombró sabía muy bien que vos y solo vos podríais encontrar lo que había resultado imposible para muchos. Habíais demostrado vuestra capacidad de desvelar secretos ocultos, aunque el resultado...

—¿Yo? Entonces ¿queréis decir que el Cáliz...? Pero ¿cómo supisteis que yo

andaba tras la pista de las Parias? Nadie lo sabía, excepto mi maestro y mi abad. Este último no me hizo ningún caso y mi maestro jamás revelaría...

—Hermano, ya os lo he dicho. El plan ya estaba trazado de antemano; vos, como yo y los otros, solo tuvimos que desempeñar el papel que nos correspondía a cada uno. No todos tuvimos la misma suerte, pero así es la vida, hay que tomarla como viene.

—¡Pero eso es imposible! No hay mente humana capaz de trazar un plan preciso sobre personas que lo ignoran todo de ese plan... ¡No entiendo nada!

—No es difícil trazar un plan cuando estás seguro de que los individuos implicados obedecerán todas y cada una de las órdenes que se les den. Jamás logramos averiguar dónde se encontraban las Parias. El viejo escriba de Vera resistió el tormento hasta más allá de los límites legales, pero nos indicó la existencia real de las Parias. Sin embargo fue imposible descubrir el secreto de su situación. Tal vez él nunca llegó a comprobarlo.

—¿Queréis decir que la Iglesia, o el Estado, creyeron en mi hallazgo del Cáliz sagrado y apoyaron un proyecto como el mío? —preguntó el fraile mientras forzaba una amarga sonrisa.

—No era vuestro proyecto, sino el nuestro —repuso el otro con calma—. Formasteis parte de él. Todos formamos parte de la maquinaria del Estado. Somos simples peones, manejados por personas que nada saben de nosotros, ni les importamos; no nos conocen y nunca nos conocerán. Todo ello encaminado a un fin común: servir a nuestros soberanos y la Santa Madre Iglesia. ¿Qué importamos vos y yo en este juego?

—Me cuesta trabajo creer eso, mi señor.

—Con vos utilizamos la soberbia. Es uno de los pecados capitales más sutiles que existe y en el que caen todos los hombres de letras. Se os envió a aquel monasterio, cerca del pueblo donde aquel visionario acababa sus días. Vuestra desobediencia y el viaje a San Isidro de Dueñas fueron indicios claros de que habíais encontrado una pista.

—Sí... San Isidro... Hace ya tanto de todo aquello. ¿Por qué no me pedisteis que las buscara, en vez de complicar tanto las cosas?

—Existía un problema. Descubrimos una conjura de nuestros enemigos. Conocían nuestras intenciones y temimos por vuestra investigación y nuestros planes. Había muchas presiones. La comunidad judía no deseaba que se encontraran las Parias, los montesinos sospechaban que andábamos tras algo muy grande y compraron al obispo, pero la estupidez de este acercó a su fámulo a nuestras filas. Teníamos que jugar con «mano maestra». Y la mejor manera de que no nos traicionaseis era permitirnos llevar a cabo vuestra investigación sin saber que trabajabais para nosotros. Bastaba con vigilaros estrechamente y en secreto.

»Además, todo debía hacerse a espaldas de Fernando y con la anuencia de Isabel. Primero teníamos que celebrar una reunión de todas las órdenes para pactar una

expedición a las Indias. Había que atraer a nuestras filas al arzobispo de Jacca ofreciéndole la posibilidad de restaurar el esplendor de la ciudad como capital del reino de Aragón y como plaza fuerte para defender el territorio. La tarea era de por sí difícil, pero los problemas se incrementaron cuando monseñor cayó gravemente enfermo y nuestro querido obispo, que el cielo le confunda, se vendió al mejor postor y desencadenó el desastre. Realmente temí por vos durante la refriega. A última hora tuvimos que considerar el proyecto de aquel marino a instancias de la legación de Huelva. Y todo esto con el mayor sigilo.

El dominico se detuvo para tomar aliento. Miraba de reojo a fray Genaro y observaba la evolución de su herida.

—Dejadme que os ponga abrigo, hermano —dijo mientras tiraba su capote sobre los hombros del fraile—. Esto os sentará bien.

El perro rabioso que sentía fray Genaro en el costado le mordió con más furia, pero resistió el dolor y con un gesto de la mano animó al viejo a proseguir.

—¿Cómo podríamos arrancarle a una persona información que él mismo desconocía? Podíamos presionarlo y torturarlo para que nos dijera lo que sabía, pero pensamos que quizá lo que sabía era tan poco que sería en balde. Tampoco sabíamos cuándo descubriría algo. Fue entonces cuando nuestros espías descubrieron a un viejo árabe que había mantenido largas conversaciones con un fraile agustino que también buscaba el Cáliz. Aquel viejo resultó ser una eminencia en el terreno jurídico, doctor en varias religiones y un auténtico erudito de los libros antiguos y prohibidos.

—¿Os referís a... cómo se llamaba? Sí... Abdul El-Yatsami.

—Efectivamente, fue quien os ayudó desde San Juan a Valencia. Se libró del brazo seglar a cambio de un secreto que vos guardabais en vuestro interior.

—¿Qué fue lo que os dijo el viejo árabe que tan importante resultó ser? —preguntó el agustino.

El dominico se demoró un instante, para después continuar con la misma tranquilidad:

—Habláis en sueños —dijo.

—¡Hablo en sueños! —exclamó el agustino, estupefacto.

—Sí, así es. Cuando dormís os sumís en un estado parecido al de la muerte y contáis todo lo que se os pregunta o aquello que os inquieta. —Dejó transcurrir unos segundos en silencio—. Pudimos seguir así los descubrimientos que ibais haciendo, vuestros planes de ruta, que yo a mi vez iba modificando y variando en beneficio de la causa.

—Me resulta increíble la idea de que mi plan, una auténtica quimera, fuese motivo de tantas molestias para tantas personas que cedieron su trabajo, su esfuerzo e incluso su vida.

—Sin embargo, hermano, ¡aquí estamos! No se trataba únicamente de vuestro sueño, sino de varios asuntos al mismo tiempo. Recordad las legaciones que vimos en Jacca, los asuntos que allí se trataron, las reuniones con los monjes de La Rábida, la

entrevista con el marino, la expedición a las Indias, los planes secretos de expulsión y enajenación de los judíos. Todos esos asuntos y otros que no llegasteis a presenciar estaban encaminados a un mismo fin: llenar las arcas de la Iglesia y del Tesoro.

Fray Genaro esbozó una triste sonrisa.

—Mi señor, creo que mi cabeza no está para muchas más agilidades —dijo con un suspiro, cerrando los ojos levemente.

—Lo que hicimos fue forzar la situación. Utilizamos los medios de los que disponíamos y mucha estrategia. Seguíamos las directrices que vos marcabais en vuestros sueños, aunque en algún momento os tuvimos que ayudar.

—Supongo que el fámulo del obispo estaba a vuestro servicio, ¿no? Robó el manuscrito que descifró mi maestro.

—Os equivocáis hermano, lo robé yo. No podía permitir que cayera en sus manos y lo vendiera a los montesinos. Estuvo registrando vuestro cuarto. Fue entonces cuando compré su lealtad y comenzó a servir a dos príncipes; sabía nadar perfectamente entre dos aguas. Fue una pena su mala suerte, hombres así hacen falta en palacio.

—¿Y todos los demás muertos que nada tenían que ver en todo esto?

—Os puede parecer lo contrario, pero sí que tuvieron que ver, y mucho, en todo esto. Lo que resulta paradójico es que después de tantos esfuerzos, fatigas y... sacrificios para encontrar las malditas Parias, ahora que las tenemos al alcance de la mano, no podemos ni tocarlas.

Fray Genaro hizo un gesto de fastidio y una gran tristeza, una profunda e imparable tristeza se adueñó de su alma. Por su cabeza pasaban los rostros de Zoshimo, de la muchacha, del fámulo, del herbolario, del abad de Jacca y de tantos otros que habían dejado la vida en aquel vano intento. Comprendió de repente por qué veía en sueños el rostro del dominico: le estaba contando sus más recónditos secretos. Comprendió también, con aplastante seguridad, que el dominico no lo dejaría con vida. Pero tampoco le importó.

—Hermano, no os dejaré marchar sin que me digáis la manera de encontrar las Parias. Sé que están en la iglesia, pero no dónde encontrarlas. Debéis decírmelo, hacedlo por vuestros amigos, el guía, aquella muchacha que os sedujo, vuestro maestro...

—Viejo del demonio... ¡idos al infierno! —respondió fray Genaro mirándolo con ojos de furia—. ¡Dejad la memoria de mis amigos en paz! Jamás os diré cómo encontrarlas, ¡seríais capaz de contagiar la lepra a todo el mundo! Sois el mismísimo demonio. La Iglesia se desmoronará con un príncipe como vos, aunque después de lo que vi en Jacca, sé que todos los primados sois iguales. ¡Solo la condenación os espera! ¡Yo os maldigo en nombre de todos cuantos han muerto en este maldito viaje!

—¿Y vos? ¿Quién sois vos para acusarnos así? —exclamó el viejo, levantando la voz—. ¿Acaso sois mejor que todos nosotros? ¿Qué os movió a seguir este condenado viaje? ¿Qué os impulsó a afrontar tantos y tantos peligros? ¡Yo os lo diré,

hermano! ¡La soberbia! Eso era lo que os movía todo el tiempo. ¡La ambición y la soberbia! No creáis que nos engañasteis. ¿Acaso no os sentíais feliz cuando compartíais mesa con los príncipes? Yo os observaba y veía que erais uno de los nuestros, como vuestro odiado obispo, como su fámulo, como todos esos montesinos, capaces de todo por salirse con la suya. ¿Acaso no embaucasteis al guía para que diera su vida por vos? ¿Acaso no relajasteis la vigilancia en la cueva de las brujas cuando, satisfecha vuestra lujuria, aquel jorobado le quitó la vida a la muchacha que se os confió? ¿Qué hicisteis por el judío de la torre del Justicia? ¿Por qué no huisteis de Jacca si no podíais superar tanto horror?

El brillo maligno que anidaba al fondo de la pupila de fray Tomás refulgía como un faro.

—Tan solo teníamos que poner un estímulo ante vuestras narices para que os olvidarais incluso de vuestra propia vida. ¡¿No queríais, por todos los santos del cielo, hallar el sagrado Cáliz para encumbraros en la cima de la Iglesia?! ¡No hay uno solo de los pecados capitales que no hayáis cometido! Os invadió la ira contra mí porque ostentaba el poder absoluto, os arrebató la lujuria en la cueva de las brujas. Os vi comiendo y bebiendo hasta el hartazgo, vuestra pereza hizo morir al judío Isaías. ¿Acaso presentasteis la recusación? ¡No! Preferisteis no contrariar a vuestro señor, el que os proporcionaba medios para perseguir vuestra quimera, por avaricia y para vengaros de vuestros mayores.

—¡No! —exclamó fray Genaro con un rictus de dolor—. Vos no lo entendéis. Yo lo hice por...

—¡Mentís! ¡Lo hicisteis para demostrar al mundo que habíais tenido en vuestras manos el Cáliz del Señor! En vuestras manos impuras de pecado y soberbia.

Ya no era su señor ni su príncipe, era el diablo en persona, el ángel exterminador que lo arrojaba del Paraíso.

—¡No sois mejor que yo, o que cualquiera de nosotros! Sois mucho peor: yo y mis príncipes no presumimos de humildad, porque no la tenemos. El poder nos priva de ella. Pero vuestra arrogancia y soberbia es patente hasta en Roma. Si alguien debe pudrirse en el infierno, ese sois vos.

Fray Genaro quedó mudo. Aquel viejo convertido en diablo estaba desgranando su alma. Despedazaba sin piedad su vida, su espíritu, su religión y su fe. Durante un instante, toda su vida pasó por su mente como una exhalación. Vio a todos cuantos habían hecho algo por él: su tío, su padre, sus amigos de juventud, su maestro, el árabe que soportó el tormento por él, la muchacha y todos y cada uno de los que habían significado algo en su vida, y sintió la mayor vergüenza que pudiera sentir alma humana. Notó que un agujero muy profundo se abría bajo sus pies y le pareció ver en su profundidad una figura feroz que lo miraba desde el infierno.

—Os conmino a que me digáis dónde están las Parias, aunque sea bajo confesión. Todos vuestros pecados serán perdonados y os presentaréis ante el Sumo Hacedor con el alma limpia. Vamos, hermano, un solo esfuerzo más y podréis descansar en

paz.

Fray Genaro abrió la boca con un rictus de dolor y asco. Intentó con esfuerzo articular unas palabras. El dominico pegó su oído a los labios del fraile.

—Idos al infierno, allí estaré esperándoos —dijo en un estertor.

Fray Tomás no se arredró; cogió el brazo del fraile e intentó alzarlo.

—Vayámonos de aquí, hermano, encaminémonos hacia Pau, es la última alternativa al plan. No podremos permanecer mucho tiempo sin que descubran al hermano hospitalario y a este viejo del demonio. Regresaremos y traeremos a médicos, físicos, matemáticos y sanadores que traten y limpien las monedas. Eso me dará tiempo a ocuparme personalmente de nuestro amigo el obispo de Jacca.

—¿Por qué matar a fray Malaquías? —preguntó fray Genaro en un susurro.

—Descubrió vuestro «defecto» y se lo iba a comunicar al prior, lo que sin duda hubiese dado al traste con el plan.

—¿Y el ataque en Santa Cruz de la Seros? —insistió nuevamente fray Genaro.

—Sin duda iba dirigido contra vos. El alcaide era judío.

—¡Pero si era a vos a quien querían quemar en la hoguera!

—Sí, dos pájaros de un tiro. Eran penitenciados y querían vengarse; tal vez me reconocieron. Una orgía de sangre y fuego. Vayamos al hospital, buscaremos pertrechos para caminar —dijo mientras ayudaba al fraile a levantarse. Fray Genaro se lo permitió—. Vendréis conmigo, hermano. No pienso permanecer en este inhumano lugar ni un momento más. Y no temáis por vuestra vida, ¡vuestro conocimiento sobre las Parias será vuestro seguro!

Fray Genaro se desasíó del brazo del viejo, agarró una luminaria llena de aceite y la lanzó al suelo. Las llamas revivieron de forma inaudita, esparciéndose por los bancos. Lentas llamaradas crecían entre las maderas envejecidas. Fray Tomás quedó atónito mirando cómo el fuego iba devorando lentamente las renegridas maderas y alcanzaba la techumbre de la iglesia. No tardaría en abrasarlo todo. En ese momento supo que había perdido aquella partida.

Con un último esfuerzo fray Genaro salió al exterior, aunque apenas tenía fuerzas para sostenerse en pie. Fray Tomás le vio derrumbarse junto a la columna del magnífico. Después se lanzó montaña abajo sin volverse ni una sola vez.

Fray Genaro miró por última vez la montaña en forma de A que lo miraba indolente desde las alturas. La naturaleza no rugía, permanecía callada. Sintió que algo ardía en su pecho, y con mano vacilante hurgó en el interior del hábito y extrajo el frasco de cristal. Con el cordel atado alrededor de su dedo, se balanceaba igual que el cuerpo sin vida de ella. ¿Y por qué no? Ya nada importaba, igual el elixir era un potente veneno que lo liberaba del sufrimiento. Apuró de un trago el contenido de la botella y se abandonó a la fatalidad. No le importaba sumergirse en la profunda y dulce levedad de la muerte.

Cerró los ojos e imaginó a un lobo que se acercaba y le lamía la cara atraído por el olor a sangre. En su mente oscurecida vio como unos penetrantes ojos verdes le

miraban con atención.

—Padre... —murmuró, y quiso extender su mano hacia el animal.

Sintió que la muchacha le ponía las manos sobre la frente, igual que un aleteo de palomas. Y por fin llegó... la calma... la paz... la oscuridad.

Alquézar, 29 de abril de 2013

NOTA DEL AUTOR

La conjura de los lobos se comenzó a escribir ante la desolada imagen de unas antiquísimas ruinas situadas en Candanchú, en lo más alto del Pirineo, a punto de desaparecer por la presión para la construcción de grandes moles de apartamentos.

Toda la obra en su conjunto es de ficción, si bien se argumentan hechos históricos, con personajes reales que, situados en el contexto del año 1491, dan vida al libro. Tal es el caso de los príncipes de la Iglesia, aunque no está documentado que estuvieran en la ciudad de Jaca en aquellos años. La figura de fray Tomás de Torquemada, su personalidad, autoritarismo, celo en la persecución de los judíos y austeridad son bien conocidos. Existe una laguna en su biografía que abarca desde el año 1490 hasta 1492, en la que se retira de sus deberes palatinos pretextando una enfermedad. En esas fechas el dominico bien pudo encontrarse en esos parajes y realizar las acciones que como futuro inquisidor del reino le competían.

Nunca existieron las Parias del Sarraceno como tales. No obstante, en 1147 Alfonso VII de León envió al papa Eugenio III, en Roma, una fuerte suma de dinero por los pagos de las taifas «parias» y que sí llegaron a destino, pues el viaje se hizo por mar. La licencia literaria de que ese envío se realizó a través del Pirineo se justifica al tratar en todo momento de llamar la atención sobre aquellas ruinas a punto de quedar enterradas.

Son ciertas muchas de las situaciones referidas, tanto sobre la inseguridad ciudadana como sobre la «amistosa» concomitancia de las tres religiones, así como los innumerables procesos inquisitoriales en los que sesudos hombres de la Iglesia, por puro amor a sus semejantes, ideaban instrumentos de persuasión y tortura, así como refinadísimos castigos de «orden salutífero en beneficio de la fe».

Los lugares descritos en la obra, así como los detalles del hospital de Santa Cristina de Summo Portu de Aspa, son reales, y también lo es la relación de las reliquias de la santa, de las que apenas se conservan la canilla del brazo y el tobillo. El monasterio de San Juan de la Peña, en el valle de la Seros, ofrece una estampa viva de un lugar de recogimiento, estudio y meditación. Del señorío de Aruej, uno de los predios más importantes del Pirineo, solo quedan una iglesia y dos o tres construcciones. Villanúa es un próspero pueblo donde se encuentra la cueva de las Guíxas y la Colla Dorada, de la que durante décadas se extrajeron grandes cantidades de oro. El castillo de Candalyub está completamente desaparecido y se desconoce su ubicación real.

Los personajes como fray Genaro de la Cruz, el fámulo del obispo, el guía Zoshimo, la muchacha Mal-haya, los alcaides y el paisanaje que aparecen en la obra, así como el aquelarre de la cueva de las Guíxas, son fruto de la imaginación del autor, si bien él mismo ha obtenido estos datos de los más de mil documentos y códices antiguos que ha consultado. Especialmente del cabreo de la *Real Historia del Hospital de Sancta Chistina de Summo Portu de Aspa*, manuscrito del 1550 que llegó

a manos del autor a través de José Luis Acín Fanlo, eminente bibliotecario de la Diputación General de Aragón. Hago hincapié en las grandes dificultades que había en la Edad Media para desplazarse por el territorio. La figura de un investigador en aquella época solo podía estar supeditada al apoyo abacial.

Pido perdón a los puristas e historiadores por la licencia literaria y regionalista de considerar a Alfonso II de Aragón, el Casto, como el responsable del envío a Roma de las Parias del Sarraceno, para destruir la formación de la Corona de Aragón y consolidar la independencia de Portugal. La presión almohade se produjo en 1146 y el expolio al Al-Ándalus fue obra de Alfonso VII de León en la misma fecha. Nunca pesó sobre dicho envío maldición alguna. Alfonso II el Casto nació en 1164.

Déjenme justificar este hecho tan relevante para el entendimiento de la historia por el amor que siento hacia mis ancestros más patrios. Permítanme además la licencia de haber colgado en internet varias páginas referentes a las Parias del Sarraceno en las que se duda de su existencia, movido por las maltrechas ruinas a las que antes me referí.

FERNANDO BAZTÁN

AGRADECIMIENTOS

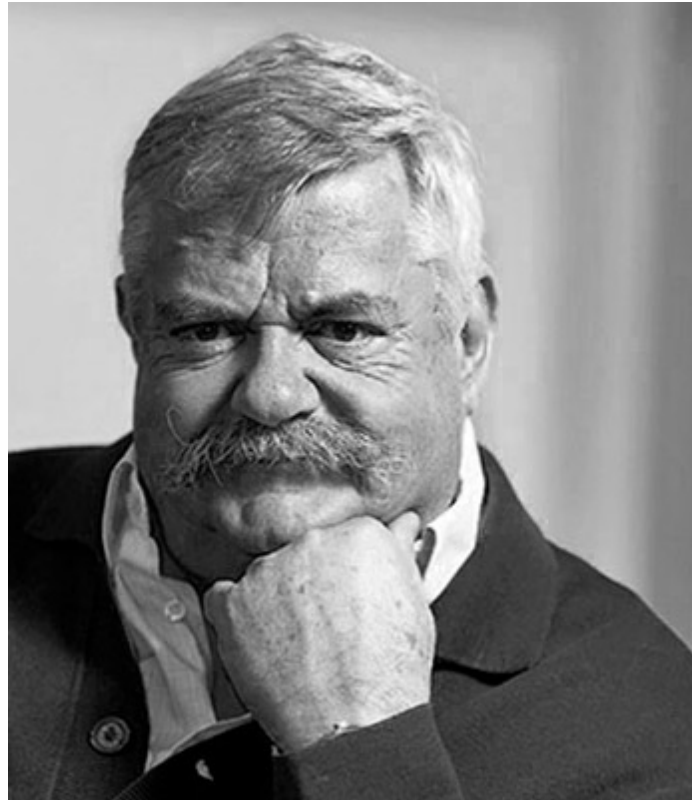
Mi agradecimiento a los 1700 socios de Círculo de Lectores que han leído, y especialmente a los que han votado, esta novela. A Cristina Castro, a Maia Conesa y a Gonzalo Torné, por su celo profesional, paciencia y amor por una actividad tan gratificante como la literatura, y a todo el equipo de edición.

Mi agradecimiento a todas esas personas anónimas que han documentado con sus conocimientos, paciencia y dedicación altruista las páginas de la red, pues a ellos pertenece gran parte de la documentación histórica de esta novela.

Mi agradecimiento al equipo de los talleres de escritura Fuentetaja, a mis compañeros del taller, que con sus cuentos y escritos me dieron fuerza para demostrarme a mí mismo que nada es imposible.

Y mi agradecimiento especial a Javier Sales Mergalejo, eminente escritor, profesor y compañero literario, sin el cual la historia que encierra esta novela no habría sido posible. Gracias por su apoyo, su ánimo y confianza.

Gracias a todos.



FERNANDO BAZTÁN, empresario aragonés del ramo de la hostelería, se define a sí mismo como un trabajador infatigable y un apasionado de la literatura que atesora casi tres mil libros en su biblioteca, en el paradisíaco pueblo de Alquézar. Extrovertido, inquieto y con un peculiar sentido del humor, asegura haber vivido varios acontecimientos importantes y numerosas e interesantes experiencias de todo tipo. Con su primera obra, *La conjura de los lobos*, Fernando Baztán se alzó con el Premio Círculo de Lectores de Novela 2013, el único certamen literario en el que los lectores tienen la última palabra.